



EJÉRCITO DE CHILE

UN RECORRIDO POR SU HISTORIA

Granaderos de Chile.

Bat. Division de Fronteras (Canarios)

Nº 3 de Branco

Chacabuco Nº 1

Valdivia

Ingenieros oficial



1810-14



1817



1823



1829



1829



1826



Bat. Portales

Valparaiso

Bain

Nº 3

Nº 4

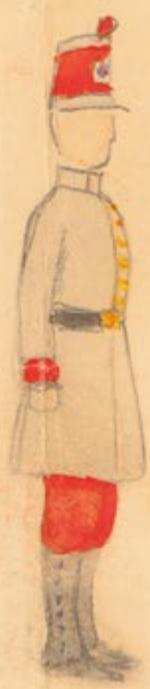
Nº 5



1834



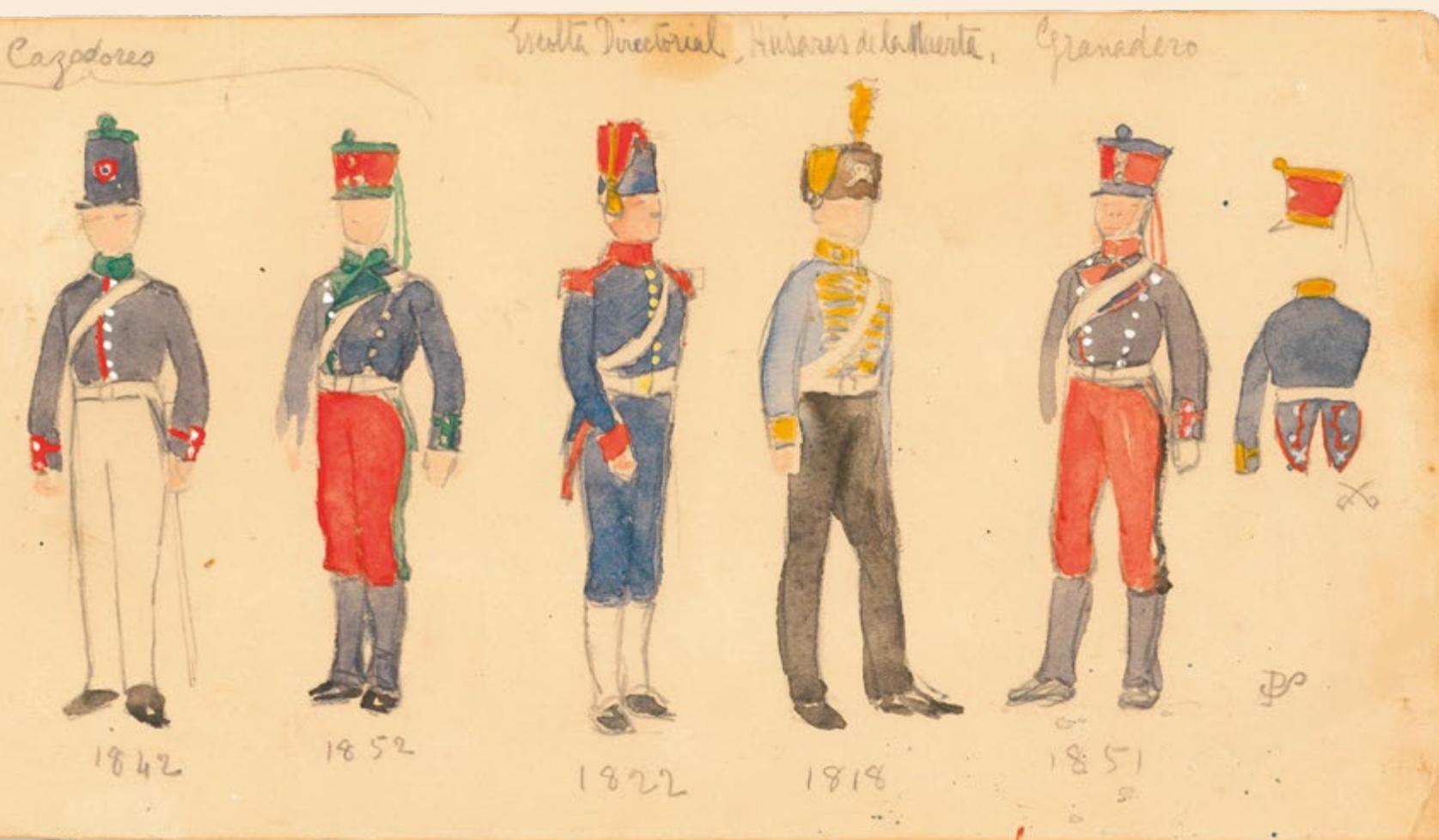
1837



1851-1858



1827



Bocetos de distintos uniformes, elaborados por fray Pedro Subercaseaux (1880-1956), utilizados en sus numerosas obras pictóricas alusivas a hechos de armas de la historia militar de Chile

◀ PORTADA

La portada de este libro muestra la estrella plateada de cinco puntas. La misma que ilumina los estandartes de las más gloriosas unidades del Ejército y que resplandece en nuestra bandera nacional. Representa, en este sentido, la unión del Ejército con Chile.

El rojo garance hace alusión al color del uniforme usado por el Ejército durante la Guerra del Pacífico y a la sangre derramada por los miles de chilenos que han ofrendado sus vidas al servicio de la patria.



EJÉRCITO DE CHILE

UN RECORRIDO POR SU HISTORIA

ACADEMIA DE HISTORIA MILITAR

ÍNDICE

04 | PRESENTACIÓN

08 | PRÓLOGO

16 | GRANDES HITOS EN LA HISTORIA
DEL EJÉRCITO DE CHILE

I

LAS BASES FUNDACIONALES DEL EJÉRCITO

23 | LOS INDÍGENAS DE CHILE
Y SU VALOR INDÓMITO

36 | DE LA HUESTE INDIANA
AL EJÉRCITO VECINAL

43 | LA CREACIÓN DEL EJÉRCITO
PERMANENTE

54 | LA CONFIGURACIÓN SOCIAL
DEL EJÉRCITO

57 | LA ORGANIZACIÓN
INSTITUCIONAL DEL EJÉRCITO

60 | LA PLAZA FUERTE
DE VALDIVIA

62 | LAS MILICIAS EN
EL REINO DE CHILE

II

EL PROCESO DE INDEPENDENCIA NACIONAL (1810-1826)

66 | EL CONTEXTO DE LAS
IDEOLOGÍAS Y LA ACTUACIÓN
DEL EJÉRCITO

71 | EL TRIUNFO DEL
NUEVO ORDEN

77 | REACCIÓN VIRREINAL:
EL USO DE LA FUERZA

88 | LA RESTAURACIÓN MONÁRQUICA

90 | LA ORGANIZACIÓN DE LA
RESISTENCIA: EL EJÉRCITO
DE LOS ANDES

100 | LAS CAMPAÑAS MILITARES
DE 1817 Y 1818

103 | EL EJÉRCITO DURANTE LOS
PRIMEROS PASOS DE LA REPÚBLICA

106 | LA LUCHA CONTRA LA GUERRILLA:
LA RESISTENCIA MONÁRQUICA

112 | LOS ÚLTIMOS ENCLAVES
DE LA MONARQUÍA:
VALDIVIA Y CHILOÉ

III

EL APORTE DEL EJÉRCITO A LA EMANCIPACIÓN AMERICANA

118 | LA DIVISIÓN AUXILIAR
A BUENOS AIRES

120 | EXPEDICIÓN LIBERTADORA
DEL PERÚ

IV

DEFENDIENDO A LA PATRIA MÁS ALLÁ DE SUS FRONTERAS

130 | LA GUERRA CONTRA
LA CONFEDERACIÓN
PERÚ-BOLIVIANA (1836-1839)

134 | SITUACIÓN DEL EJÉRCITO AL
INICIO DE LA GUERRA

138 | PRIMERA EXPEDICIÓN
RESTAURADORA

140 | SEGUNDA EXPEDICIÓN
RESTAURADORA

148 | LA GUERRA CONTRA ESPAÑA
(1865-1866)

151 | LA GUERRA DEL PACÍFICO
(1879-1884)

151 | CAUSAS Y PRIMERAS ACCIONES

160 | LA CAMPAÑA MARÍTIMA

167 | LA CAMPAÑA DE TARAPACÁ

174 | LA CAMPAÑA DE TACNA Y ARICA

184 | LA CAMPAÑA DE LIMA

196 | LA CAMPAÑA DE LA SIERRA

202 | MÁS ALLÁ DE LOS LAURELES
Y DE LA GLORIA

V

LAS LUCHAS Y DISPUTAS ENTRE COMPATRIOTAS

208	LA GUERRA CIVIL DE 1829	218	EL EJÉRCITO Y LA GUERRA CIVIL DE 1891
212	MANUEL MONTT Y LAS REBELIONES DE 1851 Y 1859	230	EL EJÉRCITO Y LAS ACTUACIONES POLÍTICAS EN EL SIGLO XX

VI

EL EJÉRCITO EN EL SIGLO XX: EVOLUCIÓN Y DESAFÍOS

242	PROFESIONALIZACIÓN, REORGANIZACIÓN Y TRANSFORMACIÓN	270	LAS CRISIS VECINALES Y LA MANTENCIÓN DE LA PAZ	292	LA COOPERACIÓN INTERNACIONAL
242	EL EJÉRCITO EN EL CAMBIO DE SIGLO	272	LA PAZ ARMADA CON ARGENTINA (1892-1902)	294	LAS AGREGADURÍAS MILITARES
253	LA MODERNIZACIÓN DEL RECLUTAMIENTO	276	LA CRISIS DEL CANAL DEL BEAGLE: EL EJÉRCITO EN LAS TRINCHERAS	296	LAS MISIONES MILITARES EN AMÉRICA LATINA
254	LAS REFORMAS DE 1906	284	LA MOVILIZACIÓN DE 1920	300	LA CONTRIBUCIÓN A LA SEGURIDAD Y A LA PAZ EN EL MUNDO
260	LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL Y LA INFLUENCIA ESTADOUNIDENSE	288	LA CRISIS CON EL PERÚ (1974-1978)	304	EL DESMINADO HUMANITARIO
268	LA REORGANIZACIÓN Y LA TRANSFORMACIÓN: UNA CONSTANTE			308	LA MUJER EN EL EJÉRCITO: DE LA INTEGRACIÓN A LA IGUALDAD

VII

UN EJÉRCITO SIEMPRE PRESENTE

317	LA CONTRIBUCIÓN A OTRAS INSTITUCIONES	326	EL EJÉRCITO Y LA ALTA COMPETENCIA DEPORTIVA	342	UN COMPROMISO CON CHILE: EL SERVICIO MILITAR
318	EL EJÉRCITO Y LA ARMADA	332	LA INGENIERÍA MILITAR Y SU APOORTE AL DESARROLLO NACIONAL	348	AL SERVICIO DE LOS CHILENOS
320	EL EJÉRCITO, LA AVIACIÓN MILITAR Y LA FUERZA AÉREA DE CHILE	338	EL EJÉRCITO EN EL TERRITORIO CHILENO ANTÁRTICO	356	EL EJÉRCITO Y LA CONSOLIDACIÓN TERRITORIAL DE LA REPÚBLICA
324	EL EJÉRCITO, LA FUNCIÓN POLICIAL Y LA FORMACIÓN DE CARABINEROS DE CHILE				

364	MIRANDO AL FUTURO
-----	-------------------

370	BIBLIOGRAFIA
-----	--------------

380	FUENTES ICONOGRÁFICAS
-----	-----------------------

382	CRÉDITOS
-----	----------

PRESENTACIÓN

La historia de muchos países de América está fuertemente enlazada con la historia de sus respectivos ejércitos, ya que fue la capacidad militar la que permitió el desarrollo y la supervivencia de los diferentes Estados. Sin embargo, son pocos los países en los que esta vinculación ha sido tan estrecha como en el caso nacional. Por ello es que no es de extrañar que en 1915 el legislador fijara el día 19 de septiembre para la celebración de las Glorias del Ejército, una fecha que no coincide con ninguna hazaña castrense, sino que corresponde al día siguiente de la conmemoración del aniversario de la asunción al poder de la Primera Junta de Gobierno, es decir, el día de la Patria independiente. Patria y Ejército quedaron así vinculados en una misma celebración, como clara expresión que la existencia del Estado chileno no se explica sin el aporte de su Ejército.

El relato y estudio de este prolongado sincretismo —sociedad, Estado y ejército— ha sido un fascinante trabajo para decenas de historiadores. El registro más temprano corresponde al extraordinario poema épico de Alonso de Ercilla, “La Araucana”, en cuyas estrofas rinde homenaje a los guerreros hispanos y a los guerreros de Arauco. Son tan impactantes esos versos escritos en octavas reales, que las páginas de



este poema, publicadas en 1569, pueden ser tomadas como el acta de bautismo de la nación chilena, en la que se da cuenta del encuentro de dos pueblos que, siendo antagonistas, terminan unidos en su sangre. Fue por ello, que el poeta Pablo Neruda apodó laudatoriamente a su autor como “el inventor de Chile”.

Varias publicaciones han abordado la extraordinaria historia castrense de Chile en tiempos de la República, escritas por numerosos y destacados autores, tanto civiles como militares. Entre los primeros, no podemos dejar de mencionar a Diego Barros Arana con su monumental obra “Historia General de Chile”, así como también a Gonzalo Bulnes Pinto y su obra “Guerra del Pacífico”; a Benjamín Vicuña Mackenna, quien relató una buena parte de las campañas militares chilenas del siglo XIX y a Ramón Sotomayor Valdés, con su obra acerca de la campaña de 1837 en el marco de la Guerra contra la Confederación Perú-boliviana. En lo que a una historia más institucional se refiere, es necesario destacar “El Ejército de los chilenos” de Patricia Arancibia y otros autores, que fuera publicada en 2007.

Desde el mundo castrense no han sido pocos los que han escrito obras notables, entre las que destacan “Las Cuatro Campañas de la



Guerra del Pacífico”, del coronel Francisco Machuca, la “Historia Militar de la Guerra del Pacífico”, del coronel Guillermo Ekdahl y la “Historia Militar de Chile”, del general Indalicio Téllez. Más recientemente, se puede señalar la “Síntesis Histórico Militar de Chile” del general Agustín Toro y la “Historia Militar de Chile”, elaborada por la Academia de Historia Militar. Finalmente, la “Historia del Ejército de Chile”, en su segunda edición —también elaborada por la Academia de Historia Militar—, constituye la principal y más completa obra que aborda al Ejército en la forma de una historia institucional. Se trata de un prolijo y detallado aporte historiográfico, plasmado en cuatro tomos, que abarca desde el período hispánico hasta 2010. Año del bicentenario de la República y del Ejército.

Con el transcurso del tiempo, el Directorio de la Academia de Historia Militar detectó la necesidad de concebir una obra que fuese una verdadera carta de presentación del Ejército de Chile, la que, con un formato y un texto al alcance de todo lector, un diseño ágil, atractivo y profusamente ilustrado, permitiera exponer en forma compendiada y amena, los más de doscientos años de vida institucional.

Para ello, era indispensable tener acceso a los archivos institucio-



nales que permitieran la realización de una investigación documentada y rigurosa. Con ese fin, en el año 2014 se le presentó este proyecto al entonces comandante en jefe, quien le otorgó su completo apoyo y respaldo, los que se extendieron al asumir sus sucesores el mando en jefe de la Institución.

Fueron largos años de investigaciones y de trabajo editorial, los que permiten que hoy, sin asomo de soberbia, la Academia de Historia Militar —gracias al apoyo de la Compañía Minera Doña Inés de Collahuasi y del Banco de Crédito e Inversiones, quienes generosamente financiaron la impresión de este proyecto editorial acogido a la Ley de Donaciones Culturales— se enorgullezca de entregar al Ejército y a la sociedad chilena en general, este registro y descripción de la evolución que a lo largo de las diferentes épocas históricas, ha tenido el Ejército y, muy particularmente, de la contribución que ha efectuado a la seguridad y desarrollo del país.

Academia de Historia Militar

PRÓLOGO

El Ejército de Chile es, sin lugar a dudas, uno de los principales protagonistas de cada etapa de nuestra historia patria. Durante la dependencia de la corona española, correspondió a los valientes conquistadores, a la hueste indiana y a las milicias urbanas, antecesoras del ejército, la tarea de defender a las poblaciones de los ataques de los indios y de las incursiones de corsarios y piratas que amenazaban sus vidas y patrimonios. Aprobada la formación del ejército permanente, en 1603, a este correspondió igual tarea, lo que significó liberar a los vecinos de pueblos y ciudades de tan alta responsabilidad y destinar su tiempo y esfuerzo al cuidado de sus familias y a las tareas productivas y de progreso de la comunidad nacional. En el proceso de Independencia, fue el Ejército quien vertió su sangre en los campos de batalla para, finalmente, hacer a los chilenos dueños de su destino y formar parte de un pueblo libre y soberano.

Se me ha pedido escribir el prólogo de este libro, titulado "Ejército de Chile. Un recorrido por su Historia", al que quiero dar inicio con una explicación previa. He aceptado este serio desafío sin ser mi especialidad la historia militar, porque

comprendo que quienes me hacen este señalado honor más que buscar un autor calificado, han pensado en mi condición de Presidente de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, benemérita institución fundada en 1839 por hombres preclaros y refundada en 1911 por don Enrique Matta Vial, cuya revista contiene más de un centenar de artículos de historia militar, de muy prestigiosos autores, que cubren íntegramente la trayectoria del Ejército. Estos ensayos se encuentran clasificados así: Guerra de Arauco, Guerra de la Independencia, Guerra contra la Confederación Perú-boliviana, Guerra contra España, Guerra del Pacífico, Plazas Fuertes, e Institutos militares; y son una cantera de riquísima información.

Este libro es, como dice su título, un recorrido libre por diversos temas vinculados al Ejército de Chile, que marca los hitos más significativos de su noble acción al servicio a la patria, como protagonista de muchos episodios de su historia, sin pretender cubrirlos todos.

Su medio centenar de temas monográficos, agrupados en siete grandes capítulos, se deben a diversos autores, con distintos grados de espe-



cialidad. La forma de exponer las materias de su contenido, en mi opinión, es la adecuada, si se tiene en cuenta el propósito que es el de ilustrar a la ciudadanía sobre el quehacer del Ejército en cada una de las etapas en pos del desarrollo nacional, destacando las necesarias adecuaciones que ha debido enfrentar en cada una de ellas.

Procedo, a continuación, a hacer algunos comentarios sobre aspectos generales y específicos del contenido de este libro, que creo debieran ser útiles a lectores, que, como yo, puedan no estar habituados a los temas de historia militar.

El capítulo I contiene información útil y apretada de cómo funcionó el proceso de la conquista de América por España. Ella se logró, no por la invasión armada de una nación poderosa, sino por la iniciativa privada. La corona de Castilla no emprendió la conquista y explotación por su propia cuenta. Se hallaba carente de recursos para equipar las expediciones y afrontar su posible fracaso. Prefirió aceptar el ofrecimiento de particulares para realizar las empresas a su costa, y celebró con ellos capitulaciones para reglar jurídicamente los nuevos descubrimientos y las concesiones que se

les entregaban. Este sistema, si bien trajo consigo la incorporación de grandes territorios, sin desembolso para la corona, favoreció la perpetración de abusos de los conquistadores contra los indios, como los que denunció a su tiempo el padre Las Casas. Las capitulaciones eran contratos celebrados entre la corona y particulares para la ejecución de una determinada empresa, con mención de la licencia real, estipulando el compromiso del beneficiado de correr con todos los gastos, y la corona de recompensarle si cumplía con la obligación contraída. Era un contrato bilateral y condicional. Además de las capitulaciones se utilizaron las instrucciones, que eran un verdadero mandato, pues delegaban en los jefes de misión la jurisdicción civil, criminal y militar, para facilitar la disciplina de su hueste.

La conquista de Chile fue realizada por Pedro de Valdivia tras obtener la licencia de Pizarro en 1539, lo que le permitió ostentar el título de Teniente de Gobernador y, como tal, representar a la corona, bajo la inmediata dependencia de la autoridad del Perú. Además, debió actuar como empresario particular y afrontar la totalidad de los



gastos de la expedición, obligándolo a la formación de diversas compañías, con Pedro Sánchez de Hoz, Francisco Martínez, Alonso de Monroy y Cristóbal de la Peña, entre otros, que le ayudaron a financiar la aventura.

Se introdujo en el territorio de su concesión, fundó Santiago y echó las bases de la nación chilena. Tras lo dicho debería entenderse que Chile jamás fue una colonia de España, sino una provincia ultramarina de la corona de Castilla.

Cabe agregar que Castilla adquirió el dominio de las tierras americanas por la acción descubridora de un marino genovés llamado Cristóbal Colón y por la posterior donación pontificia del Papa Alejandro VI y sus bulas "Inter Caetera", destinadas a la cristianización de los naturales. Se debe tener presente que en la Edad Media se abrió camino a la doctrina que atribuía al Papa un dominio temporal universal. Como consecuencia de ello, el Pontífice podía transferir a un príncipe cristiano la soberanía de territorios dominados por paganos. Así, en 1344, Clemente VI concedió a Luis de la Cerda la soberanía de las Islas Canarias y Martín V donó a los reyes de Portugal, en 1420, los territorios al sur del cabo Bojador hasta la India, con el encargo de propender a la conversión de sus

habitantes. Los papas siguientes, Eugenio IV, Nicolás V y Calixto III, confirmaron estas donaciones a los monarcas portugueses.

Durante el siglo XVI, para la defensa del territorio y del vecindario, ante la posible agresión de indígenas, piratas, corsarios y enemigos de la corona, no existió un ejército profesional. Cada poblador tuvo, como leal vasallo de Su Majestad, el deber de resguardar y defender el patrimonio real, al tiempo que el propio. Solo después de la batalla de Curalaba que costó la vida del gobernador Martín García Oñez de Loyola, su sucesor, el gobernador Alonso de Ribera, solicitó y obtuvo la autorización real para que en Chile hubiera un ejército permanente, pagado desde el virreinato del Perú, para combatir a los araucanos y enemigos del reino.

Lo que he dicho antes, de ser el reino de Chile una dependencia del monarca y no del Estado español, es lo que explica que, al ser apresado en Francia el rey Fernando VII por el emperador Napoleón, en 1808, las provincias metropolitanas de España dieran vida a juntas locales de gobierno para defender los derechos del rey cautivo y, después, fueran seguidas por las americanas con el mismo propósito. No existió, pues, ningún atisbo

de independencia en el Cabildo abierto del 18 de septiembre de 1810, sino, por el contrario, una expresión de decidido vasallaje al monarca Fernando VII, por lo cual resulta paradójico que los chilenos celebremos ese día como el de nuestra soberanía y no el de la Declaración de nuestra independencia política que debió ser el día 1 de enero de 1818, si hemos de dar crédito a lo expresado por nuestro máximo prócer don Bernardo O'Higgins, que así lo dice reiteradamente. En consecuencia, durante el período de 1810 a 1814, llamado por los historiadores como de la Patria Vieja, el Ejército siguió siendo un ejército real, aunque ya empiezan a manifestarse las ideas de autonomía que dividen a la ciudadanía, con dos líderes antagónicos, Bernardo O'Higgins y José Miguel Carrera, quienes se disputan el poder y llevan al país a la desastrosa batalla de Rancagua, los días 1 y 2 de octubre de 1814, lo que significó el exilio a Mendoza de los patriotas chilenos y el restablecimiento en el país del régimen absolutista monárquico. Aquí cabe destacar la ayuda prestada por Chile al gobierno de Buenos Aires en 1811, con el envío de una división auxiliar de 300 hombres de la guarnición de Concepción al mando del teniente coronel Pedro Andrés del Alcázar ante el peligro de una invasión realista, más un contingente de reclutas reunidos en Santiago y sus alrededores por los agentes enviados desde las Provincias Unidas, Antonio Álvarez Jonte y Manuel Dorrego. Ello se trata en el capítulo III titulado "El aporte del Ejército a la Emancipación Americana".

Con la ayuda del gobernador de Cuyo, coronel mayor José de San Martín, el cual formaba un ejército para pasar, inicialmente, a Chile y después al

Perú —el llamado Ejército de los Andes— en cumplimiento a un plan que permitiese acabar de un golpe con el poder de España en la región, parte de los exiliados chilenos se incorporaron al mismo, con el fin de contribuir a la liberación de su patria sometida. Destacan entre ellos el propio O'Higgins, Zenteno, Freire, López, Vial, Ribera, Calderón y otros. Todo es descrito con precisión en las páginas de este libro.

En enero de 1817 se inició la notable hazaña del cruce de la cordillera por el Ejército de los Andes, compuesto por unos 4000 hombres que hicieron la travesía por diversos puntos.

Después de la batalla de Chacabuco, San Martín creyó que la independencia de Chile estaba consolidada y envió hacia el sur una división insuficiente, al mando de Juan Gregorio de Las Heras, en persecución de una parte del derrotado ejército realista, comandada por el coronel José Ordóñez. A pesar de diversos tropiezos, la división Las Heras ocupó Concepción y obtuvo los triunfos de Curapaligüe y Cerro Gavilán. O'Higgins, llegado antes a Concepción, había asumido el mando y tras los frustrados asaltos a Talcahuano, resolvió emprender la marcha hacia el norte, en previsión de un desembarco realista en los puertos de la zona central del país, no sin antes declarar la independencia de Chile, de un modo bastante informal, con la firma de un papel en la superficie de un tambor, para ser lanzado sobre las empalizadas de Talcahuano, haciendo saber a sus ocupantes que Chile era una nación soberana en lucha por su independencia, y no solo una provincia alzada contra el poder de la

metrópoli, como alguien podría pensar. La proclamación y jura se hizo en la plaza de Concepción, por las tropas y el vecindario, ese mismo día, aunque después se hizo en todas las ciudades y pueblos del país. En Santiago, la ceremonia de proclamación y jura fue el 12 de febrero de 1818, primer aniversario de la batalla de Chacabuco, y esa fecha ha quedado como la oficial de nuestra independencia.

La obra que aquí se prologa, tiene un carácter misceláneo y no pretende narrar todos los hechos de la historia militar, sino los más destacados. Creo que los que señalo, lo son. En lo que sigue me limito a hacer algunos comentarios, referidos a cada capítulo del libro.

Un capítulo interesante está destinado a los primeros años de la República y el papel fundamental que en ellos cumplió el Ejército. La fundación de la Escuela Militar para la formación de oficiales, la creación de la Escuadra Nacional, la preparación y zarpe de la Expedición Libertadora del Perú, la lucha contra la guerrilla y la resistencia realista, en sus últimos enclaves de Valdivia y Chiloé, son aspectos insoslayables de la historia patria en los que cupo al Ejército un necesario protagonismo. Cabe agregar que tras el Acta de Rancagua el Ejército de los Andes quedó disuelto y sus efectivos pasaron al servicio de Chile. El Director Supremo resolvió dar el nombre de Ejército Libertador del Perú, al que surgió de la alianza de los ejércitos de Chile y de los Andes, antes de embarcarlo al norte en los buques de la Escuadra al mando del notable marino británico Lord Thomas A. Cochrane.

General en jefe de este Ejército, nombrado por Chile, fue el general San Martín, quien permaneció en el cargo hasta asumir el protectorado del Perú. Su sucesor, también nominado por el gobierno de Chile, fue el general Juan Gregorio de Las Heras.

El capítulo destinado a “La defensa de la patria más allá de sus fronteras”, contiene una síntesis de lo que fueron las guerras que enfrentó a Chile con la Confederación Perú-boliviana (1836-1839), frente a España (1865-1866), y contra Perú y Bolivia en la Guerra del Pacífico (1879-1884). La importancia de la primera de estas guerras, aparte de acabar con el evidente riesgo de pretender ser incluidos en el ambicioso proyecto del mariscal Santa Cruz, a mi juicio significó extender a toda la población de Chile hondos sentimientos de nacionalidad, antes débiles o inexistentes. Nuestra Guerra de Independencia —mejor llamada revolución— involucró solo a la clase dirigente, dividida en monárquicos y republicanos. Los sectores populares, ahora en íntima relación con sus antiguos patrones, compartiendo penurias en los cuarteles y en los campos de batalla, lejos de sus familias, recibieron el contagio del amor patrio y se integraron a la chilenidad, para no abandonarla jamás. Muchos autores reconocen este efecto de la batalla de Yungay en el alma de nuestro pueblo. Este es otro motivo de gratitud al Ejército, que fue, es y será lugar de encuentro para todos los chilenos y guardador de nuestro patrimonio espiritual. La síntesis de estos conflictos que llevaron a las armas nacionales más allá de las fronteras, está hecha con precisión, destacando las diversas

campañas y la acción de sus héroes protagónicos que merecen ser inscritos con letras de oro en los anales de la Patria.

También este libro incluye un capítulo destinado a “Las luchas y disputas entre compatriotas”, que contiene noticias sobre la guerra civil de 1829, en que el Ejército vencedor en Ochagavía y Lircay abrió camino a los cuatro decenios de gobiernos de los generales Joaquín Prieto y Manuel Bulnes, y de los civiles Manuel Montt y José Joaquín Pérez, que elevaron el prestigio de Chile como país de orden y progreso, mientras que el resto de nuestra América se debatía entre el caudillismo y la anarquía. Este mismo capítulo trata la Guerra Civil de 1891 en que el Ejército se alineó mayoritariamente en defensa del Presidente de la República legítimamente elegido en las urnas, José Manuel Balmaceda, quien se quitó la vida en la legación argentina, después de las batallas de Concón y Placilla, y de la muerte de sus leales generales Barbosa y Alcérreca. Es poco sabido que Balmaceda permaneció asilado en la legación argentina por varios días, esperando la fecha del término de su mandato, y allí escribió una carta a su amigo Claudio Vicuña, que es su Testamento Político, en la que dice que esa medianoche dejará de ser el Presidente de Chile, y volverá a ser el ciudadano Balmaceda y podrá disponer libremente de su existencia terrena.

En el Capítulo VI, titulado “El Ejército y la actuación política en el siglo XX”, se trata de su reorganización después de la Guerra Civil de 1891, que lo dejó maltrecho. Fue un período de gran-

des transformaciones. La institucionalidad militar había quedado profundamente herida y, además, el contexto político del país se vio marcado por fuertes convulsiones sociales, como los enfrentamientos obreros de Iquique, en 1907; de Puerto Natales, en 1919; y de Magallanes, en 1920. También la oficialidad joven del Ejército se vio afectada por esta situación y, como consecuencia, la institución entró a participar en la actividad política, presionando al Parlamento. Tras la renuncia del presidente Alessandri, asumió el poder una junta de gobierno integrada por los generales Luis Altamirano, Juan Pablo Bennett y el almirante Francisco Nef. Poco después era sucedida por otra, conformada por el abogado Emilio Bello, el general Dartnell y el almirante Ward, que trajo de regreso al presidente Alessandri, quien tuvo desavenencias con su ministro, el coronel Carlos Ibáñez y volvió a abandonar el mando. Convocada la ciudadanía a una nueva elección presidencial, resultó electo Ibáñez con un 98% de los votos y sin competidor. Su gobierno, que se extendió entre 1927 y 1931, mostró interesantes realizaciones, y fue depuesto por fuertes manifestaciones callejeras. El breve gobierno siguiente, de Juan Esteban Montero, dio paso a la llamada República Socialista, en la que tuvo destacada participación el coronel Marmaduke Grove. Fue un período de gran inestabilidad política, económica y social, con la instalación en el poder de juntas y presidencias, hasta que asumió el general Bartolomé Blanche como presidente provisorio y terminó por entregar la primera magistratura al presidente de



la Corte Suprema, lo que puso fin a esta etapa de anarquía. En las elecciones de 1932 resultó electo nuevamente para presidente don Arturo Alessandri, lo que significó volver a la normalidad democrática y a la vigencia de la Constitución de 1925.

También en este capítulo se trata con bastante objetividad la intervención de las Fuerzas Armadas que condujo al derrocamiento del presidente Salvador Allende, en 1973, y a la instalación de un régimen excepcional de gobierno, con el quiebre de las normas de nuestra Constitución Política, que parecía ser el único camino posible para sacar al país del caos en que se encontraba, rota la convivencia ciudadana por el odio, el temor y la violencia.

El comandante en jefe del Ejército, general Carlos Prats, renunció a su cargo en agosto de 1973 y asumió el general Augusto Pinochet. El mismo día, la Cámara de Diputados declaraba que el presidente Allende había trasgredido gravemente la Constitución. El 11 de septiembre se produjo la ruptura del orden constitucional y asumió el gobierno una junta compuesta por los comandantes en jefe del Ejército, Armada y Fuerza Aérea, más

el director general de Carabineros de Chile. Este libro señala que historiadores de muy diversas tendencias consideran como causas directas del quiebre constitucional, las luchas ideológicas de la Guerra Fría, la aceptación de la violencia como instrumento político, la existencia en el país de organizaciones paramilitares extranjeras, la falta de voluntad de diálogo y, en definitiva, la pérdida de toda posibilidad de entendimiento entre los sectores extremos en que estaba dividida la sociedad chilena, generando una profunda crisis política e institucional, sin más salida que la intervención de los institutos castrenses. Reconoce el libro que el régimen cívico-militar presidido por el comandante en jefe del Ejército se extendió más allá de lo previsto inicialmente ya que fue necesario dictar una nueva Constitución Política, la implantación de un sistema económico liberal y la realización de una serie de reformas estructurales.

En 1988, el gobierno, de acuerdo al cronograma establecido en la Constitución, llamó a un plebiscito para definir la continuidad de Pinochet en el mando de la Nación y, ante su derrota, procedió a convocar a elecciones, las que ganó Patricio Aylwin, volviendo el país a la vía democrática.

Cabe agregar que este libro incluye dos páginas con reflexiones acerca de las violaciones a los derechos humanos del régimen militar, emanadas de sus máximas autoridades, que culminan con la siguiente frase: “El actual desafío de nuestra sociedad es enfrentar el futuro con unidad, asumiendo con profundo sentido de crítica los errores y dolores del pasado común, velando por que “nunca más” se generen las condiciones que a lo largo de nuestra historia han propiciado los quiebres de la democracia o la división entre los chilenos. Al revisar este capítulo que nos habla de luchas y disputas internas, debemos coincidir que el Ejército no debe ser actor de la vida política partidista nacional, ni alinearse con un sector de la misma. Somos todos, civiles y militares, los llamados a cuidar y mantener al Ejército —que tantas glorias le ha dado al país—, alejado de las legítimas diferencias políticas que puedan existir en la sociedad. El Ejército debe siempre ser de todos los chilenos.”

En los capítulos siguientes del libro, hay importantes noticias sobre las reformas de más significación que ha sufrido la institución para llegar a su actual estructura. Allí se menciona su adaptación al cambio de siglo, la modernización en el reclutamiento, la reforma de 1906, las crisis vecinales, la mantención de la paz en el conflicto con Argentina, la movilización de 1920, la crisis con el Perú, la cooperación internacional, las agregadurías militares, las misiones militares en América Latina, la contribución de nuestro Ejército a la seguridad y a la paz internacional, su quehacer en el aspecto humanitario, y la inclusión de la mujer en

su acción. En el capítulo final, se tocan aspectos como su contribución a otras instituciones, como la Armada, Fuerza Aérea, y Carabineros de Chile, su relación con el deporte, la ingeniería militar y su aporte al desarrollo nacional, y, en suma, su compromiso de servir a Chile y los chilenos. Son todos temas de gran interés, cuya sola mención incita a su lectura y a meditar con gratitud sobre el extraordinario aporte que el Ejército de Chile ha brindado a nuestra Patria en cada una de las etapas de su desarrollo como nación.

Para terminar, solo corresponde señalar que el Ejército de Chile ha sabido enfrentar siempre con solvencia y valor sus altas responsabilidades de protector de la chilenidad, cada vez que esta se vio amenazada por el enemigo. Regó con la sangre de sus hombres los campos de batalla. Sin duda, se cometieron errores bajo el gobierno de las Fuerzas Armadas, como en toda institución integrada por seres humanos, pero, su secular y abnegada actuación al servicio de Chile, narrada en este libro, merece todo nuestro respeto y gratitud. ¡Al Ejército de Chile nuestro homenaje!



Sergio Martínez Baeza

*Presidente de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía
Miembro Honorario de la Academia de Historia Militar*

Santiago, mayo de 2019

GRANDES HITOS EN LA HISTORIA DEL EJÉRCITO DE CHILE



"Descubrimiento de Chile", de Fray Pedro Subercaseaux, 1913.
Congreso Nacional

"El joven Lautaro", de Fray Pedro Subercaseaux, 1948.
Comandancia en Jefe del Ejército

1536

21 de marzo



DESCUBRIMIENTO
DE CHILE

*El capitán Diego de Almagro
llega al valle del "Aconcagua"*

1541

12 de febrero



FUNDACIÓN DE
SANTIAGO

*Pedro de Valdivia funda Santiago
de la Nueva Extremadura en el
valle del río Mapocho*

1553

25 de diciembre



BATALLA DE
TUCAPEL

*Lautaro derrota a las
fuerzas españolas y muere
Pedro de Valdivia*

1603

enero



CREACIÓN DEL EJÉRCITO
PERMANENTE DEL REINO

*El gobernador Alonso de Ribera
organiza la primera fuerza militar de
este género en América*



Homenaje Batalla de Chacabuco 1810-1910.
Gentileza de Correos de Chile



Medalla de conmemoración del centenario
de la Batalla de Maipú, 1910

1817

12 de febrero



BATALLA DE
CHACABUCO

*Importante derrota realista
infligida por el Ejército de los
Andes al mando del general
José de San Martín*

1817

16 de marzo



CREACIÓN DE LA
ACADEMIA MILITAR

*El director supremo
Bernardo O'Higgins crea el
primer instituto de educación
militar de Chile*

1818

5 de abril



BATALLA
DE MAIPÚ

*Los patriotas al mando del
general San Martín derrotan al
general Osorio consolidando la
independencia de Chile*

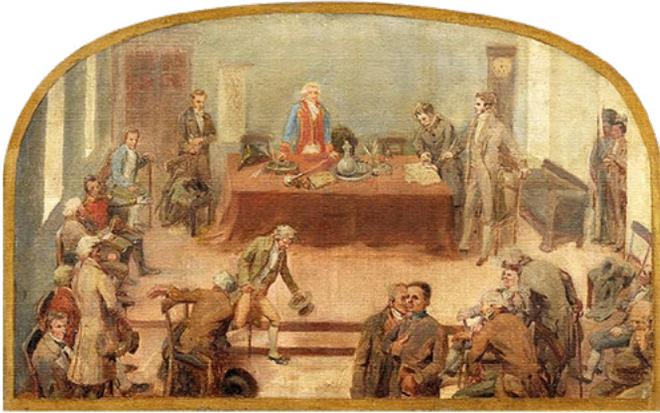
1820

20 de agosto



EXPEDICIÓN
LIBERTADORA

*Zarpe de la Expedición
Libertadora al Perú, al mando
del general San Martín*



"Primera Junta de Gobierno", de Nicolás Guzmán Bustamante, 1889.
Museo Histórico Nacional



"Últimos momentos en Rancagua", de Fray Pedro Subercaseaux, 1944.
Comandancia en Jefe del Ejército

1768



**ORDENANZA MILITAR
DE CARLOS III**

El rey Carlos III promulga las Reales Ordenanzas para sus ejércitos. Este texto será la base de la posterior Ordenanza General del Ejército de 1839

1810

18 de septiembre



**PRIMERA JUNTA DE
GOBIERNO**

Se crea la Junta de Gobierno de Chile, con don Mateo de Toro y Zambrano como su presidente

1810

2 de diciembre



**CREACIÓN DE LAS PRIMERAS
UNIDADES DE LÍNEA DEL
EJÉRCITO DE LA REPÚBLICA**

La Junta de Gobierno crea un batallón de infantería, dos escuadrones de caballería y cuatro compañías de artillería

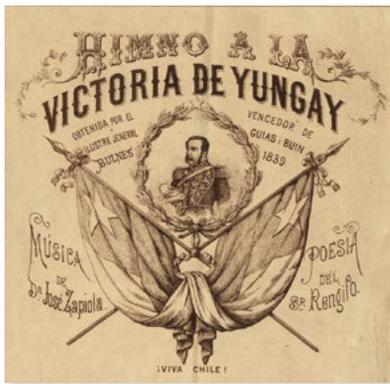
1814

1 y 2 de octubre



**BATALLA DE
RANCAGUA**

El brigadier Mariano Osorio derrota a las fuerzas patriotas, lo que marca el fin de la Patria Vieja



"Himno a la victoria de Yungay",
música de José Zapiola y letra de Ramón Rengifo, 1839



Formación del Batallón 3° de Línea en la plaza Colón de Antofagasta, 1879
Colección Museo Histórico Nacional

1830

17 de abril



**BATALLA
DE LIRCAY**

El general Joaquín Prieto derrota a las fuerzas del general Ramón Freire poniendo fin a la guerra civil con el triunfo de los conservadores (pelucones)

1839

20 de enero



**BATALLA
DE YUNGAY**

Triunfo definitivo del general Manuel Bulnes sobre las fuerzas de la Confederación Perú-boliviana

1879

14 de febrero



**OCUPACIÓN DE
ANTOFAGASTA**

Tropas chilenas ocupan el puerto por incumplimiento del Tratado de 1874 por parte de Bolivia

1880

7 de junio



**ASALTO Y TOMA DEL
MORRO DE ARICA**

Después de la victoria en la batalla de Tacna, el 26 de mayo, las fuerzas chilenas al mando del coronel Pedro Lagos toman el morro en 55 minutos

GRANDES HITOS EN LA HISTORIA DEL EJÉRCITO DE CHILE



Condecoración de oficiales y suboficiales participantes en la Campaña de Lima



Condecoración de oficiales y suboficiales participantes en la Batalla de Huamachuco



1881

13 y 15 de enero

BATALLAS DE CHORRILLOS Y MIRAFLORES

Derrota del Ejército peruano al mando de Nicolás de Piérola. Las fuerzas chilenas ocupan Lima

1882

9 y 10 de julio

COMBATE DE LA CONCEPCIÓN

77 soldados chilenos, al mando del capitán Ignacio Carrera Pinto, entregan sus vidas en el cumplimiento de su deber

1883

10 de julio

BATALLA DE HUAMACHUCO

Triunfo chileno que pone fin a las acciones bélicas de relevancia durante la Guerra del Pacífico

1886

9 de septiembre

CREACIÓN DE LA ACADEMIA DE GUERRA

Por influencia del teniente coronel Emilio Körner, se crea el instituto formador de los oficiales de Estado Mayor



Presilla de General de Ejército, correspondiente al Comandante en Jefe



1924-1925

MOVIMIENTOS MILITARES

Intervenciones militares en la marcha política del país que ponen fin al régimen parlamentario de gobierno

1931

27 de abril

COMANDANCIA EN JEFE

Se crea por Decreto Supremo la Comandancia en Jefe del Ejército. Se inicia el mando centralizado de la Institución

1973

11 de septiembre

QUIEBRE DE LA DEMOCRACIA

Las Fuerzas Armadas y de Orden asumen el gobierno del país

1974

CRISIS CON EL PERÚ

Se produce una importante crisis con el Perú, la cual se prolonga por más de un año y que implicó la concentración de fuerzas en la frontera norte



Portada diario El Ferrocarril, informando el término de la Guerra Civil de 1891. Colección Biblioteca Nacional de Chile



Integrantes del Regimiento Coraceros hacia 1911. Colección Museo Histórico Nacional

1891

21 y 28 de agosto

BATALLAS DE CONCÓN Y PLACILLA

Las fuerzas congresistas derrotan de forma definitiva al ejército del gobierno durante la Revolución de 1891

1900

5 de septiembre

SERVICIO MILITAR OBLIGATORIO

Promulgación de la Ley de Reclutas y Reemplazos del Ejército y Armada, que crea el Servicio Militar Obligatorio

1906

12 de mayo

GRAN REFORMA MILITAR

El Ejército se organiza en divisiones. Las unidades militares dejan de depender de los intendentes y gobernadores

1913

11 de febrero

AVIACIÓN MILITAR

Se crea la Escuela de Aeronáutica Militar, pionera de la aviación en Sudamérica



"Ejército de Chile, 200 años al servicio de la patria", 2010. Gentileza de Correos de Chile

1978

CRISIS CON ARGENTINA

Crisis internacional que terminó con la mediación del Santo Padre y la firma del Tratado de Paz y Amistad

1990

REINICIO DE LA VIDA DEMOCRÁTICA DEL PAÍS

Patricio Aylwin Azócar asume la Presidencia de la República

2004

DESPLIEGUE INTERNACIONAL

Despliegue de las fuerzas de paz del batallón "Chile" en Haití

2010

BICENTENARIO DE LA REPÚBLICA

Se conmemoran los doscientos años de vida independiente del país y de la creación del Ejército republicano



I

LAS BASES FUNDACIONALES DEL EJÉRCITO



MAPA DE UNA PARTE DE CHILE,
QUE COMPREHENDE EL TERRENO
DONDE PASARON LOS FAMOSOS HECHOS
entre
ESPAÑOLES Y ARAUCANOS.

COMPUERTO POR EL MAPA MANUSCRITO DE PONCHO CHILIANO:
 Por Don Tomás López,
 Geógrafo de los Dominios de S. M. de las Reales Academias de S. Fernando, S. Carlos, S. Bartolomé de las Llamas, y de la de Buenas Letras de Sevilla.
 Madrid, año de 1777.

MAR DEL SUR

- Explicacion de las señales.
- Ciudad.
 - Ciudad ruinada.
 - Villa.
 - Parroquia.
 - Misión.
 - Pueblo de Indios.
 - Nacencia de Religiosos.
 - Nacencia de Particulares.
 - Alojamiento en despopulado.
 - Fortaleza.
 - Fortaleza destruida.
 - Sitio donde se dió Batalla.
 - Precipicio.
 - M. Minerales.
 - Camino.
 - Surgidero.
 - Arrecife.
 - Baxos.

Mapa de la frontera entre españoles y araucanos, por Tomás López de Vargas y José Toribio Medina, 1777. Colección Biblioteca Nacional de Chile

LOS INDÍGENAS DE CHILE Y SU VALOR INDÓMITO

El territorio de lo que más tarde sería la Capitanía General de Chile, se extendía desde el despoblado de Atacama hasta el confín antártico, abarcando también las islas adyacentes al continente. Al otro lado de Los Andes, comprendía a la provincia de Cuyo y toda su prolongación hacia el sur. En dicho territorio, entre el río Choapa y el archipiélago de Chiloé, desde mucho antes de la llegada de los europeos se habían asentado grupos de personas que compartían cierta identidad cultural, expresada en una misma lengua, en la práctica de similares formas religiosas y en una propia cosmovisión del mundo, pero sin cohesión política.

Al ocurrir el encuentro entre los españoles y las tribus amerindias, estas se encontraban en pleno proceso de transición desde la fase de vida nómada a formas cada vez más sedentarias, provocadas por la práctica de una incipiente agricultura y por la crianza de una ganadería de auquénidos, aunque sin abandonar la ancestral tendencia cazadora y recolectora.



Antigua representación de indios araucanos.
George MarcGrave, 1648

Cultivaban maíz, papas, frejoles, ají, madi y quinoa; cuidaban pequeños rebaños de llamas y mantenían algunas aves de corral; recolectaban diversas clases de tallos, semillas y raíces, y cazaban guanacos, huemules, zorros, pumas y aves, al mismo tiempo que practicaban la pesca en el mar y en los ríos.

Solían habitar en rucas espaciosas, ovaladas o rectangulares, de paredes hechas de troncos fuertemente amarrados y de techo confeccio-



Indígena ilustrado por Vittorio di Girolamo para la edición de lujo del poema "La Araucana". Casa de Moneda de Chile, 1983

nado con ramas de árboles y hojas embarradas, las que tenían una o varias puertas y una o más aberturas en el techo que permitían la salida del humo proveniente de los fogones que ardían en el interior. No formaban aldeas sino comunidades de familias, constituidas por el padre y sus mujeres, sus hijos y las suyas, sus vástagos solteros, sus nietos y los parientes femeninos que no se habían emparejado.

No reconocían más autoridad que la de sus propios jefes de familia y estos, a su vez, solo se sentían ligados por fuertes lazos de observancia religiosa con el pariente más anciano del linaje, el lonko, quien reunía una mayor y más completa red de parentescos consanguíneos. Practicaban la poligamia, pero solo los que tenían capacidad económica y podían mantener más de una mujer.

El norte del territorio ocupado por estos grupos se encontraba sometido al imperio de los Incas, que varios decenios antes habían iniciado la conquista de ese territorio. Primero habían ocupado la región entre los ríos Loa y Choapa, y más tarde dominaron hasta el valle del Maipo. Desde allí, el inca Huaina Capac decidió avanzar hacia el sur, donde llegaron "conquistando los valles y naciones que hay hasta el río Maulli...", relata Garcilaso Inca de la Vega en sus Comentarios Reales de los Incas.

Tomada la decisión de penetrar el territorio de los indígenas, enviaron mensajes a los habitantes de la zona para que aceptasen, según el mismo autor, al "Inca por señor o se apercibiesen a las armas". Ellos, respondieron que los vencedores serían señores de los vencidos y que muy presto



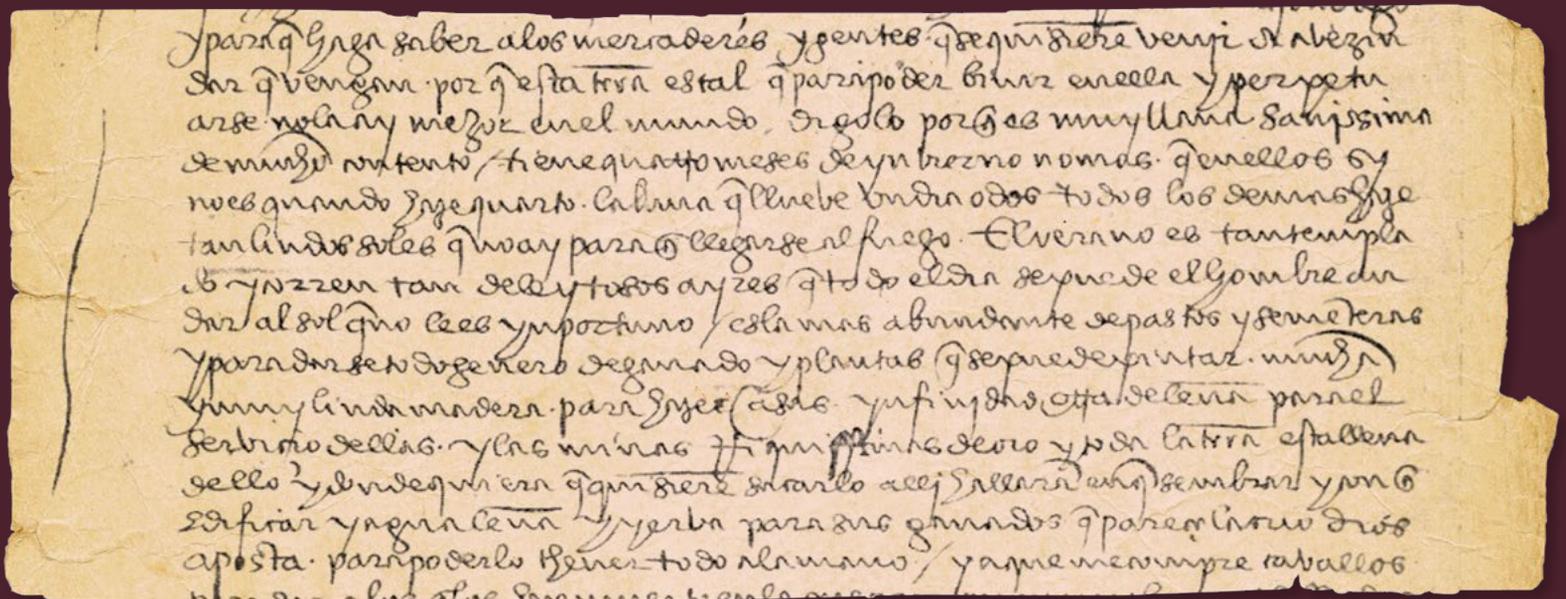
"Descubrimiento de Chile por Diego de Almagro", de Fray Pedro Subercaseaux, 1913.
Congreso Nacional

verían los incas de qué manera los obedecían los purumaucas. Tres o cuatro días después de la respuesta, los purumaucas y sus aliados, en número cercano a los veinte mil hombres de guerra, se pusieron a la vista de los enemigos y, aunque se les enviaron nuevos requerimientos de paz, los naturales de Chile contestaron que estaban resueltos a pelear hasta vencer o morir y que el próximo día sería la batalla. Después de aquellos días, los indígenas volvieron a sus tierras cantando victoria y los incas resolvieron quedarse ahí, sin traspasar el río Maule, límite meridional de su imperio.

Años después, producida la llegada de los europeos al Perú y sometido el inca y sus ejércitos,

Diego de Almagro, seducido por los indios peruanos que relataban la existencia de enormes riquezas, emprendió una expedición de reconocimiento y conquista a Chile, en busca del oro y de la gloria. Sin embargo, no encontró la abundancia de oro que los peruanos le habían anunciado y la gloria que podría haberle ocasionado la fundación de una nueva nación quedó postergada y se ungió, más tarde, en la cabeza de otro gran personaje.

La penetración castellana en este territorio, iniciada el 3 de julio de 1535 por Almagro, se realizó sin mayores contratiempos desde el valle de Copiapó hasta el valle de Aconcagua. El 4 de junio de 1536, Almagro asentó su campo en dicho valle



Fragmento de carta de Pedro de Valdivia dirigida al rey Carlos I de España, fechada el 4 de septiembre de 1545

y, aunque se dio cuenta de que la tierra no era rica en el ansiado mineral, decidió enviar una pequeña expedición de reconocimiento hacia el sur.

Para llevar adelante la empresa comisionó a uno de sus mejores oficiales, el capitán Gómez de Alvarado, quien, en el mes de julio de 1536, al mando de setenta hombres cruzó el Maipo y avanzó por la tierra de los purumaucas, acampando en la ribera norte del río Maule.

La sola visión del europeo debió haber sido impresionante para los aborígenes si se piensa en las notables diferencias que debieron observar sus inteligentes ojos. Los veían blancos y barbados; altos en sus caballos, de vestiduras relucientes que arrancaban destellos a la luz del sol. Por todo ello, los consideraron imponentes, misteriosos y, probablemente, casi inmortales.

Semidioses, pero no dioses, gracias a que una afortunada pedrada lanzada por un indígena en el Maule derribó a uno de esos seres extraños, mostrándoles con ello que eran semejantes. La noticia circuló por los campos y desde todos los rincones surgieron guerreros dispuestos a enfrentar al invasor. Gómez de Alvarado ya no tuvo tranquilidad en su avance. Al duro esfuerzo de atravesar bosques y cruzar ríos y ciénagas, se añadió el que a su paso le salían al encuentro pequeños grupos armados que le ofrecían resistencia. De este modo llegó hasta la confluencia de los ríos Itata y Ñuble. Allí, en Reinohuelén, le aguardaba un nutrido contingente indígena y comprendió que debería librar combate contra enemigos que conocían de la guerra y que, además, dominaban el terreno que pisaban.

FRAGMENTO DE CARTA DE PEDRO DE VALDIVIA AL REY CARLOS I DE ESPAÑA

"[...] ; y para que haga saber a los mercaderes y gentes que se quisieren venir a avecindar, que vengan, porque esta tierra es tal, que para poder vivir en ella y perpetuarse no la hay mejor en el mundo; dígolo porque es muy llana, sanísima, de mucho contento; tiene cuatro meses de invierno no más, que en ellos, si no es cuando hace cuarto la luna, que llueve un día o dos, todos los demás hacen tan lindos soles, que no hay para qué llegarse al fuego. El verano es tan templado y corren tan deliciosos aires, que todo el día se puede el hombre andar al

sol, que no le es importuno. Es la más abundante de pastos y sementeras, y para darse todo género de ganado y plantas que se puede pintar; mucha y muy linda madera para hacer casas, infinidad otra de leña para el servicio dellas, y las minas riquísimas de oro, y toda la tierra está llena dello, y donde quiera que quisieren sacarlo allí hallarán en qué sembrar y con qué edificar y agua, leña y yerba para sus ganados, que parece la crió Dios a posta para poderlo tener todo a la mano; [...]"

La batalla se mantuvo indecisa por largo rato. El choque frontal de cuerpos desnudos contra el acero de las armaduras y las espadas, parecía no acabar. Al caer la noche, los nativos se retiraron dejando en el campo sus numerosos muertos. Alvarado, intimidado por la ferocidad mostrada por los indígenas, regresó al campamento de Almagro. Este combate constituirá el primer testimonio de la tenaz resistencia de un pueblo indómito.

La ausencia de riquezas y la ferocidad de los naturales, determinaron el regreso de Almagro al Cuzco. Desilusionados, extenuados y andrajosos, debieron haber causado tan fuerte impresión que los motejaron como "los rotos de Chile".

Más tarde, en 1540, será Pedro de Valdivia quien al incursionar sobre ese mismo territorio, conseguirá establecer una ciudad en el valle del

Mapocho y crear los cimientos de lo que sería una nueva nación. Su contingente fundacional era cercano a los 150 europeos, una mujer del mismo origen, 10 negros y unos 300 yanaconas.

No fue fácil la consolidación de la nueva urbe. En el mismo año de su fundación, Santiago fue asaltada por indígenas encabezados por Michimallonco, que intentaban liberar al curaca Quilacanta, ahí prisionero. El resultado del ataque fue la destrucción de la villa, la quema de las casas recién construidas y la pérdida de los bastimentos. También fue posible comprobar entonces la lealtad de los yanaconas peruanos, que no solo combatieron junto a los europeos, sino que también les enseñaron a sembrar y a sobrevivir en la pobreza.

Diez años más tarde, a inicios de 1550, Valdivia y sus compañeros penetraron en la región del

PEDRO DE VALDIVIA

Pedro de Valdivia



El capitán de conquista don Pedro de Valdivia nació en Castuera, Extremadura, alrededor del año 1497, en el seno de una familia hidalga, guerrera y empobrecida. Joven aún, se enroló en 1521 en el ejército real y participó con cierto brillo en acciones de guerra tanto en Flandes como en Italia, lo que le valió la obtención del grado de capitán de infantería. Vuelto a su tierra, contrajo matrimonio en 1525 con Marina Ortiz de Gaete, también de hidalga familia. Poco duró su estancia en el terruño familiar. En su ánimo se impuso el espíritu de aventura. Así fue como en 1535 abandonó la tierra y el cálido hogar formado con Marina, y se embarcó rumbo a Venezuela en compañía de Gerónimo de Alderete. Luego, siguió hacia el sur para en 1537 ponerse a las órdenes de Francisco de Pizarro en el Perú. Allí, sus relevantes dotes militares fueron descubiertas por el marqués, quien le brindó su confianza encargándole la conducción de sus tropas en la guerra civil que emprendía contra Diego de Almagro. El triunfo obtenido en la batalla de Las Salinas aumentó su prestigio y Pizarro lo premió concediéndole una mina de plata, y una rica encomienda en el valle de Porco (Potosí).

Un día en el que Pizarro visitaba las encomiendas de ese valle, Valdivia se presentó ante él y le hizo una petición insólita: permiso para ir a Chile e intentar la incorporación de esa tierra a los dominios del Rey. Pizarro quedó sorprendido y su primera reacción fue la de negarse frente a ese pedido, pues Valdivia era su mejor hombre y en Chile ya había fracasado el “Adelantado”. Pese a todo eso, su ánimo no desmayó y Valdivia insistió ante Pizarro hasta que, finalmente, se le otorgó el anhelado permiso.

La organización de la empresa fue una labor intensa, porque la mala opinión que se tenía de aquella tierra y la convicción de que su conquista era temeraria y difícil, le cerraron las puertas del crédito y le restaron hombres a la formación de la respectiva hueste. Las esperanzas parecían esfumarse pero la per-

severancia del capitán no fue derrotada. Poco a poco aparecieron las soluciones: primero fue el contrato firmado con el comerciante Francisco Martínez, quien aportó mercadería por \$9.827 a cambio de la mitad de las utilidades; y, posteriormente, fue la gradual integración a lo largo del camino de hombres procedentes de frustradas expediciones al altiplano, a los chunchos y chiriguano.

A comienzos de marzo de 1540, Valdivia salía del Cuzco con solo once soldados. Pasó por Arequipa, Moquegua y Tacna, y logró llegar hasta Tarapacá, pero en el camino solo pudo reclutar unos pocos hombres. Esperó con ánimo por refuerzos, lo que se vio recompensado cuando grupos de hombres empezaron a unírsele: Rodrigo de Araya llegó con dieciséis compañeros y, poco después, Francisco de Villagra lo hacía con setenta más.

La columna —ahora integrada por 110 personas— marchó hacia Atacama, donde le esperaba Francisco de Aguirre con veinticinco refuerzos que se sumaron a la hueste; y, después de dos meses en la zona, el grupo caminó a Copiapó, donde, superando las hostilidades, tomó posesión de la tierra a nombre del Rey y del marqués Pizarro, dándole el nombre de Nueva Extremadura.

En diciembre de 1540 se hallaba a la vista del valle del Mapocho, lugar acerca del cual había oído hablar. Tenía un suelo fértil, regado por acequias construidas por los incas y protegido para su defensa por el cerro Huelén y los brazos del río. Por ello, el 12 de febrero de 1541 decretó la fundación de una ciudad en ese lugar, a la cual dio el nombre de Santiago del Nuevo Extremo.

Valdivia fue primero teniente de gobernador de Francisco de Pizarro y, con posterioridad y por mandato de un cabildo abierto, fue elegido gobernador por el pueblo de Santiago. Poco tiempo después, la nueva ciudad era asediada por los indígenas de la comarca al

mando de Michimalonco; estos últimos fueron rechazados, pero la nueva población quedó destruida y los españoles debieron soportar penurias, hasta que dos años después recibieron socorros desde el Perú.

Valdivia salió de Santiago en febrero de 1546 con sesenta jinetes y decidido a emprender la conquista del extenso territorio. Al aproximarse al río Biobío comenzaron los primeros enfrentamientos con los araucanos. Luego de esta primera expedición regresó a Santiago y poco tiempo después viajó al Perú para ayudar a combatir la rebelión dirigida por Gonzalo Pizarro.

En 1549 ya estaba de vuelta en Chile y en enero del año siguiente volvió a salir de Santiago rumbo al sur. En esta larga expedición fundó las ciudades de Concepción, La Imperial y Valdivia, y envió a Jerónimo de Alderete a fundar Villarrica. Logró llegar hasta el seno de Reloncaví y divisó la isla de Chiloé. En octubre de 1552 estaba de vuelta en Santiago.

En el año siguiente se hizo sentir muy fuerte la rebelión de los indígenas del sur, la que decidió enfrentar personalmente junto a sus hombres. Salió de Concepción en dirección al fuerte de Tucapel, donde fue sorprendido por una emboscada preparada por los indígenas capitaneados por Lautaro, en la cual resultó muerto el día 25 de diciembre de 1555.

Al decir de Francisco Antonio Encina, “Valdivia necesitó crearlo todo; forjar de la nada un pueblo, en un rincón del mundo, aislado por mares y desiertos casi infranqueables de todos los recursos de la cultura humana”. Hay quienes han llamado a Pedro de Valdivia el fundador de la nación chilena.



Escudo de armas de la Casa de Valdivia



"Batalla de Andalién". La Virgen lanza arena a los ojos de los indígenas.
Grabado de la obra "Histórica Relación del Reino de Chile", del padre Alonso de Ovalle, 1646

Biobío y llegaron hasta una zona pantanosa denominada Andalién. Allí, durante el descanso de la noche fueron atacados por un enorme contingente de indígenas encabezado por Ainavilu. Lograron rechazarlo gracias al uso de sus armas de acero y a la movilidad de sus caballos. En ese mismo lugar, Valdivia fundó el fuerte de Penco, que en febrero del mismo año soportó un nuevo ataque indígena.

Más importante que el hecho de armas fue la violencia del choque sostenido entre los españo-

les y el grupo más duro de los que hablaban "la lengua de la tierra", a los que Alonso de Ercilla denominó "araucanos" y a quienes cantó en "La Araucana", una de las cumbres de la poesía épica en lengua castellana.

La resistencia contagió a los vecinos y se propagó al sur de ese territorio y hasta el norte del Biobío. De allí provenía Lavtraro (Lautaro) joven paje de Valdivia que aprendió a combatir observando las técnicas de guerra usadas por los españoles. Este paje y caballero encabezará después



Canto primero del poema "La Araucana" de Alonso de Ercilla, publicado entre 1574 y 1589

las fuerzas que en Tucapel atacaron al gobernador y adoptó una nueva táctica que él enseñó a sus mocetones, abandonando el tropel y atacando por oleadas sucesivas. Esa táctica fue la que desgastó a los europeos y condujo a Valdivia a la muerte, en la Navidad de 1553. Tenía entonces 56 años y trece años antes había llegado a Chile.

Desde ese momento, loncos y toquis, poderosos y valientes, empuñaron las armas contra los invasores, sin obtener un resultado decisivo; pero lenta y pausadamente lograron no solo adoptar

las técnicas de la guerra, sino también dominar el caballo, que era por entonces la principal arma de los europeos.

La paulatina adaptación de tácticas y armas españolas hizo posible un encuentro decisivo en Curalaba (1598) cuando el lonco Pelantaru atacó al gobernador Martín García Oñez de Loyola y le dio muerte. Luego, con suma rapidez, una a una cayeron a manos de los indígenas las ciudades que habían fundado los españoles al sur del Biobío. La tierra, desde ese río y hasta el seno de Relon-

LAUTARO

Lautaro

Conocido en la historiografía como Lautaro, su nombre debió ser el de Lavquen Traru o Lavtraro, tal como solían indentificarlo quienes hablaban mapudungun; y aunque no se sabe con certeza dónde y cuándo nació, se presume que fue al norte del Biobío alrededor de 1535, siendo hijo de un lonco llamado Cur Ñancu.

Capturado por Pedro de Valdivia cuando aún era niño, lo bautizó con el nombre de Felipe y, como su paje, lo puso al cuidado de sus caballos, demostración de la mayor confianza pues le encargó el más preciado bien de un militar de la época.

El insigne poeta Alonso de Ercilla lo describe en *“La Araucana”*, diciendo que era: *“mozo de condición y de hermoso gesto, / ni grande ni pequeño de estatura / el ánimo en las cosas grandes puesto / de fuerte trabazón y compostura / todos los miembros recios y nerviosos / anchas espaldas, pechos espaciosos”*.

A la vera de Valdivia se fue formando el joven indígena, y con él aprendió —observando— el manejo del caballo y el arte de la guerra. Supo entonces cuales eran las cualidades y las debilidades de los españoles y, por ende, conoció sus puntos vulnerables.

Respecto de esta formación que fue experimentando Lautaro, Benjamín Vicuña Mackenna señala: *“Era indio por su infancia, su sangre y su memoria. Pero al mismo tiempo, era castellano por su aprendizaje, por sus nuevos hábitos, por sus ocupaciones diarias y el trato constante de los hombres a quienes servía. Y es esta extraña, pero interesante dualidad, la que vamos a ver desarrollarse en cada una de las peripecias de su existencia, en que el salvaje bravío y el conquistador astuto y animoso funden su alma y su pensamiento en una sola acción para ocupar por entero con sus solos hechos el territorio y la fama de un reino durante cuatro años incompletos de una gloriosa mocedad”*.

Las reiteradas derrotas de sus hermanos indígenas lo llevaron a pensar en la libertad de su tierra, por lo cual optó por desertar del campo español y unirse a los suyos.

La decisión de Lautaro marcó una variación en



el rumbo de la guerra porque los indígenas, de pelear en tropel, sin mando ni dirección, pasaron a conformar escuadrones organizados que atacaron a los enemigos de uno en uno, causando en ellos fatiga, derrota y frustración.

En poco tiempo Lautaro había impuesto un nuevo orden de batalla, reordenando a los combatientes y superando su ancestral individualidad. Sabía que ellos eran más y aunque los españoles se batirían con valor, al final se cansarían y entonces el número terminaría por imponerse.

Supo siempre que Chile tenía a Santiago como centro neurálgico, porque desde allí venían sus refuerzos y puso su mayor empeño en intentar hacer desaparecer la ciudad capital, ya que suponía que, destruido aquel centro, la dominación se acabaría.

Después del triunfo de Tucapel y muerto el gobernador Valdivia, Lautaro marchó hacia Concepción y en la cuesta de Marigüeñu derrotó a Francisco de



"El joven Lautaro", por Fray Pedro Subercaseaux, 1948. Comandancia en Jefe del Ejército

Villagra el 23 de febrero de 1554, usando la misma táctica empleada en Tucapel.

Cruzó el Biobío y encontró Concepción despoblada porque el pánico se había apoderado de las ciudades de la frontera, cuyos habitantes abandonaron el refugio inseguro y caminaron hacia el Maule. Lautaro ocupó aquella ciudad y ordenó fuese incendiada.

Ercilla relata estas campañas de la siguiente forma: "Así fue por los pueblos y ciudades / la comarca los bárbaros destruyen / talan comidas, casas y heredades que / los indios de miedo al pueblo huyen, / estupro, adulterios y maldades / por violencias sus términos concluyen / no reservando edad, estado y tierra / que a todo riesgo y trance era la guerra".

En esas ocupaciones y siempre pensando en la libertad de su pueblo, avanzó hacia Santiago y se estacionó en la zona de Mataquito, donde estableció su fortaleza. Las fuerzas de Francisco de Villagra — quien había sido avisado por indígenas enemigos

de Lautaro— lo sorprendieron de noche y le dieron muerte el 5 de abril de 1556.

El general Indalicio Téllez dijo respecto a este destacado personaje de nuestra historia: "Tuvo todas las características del genio. Analfabeto y pisando apenas los umbrales de la vida, tomó el mando de un ejército que de tal no tenía sino el nombre y recogiendo una herencia de no interrumpidos desastres, lo llevó hasta su muerte, de victoria en victoria, sin conocer jamás el polvo de la derrota. No le tocó, como a otros generales, la suerte de actuar al frente de grandes y bien disciplinados ejércitos, sino de hordas que carecían de la más elemental preparación guerrera; no tuvo ejemplos que seguir; no contaba con el más mínimo bagaje de conocimientos; carecía de armas apropiadas para resistir al enemigo y, sin embargo, venció, venció siempre y murió invicto. ¿De qué otro general se puede decir lo mismo?".



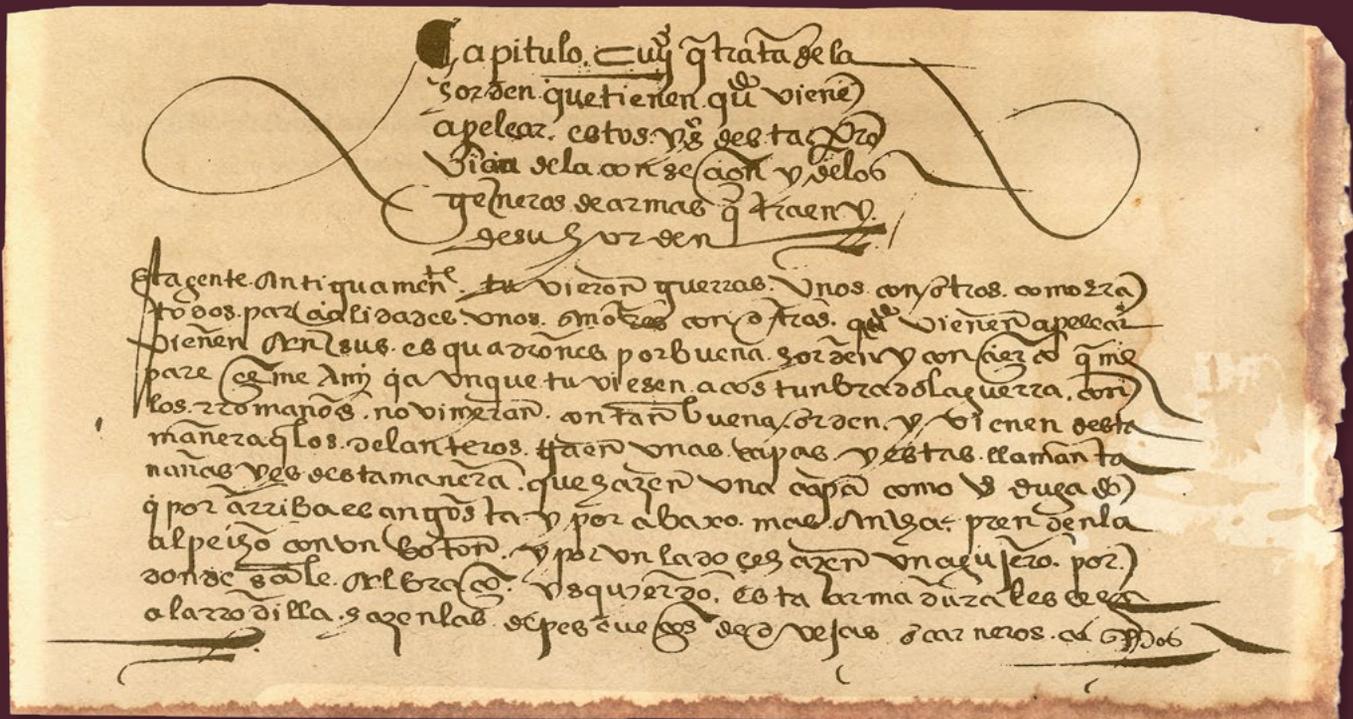
"Las Paces de Quillín, 1641". Grabado de la obra "Histórica Relación del Reino de Chile", del padre Alonso de Ovalle, 1646

caví, se vació de europeos y se llenó de indígenas rebeldes. Caso único en América: en apenas cuarenta y cinco años, la conquista de Chile había costado la muerte en combate de dos gobernadores, Valdivia en 1553 y Óñez de Loyola en 1598.

La política cambió después de Curalaba. Siguiendo los consejos del sacerdote jesuita Luis de Valdivia, el Rey dispuso una modalidad de guerra llamada defensiva que permitió a los indígenas consolidar la posesión de sus tierras del sur. Los conflictos, que naturalmente continuaron, se re-

solvieron mediante acuerdos firmados entre las autoridades de la Capitanía General y las diversas comunidades de aborígenes. Los parlamentos, como se denominaron esos acuerdos, se extendieron por dos siglos y continuaron firmándose durante los primeros años de la República. La paz, así pactada, no impidió la ocurrencia de abusos y pillaje, de incursiones y malocas; pero también se produjo un activo intercambio cultural y comercial. En suma, una relación fronteriza.

FRAGMENTO DE LA "CRÓNICA Y RELACIÓN COPIOSA
DEL REYNO DE CHILE", DE GERÓNIMO DE BIBAR, 1558



"Esta gente antiguamente tuvieron guerras unos con otros como era todos parcialidades, unos señores con otros. Cuando vienen a pelear vienen en sus escuadrones por buena orden y concierto que me parece me [sic] a mí que, aunque tuviesen acostumbrado la guerra con los romanos, no vinieran con tan buena orden. Vienen de esta manera: que los delanteros traen unas capas y estas llaman 'tañanas', y es de esta manera: que hacen una capa como verdugado, que por arriba es angosta y por abajo más ancha. Préndela al pecho con un botón, y por un lado le hacen un agujero por donde sale el brazo izquierdo. Esta armadura les llega a la rodilla. Hácenlas de pescuezos de ovejas o carneros cosidos unos con otros; y

son tan gruesos como cuero de vaca y de [ininteligible]; hacen de lobos marinos que también son muy gruesos; es tan recia esta armadura que no la pasa una lanza aunque tenga buena fuerza el caballero [...]. Luego va otra hilera de otros con lanzas de astas de quince y dieciseis palmos, y llevan en la asta de una vara puesto una hacha como de armas de cobre hecha de dos o tres picos, o de la manera que el que la trae quiere, porque unas son anchas y otras como martillos y otros llevan picas sin capas, y estos van en medio del escuadrón. Estos y los de las lanzas llevan unos garrotes que arronjan [sic] y tiran con tan gran fuerza que si acierta alguna rodela, la hace pedazos".

DE LA HUESTE INDIANA AL EJÉRCITO VECINAL

La conquista de América fue llevada adelante por un puñado de hombres que, organizados bajo la denominación de hueste indiana, hicieron largas travesías por cordilleras, desiertos y selvas, cruzando ciénagas y caudalosos ríos para conseguir finalmente sus ansiados propósitos de gloria, fama y hacienda. Era la hueste, en la práctica, una empresa privada comercial y armada, que perseguía un objetivo político y militar específico, disolviéndose una vez que lograba sus propósitos. Los hombres que la componían se enrolaban en ella libremente, no sin antes examinar las ofertas que el capitán les hacía respecto de los premios que obtendrían una vez alcanzado el propósito final.

El financiamiento de la expedición estaba a cargo del propio capitán quien solicitaba colaboración económica de los integrantes de la hueste. De allí que, jerárquicamente, ella resultara integrada por tres tipos de personas: las que poseían mayores bienes y contribuían con dineros, armas y caballos a cambio de nombramientos como capitanes de compañías y amplios beneficios si se tenía éxito; aquellas de una posición económica menor, que contribuían con lo que les era posible (una espada, una daga, un arcabuz, una lan-



*Soldado español de infantería,
siglo XVI. Ilustración de
Julio Berríos.*



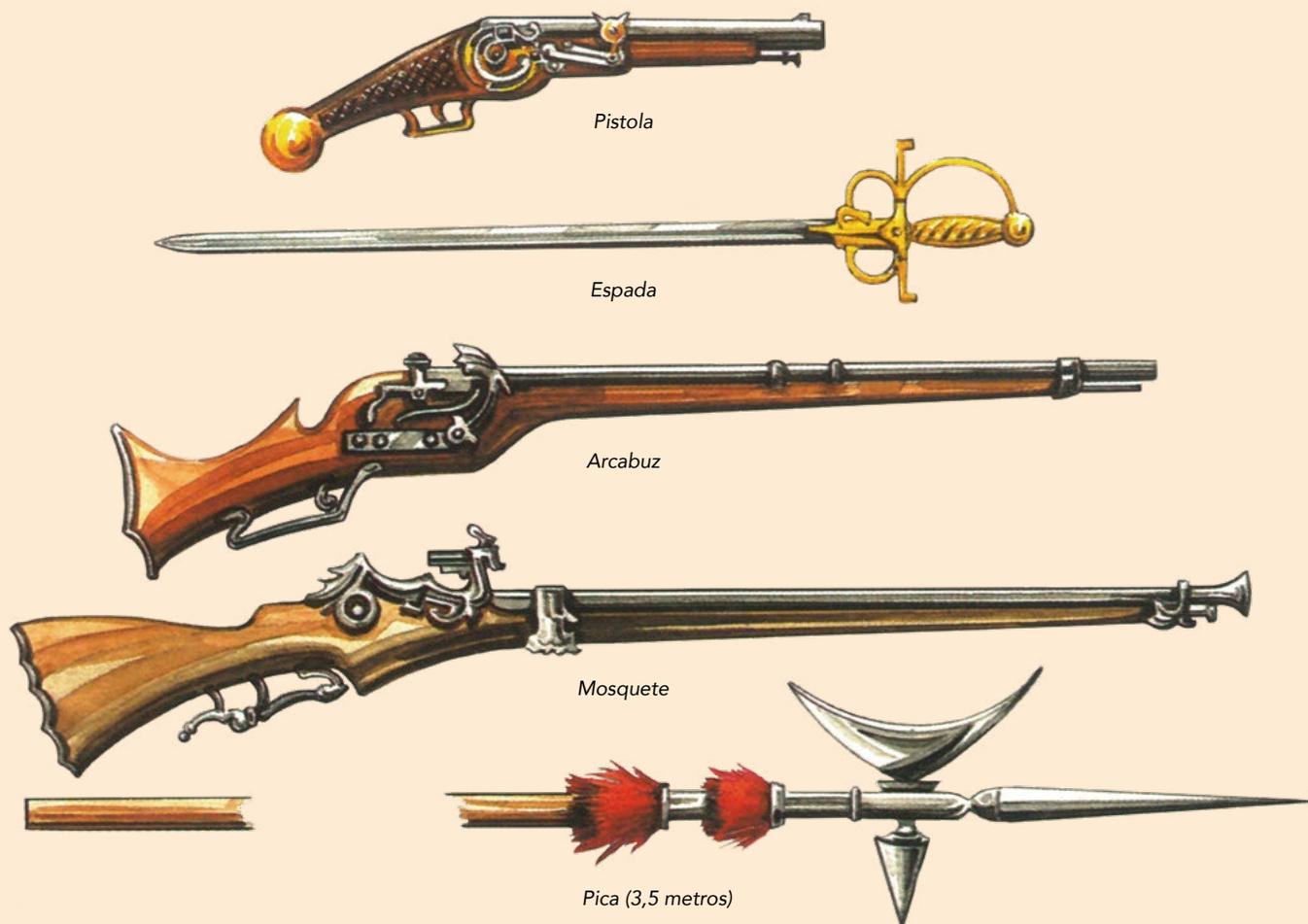
"Fundación de Santiago", de Pedro Lira, 1888. Museo Nacional de Bellas Artes

za, una cota, un caballo, etc.) y cuyas recompensas iban a prorrata de lo invertido; y los indígenas de servicio y de guerra que recibían recompensa en mercedes y en el reparto del botín. También hubo ocasiones en que parte del financiamiento provino de prestamistas que ofrecían capitales a plazo limitado o de inversionistas que lo entregaban a cambio de un porcentaje de las ganancias.

En América hubo dos tipos de hueste que tenían diversas realidades: la de los capitanes que obtenían permiso real para una expedición, y firmaban una capitulación con el monarca, y las

que se organizaban bajo las banderas de un caudillo que contaba con el apoyo de una autoridad americana. Ambos tipos de hueste se dieron en la conquista de Chile: la primera, la de Diego de Almagro, quien antes de venir a Chile, celebró capitulaciones firmadas en Toledo el 21 de mayo de 1534 y, la segunda, la de Pedro de Valdivia, que solo contó con la autorización de Francisco Pizarro, de quien vino como su lugarteniente.

Las diferencias entre ambas expediciones fueron notables. La de Almagro era soberbia no solo por el número de jinetes, caballos, armas y

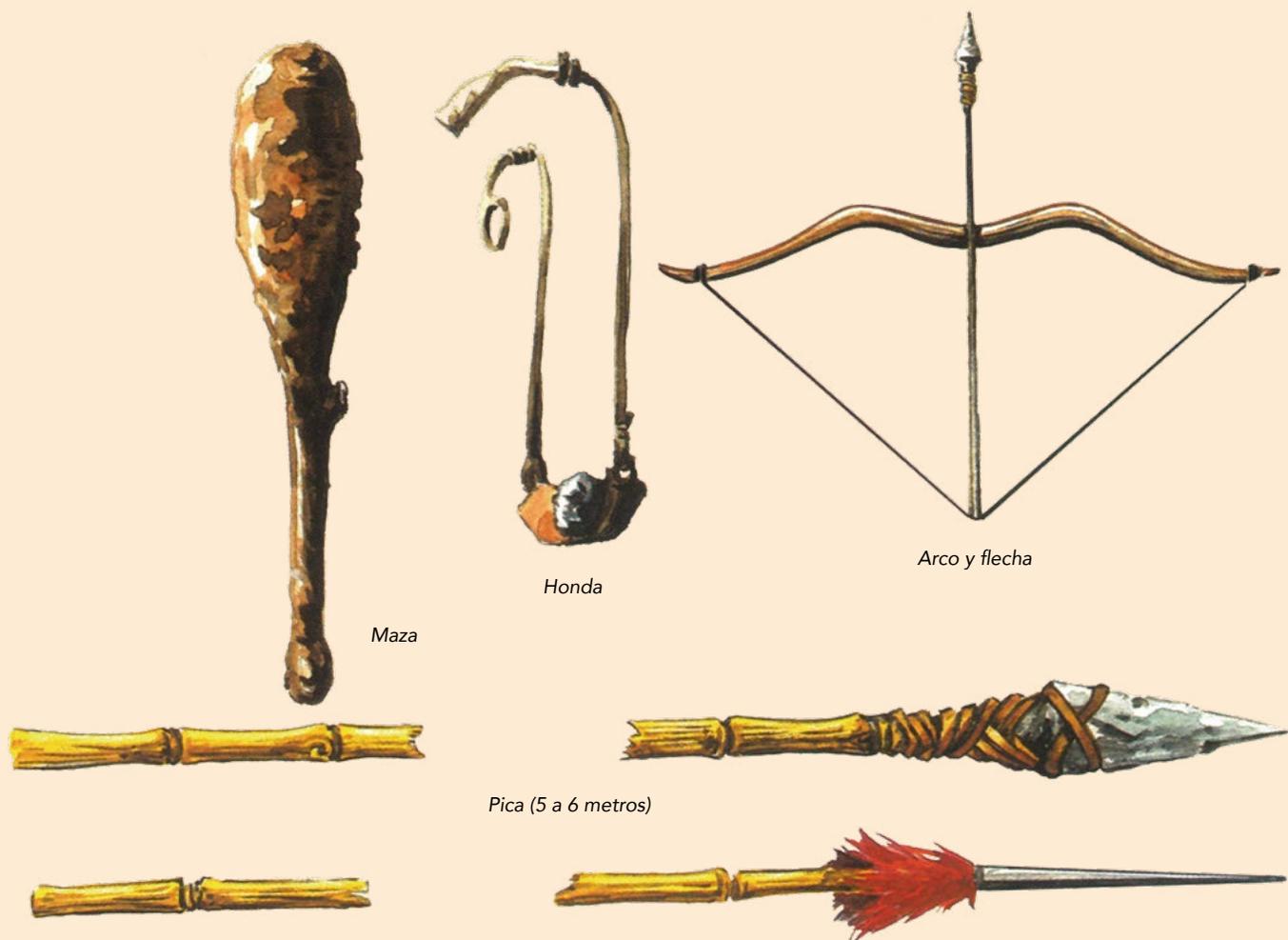


Armas usadas por los conquistadores. "Historia del Ejército de Chile. Nuestros Uniformes", Academia de Historia Militar, 1985. Ilustraciones de Julio Berríos

estandartes, sino también por el despliegue de yanacunas que, encabezados por Paulo Inca y el Villac Umu, llenaban los espacios andinos con sonidos de quena y zampoñas. En comparación, la de Pedro de Valdivia resultó ser muy modesta, pues contaba con un escaso número de europeos (solo once salieron del Cuzco) y con un precario contingente de indígenas auxiliares. Curiosamente, a medida que las expediciones se aproximaron al territorio de Chile sufrieron transformaciones profundas. La compañía de Almagro perdió gente por muerte o por huidas, en tanto que la de Valdivia recibió aportes en Arica y en Atacama. La hueste de Almagro llegó a su destino, recorrió la tierra y regresó derrotada; en cambio la

de Valdivia llegó a la tierra, estableció ciudades y cumplió con su objetivo fundacional, incorporando estos territorios a la corona española.

Los vecinos de una población tenían la obligación militar de "defender la ciudad y sus términos". Su autoridad en la materia era el Cabildo, el que la hacía cumplir a través de la organización de las milicias. Ahora bien, si los vecinos corrientes estaban obligados a la defensa de los límites de la ciudad, los vecinos encomenderos debían defender el territorio más allá de la jurisdicción de la urbe, pues, en sus títulos de encomienda, se les establecía que estaban obligados a "tener armas y caballos, y servir en la guerra cuando algún alzamiento hubiere".



Armas usadas por los indígenas. "Historia del Ejército de Chile. Nuestros uniformes", Academia de Historia Militar, 1985. Ilustraciones de Julio Berríos.

En los primeros años, el ejército vecinal fue superior a la organización militar de los indígenas, en especial por la experiencia que poseían en el arte de la guerra y del armamento, es decir, del dominio de las armas individuales (arcabuces, espadas, dagas), de la artillería, de los caballos y, sobre todo, por la posesión de un espíritu triunfador.

Pero, más importante que las armas de fuego y la artillería —según el decir del cronista Pedro Mariño de Lobera— resultaban ser los caballos, que eran "los que hacen ser a los españoles mejores que los indios en la guerra". Al principio eran escasos y caros, pero aumentaron luego que Hurtado de Mendoza introdujo más de dos mil en el reino, y de su abundancia y del pillaje

se valieron los indígenas que los incorporaron en sus correrías, sacando con ello ventaja sobre la caballería española.

Otro factor gravitante en el desarrollo de la guerra fue la presencia en el bando de los europeos de grandes cantidades de aborígenes que peleaban para ellos. Esta colaboración se sustentaba en las fuertes rivalidades que tradicionalmente existían entre los distintos grupos de indígenas y porque, muchas veces, pelear al lado del europeo significaba una posible victoria y la frecuente participación en el reparto del botín. Conocedores del territorio y de las costumbres de sus oponentes, ayudaban a encontrar trampas, hacían de espías en territorio enemigo, se adap-



Combate entre indígenas y españoles, representado en la edición ilustrada del poema "La Araucana" de Alonso de Ercilla, editado en Madrid en 1884. Colección Biblioteca Nacional de Chile

taban fácilmente al terreno y al clima, y mostraban una increíble ferocidad, agudizada por antiguos odios y rencores. Refiriéndose a los "indios amigos", el maestro de campo general y cronista de las guerras de Chile, Alonso González de Nájera, asegura que "sustentan en la guerra nuestros caballos, son los que fabrican nuestros fuertes y barracas, y los que atrincheran y fortalecen nuestros cuarteles, son seguros y diligentes mensajeros para despachar cartas por tierras peligrosas... son los más capitales enemigos que tienen los indios rebelados o de guerra, y de quien reciben los mismos rebelados mayores ofensas...".

El esfuerzo guerrero de sesenta años de lucha debilitó la economía del territorio de paz y produjo una fuerte disminución de la mano de obra. Con ello disminuyó el abastecimiento procedente de la tierra y decayó el contingente de indígenas amigos que acudía a la guerra.

Cabe consignar que, siendo este ejército de carácter privado, nunca estuvo muy bien equipado, ni dotado de armamento de calidad. La persistencia de la guerra y la belicosidad de los indígenas hacían imperiosa la renovación de las armas, gasto que los encomenderos o los simples vecinos no siempre estuvieron dispuestos a hacer.

Poco a poco el financiamiento privado fue suplido en sus deficiencias por dineros provenientes del Estado, al punto que en 1572 Felipe II autorizó al virrey del Perú a gastar parte de su Real Hacienda para socorrer a Chile.

La persistencia de la contienda y lo oneroso que resultaba su financiamiento, unido a la disminución de la mano de obra indígena, hizo que los vecinos y los encomenderos reclamaran permanentemente sobre su excesiva participación en las acciones militares. Estas peticiones encontraron eco en las instancias superiores de la monarquía y el mismo Rey, en 1597, los liberó de las obligaciones militares. Alonso de Ribera, que en 1600 pasó a América para hacerse cargo de la gobernación de Chile tras el desastre de Curalaba, estuvo de acuerdo con esa solicitud de las ciudades porque comprendía que las tropas organizadas de manera tan improvisada quedaban abandonadas a su suerte y estaban condenadas al fracaso. Él, veterano de las campañas de Francia y Flandes —donde comandó un tercio—, quería dirigir una organización militar permanente y disciplinada, donde los oficiales y los soldados tuviesen un salario fijo que asegurase su subsistencia y capacidad militar. Un ejército, en suma, capaz de evitar la repetición de una tragedia como la ocurrida en Curalaba en 1598. Sin una frontera estable con los araucanos, todo el esfuerzo colonizador pendería siempre de un hilo.



*"Felipe II", de Sofonisba Anguissola, 1565.
Colección Museo del Prado, Madrid*



Combate entre conquistadores e indígenas ilustrado por Vittorio di Girolamo, para la edición de lujo del poema "La Araucana". Casa de Moneda de Chile, 1983

LA CREACIÓN DEL EJÉRCITO PERMANENTE

Cuando a fines del siglo XVI llegaron a la Corte las noticias de los sucesos de Chile, en especial aquellos que se relacionaban con las incursiones inglesas y holandesas, y con los alzamientos indígenas, la inquietud se apoderó de los consejeros del Rey, los que trazaron planes y buscaron soluciones para enfrentar la situación. El ambiente de la Corte era preocupante y el monarca y sus consultores comprendieron que el problema planteado en el confín del Imperio no solo era una cuestión de enfrentamientos con indígenas, sino que, sustancialmente, una grave cuestión estratégica, ya que a los ataques de los aborígenes que se oponían a la ocupación de su tierra, se sumaban ahora las incursiones de piratas enemigos en las costas del Pacífico.

Está claro que los hechos de Chile forzaron definitivamente las cosas. La realidad se impuso a la teoría y el Rey se vio obligado a tener que crear un ejército en Chile, aguijoneado por las circunstancias. La enorme derrota de Curalaba, ocurrida en 1598, fue una dura realidad ante la cual no había sino tomar medidas concretas. También lo fue el hecho que, un año después de ese desastre, incursionaron por las costas chilenas los piratas holandeses Simón de Cordes y Oliverio van Noor.

Chile se encontraba amenazado desde dos frentes: en el interno, por los indígenas del sur del Biobío y en el externo por los piratas holandeses e ingleses. El peligro era inminente, los súbditos reclamaban la atención urgente del monarca y — como la amenaza también se cernía sobre el Perú, que era uno de los más importantes depósitos de riqueza imperial— el socorro se hizo urgente.

El problema de la guerra de Chile se transformaba en una cuestión de Estado. Era necesario mantener este territorio a toda costa, ya que su pérdida podía irrogar la del Perú, que era un centro clave para la monarquía, pues aportaba un tercio del tesoro a las arcas fiscales y, en especial, porque ponía en riesgo el control del monopolio comercial del Pacífico, que constituía la clave de la economía colonial hispana. No es que Chile no importara, pero, obviamente, a la política central de la corona le importaba mucho más el Perú y el comercio global de ultramar.

El Rey encaminó su resolución dando mérito a lo solicitado por los agentes de la corona en América, que apuntaban a la creación de un ejército en Chile que permitiera liberar a los vecinos, encomenderos y simples moradores de la obligación de acudir a la guerra. Por ello, por real cédula de 21 de marzo de 1600, el Rey determinó darle a la guerra de Chile un auxilio de 60 000 ducados castellanos que serían financiados por las Cajas Reales del Perú por un breve período

—tres años— y destinado a sostener a un conjunto de hombres que, cual ejército, enfrentaran el problema de la guerra. Este dinero significaba, en la práctica, la creación de un verdadero “presupuesto de guerra”.

Esta decisión del Rey era de capital importancia, porque esos recursos hacían posible que a corto plazo estuviese operando un ejército en Chile. Al mismo tiempo, Felipe III había nombrado como gobernador y capitán general a Alonso de Ribera, un experimentado capitán de las guerras de Flandes.

La decisión del monarca de nombrar a Ribera como gobernador y su llegada a Lima representaron un contratiempo para el virrey del Perú, Luis de Velasco, toda vez que este recién había nominado como interino en el gobierno de Chile al capitán Alonso García Ramón. Además, desde tiempo atrás había estado enviando efectivos de refuerzo a Chile y, dada las amenazas de los piratas, debía mantener armas y soldados para proteger al virreinato de esas probables incursiones. A tal contratiempo se agregaba que el Rey había ordenado que se le entregasen al nuevo gobernador los dineros consignados en su real cédula, y por espacio de tres años.

El nuevo gobernador se embarcó a Chile desde Lima recién el 24 de diciembre de 1600, acompañado de solo doscientos cincuenta hombres, porque el resto del contingente que había venido



"Alonso García Ramón, Alonso de Ribera y Luis Merlo de la Fuente".
Grabado de la obra "Histórica Relación del Reino de Chile", del padre Alonso de Ovalle, 1646.
Colección Biblioteca Nacional de Chile

desde España había muerto producto de enfermedades que traían desde Europa o que habían contraído al llegar al nuevo mundo.

Arribó a Concepción el 9 de febrero de 1601 y se mantuvo a bordo de las naves por espacio de dos días, los que empleó en mandar comunicados y en preparar a la gente para la guerra. Desembarcó con los soldados completamente armados y se reunió entonces con el gobernador interino Alonso García Ramón, a quien había avisado de su llegada.

Aunque entre ambos militares ya se había producido una enorme desconfianza, producto del deseo de cada uno de ejercer solitariamente el poder, ambos se mostraron cordiales y gentiles y, como el virrey le enviase una carta a García Ramón solicitándole no abandonar el reino y servir con su experiencia al Rey, este no pudo resistirse a tal pedido y manifestó que se quedaría en Chile un año más. Ribera agradeció el gesto, pero no estaba dispuesto a incluir en sus resoluciones de guerra nada proveniente de su antecesor.

La ruptura entre ellos era inminente. El 16 de febrero, el gobernador Ribera convocaba a sus capitanes para pedirles opinión acerca de un plan de campaña. Les indicó que creía indispensable socorrer inmediatamente el fuerte de Arauco, pero, aunque estaba consciente de la necesidad de auxiliar a las ciudades sitiadas, las pocas tropas y los escasos pertrechos con que se contaba

hacían imposible por ahora esa acción. También hacía notar que la división de las tropas ponía en peligro a las ciudades de Concepción y Chillán.

Cruzó el Biobío sin sobresaltos y entró en Arauco quemando sementeras y rucas. Le ofrecieron la paz, pero no la aceptó y, pese a la resistencia que le pusieron, no se doblegó. Estaba decidido a vencer a cualquier precio. Llegó al fuerte donde setenta y un españoles se encontraban asediados por los indígenas que huyeron enseguida de avistar al ejército, y tomó posesión de él en medio de los vítores de los soldados. Estando en eso, llegó el barco con provisiones que había enviado desde Concepción, con lo que pudo aliviar la situación de los que habían estado sitiados.

Desde Arauco escribió al Rey dándole cuenta de lo conseguido. No dejaba por ello de solicitar auxilio de soldados, armas, municiones y otros artículos que requería para cumplir su misión, y de darle cuenta del desastroso estado en que se encontraba el país. No sabía que el soberano ya había ordenado la salida del auxilio que consistía en quinientos individuos que al mando del sargento mayor Luis de Mosquera era secundado por tres capitanes. Solo en mayo consiguieron llegar a Mendoza, provenientes de Buenos Aires. Mala fecha si se considera la cercanía del invierno.

Durante los meses invernales el Gobernador dispuso los aprestos necesarios para emprender la guerra apenas llegasen los soldados españoles,

ALONSO DE RIBERA

Alonso de Ribera

Alonso de Ribera y Zambrano nació en Úbeda, Jaén, alrededor de 1566, en el seno de una familia modesta, aunque hidalga de origen. Antes de los 20 años —hacia 1579— se encontraba sirviendo en Flandes y peleando en la toma de Maestricht; cuatro años después, con el rango de sargento, se hallaba en el asalto de Amberes y, en 1587, ya era alférez. Con tal grado sirvió en la Invencible Armada y, en 1590, estando bajo las órdenes del duque de Parma, Alejandro Farnesio, entraba en Francia. En esa campaña se distinguió por su valor y espíritu militar en la toma de la plaza fuerte de Corbeil.

Un año después, con ocasión de los preparativos para una nueva entrada a Francia, Farnesio le dio a Ribera el grado de capitán y el mando de una compañía que dirigió, hasta que en el asalto a la plaza de La Chapelle, en Picardía, ocurrido el 8 de mayo de 1594, cayó herido. Una vez repuesto, volvió al campo de batalla y se halló en la plaza de Châtelet, el 26 de junio de 1595 y, un mes después, en la toma de Doullens.

La guerra continuó y Ribera aumentó sus méritos. Así, en septiembre de 1595 se distinguió en el asedio a la plaza de Cambrai y, en el año siguiente, cerró en Calais la entrada a la ciudad a un socorro que llegaba por mar; y, en el asalto final, fue de los primeros en escalar los muros. Sus últimos servicios en Flandes los prestó bajo las órdenes del archiduque Alberto. Estuvo en el asalto a la plaza de Hulst; también en la rendición de Amiens y, cuando esta plaza estaba en poder de los españoles y fue atacada, Ribera la defendió siendo herido en una pierna por una bala de arcabuz. Sus méritos le valieron que el archiduque lo ascendiera al grado de sargento mayor. En 1598 estaba de vuelta en España, segura-

mente en espera de una merecida recompensa por sus servicios. Un año más tarde, en 1599, el Rey lo nombraba gobernador y capitán general de Chile.

Ese nombramiento real se hizo en momentos de crisis extrema en este reino, es decir, después de la muerte del gobernador Martín García Óñez de Loyola y de la destrucción de las ciudades del sur, y resultaba ser un premio al valor desplegado en Europa. Pocas veces había llegado a América un militar de tanta fama y experiencia.

Ribera se embarcó en Sevilla en abril de 1600 y, una vez arribado a Portobelo (Panamá), se entrevistó con Alonso de Sotomayor —entonces gobernador local y que había mandado en Chile tiempo antes— con el objeto de conocer más acerca del país al cual venía y de la naturaleza de la guerra que se desarrollaba en él. De esa entrevista surgió la necesidad de solicitar refuerzos y aumentar los recursos. En Lima encontró un primer tropiezo, puesto que el virrey, Luis de Velasco, había designado recién en el gobierno de Chile al maestre de campo Alonso García Ramón como interino.

El 11 de febrero de 1601, Ribera fue recibido en Concepción por García Ramón, quien intentó convertirse en un consejero de guerra proponiendo un plan que fue rechazado por el primero. La llegada de refuerzos venidos desde España y la Real Cédula que dictara Felipe III en 1602 pusieron a Ribera al mando de un ejército remunerado, lo que significó la creación de un contingente militar en este apartado territorio español. Esa fuerza militar devino en el primer ejército permanente que se conoció en Chile, del cual Ribera fue su organizador y primer comandante.

La deficiente disciplina de los que integraban el ejército vecinal de entonces, obligaba una reforma urgen-



te. Sorprendido también el nuevo gobernador por el escaso empleo de la infantería, disminuyó la caballería —con la que entonces se hacía la guerra y que los indígenas ya dominaban—, desmontó a los soldados y se preparó para el combate a pie.

Pese a los triunfos obtenidos —especialmente el de Purén—, la ausencia de un resultado inequívoco y la noticia de la pérdida de Villarrica, hicieron que en 1604 Felipe III lo reemplazara por García Ramón en el gobierno de Chile y lo designara gobernador de Tucumán.

Los problemas de la guerra continuaron y el nuevo gobernador entró en disputa con el padre Luis de Valdivia —que era el verdadero impulsor de la guerra de-

fensiva—, y aunque el Rey había establecido ese plan de guerra para Chile, nominó de nuevo a Ribera como gobernador en 1612 para llevarla a cabo. Su gobierno se extendió hasta 1617, año en que falleció en Concepción, dejando sucesión en la chilena Inés de Córdoba y Aguilera, quien le sobrevivió muchos años.

De Alonso Ribera, el cronista Diego de Rosales señaló: “...en su muerte lució el esplendor de su fama y se inmortalizaron sus hechos, alabando todos su presencia, afabilidad, entereza, magnanimidad, justicia y clemencia; que de todas virtudes dio claros testimonios”.



Alonso de Ribera,
de Domingo Mesa, 1873

e ideó un plan que consistía en construir una línea de fuertes a lo largo del Biobío; y luego, a medida que ese territorio fuese pacificado, avanzar la línea hacia el sur. Para eso, estando en Concepción, el 23 de diciembre de 1601 puso en marcha su plan fundando dos fuertes en ambas orillas del río Biobío. Ese mismo mes llegó el refuerzo que venía de Mendoza al mando de los capitanes Alonso González de Nájera, Gregorio de Puebla y Pedro de Salinas, pero venía mermado en cien hombres.



"Felipe III", de Frans Pourbus el Joven, hacia 1600

Pese a ello, Ribera pudo contar con un ejército de poco más de dos mil efectivos.

Ribera, luego de informarse de la difícil realidad que se vivía, envió al Rey una carta explicando la situación decadente del Ejército en Chile, la falta de disciplina y el hecho de estar acostumbrados a privilegiar el uso de la caballería. A raíz de este informe, la corona decidió tomar cartas en el asunto y formar, por Real Cédula dada por Felipe III en enero de 1603, un ejército permanente de 1500 plazas, con sueldos pagados desde el Perú. Para el pago de esta gente el monarca elevó a ciento veinte mil ducados el real situado o subvención anual que debía suministrar el tesoro real del Perú. Esto significaría un gran cambio en la forma de hacer la guerra, puesto que contaría con dineros emanados de la corona bajo su responsabilidad y mandato.

Enorme actividad hubo de desplegar el gobernador Ribera para organizar sus tropas. Hizo confeccionar en Santiago una buena cantidad de uniformes para los recién llegados, que venían casi desnudos y sin armas. Recogió a todos los soldados que andaban dispersos en los alrededores de la capital y consiguió mayores auxilios del virrey del Perú. Además, a fin de no depender de los socorros del Perú, estableció las primeras industrias militares en Chile. Dispuso que funcionara en Melipilla un taller para la confección de frazadas, telas burdas y cordellate. Montó también, una curtiduría y los talleres necesarios para elaborar arreos, arneses, monturas y prendas de cuero.

Consiguió que los sueldos se pagaran oportunamente a los soldados y logró incrementar su número con nuevos refuerzos. El establecimiento de las formas militares, el cumplimiento riguroso de las disposiciones y la severa disciplina, consiguieron transformar a las desorganizadas huestes en un ejército permanente y más profesional. En síntesis, era el paso desde un ejército vecinal a uno regular.

Sin embargo, la deficiente evaluación de los escasos avances realizados por Ribera en la guerra, junto a las noticias que en su contra llegaban desde la Capitanía General, basadas fundamentalmente en el rechazo que provocaba su arrogancia, unidos a la irregularidad de su matrimonio sin permiso previo del Rey y sus agrias disputas con el obispo de Santiago, pesaron en el ánimo del monarca. Entonces, ignorando los progresos en la guerra alcanzados por el gobernador, Felipe III tomó la resolución de cambiar el mando de Chile. El nuevo virrey del Perú, conde de Monterrey, decidió nominar, el 21 de enero de 1605, al maestre de campo Alonso García Ramón, como interino.

Al recibir la noticia del cambio en el mando, Ribera se sintió herido en su orgullo, en especial porque su sucesor era su antiguo oponente. Preparó la entrega del cargo, la que se produjo en Paicaví el 9 de abril de 1605. Se retiró a Santiago en espera de poder trasladarse a su nuevo destino, la gobernación de Tucumán. En el intertanto preparó su defensa elevando un informe de sus servicios y entregó a García Ramón un parecer

acerca de la guerra, en donde le recomendaba, básicamente, que no desarmase las recién arregladas compañías de infantería, porque —decía— su mantención era lo más importante del ejército; le pedía también que no aflojase la disciplina militar y que no se aventurase a reconquistar poblaciones más allá de la línea de los fuertes hasta que la tierra estuviese verdaderamente pacificada.



Escudo de España durante el reinado de Felipe III

NOVA TOTIVS TERRARVM ORBIS GEOGRAPHICA TABULA



CA AC HYDROGRAPHICA TABVLA. Auct: Henr: Hondio.



Doctissimis Ornatissimisque Viris
D.D. Davidi Sanclaro, Antonio de
Willon, et D. Martino, Matheos
in illustri Academia Parisiensi
Profelloribus eximii in vere
amicitie pynquodover D.D.
Auct. Hondius A. 1630.



... America, quae
... Indi, Africa, Sere,

LA CONFIGURACIÓN SOCIAL DEL EJÉRCITO

Antes de la creación del ejército permanente, los refuerzos de hombres que venían destinados al socorro de Chile, junto con sumarse al esfuerzo de la guerra, también se convertían en moradores de las distintas ciudades del reino y algunos alcanzaban la condición de vecinos, integrándose de lleno en la sociedad local.

En 1602, la mayoría de los integrantes del ejército que comandaba Alonso de Ribera provenían de la metrópoli y solo un reducido grupo era oriundo de América, incluido Chile. Lo anterior es sustantivo, porque en una sociedad como la de esa época el hecho de ser peninsular le otorgaba al sujeto un timbre de superioridad. La mayoría de ellos eran o habían sido militares, y los que eran civiles ya se habían habituado a la disciplina castrense. En cambio, los que se incorporaban al ejército y que provenían del Perú o de otros lugares de América, daban permanentes muestras de indisciplina.

El ejército regular establecido en Chile fue para los habitantes de principios del siglo XVII una verdadera liberación de la obligación de combatir, pues así podían dedicarse al trabajo de la tierra que les proporcionaba el sustento económico.

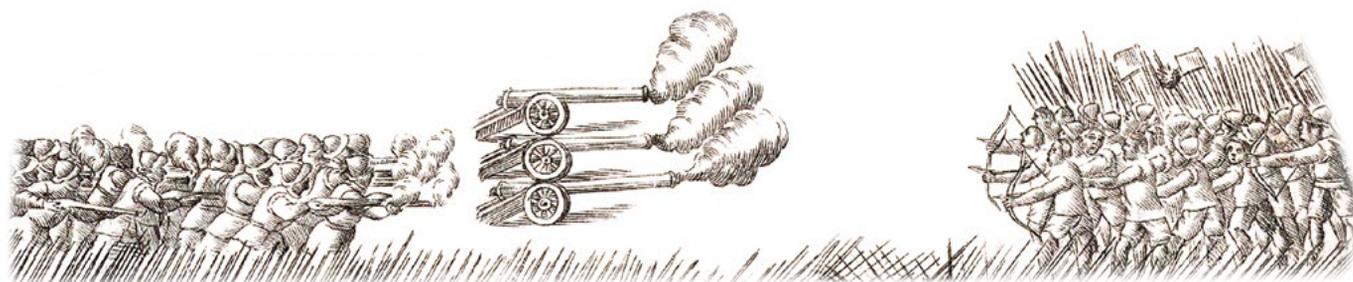




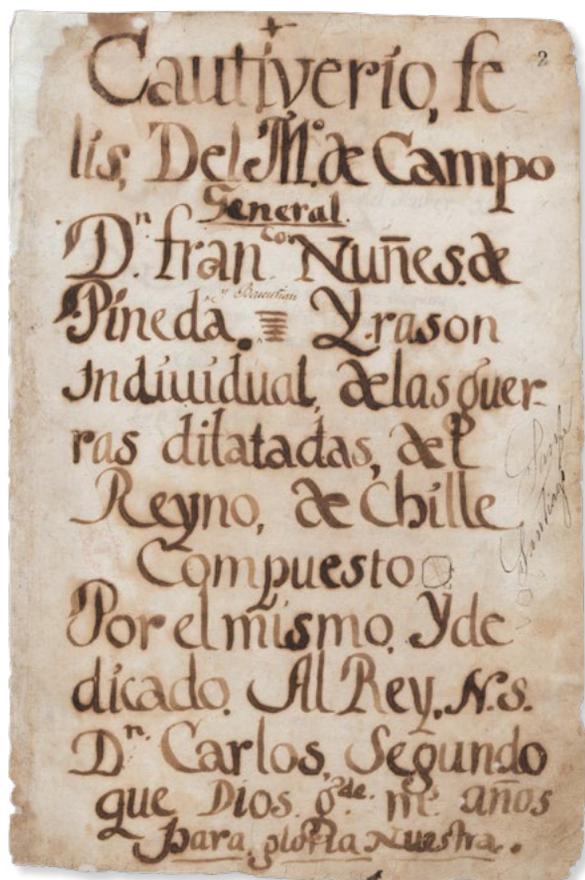
Ilustración de la campaña chilena durante el siglo XVIII, de Diego de Villanueva, 1744

A mediados de ese siglo fueron muchos los nacidos en Chile que querían ingresar al ejército, tal vez porque en 1610, al decretarse la guerra defensiva, se inició un periodo en el que los soldados —acantonados en la frontera del Bío-bío— se relacionaron fácilmente con los indios amigos y lugareños, aumentando visiblemente el mestizaje. Hay que advertir que cuando se habla del ejército, se debe tener en consideración que no estaba formado solo por oficiales y soldados, sino también por numerosos indígenas. Y esto, porque no era posible desarrollar una campaña con una dotación constituida solo por militares, sino que a ellos se les debía agregar un fuerte contingente de indios amigos que formaban parte sustancial de la fuerza militar, aunque no de la estructura orgánica del ejército.

Los oficiales y tropa, aun aquellos recién llegados o integrados, podían, cuando las condicio-

nes lo justificaban, ser licenciados del servicio y acogerse a labores remuneradas en el campo o en la ciudad, lo que no significaba su separación absoluta de los cuerpos y, por tanto, cabía la posibilidad de una reincorporación a las filas con el mismo grado o con otro mayor, según fuera su experiencia. Muchos soldados, en razón de sus méritos, lograban premios consistentes en mercedes de tierra que vendían o trabajaban. Esto significaba que ellos, al estar en contacto con la tierra, dejaban de ser puramente soldados y se transformaban en ganaderos o agricultores y, junto con estar militando en Arauco o en Yumbel, vivían con sus familias en la estancia propia. Al cabo del tiempo, cada tronco familiar chileno tuvo raíces en aquel cuerpo militar.

Otro elemento de importancia social era la inexistencia de un escalafón diferenciado entre oficiales y tropa, en consecuencia se podía ingre-



Portada del manuscrito original de la crónica "Cautiverio Feliz", de Francisco Núñez de Pineda, 1763. Colección Archivo Nacional



"Batalla de Las Cangrejas". Grabado de la obra "Cautiverio Feliz", de Francisco Núñez de Pineda, 1763. Colección Biblioteca Nacional de Chile

sar al ejército como oficial de baja graduación o como simple soldado. Había, por supuesto, una jerarquía de grados militares, pero cualquiera, en virtud de sus méritos y de sus servicios, podía iniciarse como soldado y alcanzar el grado de general. Un ejemplo de lo anterior lo constituyó el caso de Álvaro Núñez de Pineda y Bascuñán, que habiendo llegado a Chile como soldado, alcanzó el rango de maestre de campo general, que era el más alto del ejército después del capitán general. Su hijo Francisco llegó hasta el mismo grado y dejó un notable testimonio de su captura por los indios titulado "Cautiverio Feliz". Aunque esto provocaba una enorme movilidad social que per-

mitía la promoción de los meritorios, muchas veces los ascensos desproporcionados de paniaguados, clientes y amigos de los capitanes generales provocaron fuertes desavenencias entre los oficiales.

Con el correr de los años, el espectro social del ejército fue cambiando hasta llegar, a fines del XVIII y principios del XIX, a ser un contingente en que la gran mayoría de sus integrantes había nacido en Chile y solo un número reducido era peninsular o americano. Ello, evidentemente, le daba otro sentir a la institución, porque el amor a la tierra y el grado de pertenencia habían penetrado fuertemente en la conciencia de los militares de carrera como en el resto de la población.

LA ORGANIZACIÓN INSTITUCIONAL DEL EJÉRCITO

Cuando a principios de 1602 llegó a Concepción el refuerzo que venía desde Mendoza, se reunió un ejército de cerca de 2000 hombres, compuesto por una compañía de capitanes reformados (excedentes o de reemplazos) que sumaban 47 oficiales distinguidos que servían en la guardia del gobernador; un estado mayor conformado por oficiales mayores de campo; un cuerpo de caballería dividido en tres compañías; un cuerpo de infantería conformado por seis compañías y un cuerpo de guardia en los fuertes de la frontera. Sin embargo y pese a los refuerzos, y en especial a las reformas que realizó en la infantería, a la que desmontó y le dio el relieve que requería de acuerdo a las reglas de las guerras europeas, Ribera aún no estaba satisfecho. Los hombres no eran suficientes para reducir a los indígenas y pacificar el reino y por ello le decía al monarca que "serán menester forzosamente otros mil hombres efectivos de España, sustentando el número entero de los que al presente hay en el reino, con dos mil pagas situadas para los unos y los otros, que es el número de gente y gasto más moderado que la necesidad y pacificación desta tierra requiere".



"Felipe V", de Louis Michel van Loo, 1739



Gobernador de Chile, José Antonio Manso de Velasco,
conde de Superunda, 1746

Las constantes reformas y la inestabilidad de los salarios repercutieron y condicionaron la organización. La reforma más profunda a la organización y funcionamiento del ejército recién llegó con el advenimiento de la dinastía Borbón en el siglo XVIII. La primera ordenanza, conocida con el nombre de Real Placarte de 1703 la dictó Felipe V y determinó la forma de integración del estado mayor, oficialidad y tropa, fijó los sueldos de cada grado, reglamentó el número de compañías y señaló que sería el Rey quien designaría los grados superiores que desde entonces fueron vitalicios.

La organización impuesta fue la siguiente: un estado mayor conformado por un capitán general, un ayudante general que hubiera sido capitán de infantería, un sargento mayor de infantería, un maestre de campo de infantería, un ayudante que hubiera sido alférez de infantería, un ayudante general que haya sido capitán de infantería, dos

trompeteros, un capellán mayor del ejército, un comisario general de la caballería, un trompeta, un teniente de caballería, un capellán de la caballería, un auditor general, un veedor general, un capellán para el presidio de Valparaíso, un cirujano mayor y un lengua general, intérprete de mapudungun.

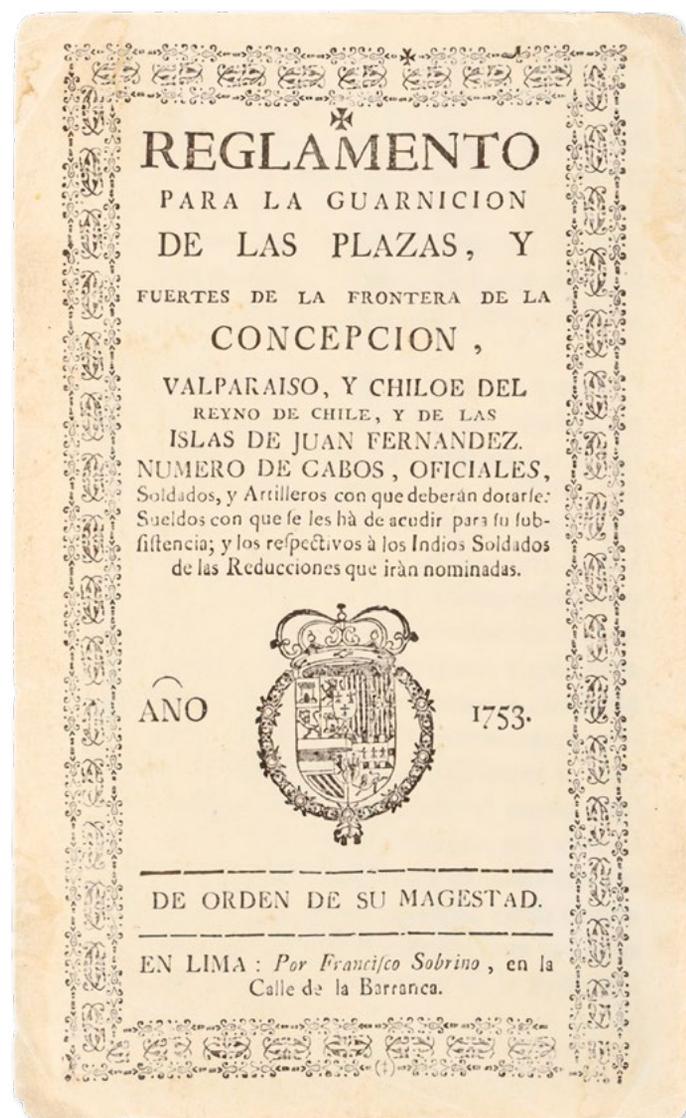
Este Real Placarte rigió en Chile por treinta años y sería reformado por el reglamento que, el 1 de junio de 1753, dictó el gobernador José Antonio Manso de Velasco.

El reglamento elaborado por Manso de Velasco, que llevaba por título "Reglamento para la guarnición de las plazas de la frontera de la Concepción, Valparaíso y Chiloé del Reino de Chile e islas de Juan Fernández", fue redactado en el contexto de una política de guerra defensiva y paz parlamentada, lo que hacía conveniente una reducción en el ejército, aprobada por el Rey Fernando VI en 1748. La fuerza se redujo a 750

efectivos distribuidos en seis compañías de jinetes y diez de infantería, debiendo de ellas salir los artilleros para los fuertes y con solo 90 764 pesos para cancelar los sueldos.

Las últimas reformas del siglo XVIII correspondieron a la "Ordenanza de S.M. para el régimen, disciplina, subordinación y servicio de sus ejércitos", que fue dictada por Carlos III en 1768 e implementada en Chile por el gobernador Agustín de Jáuregui. Esta ordenanza resultó de capital importancia porque puso al ejército del reino en igualdad de condiciones con el resto de los ejércitos del Rey; pero como el Ejército chileno tenía una realidad diversa a los que existían en Europa y la aplicación de la ordenanza parecía algo ilusoria, dado el terreno y la distribución de sus fuerzas, el gobernador le dio un reglamento específico que no derogaba la ordenanza, sino que la adaptaba a la realidad chilena.

El ejército, ahora de 1150 plazas, se distribuyó en 23 compañías de 50 hombres cada una con inclusión en ellas de sargentos, tambores y pífanos; 14 eran de dragones, siete de infantería y dos de artillería. En la Frontera, quedaron seis de infantería y 12 de dragones, divididos en dos cuerpos separados e independientes entre sí. Las restantes cinco compañías se distribuyeron en distintas plazas y fuertes del reino.



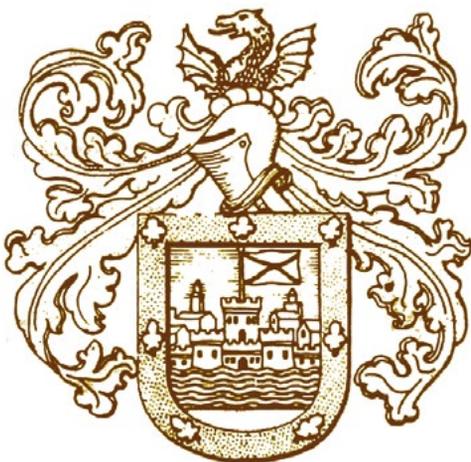
"Reglamento para la guarnición de las plazas de la frontera de la Concepción, Valparaíso y Chiloé del Reino de Chile e islas de Juan Fernández", 1753

LA PLAZA FUERTE DE VALDIVIA

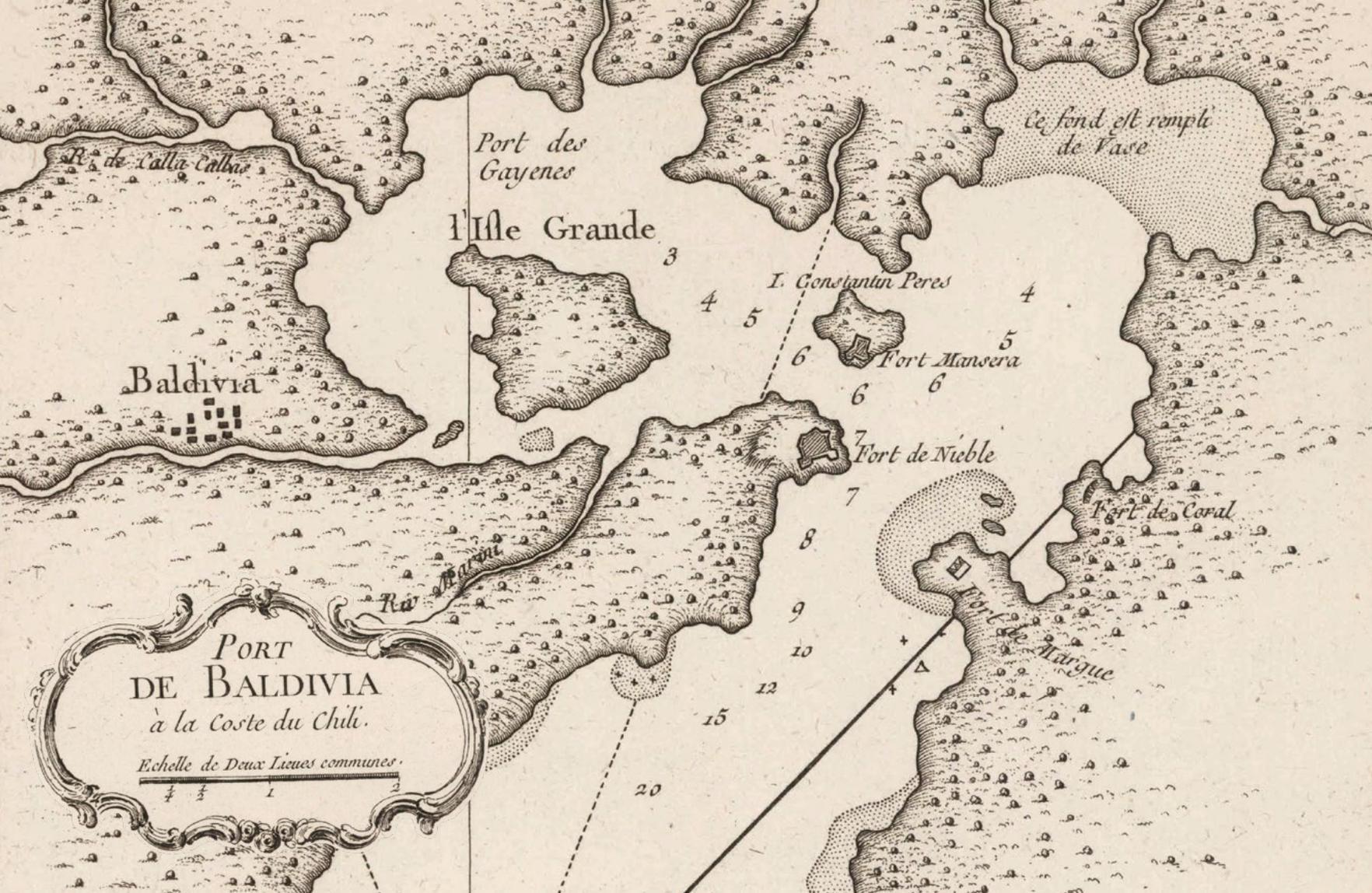
Además de lo señalado debe consignarse que a mediados del siglo XVII se instaló en Valdivia una fuerza militar diferente, que no nació de una hueste conquistadora trasformada en vecinal, sino de la necesidad de defender el reino y al virreinato del Perú de eventuales ataques de corsarios y piratas, como los que ocurrieron cuando la armada del almirante holandés Hendrick Brouwer y su sucesor Elías Herckmans ocuparon Valdivia en 1643.

Conocido el hecho de la invasión holandesa, el virrey del Perú, Pedro de Toledo y Leiva, marqués de Mancera, levantó una armada y un ejército capaces de defender el Mar del Sur y de refundar Valdivia como plaza, puerto y presidio al mando de su hijo Antonio Sebastián de Toledo.

Esta fuerza reunió 17 navíos, 1800 hombres y 188 piezas de artillería, y arribó a Valdivia en febrero de 1645. Toledo permaneció allí dos meses, celebró parlamento con el lonco de Mariquina, Juan Manquiente, y dejó una guarnición de 700 infantes y 26 piezas de artillería a cargo del maestre de campo Alfonso de Villanueva Soberal. Esta fuerza, el Batallón Fijo de Valdivia, contó con siete compañías que luego se redujeron a seis de infantería, con



Escudo de Armas de la ciudad de Valdivia, otorgado por Carlos I en 1554. Colección Biblioteca Nacional de Chile



Fuertes de Valdivia. Detalle del mapa de Jacques Nicolas Bellin, 1764

capitán, teniente y alférez; una de pardos, con capitán y subteniente; una de artillería, bajo la conducción de un capitán y una de maestranza al mando de un sobrestante mayor.

En 1753 se dictó un reglamento elaborado por el gobernador de Chile, José Antonio Manso de Velasco, que fue aprobado por Fernando VI, con el nombre de "Reglamento para la guarnición de la plaza de Valdivia y castillos de su jurisdicción", con un situado de 50 693 pesos. En adelante el batallón contó con un estado mayor compuesto por un gobernador, un sargento mayor, dos ayudantes, el comisario general de naciones y el lengua general, y su composición de oficiales que comprendía las plazas vivas, las reformadas,

retirados e inválidos, que sumaban más de cien efectivos. Importante fue la artillería en este Batallón Fijo, emplazada en un sistema defensivo que se reputaba como inexpugnable y se distribuía en los castillos de Corral, Niebla, Mancera y Cruces, y una gran cantidad de baterías artilladas distribuidas a lo largo de la ribera del río Valdivia y de la costa adyacente a su estuario.

Cabe consignar que la fuerza militar acantonada en Valdivia, y que además protegía la isla de Chiloé, durante la segunda mitad del siglo XVII y casi todo el siglo XVIII estuvo conectada con Chile solo a través del mar, con dependencia directa del Virrey del Perú.

LAS MILICIAS EN EL REINO DE CHILE

Todas las ciudades y villas de la península, y también algunos lugares y aldeas de España que tenían cabildos, mantenían una milicia armada que tenía por objeto defender la ciudad y sus términos. Las ciudades fundadas en América fueron dotadas de cabildos, por lo que su misión pasó al nuevo continente del mismo modo que existía en la España de la reconquista, y por ello la milicia formada por vecinos fue la encargada de defenderla militarmente.

La consolidación de la conquista significó también la expansión de las milicias, que eran el brazo armado de la ciudad. Por ello, la historia de la guerra del primer siglo chileno es la historia del ejército vecinal o, lo que tal vez es más preciso, la historia de las milicias de las ciudades de Chile.

Armar y disciplinar un cuerpo de milicia sólido fue de enorme importancia y su financiamiento dependió sustantivamente de las élites criollas de América, las cuales solo se interesaron en apoyarlas cuando consiguieron que los altos cargos de la oficialidad recayeran en sus integrantes, sobre todo porque los grados militares revestían a los hijos de las élites de un tinte de prestigio.

ESTADO, QUE CONTIENE LA TROPA VETERANA
existente en la jurisdiccion Real del Reyno de Chile el presente año de 1792.

<p><i>Plana Mayor de Santiago.</i></p> <p>El Gobernador, Presidente, y Capitan General. 1. Secretario de la Presidencia..... 1. Primer Oficial..... 1. Segundo Oficial..... 1. Ayudante de Capitan General..... 1. Ingeniero..... 1. Capitan Preboste..... 1.</p> <p><i>Compañia de Dragones de la Reyna.</i></p> <p>Capitan..... 1. Teniente..... 1. Subteniente..... 1. Sargentos..... 2. Cabos..... 3. Dragones y un Tambor..... 45. Maestro Armero..... 1. Oficial..... 1. Aprendiz..... 1.</p> <p><i>Asamblea de Caballeria.</i></p> <p>Primer Sargento Mayor..... 1. Segundo Sargento Mayor..... 1. Ayudantes Mayores..... 2. Tenientes..... 12. Sargentos..... 12. Cabos..... 24.</p> <p><i>Plana Mayor de Valparaiso.</i></p> <p>El Gobernador..... 1. Capellan..... 1. Guarda Almacen..... 1.</p> <p><i>Compañia de Artilleros.</i></p> <p>Capitan..... 1. Teniente..... 1. Subteniente..... 1. Sargento..... 1. Cabos Primeros..... 3. Cabos Segundos, y un Tambor..... 3. Artilleros..... 57.</p> <p style="text-align: right;">181.</p>		<p><i>Plana Mayor de la Concepcion, Infanteria.</i> 181.</p> <p>Comandante General, el Gobernador Intendente de esta Plaza..... 1. Segundo Comandante..... 1. Sargento Mayor..... 1. Ayudante Mayor..... 1. Capellan..... 1. Capellanes para los fuertes y plazas de la frontera. 12. Cirujano..... 1. Maestro Armero..... 1. Tambor Mayor..... 1. Primer Pito..... 1. Segundo Pito..... 1.</p> <p><i>Comandancia de ocho Compañias de Dragones.</i></p> <p>Comandante..... 1. Sargento Mayor..... 1. Ayudante Mayor..... 1. Tambor Mayor..... 1. Capellan..... 1. Cirujano..... 1. Maestro Armero..... 1. Capitanes..... 9. Tenientes..... 9. Subtenientes..... 9. Sargentos..... 9. Cabos..... 18. Tambores..... 9. Soldados..... 368.</p> <p><i>Compañia de Artilleros de la Frontera.</i></p> <p>Capitan..... 1. Teniente..... 1. Subteniente..... 1. Sargentos..... 2. Cabos Primeros..... 2. Cabos Segundos..... 2. Soldados..... 41.</p> <p style="text-align: right;">694.</p>		<p><i>Compañias de Infanteria, ocho de Fusileros de 77 plazas, y una de Granaderos de 63.</i> 694.</p> <p>Capitanes..... 9. Tenientes..... 9. Subtenientes..... 9. Sargentos Primeros..... 9. Sargentos Segundos..... 9. Cabos Primeros..... 9. Dichos Segundos..... 9. Tambores..... 9. Pifanos..... 9. Soldados..... 651. Intérprete General..... 1. Capitanes de Amigos de Llanos, Engol, Costas y Pehuenches..... 4. Idem de otras Reduções..... 15. Balseros para el paso de los rios Biobio y Andalien..... 17.</p> <p style="text-align: center;"><i>Valdivia.</i></p> <p>Gobernador..... 1. Sargento Mayor..... 1. Ayudante Mayor..... 1. Ayudante Segundo..... 1. Ingeniero..... 1. Capellan Mayor..... 1. Idem de los Castillos..... 5. Medico..... 1. Maestro Armero..... 1. Seis Compañias de á 77 Soldados..... 462.</p> <p style="text-align: center;"><i>Isla de Juan Fernandez.</i></p> <p>Gobernador..... 1. Capellanes..... 2. Cirujano..... 1. Soldados..... 50. Artilleros para disciplinar..... 4.</p> <p style="text-align: right;">Total..... 1976.</p>	
--	--	---	--	--	--

Estado de las tropas en Chile en 1792, contenido en el "Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reino de Chile", de Juan Ignacio Molina, obra publicada entre 1788 y 1795

Importante resulta señalar que en esas milicias se incluyeron hombres de color y de castas que conseguían con su inclusión ganar respeto social en una sociedad que los controlaba y vigilaba asiduamente.

La reforma de las milicias practicada en 1778 por el gobernador Agustín de Jáuregui permitió que ellas tuvieran una nueva planta y dotación, y que para ellas el gobernador adoptara el "Reglamento de Milicias de Cuba de 1769", y se incluyera en sus funciones la de policía rural, pues debían combatir el bandidaje.

Este breve recorrido que hemos realizado por la hueste indiana, el ejército vecinal, el ejército permanente y las milicias en Chile, nos proporcio-

na los antecedentes indispensables para conocer las profundas raíces de nuestro Ejército y determinar de dónde provienen sus virtudes guerreras, atributos que se extenderán hacia la organización militar de la República y que todavía laten en la institución militar.

No hubo otro lugar de la América hispana donde se produjera una contienda militar tan cruenta y prolongada. A pesar de ello —y he aquí la paradoja— durante tres centurias se fue produciendo la fusión de dos pueblos guerreros, cuyas sangres se mezclaron a través de un intenso mestizaje. De ese crisol de razas surgió un tipo de soldado de cuyo patriotismo, abnegación y bravura contaremos en las páginas siguientes.



II

EL PROCESO DE INDEPENDENCIA NACIONAL (1810-1826)

EL CONTEXTO DE LAS IDEOLOGÍAS Y LA ACTUACIÓN DEL EJÉRCITO

Cuando en 1808 Napoleón invadió España, desató una serie de conflictos larvados y problemas no resueltos, tanto en la península como en América. La crisis de la monarquía fue global y ello explica, en gran medida, que las ideas independentistas hayan surgido simultáneamente en lugares lejanos y desconectados geográficamente.

En España, debido a la forzada ausencia de los reyes legítimos, los pueblos se valieron de juntas locales de gobierno para rechazar al monarca impuesto por el invasor. Por su parte, los emergentes ilustrados aprovecharon la ocasión para intentar por medio de una Constitución promulgada en Cádiz (1812), la apertura de espacios institucionales que pudieran imponer algunos rasgos de carácter liberal a los gobiernos que se sucederían después de la crisis.

En el nuevo mundo, el conflicto también se manifestó como una expresión del desarrollo del comercio regional, el que progresivamente había abandonado la dependencia que tenía de los mercaderes limeños para dar paso a nuevos centros comerciales como Buenos Aires, Caracas o Santiago, que eran mantenidos por una activa élite local. La crisis de la monarquía también puso de manifiesto la rivalidad existente entre criollos y peninsulares respecto



"Promulgación de la Constitución de 1812", de Salvador Viniegra, 1912

de la ocupación de cargos de gobierno y de sus posiciones en la escala social.

Pero la crisis no era solo económica y social, sino también política y cultural. Así, en lo primero —lo político—, emergieron dos modelos divergentes respecto de la forma de gobierno. Por una parte, el que preconizaban los partidarios de mantener la obediencia a las directrices venidas de la península; y, por otra, el de aquellos que aspiraban a gobiernos autónomos que, de algún modo, representaban la irrupción de un pensamiento liberal, reformista y moderno, en contraposición a una idea conservadora, tradicionalista y absolutista. En cuanto a lo segundo —lo cultural—, implicaba el inminente cambio de paradigma que significaba abandonar la rigidez mo-

nárquica y adoptar una idea liberal, republicana y de participación "popular" en la gestación de la cultura y el poder.

En medio de esas contradicciones se desenvolvía el ser social. Ellas se manifestaban en tertulias y saraos, en las negociaciones comerciales de trastienda y en los salones de la élite. Las habladurías abundaban y de los salones y trastiendas pasaron a las intimidades familiares y a las resoluciones institucionales. Y, más tarde, se hicieron públicas a través de panfletos y libelos que corrían de mano en mano o se clavaban en las puertas de las iglesias y conventos. En las familias la discusión aumentó y hubo hijos que contradijeron a sus padres. Ya nadie podía ignorar lo que pasaba. Inevitablemente, se debía tomar partido.

En el ámbito institucional ocurría un fenómeno parecido. Mientras el Cabildo de Santiago se sentía dispuesto al cambio, el tribunal de la Real Audiencia se resistía a cualquier reforma que pusiera en peligro la integridad y unidad de la monarquía. La Iglesia no tenía una visión única y si el Obispo de Santiago era partidario de la continuidad monárquica, el de Concepción postulaba una apertura a las nuevas ideas. Mientras los franciscanos de Santiago estaban con el cambio, los de Chillán sostenían los antiguos postulados. El clero, en su conjunto, distribuía sus pareceres en forma relativamente equilibrada entre absolutistas y autonomistas.

Lo propio ocurría con el Ejército. Allí, pese a la verticalidad de su mando, las ideas existentes habían penetrado en la oficialidad desde temprano y, como en todas las instituciones, había decididos partidarios de ambos bandos con el agravante que para los militares la toma de partido involucraba un dilema de lealtad. Al respecto, según señala el historiador español Juan Marchena: “hay testimonios de jefes, oficiales e incluso de la misma tropa, que hablan de una gigantesca contradicción que bullía en su seno: por una parte, se sentían profundamente liberales, compartiendo —en el fondo y a veces en casi todos los puntos— ideario y planteamientos con aquellos a los que tenían que reprimir y, por otra, actuaban en nombre de un rey del que a duras penas podían tolerar su absolutismo”.

En ese torbellino de contradicciones transcurre la vida en Chile cuando surgió un episodio, esta vez local, que marcó un nuevo antagonismo entre los grupos que sostenían ideas divergentes. Y esto porque si se ganaba un cargo político significativo, aumentaban las posibilidades de ejercer desde el poder acciones conducentes a intensificar la penetración de las ideas que cada uno de los bandos sustentaba.

Lo que aconteció fue que en febrero de 1808, con ocasión de la muerte del gobernador Luis Muñoz de Guzmán, se hizo posible que —a pesar de que las cédulas reales ordenaban la sucesión a través del mando militar—, el tribunal de la Audiencia manifestara públicamente su preeminencia al nominar como interino en el gobierno del reino a su regente, Juan Rodríguez Ballesteros, respecto de quien había garantía de su lealtad monárquica. Con ello, la Audiencia dejaba en evidencia no solo su fidelidad al antiguo orden, sino que además demostraba que era capaz de pasar sobre la ley.

Sin embargo, cuando la noticia llegó a Concepción, el Ejército Real allí asentado reaccionó contra lo resuelto por el alto tribunal y reclamó para sí el privilegio de suceder al gobernador fallecido. El mando del reino recayó entonces en el oficial de mayor graduación, el brigadier Francisco Antonio García Carrasco, quien se trasladó a Santiago a ejercer el cargo que, por cédulas reales, le correspondía. Aunque el Ejército no manifestara



El Conde de la Conquista

Mateo de Toro y Zambrano, presidente de la Primera Junta de Gobierno de Chile. Obra anónima

una marcada adhesión hacia alguno de los bandos, de ese modo ponía de manifiesto que para esta institución el cumplimiento de la legislación vigente mantenía enorme validez.

La Audiencia cedió en sus intenciones de gobernar a través de su regente y aceptó el predominio militar, tal vez porque creyó encontrar en el Ejército un aliado en su postura política o porque entendió que el respeto a la legislación era primordial para mantener la doctrina de apoyo irrestricto al monarca y a la monarquía.

La posición de García Carrasco no parece haber sido sino la de una estricta lealtad al antiguo orden de cosas y, por ello, los partidarios de la innovación lo desprestigiaron y lo llenaron de epítetos infamantes que lo aislaron de la élite dirigente. Es probable que ese aislamiento y su falta de conocimiento de la realidad social de Santiago le llevaran a actuar impulsivamente en su afán por imponer un orden que creía beneficioso para la sociedad. No consideró que con el encarcelamiento de importantes integrantes del vecindario santiaguino, violentaba los sentimientos solidarios de una élite influyente. Tampoco pareció advertir que la prisión de marinos británicos y el decomiso de la mercadería que conducía su navío de bandera inglesa —el “Scorpion”—, ponía en riesgo las difíciles relaciones exteriores de la monarquía.

Fue juzgado y acusado de querer levantar al pueblo, en un afán por mantenerse en el cargo en contra del sentir de la élite criolla. Aunque se defendió de los cargos, no fue posible superar el traspie y como resultado de ese precipitado accionar se produjo su renuncia. La autoridad quedó en manos del brigadier de milicias, el criollo Mateo de Toro Zambrano, conde de la Conquista. Los partidarios de las ideas emergentes habían dado un importante primer paso en sus pretensiones políticas, pues lograban sentar en la Gobernación del Reino a un nacido en el país.

En el juego de las ideas y de las influencias de ese momento, aparecieron contrastadas dos



"Primera Junta de Gobierno", de Nicolás Guzmán Bustamante, 1889. Museo Histórico Nacional

importantes instituciones con ideas políticas divergentes. Por una parte, el Cabildo de Santiago, que, a través de su alcalde Agustín de Eyzaguirre y de la mayoría de los regidores, solicitaba permiso al mandatario para convocar a un cabildo abierto con el fin de que los vecinos se pronunciaran acerca de qué actitud debían tomar frente a los sucesos que afectaban a la monarquía; y, por otra parte, la Real Audiencia, que se oponía a esa convocatoria y pretendía continuar con la dependencia de la metrópoli, aunque el Rey no estuviese allí. En la disputa triunfó el Cabildo que obtuvo

el permiso para llevar adelante una asamblea.

El Cabildo fue selectivo en la convocatoria y en su mayoría citó a las personas que estaban de acuerdo con la adopción de un nuevo orden, ignorando o retrasando las invitaciones de otras personalidades que no compartían ese ideario político. De esa manera, al Cabildo Abierto citado para el 18 de septiembre de 1810, según estimaciones, solo asistieron 436 personas, de las cuales dos terceras partes eran partidarias de la elección de una junta de gobierno.

EL TRIUNFO DEL NUEVO ORDEN

Aunque los asistentes al Cabildo Abierto juraron defender el reino hasta derramar la última gota de su sangre, conservarlo para el Rey y reconocer al Consejo de Regencia de España e Indias, en realidad, en la mayoría de los presentes se estaba incubando una tímida pero efectiva revolución liberal.

La Junta de Gobierno, que era el resultado del accionar político del Cabildo de Santiago, necesitaba legitimarse en todo el reino y por ello envió emisarios a los pueblos y guarniciones militares, conduciendo una propuesta de juramento de fidelidad y obediencia que todos aceptaron, no sin que algunos se mostraran suspicaces.

Pese a lo anterior y a que su presidente murió poco después —el 26 de febrero de 1811—, la actividad de la Junta fue importante no solo porque tomó el mando del reino, sino porque fijó el derrotero a seguir. Entre sus primeras medidas, decretó la creación y aumento de unidades militares. Para ello, se encargó la elaboración de un “Plan de Defensa del Reino y de Organización Militar” a una comisión formada por el capitán de ingenieros Juan Mackenna, por José Samaniego y por Juan Egaña.



Coronel Juan Mackenna, autor del
"Plan de Defensa del Reino de Chile"

Presentado el 27 de noviembre de ese año, en síntesis, el plan consideraba organizar un ejército de más de 1000 hombres, bien armados y disciplinados y milicias provinciales de unas 25 000 plazas, para cubrir las circunscripciones de Coquimbo, Santiago y Concepción. Proponía dividir el ejército en ocho unidades, cuatro de caballería armada con sable y lanza, dos de dragones con sable corto y arma de fuego, una de infantería y una de artillería, además de la obtención de 25 000 fusiles, 40 000 espadas y 8000 pares de pistolas. También consideraba establecer una fábrica de armas y organizar un colegio militar.

Finalmente y de acuerdo a los recursos disponibles, la Junta de Gobierno solo pudo crear,

con fecha 2 de diciembre de 1810, las siguientes unidades: el Batallón Granaderos de Chile, dos escuadrones de Húsares de Santiago y cuatro compañías de artillería.

Para organizar estas unidades, era necesario contar con el correspondiente armamento y vestuario que permitiera equiparlas de forma adecuada, lo que significó un importante desafío para las autoridades. Para ello, la Junta celebró un contrato con Diego Whitaker que consideraba importar desde Inglaterra 10 000 fusiles, 10 000 pares de pistolas, 2000 sables y equipo diverso. También se dispuso establecer una fábrica de armas en Santiago.

Posteriormente se crearon nuevas unidades de línea, entre las que destacaron: el Batallón de Infantería de Pardos (cambió luego su denominación a Infantes de la Patria), Batallón Voluntarios de la Patria, Húsares de la Gran Guardia, Húsares de la Guardia General y Cuerpo de Dragones de Chile.

Otras medidas de la Junta consistieron en ordenar la libertad de comercio abriendo los puertos chilenos al tráfico internacional; aumentar las comunicaciones con la Junta de Buenos Aires; fomentar el crecimiento de la marina mercante; y en decretar la convocatoria en todo el reino a elecciones de diputados para un congreso nacional.

El triunfo de los partidarios del cambio era solo aparente. Los enemigos de esa postura política trabajaban en las sombras y no estaban dispuestos a aceptar su derrota. Creían que la verdad y la razón estaban con ellos. La Audiencia, soterradamente, incitaba a parte de la oficialidad

del Ejército a rebelarse; de hecho, sin mayor eco —al menos público— más de algún oficial pensaba que su lealtad estaba con la monarquía y con el Consejo de Regencia que gobernaba en España en representación del Rey cautivo.

Así, el 1 de abril de 1811, día fijado para realizar las elecciones de diputados por Santiago, el teniente coronel Tomás de Figueroa, con la aprobación de la Real Audiencia, intentó levantarse en armas, pero sus fuerzas fueron rechazadas por tropas leales a la Junta. Como resultado de su audacia, el militar fue ejecutado y la Real Audiencia disuelta, para luego, en su reemplazo, designarse un Tribunal de Apelaciones. Fue este el primer enfrentamiento de unidades militares que defendían posiciones antagónicas.

La buena estrella de los insurgentes continuaba y, como estaba previsto, el 14 de julio de 1811 se inauguró el Congreso y se abrieron las sesiones legislativas. En el transcurso de ellas fue posible constatar las dificultades que enfrentarían los partidarios del cambio, pues entre los congresistas había quienes optaban por continuar la dependencia y propiciaban la mantención de una actitud observante, en espera de lo que podría ocurrir en Lima y en Madrid. También había algunos que se autodenominaban moderados que no estaban dispuestos a ser parte de ninguna de las facciones en pugna. Finalmente, estaban los que deseaban tomar el camino de la autonomía.

Pero el grupo reformista y radical estaba inquieto. A pesar de haber conseguido algunos cambios, deseaba innovaciones más profundas.



Era entonces menester terminar con la indiferencia o la oposición de la mayoría parlamentaria que entrababa el desarrollo de la revolución civil que se pretendía. Para conseguir una mayor profundidad a las reformas, se conspiró contra el orden establecido y, con el liderazgo de Juan Martínez de

JOSÉ MIGUEL CARRERA

José Miguel Carrera

Nacido en Santiago el 15 de octubre de 1785 en el seno de una familia criolla, su padre y abuelos paternos pertenecieron por décadas a las familias más representativas de la sociedad chilena, en tanto que su madre descendía de altos funcionarios de la monarquía.



Hizo sus primeros estudios en el Convictorio Carolino. Tempranamente, al igual que sus hermanos, ingresó como cadete al Regimiento del Príncipe.

Emigró de Chile rumbo a Lima y, más tarde, en 1806, pasó a España. Recién llegado obtuvo un nombramiento de teniente y cuando Napoleón invadió la península debió ingresar a la resistencia en el regimiento de Voluntarios de Madrid, con plaza de capitán. Participó en los combates de Madrid —en diciembre de 1808— y en las acciones de Mora, Consuegra, puente del Arzobispo, Yévenes, Ocaña y Talavera, ganando una medalla en mérito de sus servicios.

Ascendido a sargento mayor, se le mandó formar el Regimiento de Húsares de Galicia y, una vez concluida su misión, se retiró a Cádiz, lugar en donde —tomando contacto con otros americanos— se informó de la realidad de América y de Chile, y de cuales eran los progresos de las ideas de libertad.

Pensó entonces en volver a Chile y pidió permiso para regresar. Se embarcó en el “Standart” el 17 de abril de 1811 y llegó a Valparaíso el 25 de julio de ese mismo año. Su arribo causó expectación en la sociedad de la época, ya que sus hermanos ocupaban puestos importantes en la milicia y su padre era un connotado vecino de Santiago que había ocupado el cargo de vocal en la Junta de Gobierno de 1810.

De inmediato se incorporó al quehacer político de Chile y el 14 de septiembre comandó un golpe militar que tuvo por objeto imponer las ideas más avanzadas en la conducción del gobierno autónomo, lo que lo alzó como pri-

mera figura entre los líderes políticos y militares de los partidarios del cambio.

Por discordias con sus antiguos aliados, encabezó un nuevo movimiento que el 15 de noviembre de 1811 lo puso a la cabeza de Chile como presidente de una junta de gobierno representativa de las tres provincias que entonces existían: Coquimbo, Santiago y Concepción.

Desde esa posición, logró sentar las bases de la institucionalidad republicana y encabezó el ejército que debió librar las primeras batallas de la Patria Vieja. Gobernó por dieciocho meses y en ese período incrementó las rentas fiscales, contrató tipógrafos en Estados Unidos para la primera imprenta que editó “La Aurora de Chile”, e inició relaciones comerciales con ese país, por mediación de su amigo Joel Robert Poinsett, cónsul general en el cono sur de América.

Pero, sin lugar a dudas, la obra más importante de su gobierno fue la dictación de un reglamento constitucional, cuyo espíritu provocó que el virrey Abascal enviase una expedición militar con el propósito de deponer su gobierno y conservar a Chile como parte de la monarquía española.

A principios de 1813, la expedición enviada por Abascal lo obligó a abandonar las tareas de gobierno para asumir como el primer general en jefe de las fuerzas patriotas. Combatió en Yervas Buenas y San Carlos, y retomó Concepción, que había sido ocupada por el enemigo. Puso sitio a Chillán, pero este fracaso trajo como consecuencia su caída del poder y del mando militar, que debió entregar al coronel Bernardo O’Higgins. Entregado el mando, estuvo preso en aquella plaza desde donde huyó junto a su hermano Luis. Viajó a Santiago, reunió partidarios y dio un golpe que lo si-

tuó nuevamente a la cabeza del gobierno, pese a que debió enfrentar a los descontentos en el combate de Tres Acequias.

La llegada de Mariano Osorio al mando de una fuerza militar venida del Perú reavivó la lucha y la guerra recrudeció. Dos divisiones patriotas hicieron frente a las fuerzas monárquicas, pero fueron derrotadas el 2 de octubre de 1814 en Rancagua.

A raíz de esa derrota, el caos se apoderó de los patriotas, quienes abandonaron el gobierno y en gran número cruzaron la cordillera de Los Andes. Al otro lado del macizo andino Carrera no fue bien recibido y desde Buenos Aires viajó a Estados Unidos donde consiguió buques y armas para la causa de la libertad. Al fracasar en ese proyecto, permaneció en el territorio de las Provincias Unidas, se involucró en sus guerras civiles y asumió el mando de una fuerza de indígenas de las pampas que lo nominaron “piche rey”. Con ellos desarrolló varias acciones y terminó poniéndose al margen de la ley, por lo que fue tenido como bandido por las autoridades transandinas.

Capturado, fue fusilado en Mendoza el 4 de septiembre de 1821. Se había casado con Mercedes Fontecilla Valdivieso y tuvo con ella cinco hijos.

Por controvertida que pueda considerarse su actuación política y militar, es innegable que Carrera fue la figura que con decisión encendió la llama para conseguir la definitiva autonomía.

A handwritten signature in black ink, reading "José Miguel Carrera". The signature is highly stylized and cursive, with a large, decorative flourish at the end.

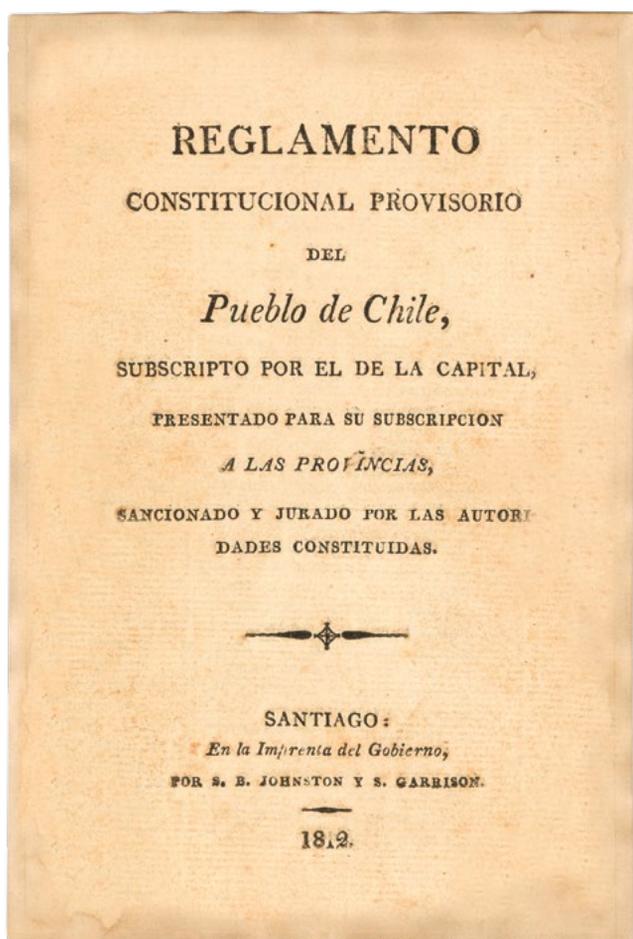
Rozas, Vicente Larraín y los hermanos Juan José y Luis Carrera, se propició un golpe de fuerza.

El tercero de los hermanos Carrera, José Miguel, recién llegado de España donde había luchado contra las fuerzas de Napoleón, una vez

impuesto del plan subversivo se reunió con los implicados y acordaron aplazarlo, de manera que aquel pudiera sumarse al complot y aun más, encabezar el asalto al Congreso.

Así se hizo. El 4 de septiembre de 1811, José Miguel Carrera y su grupo, después de una asonada militar, tomaron el control del Congreso, iniciando así una aceleración del proceso de reformas. Todavía más profundo se hizo ese proceso cuando, el 15 de noviembre de ese mismo año, un nuevo golpe de timón dejó el poder completamente en manos de José Miguel, quien justificó su accionar señalando que "era necesario para el bien de la causa de la independencia".

El gobierno presidido por Carrera no solo aceleró las reformas, sino que mostró una clara inclinación de buscar para Chile una independencia total, lo que se hizo notorio al entregar al país, en 1812, una carta fundamental denominada "Reglamento Constitucional Provisorio". En ella, aunque en su artículo 3º se reconocía a Fernando VII como Rey, se manifestaba la voluntad de autogobernarse y se declaraba que la soberanía recaía en el pueblo. La intención resultaba más evidente cuando se señalaba que "ningún decreto, providencia u orden, que emane de cualquier autoridad o tribunales de fuera del territorio de Chile, tendrá efecto alguno; y los que intentaren darles valor, serán castigados como reos de Estado".



Reglamento Constitucional de 1812.
Colección Biblioteca Nacional de Chile

REACCIÓN VIRREINAL: EL USO DE LA FUERZA

El camino seguido por los reformistas y los sucesos de Chile eran observados de cerca por las autoridades del virreinato. En estricto derecho, el gobierno de Chile había sobrepasado la legalidad; no porque hubiera nominado una junta de gobierno en 1810 —acción avalada por el Consejo de Regencia que autorizaba la formación de juntas— o creado un congreso de representantes en 1811, y menos por haber declarado a Fernando VII como legítimo Rey, sino porque entró en relaciones con los subversivos de Buenos Aires, autorizó el comercio con naciones enemigas de la monarquía y desconoció las órdenes emanadas por las autoridades y los tribunales de fuera de la Capitanía General. En otras palabras, el gobierno existente en Chile desde 1810 había actuado fuera de la ley, en abierta rebelión contra la monarquía y se había constituido en un ente claramente subversivo.

En ese contexto, Fernando de Abascal, virrey del Perú, había asumido decididamente el liderazgo de la posición conservadora de América del Sur y escuchó a un sector de la población chilena que, desesperadamente, solicitó su intervención como el más alto representante de la monarquía hispánica.



Virrey del Perú Fernando de Abascal,
de Pedro Díaz, hacia 1804



*Brigadier Antonio Pareja, obra anónima, siglo XIX.
Colección Museo Naval de Madrid*

Abascal había demostrado ser un hábil político y un fiel partidario de la corona y del Consejo de Regencia. Como tal, había reprimido duramente la organización de juntas en Chuquisaca y en Quito. Además, había formado un ejército en el Alto Perú con el fin de contener cualquier asomo de levantamiento contra su autoridad y para detener cualquier intento de avance por parte de las fuerzas autonomistas de Buenos Aires, o de otras provincias del antiguo virreinato del Río de la Plata.

En la práctica, Abascal se había convertido en un verdadero monarca en el cono sur de América y no estaba dispuesto a ceder en sus esfuerzos por someter a los elementos levantiscos e insurgentes, entre los cuales, obviamente, se encontraba el gobierno de facto presidido por Carrera. Por ello decidió enviar a Chile al brigadier Antonio Pareja con la misión de restaurar el orden y la obediencia de los súbditos al poder central de la monarquía y a sus legítimas autoridades.

Pareja salió del Callao el 12 de diciembre de 1812 con cinco navíos, con 20 oficiales veteranos y con 50 soldados. Inició su accionar en la isla de Chiloé y allí puso en pie de guerra a un contingente de 1400 hombres equipados y entrenados. Pasó entonces a Valdivia y agregó a sus fuerzas al Batallón Fijo de esa plaza, la que se había declarado partidaria del antiguo régimen y donde obtuvo un contingente de 2000 nuevos reclutas. Con esas tropas atacó el puerto de San Vicente, al lado de Talcahuano, y derrotó a sus defensores. Tomó enseguida el control de Concepción, donde las fuerzas que la defendían se incorporaron casi masivamente a su ejército.

La llegada del brigadier Pareja a suelo chileno y su reclutamiento de efectivos en Chiloé, Valdivia y Concepción, con el fin de incursionar sobre Santiago, alertó al gobierno. Carrera organizó una fuerza de aproximadamente 6000 efectivos para hacerles frente, y el Senado y los miembros de la Junta de Gobierno le dieron el nombramiento de general en jefe del Ejército de la Frontera.

La guerra civil entre los dos bandos ideológicamente en pugna, pero integrados casi exclusivamente por chilenos, estaba a punto de estallar, sin que la gran mayoría de los participantes en ella supieran con certeza qué estaban haciendo o en cuál bando debían enlistarse. Por una parte, los seguidores de la continuidad reclutaban personas para combatir a los insurgentes que se habían levantado contra el orden constituido, contra el Rey y contra sus representantes, conducta de enorme audacia dado que nadie había conocido jamás otra forma política que la monarquía hispa-



*"Ejército español acampa en Yerbas Buenas". Acuarela de José Aldunate Menéndez y Francisco Mella Leiva, 1976.
Gentileza del Museo Histórico de Yerbas Buenas*

na. Por otra, los seguidores de los cambios y de la innovación reclutaban gente para defender el territorio para el Rey y para sostener el derecho de los pueblos a darse un gobierno que los representara, dado que, ausente el monarca, el poder debía ejercerlo el pueblo.

Así, los ejércitos se pusieron en marcha. Desde Concepción salió Pareja y se acantonó en Yerbas Buenas, en tanto que desde Santiago lo hizo Carrera, estableciéndose en Talca. Las escaramuzas provocadas por las avanzadas del ejército partidario de la monarquía hicieron que el comandante Ildelfonso Elorriaga se encontrara con facciones del ejército rebelde que comandaba el coronel Juan de Dios Puga. Creyendo Elorriaga que era mejor volverse, inició una retirada y fue perseguido por Puga que, el 27 de abril de

1813 y habiéndolo encontrado en Yerbas Buenas, cayó sobre aquel y sus hombres, sorprendiéndolos en medio de la noche. Al amanecer, Puga y sus soldados se dieron cuenta que en realidad se enfrentaban al grueso del ejército de Pareja y, como este era numéricamente superior, optaron por retirarse del campo llevando consigo artillería enemiga y prisioneros. En esa retirada se encontraron con la caballería realista que no había participado en la acción anterior y que les arrebató la artillería capturada.

Aunque las bajas del ejército de Carrera fueron cuantiosas, se había conseguido el objetivo fundamental de detener el avance de Pareja, quien también sufrió importantes pérdidas e inició su retirada al sur. El brigadier y su ejército se refugiaron en Chillán. Pareja, que estaba enfermo



"Batalla del paso El Roble", de Manuel Tapia Portus. Ilustración de la obra "El Ostracismo del General Bernardo O'Higgins" de Benjamín Vicuña Mackenna, 1860. Colección Biblioteca Nacional de Chile

de gravedad, delegó el mando en el coronel Juan Francisco Sánchez, quien sostuvo un encuentro con los insurgentes en San Carlos, para después volver a encerrarse en Chillán donde los sorprendió la muerte del brigadier.

El encierro del ejército monárquico en Chillán permitió a los seguidores de Carrera volver a tomar el control de Concepción y Talcahuano, en tanto que el coronel Bernardo O'Higgins lograba recapturar Los Ángeles junto a sus milicianos. De cara al invierno, Carrera comenzó a sitiar Chillán sin medir las consecuencias de su acto, porque el asedio, llevado a cabo entre el 1 de julio y el 8 de agosto de 1813, resultó ser un verdadero desastre. Sus fuerzas no lograron vencer la resistencia de los hombres del coronel Sánchez, los

que, amparados en la inclemencia del tiempo y con el auxilio de los franciscanos del Colegio de Propaganda Fide, se mantuvieron sin tropiezos en la ciudad, en tanto que el ejército de Carrera mermaba sus fuerzas día tras día. El fracaso fue total y terminó con un penoso retiro de las fuerzas.

A mediados de octubre, una fracción de las tropas comandadas por el brigadier Carrera se encontraba en el vado de El Roble, sobre el río Itata, cuando al amanecer del 17 del mismo mes fue sorprendida por las fuerzas de Sánchez. Carrera debió retirarse para evitar ser capturado, en tanto que el coronel O'Higgins, organizando una resistencia nacida de su coraje y liderazgo, transformó una aplastante derrota en magnífica victoria. "¡Vivir con honor, o morir con gloria! ¡El que

sea valiente que me siga!”, fue el grito de O’Higgins que revirtió la situación.

Lo acontecido en El Roble, sumado a las continuas diferencias surgidas entre la Junta de Gobierno y el brigadier Carrera por la conducción de la guerra, llevaron a las autoridades políticas de Chile a relevarlo del mando, entregándole la dirección militar a O’Higgins.

El virrey del Perú no cejó en su empeño por terminar con la subversión chilena y envió al brigadier Gabino Gaínza a concluir la misión que antes había encomendado a Pareja. El nuevo jefe militar se embarcó en El Callao el 31 de diciembre de 1813, trayendo consigo dos piezas de artillería y un refuerzo de 200 soldados escogidos del Regimiento Real de Lima, a los que en Chiloé sumó a 700 milicianos. El 31 de enero de 1814 desembarcó en las costas de Arauco y quiso su buena fortuna que entrara en contacto con el lonco Mañil, quien —después de celebrar un parlamento en Quilín— le aseguró la incorporación de 6000 guerreros indígenas al ejército realista. Con ello se renovaba el ímpetu guerrero de los monárquicos, al mismo tiempo que aumentaban las confusiones y desencuentros en el bando contrario. Las hostilidades se reanudaron con diversos resultados y con escasas consecuencias. Los realistas ocuparon Talca el 4 de marzo y el 19 de ese mismo mes O’Higgins derrotó a Baraño en El Quilo. Un día más tarde, Mackenna triunfaba en Membrillar y el 29 de ese mismo mes, el guerrillero Ángel Calvo batía a Manuel Blanco Encalada en Cancha Rayada. El brigadier Gaínza estimaba que era funda-

mental atacar Santiago y, por ello, adelantándose a O’Higgins cruzó el Maule. Sin embargo, este último, más conocedor del terreno, lo sobrepasó por el río Claro y se atrincheró en la hacienda de Quechereguas, impidiendo con ello un avance de las tropas enemigas.

El Virrey deseaba que Chile abandonara el camino que había seguido y, aun siendo un absolutista convencido, estaba dispuesto a llegar a un buen arreglo con tal de detener el avance revolucionario. De ello habló con el comodoro inglés James Hillyar, quien se encontraba de paso en Lima y que proseguiría su viaje a Chile, dándole a entender que aceptaría un arreglo o tratado de acuerdo con los rebeldes chilenos.

De esa manera, el comodoro inglés se convirtió en un mediador entre Abascal y el gobierno de Chile, encabezado entonces por el coronel Francisco de la Lastra. Con la anuencia de los jefes políticos se llevaron adelante conversaciones entre los mandos militares de ambos bandos: Gabino Gaínza, representando al virrey del Perú, y Bernardo O’Higgins y Juan Mackenna, mandatados por el jefe del gobierno de Chile.

Las conversaciones se efectuaron a orillas del río Lircay, muy cerca de Talca y a la vista de los ejércitos. Como resultado de ellas, se firmó un tratado por medio del cual los rebeldes se declaraban leales a Fernando VII y se definía a Chile como parte integrante de la monarquía, por lo que comprometían el envío de diputados a las Cortes de Cádiz. Asimismo, se suspendían las hostilidades y las fuerzas retrocederían sus líneas.

BERNARDO O'HIGGINS



En Chillán, el 20 de agosto de 1778 nació un niño que fue llamado Bernardo y apellidado Riquelme, cuyos padres fueron el teniente coronel y maestro de campo de la Frontera, Ambrosio O'Higgins y la joven Isabel Riquelme.

A los cuatro años de edad fue conducido a la ciudad de Talca, a la casa del comerciante portugués Juan Albano Pereira, quien lo bautizó el 20 de enero de 1793 dejando constancia del nombre del padre en la partida correspondiente. El niño se crió junto a los hijos de Albano y a otros miembros de esa familia hasta el año 1788, cuando su padre pasó rumbo a Santiago por haber sido nombrado gobernador de Chile; fue la única ocasión en que padre e hijo estuvieron juntos. Poco después fue enviado a Chillán, al colegio de los franciscanos y en 1790 pasó a educarse a Lima en el Colegio de San Carlos, en donde se mantuvo por dos años, porque al cumplir los catorce años fue enviado por su padre a estudiar a Inglaterra.

Cinco años estuvo en ese país, donde no solo se formó, sino también abrazó la causa americana estando en contacto con Francisco de Miranda. Durante sus tres años de permanencia en España alimentó, además, su profunda ideología liberal y enciclopedista.

De vuelta en Chile, en septiembre de 1802, llegó convertido en un joven culto y dueño —por legado de su padre— de la importante hacienda Las Canteras, ubicada en la zona de Los Ángeles, donde en diversas ocasiones ocupó el cargo de regidor y alcalde de su cabildo. También pasó a llamarse Bernardo O'Higgins y, en ocasiones, Bernardo O'Higgins de Riquelme.

En 1810 ocupó el cargo de subdelegado de intendente en Los Ángeles. Conocedor de los hechos ocurridos en España luego de la invasión de Napoleón y de la resistencia popular que se produjo, se dedicó a formar

y entrenar las milicias de su ciudad y región.

Aquel mismo año, al estallar la revolución, fue partidario del cambio y en el primer Congreso Nacional de 1811 se desempeñó como diputado por Los Ángeles, participando activamente dentro del sector más rupturista y reformista.

La inacción del Congreso y el arribo de José Miguel Carrera al mando del país le hicieron participar como integrante de la Junta que entonces gobernó, en representación de la provincia de Concepción.

Las hostilidades surgidas entre el gobierno de Carrera y los partidarios de la monarquía pusieron a Chile en estado de guerra cuando el Virrey envió al brigadier Antonio Pareja a terminar con la insurgencia. Esta realidad y las posteriores incursiones de Gabino Gainza y Mariano Osorio hicieron que Bernardo O'Higgins no solo tomara las armas en defensa de sus ideas y del gobierno establecido, sino que terminara por asumir el cargo de general en jefe de sus fuerzas militares.

Esa dignidad, alcanzada gracias a su valor y arrojo demostrado suficientemente en los campos de batalla, le valió firmar —en representación del gobierno de Chile— el tratado de Lircay, que finalmente fue desechado por el virrey y por la facción rebelde encabezada por Carrera.

Superadas las divisiones entre los partidarios del cambio y ante la inminencia de una tercera invasión enviada desde Lima, O'Higgins asumió el mando de una división del ejército que dirigía Carrera y presentó combate en la villa de Rancagua, donde la fuerza patriota fue derrotada por Mariano Osorio.

Tras el desastre de Rancagua se exilió en Mendoza, donde colaboró con José de San Martín en la tarea de formar el Ejército de los Andes. Esta fuerza, compuesta de contingente rioplatense y de chilenos exiliados cru-

zó la cordillera y sorprendió a las tropas del gobernador Francisco Casimiro Marcó del Pont, derrotándolas en Chacabuco el 12 de febrero de 1817 y apoderándose del gobierno de Santiago.

Tras esa batalla asumió el mando político de Chile con el cargo de Director Supremo y encabezó la resistencia contra las fuerzas monárquicas, las que fueron vencidas el 5 de abril de 1818 en los llanos de Maipo; no sin antes haber jurado y proclamado la Independencia de Chile, el 12 de febrero de ese mismo año.

Consolidó el dominio territorial con la toma de la plaza de Valdivia y encabezó desde el gobierno la organización de la Expedición Libertadora del Perú, fuerza chilena y rioplatense que tuvo como misión terminar con el dominio monárquico en esta parte de América. Por otra parte, su gobierno se caracterizó por un sello modernizador que tuvo como finalidad promover el desarrollo económico, moral y cultural de la sociedad chilena.

Cuestionado como gobernante por diversos sectores de la población, en especial por la aprobación de la Constitución Política de 1822 y ante la amenaza de un conflicto armado que podía producirse con el levantamiento del Ejército del Sur, renunció al poder y se embarcó rumbo al Perú donde permaneció en la compañía de los suyos hasta su muerte, ocurrida el 24 de octubre de 1842.

El año 1869 sus restos fueron repatriados desde el Perú y descansan actualmente en una cripta construida en su honor, ubicada frente al palacio de La Moneda.



Bernardo O'Higgins

Capitán General Bernardo O'Higgins Riquelme,
de José Gil de Castro, 1820. Colección Museo Histórico Nacional



Encabezado de la portada del primer número del periódico "El Monitor Araucano", 1813

Los monárquicos retirarían sus tropas a Concepción, comprometiéndose a no cruzar el río Maule ni a ocupar Talca, en tanto que el ejército del cambio se comprometía a no avanzar hacia el sur.

Es obvio pensar que el cansancio de la guerra hizo que ambas partes se mostraran proclives a firmar y consolidar, al menos, una tregua. Pero también parece claro que ninguna de las partes estaba dispuesta a cumplir lo pactado, pues los ejércitos no retrocedieron: O'Higgins se mantuvo en Talca y Gainza hizo lo mismo en Chillán. Poco después, José Miguel Carrera, que había estado prisionero en Chillán, logró liberarse y, luego de trasladarse a Santiago, retomó el gobierno después de una asonada militar.

Desahuciado el Tratado de Lircay, tanto por el virrey como por Carrera; destituido Gainza del mando del ejército absolutista y designado Mariano Osorio en su reemplazo; y solucionadas en el combate de Tres Acequias las divergencias originadas por la disidencia de O'Higgins frente al nuevo gobierno de Carrera, la guerra se reanudó violentamente.

Violentemente porque Osorio, después de desembarcar en Talcahuano, marchó contra Santiago no sin antes intimar rendición al gobierno a través de un ultimátum. Traía refuerzos que incluían a veteranos de las guerras europeas —el

Batallón Talavera— y se movió con rapidez rumbo a la capital.

Frente a la difícil situación y la falta de tropas patriotas, se realizó un nuevo llamado para reclutar ciudadanos; el decreto indicaba: "Todo habitante de Santiago es un militar. En cada uno de los ocho cuarteles en que se divide, se formará un batallón o regimiento de infantería compuesto de los individuos que en ellos residan".

Seguidamente, la Junta Gubernativa, por decreto de 9 de septiembre de 1814, autorizó al general en jefe del ejército (Carrera) para reorganizar las unidades existentes, las que por las bajas sufridas y las frecuentes deserciones se encontraban en una situación calamitosa. El 6 de septiembre, de acuerdo a lo informado por el coronel O'Higgins, el Ejército estaba reducido a 300 granaderos, 110 nacionales, 47 infantes de la patria, 125 auxiliares, 120 infantes de Concepción, 125 dragones y 40 artilleros, es decir, un exiguo total de 867 individuos.

De esta manera, ante la necesidad imperiosa de contar con fuerzas para hacer frente a la amenaza, con fecha 12 de septiembre de 1814 y según informaba el "Monitor Araucano", el gobierno "organiza con la rapidez del rayo una fuerza de línea que asegura el triunfo, y debe disipar todo recelo: se organizan pues cuatro batallones de no-



"Últimos momentos en Rancagua", de Fray Pedro Subercaseaux, 1944

vecientos hombres cada uno; la Guardia Nacional hasta un pie de mil hombres, la artillería hasta el pie de seiscientos; los dragones hasta quinientos". Se creó también el Regimiento de Caballería Húsares de la Gran Guardia Nacional y se reorganizó el Cuerpo de Artillería.

El encuentro que resultó definitivo se produjo en Rancagua, donde dos divisiones al mando de Bernardo O'Higgins se habían encerrado con el objeto de contener a Osorio. El plan fracasó, porque tras un asedio a la ciudad efectuado los días 1 y 2 de octubre de 1814, las fuerzas de Osorio

se impusieron. Encabezados por O'Higgins, los patriotas sitiados, después de franquear el asedio saltando por sobre sus propias barricadas, se encolumnaron hacia Santiago, aunque hubo quienes se dispersaron hacia distintos lugares.

Los derrotados en Rancagua, entre ellos el propio O'Higgins, cruzaron la cordillera rumbo a Mendoza y los últimos restos del ejército comandado por Carrera fueron batidos en la ladera de Los Papeles el 10 de octubre de 1814, mientras intentaban llegar al otro lado de los Andes.

ARMAS DE FUEGO DEL SIGLO XIX

USADAS DURANTE EL PERIODO DE LA INDEPENDENCIA



Pistola



Carabina (o tercerola) de caballería



Fusil de infantería y bayoneta

A medida que las armas de fuego se fueron perfeccionando, la mecha y la llave de rueda fueron reemplazadas por el mecanismo de chispa y fulminante que mejoró la cadencia de tiro, disminuyendo muchas de las limitaciones de su empleo en combate. Estas armas aún se cargaban por la boca, sus cañones eran lisos y los proyectiles esféricos.

ARMAS BLANCAS DEL SIGLO XIX



Sable de caballería



Espada



Sable de oficial



Espadín de tropa de infantería y artillería

Entre las armas blancas más utilizadas en el país, destaca el sable, que constituía una de las armas más importantes de la caballería. La infantería empleaba el briquet, algo más corto. Las espadas, que se caracterizaban por una hoja larga de doble filo, con el tiempo pasaron a ser empleadas en ceremonias. Las fuentes de producción eran los artesanos y espaderos europeos.

LA RESTAURACIÓN MONÁRQUICA

Después de Rancagua, se produjo una crisis de autoridad y de gobierno. Los altos dirigentes cruzaron la cordillera y la ciudad de Santiago quedó a merced de la turba que amenazaba con saquear las residencias. El Cabildo, consciente del peligro que implicaba el desgobierno, se apresuró a invitar al vencedor de Rancagua para que tomara el control de la ciudad y preparó una verdadera fiesta de bienvenida. El general Mariano Osorio entró triunfante a una capital embanderada cuyo pueblo salió a recibirlo como si siempre lo hubiera esperado.

Con Osorio se inició un período que se ha denominado de restauración monárquica, porque eso fue exactamente lo que hizo el nuevo gobernante desde el primer minuto de su mandato. Restauró las instituciones que los insurgentes habían suprimido, en especial la Audiencia, que representaba el brazo de la justicia del monarca.

Volvió el orden a la ciudad y, aunque al principio se intentó la magnanimidad con los rebelados, se impuso un clima de represión contra los cabecillas y simpatizantes del régimen patriota. De esta manera, se determinó enviar en cautiverio a la Isla de Juan Fernández a varios ciudadanos prominentes y también se formó un tribunal, que, si bien

absolvió a muchas personas, con otras fue implacable en sus condenas.

Mientras tanto, en la península las cosas también habían cambiado. Después de la derrota de Napoleón, el Rey fue repuesto en su trono e instaló un gobierno de marcado tinte absolutista. Desautorizó todo lo obrado en su ausencia, en especial aquello que tuviese visos liberales. Declaró nula la Constitución de Cádiz de 1812, al mismo tiempo que ordenó aplicar mano dura en la conducción de los pueblos que habían intentado liberarse de la corona. De este modo, si el general Osorio ingresó a Chile enarbolando la espada en una mano y la Constitución de Cádiz en la otra, Marcó del Pont llegó dispuesto a imponer el absolutismo que Fernando VII predicaba para la península y sus dominios. Entró pues con la represión a flor de piel e impuso mano dura a través del Tribunal de Vigilancia que dirigía el capitán Vicente San Bruno.

El gobierno restaurador tenía sobre sus hombros dos problemas que resolver: por una parte, la resistencia interna llevada adelante por montoneros quienes, creyendo en la necesidad imperiosa del cambio, asaltaban caminos, atacaban a las autoridades constituidas, y asolaban haciendas, villas y cuarteles militares; y, por otra, las noticias ciertas que le llegaban desde el otro lado de los Andes y que daban cuenta de que en Mendoza se estaba organizando, por parte de los exiliados chilenos y los militares trasandinos, un ejército que cruzaría la cordillera y traería nuevamente la guerra a territorio chileno. La patria había sucumbido en Rancagua. Rescatarla era un imperativo.



Mariano Osorio, por Virginia Bourgeois, c. 1873

REPRESIÓN MONÁRQUICA

En una carta dirigida por Mariano Osorio al secretario de estado de la Monarquía, Miguel de Lardizábal y Uribe, aquél explicó su conducta diciendo:

"Me fue pues forzoso para contenerlos, adoptar un sistema diverso del de la suavidad y dulzura que me había propuesto. Mi primera providencia, después del imponente aparato de colocar la horca en la plaza mayor con alguna artillería, que aún subsiste, fue promulgar el bando N° 4 mandando recoger las armas, cuyo acopio ha sido inmenso en solo tres días que vuelvan a la capital todos los vecinos que por descontento e infundados temores se hallaban retirados en sus haciendas de campo. Enseguida establecí un tribunal de vigilancia y seguridad pública, compuesto de personas de toda mi satisfacción y le dicté para su manejo el reglamento provisional N° 5 [...]. Finalmente en una colina, que domina la ciudad, y está casi en medio de ella, se está trabajando una ciudadela, que haré guarnecer con cañones de grueso calibre, un obús y un mortero, en cuyo baluarte reuniré todos los realistas, y nos defenderemos obstinadamente y hasta la extremidad en caso que nos ataquen los de Buenos Aires con fuerzas superiores o que revolucione este pueblo".

Archivo General de Indias

LA ORGANIZACIÓN DE LA RESISTENCIA: EL EJÉRCITO DE LOS ANDES

La pérdida del poder político hizo que los partidarios de la emancipación que permanecieron en Chile se sumergieran en la clandestinidad y, desde ella, iniciaran una resistencia al gobierno restaurador de la monarquía.

La retirada hacia Mendoza fue bastante desordenada, con civiles y soldados entremezclados, todo ello en condiciones muy difíciles: derrotados, sin alimentos y con frío. Esta situación produjo una gran impresión en San Martín, que se había adelantado hasta Uspallata para informarse personalmente de la situación.

Cuando arribaron los exiliados chilenos a Mendoza, San Martín estaba empeñado en la organización de su ejército. Acogió bien a Bernardo O'Higgins —su camarada de logia— y a sus compañeros; y, en cambio, se mostró contrario a la permanencia de José Miguel Carrera en la provincia de Cuyo, apartándolo de los planes de recuperación de Chile.

En tanto, los exiliados en Mendoza habían sido muy bien acogidos por los cuyanos, quienes no solo se mostraron solidarios, sino que los hicieron sentirse como sus paisanos. En muchos mendocinos estaba presente el hecho que durante dos siglos —hasta 1776— su tierra había pertenecido a la Capitanía General de Chile.





"Cruce de los Andes", de Julio Vila y Prades, 1909. Colección Museo Histórico y Militar

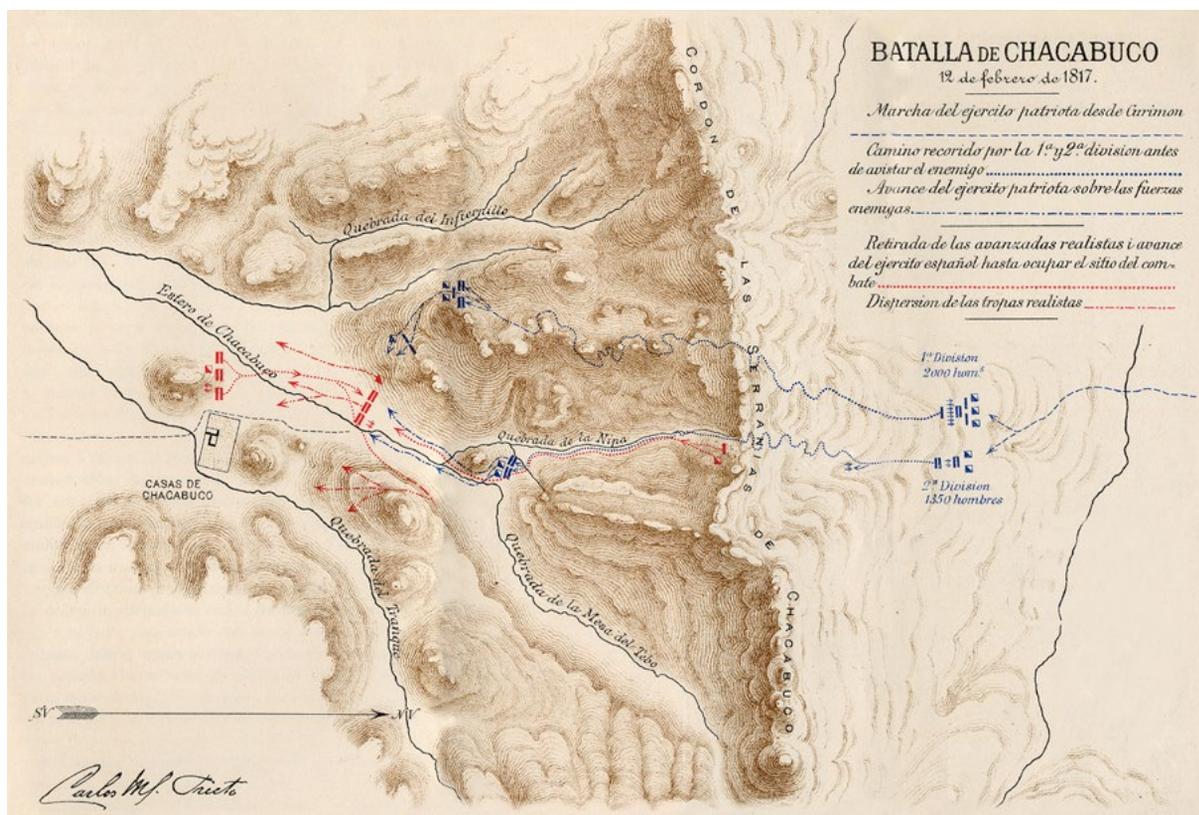
La organización del Ejército de los Andes fue llevada a cabo por el coronel mayor José de San Martín, quien poco antes había asumido como gobernador de Cuyo. Este destacado oficial había servido en el ejército peninsular y combatido contra Napoleón hasta alcanzar el grado de teniente coronel, al mismo tiempo que, como integrante de la Logia Lautaro, abrazaba decididamente la causa de la libertad de América y se había propuesto un plan para liberar al continente de la dominación hispana.

Durante 1816 se intentó crear unidades de chilenos, pero los efectivos disponibles eran escasos ya que muchos se habían trasladado a Buenos Aires. Entonces, como no fue posible crear unidades completas, San Martín designó, en abril de 1816, una comisión de chilenos encargada de organizar y proponer los mandos de las futuras unidades que se organizarían en Chile. Estos oficiales, que se aproximaban a los cincuenta, marcharon a la retaguardia de la columna principal del Ejército de los Andes.

Pero también hubo otros chilenos que participaron en ese ejército. Según narra el general argentino Gerónimo Espejo, un grupo de 27 oficiales fueron encuadrados en diferentes unidades y tomaron parte en la batalla de Chacabuco. También hubo chilenos entre las tropas que conformaron las diversas columnas. El mismo Espejo afirma en sus memorias que a la columna de Freire se agregaron emigrados chilenos voluntarios y da a entender que también los había en la columna de Cabot.

El Ejército de los Andes, integrado por cerca de 4000 individuos, estuvo listo en enero de 1817 e inició el cruce por varios pasos cordilleranos para llegar a Chile de forma sincronizada. Aún en nuestros días sigue siendo una proeza el cruce del enorme macizo andino por una fuerza de esa magnitud. El mérito es de San Martín y su genio organizador.

La columna principal estaba al mando del general San Martín y una de sus divisiones era mandada por el brigadier O'Higgins; la otra, conformando la vanguardia, venía al mando del coronel trasandino Juan Gregorio de Las Heras. Este era el núcleo de



Plano de la batalla de Chacabuco, en la obra "Historia General de Chile" de Diego Barros Arana. Colección Biblioteca Nacional de Chile

la fuerza que cruzó por los pasos de Uspallata y de Los Patos, concentrándose el 8 de febrero en el convento franciscano de Curimón, donde los frailes le proveyeron de resguardo y de víveres.

Además del citado esfuerzo principal, otras cuatro columnas cruzaron simultáneamente la cordillera por los pasos de Come-Caballos (frente a Copiapó), Guana (frente a Coquimbo), Portillo (Cajón del Maipo) y Planchón (frente a Curicó). La simultaneidad del cruce originó gran confusión en las informaciones que llegaban a Santiago. Las fuerzas realistas mandadas por el coronel Rafael Maroto ascendían a unos 1400 efectivos y apresuradamente se habían adelantado hasta las casas de Chacabuco. De esta manera, el 12 de febrero de 1817 se produjo el encuentro de ambas fuerzas en la cuesta que lleva ese nombre. Pese a que existía una adecuada planificación, las circunstancias llevaron a que la división de O'Higgins se enfrentara de improviso con el enemigo, asumiendo decididamente una actitud ofensiva y sin esperar

que la división de Soler entrara en acción. La conducción de San Martín y la audacia de O'Higgins, que cargó contra el adversario a la cabeza de su división, dieron el triunfo a las armas del Ejército de los Andes.

La ruta hacia Santiago estaba despejada, pero la insuficiente persecución del enemigo se convertiría en un error de proporciones, pues no se logró aniquilar a las fuerzas del Rey, las que, sin perder su voluntad de lucha, continuarían su resistencia aun después de ser derrotadas en Maipú, catorce meses más tarde.

La capital se engalanó para recibir a los vencedores, en tanto que las autoridades realistas y los partidarios del continuismo monárquico huyeron en todas las direcciones posibles; algunos intentaron ir a Lima desde Valparaíso, pero la mayoría de ellos cruzó el Maule y se refugió en Concepción, donde el coronel José Ordóñez encabezó la resistencia, mientras el coronel Juan Francisco Sánchez organizaba la guerrilla.



"Proclamación y jura de la Independencia de Chile", de Fray Pedro Subercaseaux, 1945. Colección Museo Histórico Nacional

En Lima, el nuevo virrey Joaquín de la Pezuela reaccionó inmediatamente enviando una fuerza militar al mando de Mariano Osorio, quien, como se recordará, había triunfado en su anterior campaña en Chile. Osorio llegó a Concepción con un importante refuerzo militar que aumentó con los restos del disperso ejército del Rey y convocó a los vecinos partidarios de la monarquía, quienes le apoyaron inmediatamente.

Cuando Osorio desembarcó en Talcahuano, O'Higgins, que se encontraba en ese teatro de operaciones, decidió que sus tropas y los vecinos de Concepción juraran la independencia de Chile, lo que se hizo solemnemente en la plaza de armas de esa ciudad; luego la envió a Osorio, que estaba en Talcahuano, dándole a entender que ahora, si entraba a Chile con fuerzas militares, no lo haría como antes —es decir, como compatriota con ideas diferentes— sino como un invasor que ingresaba militarmente en un territorio independiente, libre y soberano.

La necesidad de defender Santiago hizo que San Martín ordenara el repliegue. O'Higgins, en su trayecto a la capital y como homenaje al primer aniversario de la batalla Chacabuco, hizo que el 12 de febrero de 1818 sus tropas y los vecinos de Talca proclamaran la independencia de Chile en esa ciudad.

Osorio se puso en rápida marcha sobre Santiago, logrando un sonado triunfo en Cancha Rayada —en las cercanías de Talca— que obligó a las tropas del Ejército de los Andes a una apresurada retirada organizada por el coronel Juan Gregorio de Las Heras. Las bajas de los patriotas fueron cuantiosas y el propio O'Higgins resultó herido de gravedad.

La ofensiva de Osorio se acercaba peligrosamente a Santiago y hasta hubo quienes huyeron de la capital, temiendo las represalias. Las fuerzas comandadas por José de San Martín se reorganizaron y se prepararon para enfrentar a las tropas del general Osorio, ahora convertido

JOSÉ DE SAN MARTÍN

Jose de San Martín

Nació en Yapeyú —provincia de Corrientes, Argentina— en 1778. De padres peninsulares, se fue a vivir con su familia a España donde cursó las humanidades, para luego dedicarse a la carrera de las armas. Luchó contra los ejércitos napoleónicos y tuvo una destacada actuación en la batalla de Bailén. Alcanzó el grado de coronel en el Regimiento Dragones de Sagunto.

Cuando en América estallaba la revolución emancipadora, volvió a su tierra natal para ofrecer sus servicios. El gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata le dio el grado de teniente coronel y le encargó la organización del Regimiento Granaderos a Caballo, que estuvo bajo su mando. Más tarde fue promovido a Coronel.

En 1812 contrajo matrimonio con María de los Remedios de Escalada, perteneciente a una ilustre familia bonaerense ligada a la causa patriota.

El 3 de febrero de 1813, San Martín obtuvo una resonante victoria sobre los realistas en el combate de San Lorenzo, acción que constituyó el bautizo de fuego de sus Granaderos. Ese mismo año, fue nombrado general en jefe del ejército rioplatense que combatió en el Alto Perú, contra las fuerzas del Virrey de Lima. Fue poco lo que pudo hacer con esa fuerza militar, la cual había sufrido derrotas muy severas. Además su salud se vio afectada, por lo que solicitó ser destinado a la gobernación de Cuyo.

Fue en este período en el cual concibió su plan de liberación de Sudamérica del dominio español. Observó que nada se podía obtener con campañas militares en el Alto Perú; en cambio, era mejor organizar una fuerza militar que cruzara Los Andes hacia el occidente, que liberara primero el territorio chileno y, desde este último punto, pasar al Perú, centro del poderío monárquico en el cono sur americano.

Estando en esta provincia se produjo la emigración de los patriotas chilenos luego del desastre de Rancagua y el fin del período conocido en Chile como la

Patria Vieja. Vio entonces la oportunidad de ejecutar el plan que había meditado, por lo cual comenzó la tarea de organizar el Ejército de los Andes. Aquí se manifestaron en forma notable las cualidades organizadoras y administrativas de San Martín, quien, con recursos muy limitados, logró preparar una fuerza muy bien equipada y disciplinada. Cabe también destacar la colaboración de los habitantes de la provincia de Cuyo, pues sin su concurso habría sido muy difícil conformar esa empresa. En enero de 1817 aconteció el paso de la cordillera por esa fuerza militar, que pudo arribar a territorio chileno en muy buenas condiciones, lo que le permitió librar la batalla de Chacabuco en febrero del mismo año.

Una vez que llegó a Santiago, declinó recibir el cargo de Director Supremo —haciéndolo recaer en la persona de Bernardo O'Higgins— mientras él conservó el mando militar de las tropas existentes en Chile. En esa condición le correspondió enfrentar las campañas de 1817 y de comienzos de 1818, que culminaron con la victoria patriota en Maipú, el 5 de abril de 1818. Este período en particular no fue fácil, pues debió mediar entre las suspicacias recíprocas entre rioplatenses y chilenos, así como enfrentar serios reveses como lo fue el desastre de Cancha Rayada, el cual puso en peligro la recién conquistada libertad de la zona central de Chile, mientras el sur del país se mantenía muy afecto al Rey.

La siguiente misión consistió en la organización de la Expedición Libertadora del Perú, empresa que comprometió a los habitantes y los recursos de Chile —pues, dado el estado de anarquía de las Provincias Unidas, no se pudo contar con su colaboración—. San Martín se entregó por entero a esta labor, contando siempre con la colaboración del gobierno encabezado por O'Higgins. El trabajo fue arduo, pero dio sus frutos, lográndose nuevamente la conformación de una fuerza militar muy bien armada, equipada y obediente. La expedición zarpó desde Valparaíso en agosto de 1820

y desembarcó en la costa peruana en septiembre del mismo año. Al poco tiempo tomó la ciudad de Lima y se declaró la independencia del Perú, al mismo tiempo que San Martín recibía la dignidad de jefe de gobierno y Protector de ese país.

Durante su mandato en el Perú, tuvieron lugar varias expediciones hacia el interior, así como también algunas acciones de guerra, pero San Martín eludió dar una batalla decisiva, esperando que la emancipación peruana fuera también obra de sus propios habitantes. La situación fue complicándose, ya que las distintas regiones del Perú fueron cayendo en manos de patriotas y realistas en forma alternada. Por otra parte, desde el norte se aproximaban las tropas de Simón Bolívar, quien ya había liberado Nueva Granada, Venezuela y Ecuador.

Ambos próceres sostuvieron la famosa entrevista de Guayaquil, en la cual San Martín se dio cuenta de que no podría actuar en conjunto con el libertador venezolano. Entonces optó porque este último terminara el proceso de liberación de Sudamérica. Después de esa entrevista regresó a Lima donde se desprendió de su cargo de Protector y volvió a Chile. De allí pasó a Mendoza, luego a Buenos Aires y con Mercedes, su única hija —pues su esposa había fallecido recientemente—, partió hacia Europa, fijando finalmente su residencia en el norte de Francia.

Falleció el 17 de agosto de 1850. Treinta años después sus restos fueron trasladados a Buenos Aires, donde, hasta el día de hoy, descansan en la Catedral Metropolitana.

En señal de gratitud y por erogación popular, la ciudad de Santiago fue la primera urbe americana que mandó a esculpir una estatua ecuestre del insigne libertador, la que fue inaugurada en 1863.



José de S. Martín

en un invasor extranjero.

La batalla que tuvo lugar el 5 de abril en los llanos de Maipo —situados a unos kilómetros al suroeste de la capital— enfrentó a los ejércitos comandados por el general San Martín y por el general Osorio, que contaban con fuerzas que ascendían a 5583 efectivos por el lado patriota y a 4570 por el lado realista. Nunca antes en territorio chileno se habían enfrentado fuerzas de esa magnitud. Esta batalla decisiva merece ser tratada con cierto detalle.

Como a las once y media de la mañana, San Martín ordenó a su artillería hacer fuego sobre el enemigo para obligarlo a salir de sus posiciones, objetivo que no se consiguió. Entonces el jefe patriota ordenó atacar a sus divisiones de la derecha y de la izquierda. La división de la derecha, mandada por el coronel Juan Gregorio de Las Heras, avanzó en forma resuelta.

La caballería realista del ala izquierda, compuesta por dos escuadrones de los Dragones de la Frontera, se enfrentó con su par patriota, conformada por el regimiento de Granaderos; una primera carga patriota que fue rechazada por la infantería enemiga había sido seguida de un repliegue y luego de otra nueva carga que logró desorganizar a la caballería realista, la cual se ubicó detrás de su infantería.

Por otra parte, en el otro extremo de la línea de los monárquicos, la artillería patriota logró desorganizar la caballería realista que tenía enfrente, mientras la infantería patriota avanzaba y caía sobre el flanco derecho

del ejército realista. El combate fue arduo y los cuerpos patriotas, pese a su inferioridad numérica, lograron sostenerse con vigor, pero terminaron replegándose con el fin de volver a reorganizarse; aquello parecía el comienzo de una derrota.

El brigadier realista José Ordóñez dispuso la persecución de los patriotas, para luego caer sobre el flanco izquierdo del ejército enemigo, en el cual solo había fuerzas de artillería y los cazadores mandados por Ramón Freire y Santiago Bueras. Los cañones del comandante José Manuel Borgoño lograron detener la marcha de los monarquistas, quienes se reorganizaron y volvieron a avanzar, siendo nuevamente detenidos. Por su parte, el coronel Las Heras hizo avanzar a dos cuerpos de su división, uno de los cuales, el denominado Infantes de la Patria, cayó

sobre el centro de la línea realista y fue rechazado, pero se rehizo y se sostuvo con ardor, permitiendo que llegaran tropas de refresco.

San Martín ordenó a su reserva que actuara rápidamente para auxiliar a los cuerpos del ala derecha patriota, para que juntos cayeran sobre el enemigo; la batalla entraba en su fase más decisiva. El ejército realista reconcentró sus fuerzas en un corto trecho de terreno y los efectivos de su izquierda quedaron fuera del ataque y expuestos a ser cortados. Entonces, el jefe de la división de esa izquierda, coronel Joaquín Primo de Rivera, se retiró de esa posición y se reunió con el grueso de las fuerzas realistas que eran atacadas por todos los



*Juan Gregorio de Las Heras,
retrato de Carlos Díaz, 1860.
Colección Biblioteca
Nacional de Chile*



"Abrazo de Maipú", de Fray Pedro Subercaseaux, 1908. Colección Museo Histórico Nacional de Buenos Aires, Argentina

cuerpos patriotas. Los cazadores de Ramón Freire cayeron sobre los escuadrones realistas que se hallaban en su derecha y los destrozaron; Santiago Bueras cayó muerto en esa carga, pero Freire continuó la persecución de la caballería enemiga.

A los cuerpos monárquicos todavía les quedaban fuerzas para resistir y se organizaron en tres divisiones separadas entre sí por muy cortas distancias. Tanto el ataque como la correspondiente resistencia fueron muy tenaces. Para acercar sus fuegos, la artillería patriota avanzó sobre los dos flancos del enemigo, el que también fue atacado por los cazadores de Freire; luego la infantería patriota de la reserva cargó a la bayoneta. Después de una media hora de encarnizado combate, la línea realista comenzó a vacilar y sus jefes, como no pudieron restablecerla, dispusieron la retirada. Eran las dos y media de la tarde y la batalla estaba decidida.

El Director Supremo todavía estaba en Santiago convaleciendo de su herida, cuando supo de la inminencia de la batalla. Reunió a las tropas que estaban en la capital —entre ellas, un centenar de cadetes de la recién creada Academia Militar— y emprendió el galope hacia Maipú. Llegó cuando se realizaban las últimas acciones y al encontrarse con San Martín, sin que ninguno desmontara, lo abrazó diciéndole: "Gloria al salvador de Chile". Emocionado, el vencedor le contestó: "General: Chile no olvidará jamás su sacrificio de presentarse en el campo de batalla con su gloriosa herida abierta".

El triunfo de Maipú no trajo la paz a los espíritus. Ahora la guerra continuaba al sur del río Maule, donde —una vez más— las fuerzas monárquicas encontraron refugio y capacidad para organizar y sostener una resistencia.



"Batalla de Maipú", de Fray Pedro Subercaseux, 1904.
Colección Museo Histórico Nacional



LAS CAMPAÑAS MILITARES DE 1817-1818

Acontecida la victoria de Chacabuco, los vecinos de Santiago, reunidos en asamblea el 15 de febrero de 1817 con el objeto de designar representantes que, conjuntamente con los de La Serena y Concepción, eligieran a las nuevas autoridades que regirían los destinos de Chile, propusieron por aclamación a José de San Martín como director supremo, pero este desistió del nombramiento, señalando que deseaba dedicarse por entero a la libertad de América. Un día después, la asamblea —nuevamente convocada— aclamaba como gobernante al brigadier Bernardo O'Higgins.

Una de las primeras medidas tomadas por el nuevo director supremo fue la de crear un ejército con efectivos nacionales que, con el nombre de Ejército de Chile, se diferenciara del de los Andes, que hasta entonces había manejado los asuntos de la guerra en territorio chileno. Lo anterior fue necesario porque el Ejército de los Andes, conformado mayoritariamente por trasandinos, ya había cumplido el objetivo para el que había sido creado.

Por otra parte, el dominio del mar resultaba vital para la sobrevivencia de un Chile independiente; por ello, los esfuerzos del gobernante se encaminaron a la formación de

la Escuadra Nacional. Poco a poco, por compra o captura de navíos, se fueron integrando naves bajo la conducción de Manuel Blanco Encalada. Así, la fragata María Isabel fue tomada mediante un audaz golpe de mano dado en Talcahuano el 28 de octubre de 1818; se dictó un Reglamento Provisional Orgánico de Marina; y el 4 de agosto de 1818 se había fundado en Valparaíso la Academia de Jóvenes Guardiamarinas, en tanto que en Londres se contrataba a lord Thomas Alexander Cochrane, almirante que asumió en plenitud el mando de la Escuadra. Desde entonces, las naves de esta flota fueron comandadas por oficiales ingleses.

El gobierno de O'Higgins, representaba el anhelo de los partidarios de los cambios para hacer de Chile un Estado republicano y liberal. La restauración de los Tribunales de Justicia y la reposición del Congreso Nacional fueron una prueba de ello, además de una serie de disposiciones que apuntaron en el sentido indicado.

Sin embargo, la Logia Lautaro, que había manejado los hilos de la guerra y del Ejército de los Andes, se instalaba con cierta predominancia en Chile y aunque, en sustancia, buscaba la consolidación de la libertad de América, se entrometió en asuntos propios de gobierno a través de ministros y colaboradores. Poco a poco, esa injerencia fue repudiada por los chilenos que veían en ella una amenaza a su autonomía.

Al decir de sus detractores, el autoritarismo de O'Higgins fue aumentando excesivamente y causó malestar en la población, la que no solo carecía de garantías ante un poder ejercido fuer-



General Ramón Freire, de Luis Fernando Rojas, siglo XIX.
Colección Biblioteca Nacional de Chile

temente, sino que además pasaba por una desesperada situación financiera, ya que resultaba cada vez más difícil el mantenimiento de dos ejércitos y la preparación de la expedición que iría al Perú. En realidad, la economía del país había sido descoyuntada por años de guerra e incertidumbre.

Más tarde, en vísperas de votarse una nueva constitución política, la Asamblea Provincial de Concepción tomó la determinación de oponerse porque entregaba el poder a O'Higgins por un largo período.

Frente a la aprobación de la nueva Constitución, hubo reacciones. En Concepción, la Asamblea Provincial solicitó a Freire —a la sazón intendente de la provincia— que, debido a que no estaba de acuerdo con ese reglamento, se



"La abdicación de O'Higgins", de Manuel Antonio Caro, 1875. Museo Histórico Nacional

pronunciara y actuase en consecuencia, no aceptando los términos autoritarios de la nueva Carta Fundamental. Freire marchó con tropas hacia Santiago, mientras en esta capital el vecindario convocó a una asamblea en el edificio del Consulado. Todo esto no agradó a O'Higgins quien, después de algunos incidentes, optó por concurrir a ese recinto. Allí, destacados vecinos le hicieron ver la

grave situación interna por la que pasaba el país; entonces, el Director Supremo aquilató la atmósfera adversa y el 28 de enero de 1823 abdicó a su cargo en medio de las aclamaciones de la población. Desde ese momento comenzó a preparar su partida hacia el Perú, en la que lo acompañaría su núcleo familiar.

EL EJÉRCITO DURANTE LOS PRIMEROS PASOS DE LA REPÚBLICA

Una de las primeras medidas tomadas por el nuevo gobernante —Bernardo O'Higgins— había sido la instalación de una Academia Militar, destinada a la formación de oficiales y del cuadro de instructores, siendo su primer director el sargento mayor peninsular Antonio Arcos Arjona y, su segundo, el oficial francés Jorge Beauchef.

Antes de la creación de esa Academia, se había ordenado la formación de una unidad de infantería en Aconcagua, denominada Batallón N° 1 de Chile —que se puso bajo el mando del coronel Juan de Dios Vial— y de una unidad de artillería encargada al coronel Joaquín Prieto.

Después de Maipú, si bien Santiago había quedado libre de peligros inmediatos, el Ejército debía aprestarse para nuevas acciones que enfrentaría en la Araucanía, en Valdivia, en Chiloé y también en el Perú. El proceso independentista no había terminado y la paz resultaba escurridiza.

Una de las más importantes ocupaciones del gobierno eran los preparativos para llevar adelante la invasión del Perú por medio de una flota que pudiera transportar al ejército que, bajo el mando de San Martín, haría posible la independencia de ese territorio.



*Almirante Manuel Blanco Encalada.
Colección Biblioteca Nacional de Chile*



*Almirante Thomas Cochrane, de Narciso Desmadryl.
Colección Biblioteca Nacional de Chile*

Las acciones encaminadas a la conformación de una Escuadra Nacional comenzaron cuando recién había asumido el nuevo gobierno. Para O'Higgins y sus ministros, esta era la acción militar clave que pondría fin a la guerra en toda América. Todo se encaminaba a gestionar y recabar fondos para realizar la expedición, cuando un fuerte golpe sacudió la empresa libertadora: el gobierno de Buenos Aires, en abril de 1819, ordenó el regreso del Ejército de los Andes y la suspensión de la paga de los oficiales y soldados, así como también anunció la imposibilidad de financiar la proyectada expedición al Perú. Los integrantes de ese ejército,

que para entonces en su mayoría eran chilenos, se negaban a traspasar la cordillera y servir bajo una bandera que no era la nacional, máxime cuando tenían en perspectiva la invasión al Perú. Unos 1200 efectivos alcanzaron a cruzar la cordillera en abril de 1819. De ellos solo regresó una columna de menos de 500 hombres, que pasaron a engrosar las fuerzas que se concentraban en Rancagua para conformar la expedición al Perú.

La Escuadra que estaba lista desde 1818 quedó a la espera de nuevas órdenes. Sin embargo, la salida del Ejército Libertador del Perú no se efectuaba porque había problemas de déficit fi-



*"O'Higgins contempla el zarpe de la Primera Escuadra Nacional el 10 de octubre de 1818",
de Alberto Sepúlveda Riveros, 1947. Colección Museo Marítimo Nacional*

nanciero en las arcas del gobierno y porque en las esferas gubernamentales no lograban ponerse de acuerdo en cuanto a la estrategia a adoptar. Mientras el almirante Cochrane era partidario de dar golpes rápidos, audaces y demoledores, el general San Martín prefería una sólida campaña de desgaste evitando una batalla, pues estimaba conveniente crear las condiciones para que los propios peruanos se rebelaran.

Entretanto y para estar en permanente movimiento, Cochrane navegaba por el Pacífico y además de bloquear los puertos se propuso capturar la inexpugnable plaza fuerte de Valdivia, que se

mantenía en poder de los monárquicos. Más adelante, veremos el desenlace de esa hazaña.

Subsanados los inconvenientes, la operación se echó andar siguiendo la estrategia planteada por San Martín. El 20 de agosto de 1820, 4118 hombres de tropa y 296 oficiales se embarcaron en dieciséis transportes protegidos por siete buques de guerra: la Expedición Libertadora del Perú se hizo a la mar. Se trataba de una fuerza comandada por el general San Martín (integrado al escalafón del Ejército de Chile), que contaba con un grueso grupo de oficiales transandinos, pero que fue financiada y organizada por el gobierno de Chile.

LA LUCHA CONTRA LA GUERRILLA: LA RESISTENCIA MONÁRQUICA

Después de Maipú, Osorio se había trasladado a Concepción donde permaneció por un corto tiempo. El 8 de septiembre de 1818 se embarcó rumbo al Callao con 689 soldados, quedando el resto de las fuerzas —todas, o la mayoría de ellas compuestas por chilenos de nacimiento— al mando del coronel Juan Francisco Sánchez, quien, en la práctica, fue el militar de línea que más lealmente y por más tiempo defendió las armas de los partidarios de la monarquía.

Acerca de Sánchez, cabe manifestar que jamás sucumbió a las invitaciones de renunciar a su lealtad con que le tentaron las autoridades vencedoras. Existe correspondencia intercambiada entre José de San Martín y Juan Francisco Sánchez (ver recuadro) que muestra la grandeza militar de este último.

Los problemas al sur del Maule —y en especial en las cercanías del río Biobío— intentaron resolverse por parte del gobierno enviando al brigadier Antonio González Balcarce —rioplatense—, quien presionó militarmente al coronel Sánchez, el cual retrocedió casi sin pérdidas al sur de ese río. Ello significaba que todo ese territorio continuaba en poder de los partidarios de la monarquía, pues no solo contaban con tropas más allá del Biobío, sino que recibían auxilios importantes desde Valdivia y Chiloé.

Siguiendo el plan determinado, el coronel Sánchez se replegó hacia Valdivia y antes de marchar dejó encargado a sus seguidores la tarea de continuar la lucha, ahora como guerrilla contra los que para ellos eran insurgentes. Frente a este movimiento, el brigadier González Balcarce volvió con sus tropas a Santiago en la creencia de que los monárquicos estaban derrotados. Dejó a Ramón Freire con un pequeño contingente militar y a Andrés del Alcázar con un grupo aun más pequeño en Los Ángeles, los que, obviamente, no eran capaces de contener la guerrilla preparada por los realistas.

La dirección de la guerrilla la tomó el criollo Vicente Benavides, secundado por el cura, también criollo, Juan Antonio Ferrebú, el coronel peninsular Juan Manuel de Pico y los hermanos Pincheira; a quienes deben agregarse, necesariamente, los indígenas seguidores de los loncos Mañil y Mariluán.

Las luchas sostenidas entre ambos bandos fueron sangrientas y despiadadas, por lo que ese episodio de nuestra historia militar ha sido denominado por la historiografía como “La Guerra a Muerte”.

ACERCA DE LEALTADES

El 18 de noviembre de 1818, el general José de San Martín hacía llegar al coronel Sánchez la siguiente carta:

“Nada honra tanto a un general que conservar su serenidad en los peligros y arrastrarlos cuando hay probabilidades de vencer, pero nada eclipsa su nombre como el derramar inútilmente sangre de sus semejantes (...). Si usted ordena a la división de su mando suspender las hostilidades a los tres días de recibido el presente oficio, y quiere retirarse a esta capital al seno de su familia, o pasar a Lima con ella, yo empeño a V.S. mi palabra que su persona, honor y propiedades serán respetadas (...).

La respuesta de Sánchez, de 3 de diciembre de 1818, no se hizo esperar y, junto con darle una tática negativa, en ella le manifestaba que:

He dispuesto hoy no admitan mis avanzadas, en adelante ningún parlamentario (.....) y cuando desee usted de buena fe entablar cualquiera transacción importante y recíprocamente ventajosa, puede dirigirse al Excelentísimo Señor Virrey del Perú, de quien dependen sin más facultad que sostener con honor hasta el último trance las armas del Rey en esta fidelísima provincia”.

Documento contenido en el Volumen 45, de la Colección Benjamín Vicuña Mackenna, Archivo Nacional Histórico.

BANDERAS Y ESTANDARTES

La organización militar tuvo la necesidad de un signo visible para marcar la posición del comandante e identificar a la unidad en el campo de batalla. Así surgieron las banderas en la infantería y los estandartes en la caballería, los que tenían forma cuadrada.

El 7 de agosto de 1843 se reglamentó el color rojo para la infantería y la caballería de línea, y

azul turquesa para la infantería y caballería de las unidades de la Guardia Cívica.

Después de la Guerra Civil de 1891, los estandartes y las banderas cambiaron su diseño y se adoptó para todas las unidades un estandarte en base a la bandera nacional, de forma rectangular, con el nombre de la unidad y la fecha de su creación bordadas.



Guion de combate del Regimiento de Milicias de Caballería de Dragones de Sagunto, creado por el Virrey del Perú para la defensa de la ciudad de Arica, 1784. Su lema es "Mayor es mi lealtad"



Bandera del Ejército de los Andes, 1817



Bandera del Regimiento de Línea Santiago (infantería)



Bandera del Batallón N° 1 de Coquimbo (unidad cívica)



Bandera de la 1ª Brigada, integrante de las fuerzas de la I División del Ejército de Operaciones del Norte, 1880



Estandarte de combate de la Escuela Militar. Primero en su tipo creado en cumplimiento del Decreto de fecha 25 de enero de 1892

Largo sería señalar todas las acciones de guerra que marcaron la lucha entre monárquicos y gobiernistas. Así, en el llano de Pangal, el 23 de septiembre de 1820, Juan Manuel de Pico derrotó ampliamente a las fuerzas del comandante Benjamín Viel y ocasionó la muerte del comandante Carlos O'Carrol, héroe de Rancagua.

Tres días después, el mariscal Andrés del Alcázar, víctima de un engaño, abandonó la plaza fortificada de Los Ángeles con toda la población civil y fue sorprendido por Benavides en el vado de Tarpellanca. Combatió arduamente durante trece horas hasta quedar sin municiones, debiendo por ello aceptar los términos de una capitulación que fue violada cuando —a la mañana siguiente— los indígenas de Benavides cayeron sobre las mujeres angelinas y tomaron prisioneros a los soldados



General Benjamín Viel, de Luis Fernando Rojas

que las resguardaban. En San Cristóbal, Benavides dio muerte a los oficiales encabezados por Alcázar. Y, al mismo tiempo, el lonco Mañil incendiaba Los Ángeles.

La guerrilla avanzaba sin control. Freire debió refugiarse en Talcahuano, mientras Benavides ocupaba Hualqui y Pico se apoderaba de Concepción. La reacción del gobierno no se hizo esperar y el 7 de octubre de 1820 organizó la II División de Ejército, y encargó al coronel Joaquín Prieto que se hiciera cargo de esas tropas destinadas a combatir a Benavides.

Freire, que estaba cercado en Talcahuano, decidió romper el cerco y el 1 de octubre triunfó en la acción de Las Vegas de Talcahuano, mientras que el 9 de ese mismo mes se llevó a cabo el combate de Las Vegas de Saldías. Freire y Prieto emergieron victoriosos de ambas acciones y las tropas de Benavides fueron perseguidas a muerte. Por otra parte, la vanguardia de Prieto se batió con los guerrilleros de Zapata en Cocharcas, en tanto que el grueso de la mencionada división participó activamente en el triunfo conseguido por las fuerzas gobiernistas en la acción de La Alameda de Concepción.

Benavides se refugió en Arauco y ofreció firmar un armisticio que —si bien Freire aceptó— resultó ser un fraude, porque cerca de dos mil indígenas salieron de Santa Juana con la orden de quemarlo todo; y el coronel Pico, secundado por Bocardo y Zapata, ocuparon y quemaron las plazas de San Pedro, Santa Juana, Nacimiento, Talcamávida, San Carlos de Purén, Santa Bárbara y Tucapel Nuevo. Luego se dirigieron a Chillán, donde el coronel

Prieto —pese a estar en minoría— logró contenerlos en el río del mismo nombre, obligándolos a retirarse hacia el sur.

Durante el año siguiente, las incursiones de los guerrilleros y de los gobiernistas continuaron casi sin descanso, viéndose suspendidas solo por el crudo invierno de la región. Después del descanso invernal, las hostilidades se reanudaron con suertes diversas, ya que acontecieron los continuos triunfos del comandante Domingo Torres y la victoria del guerrillero Antonio Bocado. Después, Benavides perdió apoyo y sus seguidores lo despojaron del mando. Se embarcó con rumbo al Perú con el objeto de solicitar refuerzos al virrey; pero, denunciado por alguno de los suyos, fue tomado prisionero en la playa de Topocalma, juzgado sumariamente, condenado a la horca y ejecutado en Santiago el 23 de febrero de 1822.

La muerte del cabecilla no puso fin al conflicto. El mando fue asumido por el coronel Pico, que luchó sin tregua entre los años 1822 y 1824, mientras otros jefes de guerrilla combatían en distintos lugares. De esta forma, Palacios lo hizo cerca de Valdivia hasta ser derrotado por Beauchef. Ferrebú, por su parte, peleó en la Baja Frontera hasta ser muerto en Laraquete; y los Pincheira asolaron los pueblos de Ñuble y Maule, alcanzando sus acciones gran notoriedad cuando tomaron Linares.

Pico, que se había refugiado en la cordillera, regresó a la zona de conflicto en el invierno de 1824, sin saber que el lonco Francisco Mariluán estaba negociando la paz con el coronel Pedro Barnechea y que, por ese motivo, se negaba a cruzar con sus hombres el río Duqueco. Estacio-



Coronel Jorge Beauchef, de Luis Fernando Rojas

nado allí y estando sin recursos, fue traicionado por los hermanos Verdugo y ejecutado el 29 de octubre de 1824 en su propio campamento. La muerte de Juan Manuel Pico fue decisiva para iniciar el término del conflicto. Pedro Barnechea consiguió que el lonco Francisco Mariluán firmara la paz general en el parlamento de Tapihue, el 10 de enero de 1825.

Si bien las hostilidades continuaron, esta vez a cargo de los Pincheira, poco a poco se fueron reduciendo, combatidas por el gobierno y repudiadas por la población. Sin embargo, la ayuda de Mañil y de grupos de pehuenches las hizo prolongarse todavía unos años más.

LOS ÚLTIMOS ENCLAVES DE LA MONARQUÍA: VALDIVIA Y CHILOÉ

En septiembre de 1819, cuando el vicealmirante lord Cochrane patrullaba el Pacífico tratando de establecer un bloqueo sobre el puerto del Callao —sin lograr capturar o destruir la Escuadra que se encontraba en ese puerto y mientras se discutía en el seno del gobierno cual plan se utilizaría para invadir el Perú— el almirante escocés decidió atacar la plaza fuerte de Valdivia.

Valdivia era una plaza considerada inexpugnable y, por tanto, cualquier intento por capturarla era más que una osadía, una temeridad. Considerada el antemural del Pacífico —o la llave austral de ese océano— consistía en un complejo defensivo de quince fuertes, armado con 110 cañones de gran calibre y con una guarnición de mil hombres. Lord Cochrane, con un buque y 250 soldados escogidos y mandados por el mayor Jorge Beauchef, logró, en solo veinticuatro horas, realizar una de las acciones más sorprendentes y audaces de la historia militar de América.

Pero a los realistas aún les quedaba Chiloé, un verdadero bastión. Ahí el general Antonio Quintanilla resistió tenazmente a los embates de los republicanos porque contaba con el decidido apoyo de la población de la isla. Derrotó a Cochrane en el combate del fuerte de Ahui en 1820; y, más



"La Conquista de Chiloé", de Víctor Hugo Aguirre Abarca, 1987. Colección Museo Marítimo Nacional

tarde, en 1824, derrotó al propio general Ramón Freire en el combate de Mocopulli.

En noviembre de 1825, una nueva expedición comandada otra vez por el general Freire se dirigió a la isla con el propósito de dar la batalla definitiva. La expedición desembarcó el 8 de enero de 1826 en bahía del Inglés, y durante los posteriores días 13 y 14 de enero se libraron los combates de Pudeto y Bellavista mediante los cuales se obtuvo la victoria por parte de las fuerzas de la República, lo que puso fin al dominio monárquico en suelo chileno.

Lo anterior permitió la rendición del general Antonio de Quintanilla y posibilitó la firma del tratado de Tantauco, con el cual se declaró la independencia de la isla de Chiloé y de todo el archipiélago, anexándose esos territorios —por Decreto Supremo de 31 de enero de 1826— a la República

de Chile, como una más de sus provincias.

La historiografía chilena de los últimos años ha concluido que nuestras campañas de la independencia consistieron en una guerra civil que enfrentó a fuerzas compuestas mayoritariamente por chilenos. Los autores del siglo XIX escribieron sus historias cuando habían transcurrido pocos decenios y las pasiones estaban todavía muy cercanas al proceso emancipador. De allí viene que por muchos años se consideró a los realistas como enemigos de Chile, en circunstancias que ellos querían a este país tanto como los patriotas. Entonces, así como rendimos culto a ilustres soldados como O'Higgins, Carrera, Freire y Prieto, también debemos nuestro homenaje a criollos y peninsulares que, como Ordóñez, Sánchez y Quintanilla, tomaron las armas con valentía para defender la que creyeron la mejor causa para Chile.



III

EL APORTE DEL EJÉRCITO A LA EMANCIPACIÓN AMERICANA



Published by W. Faden, Jan. 1, 1819.

W. Palmer sculp

Mapa de Sudamérica que refleja los dominios portugueses y españoles, de William Faden, 1819

EL APORTE DEL EJÉRCITO A LA EMANCIPACIÓN AMERICANA

No obstante que las contribuciones de Chile a la emancipación de otros territorios americanos se desarrollaron durante el proceso independentista chileno—que en este libro es tratado en el capítulo segundo—, se ha preferido otorgar a estos aportes un tratamiento en un capítulo separado, con el fin de resaltar el espíritu americanista de las emergentes naciones, y poner de relieve acciones militares que son menos conocidas.

A principios del siglo XIX, los habitantes de América eran todos súbditos de la monarquía hispánica y denominados como españoles americanos, por tanto, no se sentían diferentes

unos de otros, porque la idea de naciones diversas era muy tenue. Este sentimiento de mancomunidad americana fue el que impulsó a las élites—que buscaban la separación de la Corona española— a ayudarse recíprocamente para los fines de la emancipación.

En ese contexto se deben entender los aportes que realizó Chile al enviar fuerzas militares a Buenos Aires y al Perú. La primera, muy temprano, en 1811, cuando se daban los primeros pasos emancipadores; y la segunda, en 1820, que tenía como objetivo la libertad del cono sur de América.

LA DIVISIÓN AUXILIAR A BUENOS AIRES

A comienzos de febrero de 1811 se supo en Santiago que el general realista Francisco Javier de Elío había desembarcado en Montevideo en el mes anterior con un grueso ejército para dominar el Virreinato del Río de la Plata. En vista de esta situación, la Junta de Santiago ofreció el envío de socorros a su homóloga de Buenos Aires, lo que fue aceptado por esta última.

En marzo del mismo año, las autoridades de Santiago discutieron acerca de la forma en que se debía implementar esa ayuda. Si bien hubo diferencia de pareceres, finalmente se decidió que se auxiliara a Buenos Aires con un cuerpo de cuatrocientos hombres de tropas veteranas, que debían venir desde Concepción y del Batallón de Granaderos de Santiago. Hay que hacer notar que esta decisión se adoptó solo seis meses después de septiembre de 1810, cuando Chile daba sus primeros pasos de autonomía. La División Auxiliar —así fue llamada— fue puesta al mando del teniente coronel Pedro Andrés del Alcázar y arribó a Buenos Aires a mediados de junio de 1811, donde se le brindó un caluroso recibimiento.



"Buenos Aires a vista de pájaro". Litografía de D. Dolin, siglo XIX

Durante el resto de ese año, estas tropas chilenas tuvieron participación tanto en la defensa que se organizó en Buenos Aires ante la amenaza de una eventual invasión comandada por Elío, como en un movimiento revolucionario que tuvo lugar en esta ciudad. Finalmente, sus autoridades decidieron no incluir a los chilenos en actividades operativas y el resto de su permanencia se centró en actividades de cuartel.

El grueso de este contingente permaneció en Buenos Aires hasta el año de 1813, cuando se produjo la invasión del territorio chileno por parte de la expedición realista encabezada por Antonio Pareja. Ante esta amenaza a su propia tierra y una vez obtenido el permiso respectivo, Alcázar y sus hombres regresaron a Chile, entrando a Santiago el 4 de junio de ese año, en medio de una entusiasta recepción.

Esta primera contribución militar fue después retribuida con creces por las autoridades trasandinas.



Mariscal Pedro Andrés del Alcázar

LA EXPEDICIÓN LIBERTADORA DEL PERÚ

A objeto de continuar con el plan libertador concebido por el general San Martín, una vez consolidada la independencia de Chile con el triunfo patriota de Maipú, el director supremo Bernardo O'Higgins se empeñó en la tarea de organizar una expedición que estuviera destinada a conseguir la libertad del Perú. Para ello se fue armando una fuerza militar que tuvo como base los cuerpos pertenecientes tanto a lo que quedaba entonces del Ejército de los Andes, como a aquellos pertenecientes al refundado Ejército de Chile.

Durante los años 1819 y 1820 el gobierno chileno dio gran prioridad a la preparación de esta empresa. Debido a la anarquía que por estos años afectaba a las Provincias Unidas del Río de la Plata, estas últimas no pudieron participar en la organización y financiamiento de esta expedición libertadora, por lo cual la provisión de recursos humanos y económicos recayó exclusivamente sobre Chile.

Fueron meses de duro trabajo conformando cuerpos militares y entrenando a sus efectivos, al mismo tiempo que las fábricas y maestranzas preparaban el necesario armamento y equipo. Por otra parte, dada la interrupción del apoyo de Buenos Aires, el gobierno chileno integró



"Zarpe de la Primera Escuadra Nacional", de Thomas Somerscales, 1910. Colección Museo Marítimo Nacional

al ejército nacional a José de San Martín y a los oficiales rioplatenses.

Luego de largos años de guerra, Chile se encontraba agotado tanto en recursos económicos como humanos, por lo cual el Estado y la sociedad tuvieron que hacer grandes sacrificios para sacar adelante este proyecto emancipador. Finalmente, aquellos dieron frutos y la Escuadra Libertadora, al mando del almirante Thomas Cochrane, zarpó desde el puerto de Valparaíso en agosto de 1820. La expedición estaba compuesta de cerca de 290 jefes y oficiales, y de poco más de 4000 hombres de tropa; iba muy bien armada y provista de los recursos logísticos necesarios para operar en el territorio peruano.

San Martín desembarcó en Paracas en septiembre de 1820 y este hecho estimuló la declaración de independencia en ciertos ayuntamientos, pero ello no implicó una total adhesión de parte de la sociedad peruana. Para evitar derramamiento de sangre, se iniciaron conversaciones con las autoridades virreinales, las que no dieron resultados. En vista de ello, San Martín ordenó al general Juan Antonio Álvarez de Arenales que se dirigiera a la sierra con la finalidad de aislar Lima del interior, en tanto que el mismo San Martín se estableció en Huacho con el propósito de hacer lo mismo, pero desde el mar.

A fines de 1820 hubo serias desertiones en las filas militares realistas, mientras que un gru-



"Proclamación de la Independencia del Perú", de Juan Lepiani, 1904

po de vecinos de Lima solicitó a las autoridades monárquicas una capitulación honrosa. Por otra parte, el virrey Joaquín de la Pezuela renunció a su cargo y fue sucedido por el general José de La Serna. Nuevas negociaciones no dieron resultado, por lo cual La Serna abandonó Lima en julio de 1821, rumbo a la sierra. San Martín entró a la capital peruana en forma pacífica y el 28 de ese mes proclamó la independencia del Perú, mientras que el 3 de agosto el mismo se declaró Protector de este país.

Las autoridades realistas que se dirigieron al interior conformaron un gobierno cuya capital estaba en el Cuzco, mientras que San Martín go-

bernaba desde Lima la región de la costa. De esta forma, el Perú quedaba dividido.

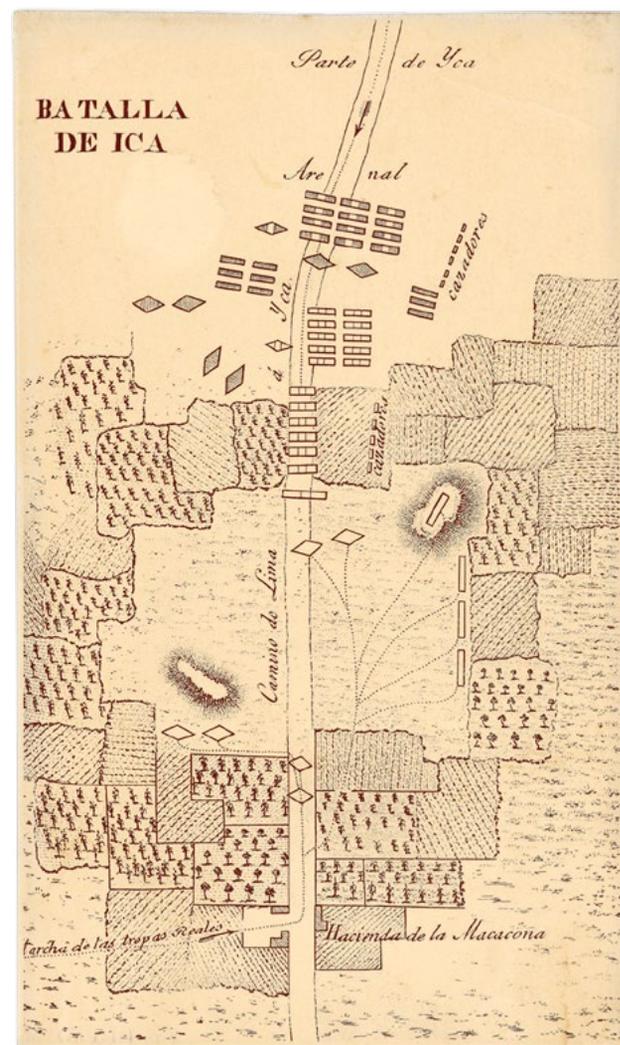
Durante su campaña en ese país, el general San Martín evitó dar una batalla decisiva, ya que su propósito era el de evitar la pérdida de vidas y que su independencia se diera con el concurso activo de sus habitantes. Sin embargo, esto último no era tan simple. Una parte de la élite peruana era muy proclive al dominio de la corona española, ya que esta garantizaba la paz y el orden en la sociedad peruana, dentro de la cual dormían fuertes tensiones sociales y étnicas. Debido a lo anterior, se fueron dando acciones de guerra menores y en forma alternada las distintas regiones del Perú

fueron cayendo tanto en manos de las fuerzas patriotas como en las del bando monárquico.

Entretanto, exasperado por la falta de acción, el almirante Cochrane ejecutó algunos golpes de mano contra las localidades costeras, pero su mayor hazaña la consiguió al infiltrarse en botes en el bien defendido puerto de El Callao, donde en la noche del 5 de noviembre de 1820 capturó a la poderosa fragata Esmeralda. Una acción que ha quedado registrada entre las más audaces de la historia naval.

Con el correr de los meses, alrededor del protector se fue creando un ambiente hostil, especialmente debido a su actitud pasiva frente a las fuerzas de La Serna. A este ambiente adverso se sumó el hecho de que las fuerzas patriotas sufrieron una cuantiosa derrota durante una expedición hacia Ica, que tuvo lugar el 7 de abril de 1822, con lo cual se perdió buena parte del Ejército Libertador. En un estrecho callejón de la hacienda de la Macacona, las tropas patriotas fueron sorprendidas en muy malas condiciones para organizar la defensa. El Batallón N° 2 de Chile, al mando del coronel José Santiago Aldunate, rechazó la primera carga; pero volvió a enfrentar el ataque de fuerzas cuatro veces más numerosas. Como resultado, el propio Aldunate fue herido y su tropa tuvo que retroceder hasta que terminó desorganizada. En menos de una hora había sido liquidada una de las mejores divisiones de los patriotas.

La derrota de Ica mostró que los realistas habían recobrado su capacidad de combate, mientras que dentro de las fuerzas patriotas cundía la indisciplina entre los soldados, las rivalidades entre los oficiales y las desavenencias entre chilenos



"Batalla de Ica". Croquis de la obra "Historia de la Revolución Hispanoamericana", de Mariano Torrente, 1829-1830

y rioplatenses. Por último, la ociosidad del ejército patriota en Lima comenzó a cansar a la población local, debido a la relajación de su comportamiento. Mientras tanto, su homólogo realista conservaba sin mayor apremio el interior del país.

Se llegó a una situación crítica en el año de 1822. Para entonces, Simón Bolívar ya había mostrado su interés de liberar el Perú con su ejército compuesto de efectivos colombianos, por lo cual acordó con San Martín celebrar una entrevista en



"Batalla de Ayacucho", de Martín Tovar y Tovar, c. 1895

julio de ese año. Ella se verificó en Guayaquil y allí el protector se dio cuenta de que no podría colaborar con Bolívar en la tarea de terminar con el dominio español en América, por lo cual tomó la decisión de renunciar a su propósito y volver a Chile, de manera de dejar al prócer venezolano la culminación del proceso libertador.

Durante las campañas del período de San Martín en el Perú, los cuerpos militares chilenos habían demostrado su valer militar en varios hechos de armas, pero todo ello en el contexto de resultados militares muy desfavorables para las armas patriotas. Dichas unidades participaron en varias expediciones y combatieron en diversas acciones de guerra. Pero ahora, a partir del momento en que San Martín hizo abandono del territorio peruano, dichos cuerpos fueron siendo vaciados de

sus efectivos chilenos y reemplazados por soldados de otras nacionalidades hispanoamericanas; por otra parte, aquellas tropas chilenas pasaron a conformar nuevos cuerpos bajo otras banderas. De esta forma, por ejemplo, las unidades de caballería del Perú llegaron a estar conformadas en su mayoría por hijos de Chile, dadas sus condiciones de diestros jinetes.

La situación política en el Perú se fue haciendo muy confusa debido a la actitud ambigua de una parte de la élite peruana respecto del proceso de independencia. Algunos llegaron incluso a pactar con los realistas, lo cual aceleró la entrada de Bolívar y de las tropas colombianas en el antiguo virreinato.

Entre las acciones de guerra que tuvieron lugar durante el año 1823 figuraron los desastres



Escudo honorífico otorgado a los oficiales que participaron en la campaña del Perú

de Torata y Moquegua. Las compañías de cazadores de los batallones N° 4 y N° 5 de Chile, al mando de los capitanes Nicolás Maruri y Navarro, desempeñaron un gran papel en estas jornadas; sin embargo, perdieron cerca de la mitad de su fuerza, entre muertos y heridos.

Así llegó la campaña de 1824, en la cual se libraron las decisivas batallas de Junín y Ayacucho, que concluyeron con los triunfos de las armas independentistas. Dentro de estas últimas, tomaron parte soldados colombianos, peruanos, chilenos y rioplatenses. En esta campaña participaron unos mil efectivos chilenos, quienes estuvieron repartidos en los cuerpos peruanos, en la caballería rioplatense y en las tropas colombianas.

Por su parte, a comienzos del año 1823 había tenido lugar en Chile la abdicación de Bernardo

O'Higgins al cargo de Director Supremo, siendo sucedido por Ramón Freire. El gobierno de este último organizó una nueva división expedicionaria que partió hacia territorio peruano, pero, debido a las disputas internas que encontraron en dicho país, sus jefes optaron por volver a Chile con miras a organizar y enviar una nueva y más numerosa fuerza. Sin embargo, las circunstancias políticas y militares internas de Chile obligaron al gobierno de Freire a dedicarse a otros asuntos más urgentes, con lo cual la situación del Perú fue alejándose de los intereses de las autoridades chilenas.

El esfuerzo de Chile había sido enorme y había quedado trazado el camino de la libertad del Perú. El poderío del Rey en el antiguo virreinato ya no volvería a ser una amenaza para las nacientes repúblicas del sur de América.



IV

DEFENDIENDO A LA PATRIA MÁS ALLÁ DE SUS FRONTERAS



J. Léon

"France! 1914", de Reni-Mel Léon
©RMN - Grand Palais, Christian Moutarde,
©Paris - Musée de l'Armée

DEFENDIENDO A LA PATRIA MÁS ALLÁ DE SUS FRONTERAS

La participación en las guerras internacionales que enfrentó Chile en el siglo XIX es la dimensión más rutilante y emblemática de la historia militar del Ejército de Chile.

Si bien las guerras contra la Confederación Perú-boliviana (1836-1839), y la Guerra del Pacífico (1879-1884) obedecieron a causas y circunstancias totalmente diferentes, tienen como similitudes el que en las dos ocasiones los actores fueron los mismos: Chile, Perú y Bolivia. Por otra parte, en ambas guerras Chile debió realizar un significativo esfuerzo para proyectar, sostener y operar la fuerza militar a miles de kilómetros de nuestras bases y fronteras. Y, finalmente, en las dos oportunidades las armas chilenas resultaron victoriosas, contribuyendo a la disolución de una potencial amenaza, y a la construcción del alma y de la identidad nacional. Y, más tarde, a la consolidación del territorio y al posicionamiento de Chile como una potencia en el Pacífico Sur, producto del triunfo logrado durante la Guerra del Pacífico.

Las diferencias, sin embargo, fueron muchas. Entre ellas destacan las circunstancias históricas

en que estas guerras se produjeron, las causas que las motivaron, el tamaño de las fuerzas enfrentadas, la duración y magnitud de las operaciones que se realizaron y sus consecuencias, solo por nombrar algunas.

En todo caso, ambos conflictos constituyeron hitos particularmente significativos en la historia de nuestro país y, en los dos, el Ejército fue un actor central en la consecución de los intereses nacionales al convertirse en la herramienta protagónica para alcanzar los objetivos políticos buscados. Como veremos, en 1839, por primera vez en su historia la sociedad chilena encarnó el alma y el sentido de nacionalidad en torno a las glorias alcanzadas por su Ejército en el campo de batalla, siendo el "Himno a la Victoria de Yungay" la sublime expresión de esta fusión. Más tarde, la Guerra del Pacífico, más allá de posicionar a nuestro país como la principal potencia del Pacífico Sur, reforzó los valores y la identidad nacional y el Ejército se transformó en los hechos en "el pueblo en armas", generando esa unión indivisible que perdura hasta el día de hoy.

LA GUERRA CONTRA LA CONFEDERACIÓN PERÚ-BOLIVIANA (1836-1839)

El territorio conocido como Alto Perú se había emancipado de la monarquía hispánica en 1825, y bajo la presidencia del mariscal Antonio José de Sucre se conformaba la República de Bolívar. En 1827, un levantamiento en Chuquisaca fue utilizado por el general peruano Agustín Gamarra para justificar una invasión a ese país, buscar la retirada de los restos de las tropas colombianas y promover una nueva Constitución para Bolivia. Así, en mayo de 1828, el ejército peruano entraba en La Paz, en septiembre dimitía el mariscal Sucre y, en 1829, era elegido presidente el general Andrés de Santa Cruz, quien coincidía con Gamarra en que la separación del Perú y Bolivia había sido un error que debía corregirse.

En la idea de una confederación solo diferían en el control político del nuevo Estado. Santa Cruz creía en una agrupación de tres Estados y Gamarra en la creación de un solo país, integrando Bolivia al Perú. Estas ideas encontraban fuerte apoyo en los territorios del sur del Perú —dado los fuertes lazos económicos y culturales que mantenían con Bolivia— y no en el norte, donde eran vistas con escepticismo.

Entre 1830 y 1836 el Perú vivió un período de desgobierno, caracterizado por los conflictos y enfrentamientos entre las facciones encabezadas por los generales Agustín Gamarra, José Luis Orbegoso y Felipe Salaberry. Santa Cruz intervino en esas disputas internas y apoyando al general Orbegoso derrotó a Gamarra en la batalla de Yanacocha (1835) y a Salaberry en Socabaya (1836). El Perú quedó entonces dividido en dos Estados, Norte y Sur, cada uno bajo el mando de un presidente con plenos poderes que, bajo la protección del mariscal Andrés de Santa Cruz, conformaron el 28 de octubre de 1836 la Confederación Perú-boliviana, con capital en la ciudad de Tacna.

Hacia 1830 la población chilena escasamente superaba un millón de habitantes. Las ciudades eran pequeñas y solo Santiago se empinaba sobre los 80 000 vecinos. A partir de ese año y bajo la conducción del general Joaquín Prieto y de su ministro Diego Portales, Chile inició la conformación de un orden institucional llamado a dar cauce y vida a una construcción política superior, el Estado en forma.

El Ejército había sido reducido y reorganizado. Se había dado de baja a más de doscientos oficiales que en la reciente guerra civil habían combatido bajo las órdenes del general Freire y habían sido derrotados en la batalla de Lircay (1830). Esta medida



Ministro Diego Portales.
Colección Biblioteca Nacional de Chile

causó un profundo descontento, no solo entre los afectados —casi todos veteranos de las campañas de la Independencia—, sino también entre sus viejos compañeros que los habían vencido.

La formación en 1836 de la Confederación Perú-boliviana fue percibida por las autoridades chilenas como una amenaza a las aspiraciones comerciales del país y aun a su propia subsistencia, ya que en el pensamiento político del mariscal Santa Cruz yacía la idea de reconstruir el imperio incaico extendiéndolo a Chile, Ecuador y el norte de Argentina.

Esas ideas expansionistas crearon desconfianza y fueron propicias para originar discrepancias entre la Confederación Perú-boliviana y Chile. A este

ambiente adverso se sumó la fallida expedición que —contra Prieto— organizara el general Ramón Freire, la que zarpó el 7 de julio de 1836 desde El Callao con la finalidad de desembarcar en Ancud, formar un ejército y desde ahí cruzar el país para derrocar al gobierno.

Después del intento de Freire —detrás del cual se vio la mano de Santa Cruz— el gobierno chileno decidió tomar la iniciativa y organizar una incursión destinada a acabar con la supremacía naval que tenía la Confederación. Así, el mismo día que desde Valparaíso se despachaban las fuerzas destinadas a detener a Freire en Chiloé, zarpaba al norte una flotilla compuesta de dos buques al mando de un español al servicio de Chile, Victorino Garrido. Su misión consistía en dar un golpe decisivo a la escuadra adversaria y, con ello, reducir su movilidad estratégica. El objetivo fue logrado en agosto de 1836 al capturar tres buques que se hallaban en el puerto del Callao.

En octubre de 1836 Chile envió como ministro plenipotenciario a Mariano Egaña, quien le planteó a Santa Cruz las bases para un acuerdo que, en realidad, tenía más características de ultimátum. En efecto, entre las demandas destacaba la exigencia del reconocimiento de la deuda originada en los gastos incurridos por Chile en la Expedición Libertadora; a la que se agregaba ahora una reparación por los daños que había causado la expedición del general Freire. Se sumaba a esa petición de carácter económico, la exigencia de cumplir con los acuerdos comerciales existentes, la limitación de las fuerzas navales del Perú y, finalmente, la disolución de la Confederación. Claramente, la misión de Egaña no tenía mucho destino y solo permitía ganar tiempo.

Santa Cruz aceptó algunas de las exigencias,



*Mariscal Andrés de Santa Cruz.
Colección Biblioteca Nacional de Chile*

pero rechazó disolver la Confederación, por lo cual el Congreso chileno, el 26 de diciembre de 1836, ratificó la declaración de guerra y aprobó el inicio de los preparativos militares. Paralelamente, el gobierno nacional intentó conseguir el apoyo de los gobiernos de Argentina y de Ecuador para poder actuar conjuntamente contra la Confederación. Juan Manuel de Rosas, el mandatario argentino, prefirió actuar en forma independiente y el gobierno ecuatoriano decidió no involucrarse.

Pero la mayor dificultad para operar en el exterior obedecía a circunstancias internas, porque si bien el objetivo político era comprendido, amplios sectores de la sociedad no veían la necesidad de ir a una guerra: para la oposición era un pretexto que le permitía al gobierno seguir acumulando atribuciones; para los militares, un medio para



"Diego Portales expone ante los notables", de Pedro León Carmona, siglo XIX. Colección Museo Histórico Nacional

alejarnos de la contingencia política; para el pueblo, un sacrificio inentendible.

Las manifestaciones de rechazo se sucedieron, siendo la más grave la ocurrida el 2 de junio de 1837, cuando en circunstancias que el ministro de Guerra y Marina, Diego Portales —sindicado como el promotor de la guerra— pasaba revista en Quillota al batallón Cazadores de Maipo y a un escuadrón del Regimiento Cazadores a Caballo, el comandante de las fuerzas, coronel José Antonio Vidaurre, amotinó la unidad y tomó prisionero al ministro con la finalidad última de sublevar al Ejército, derrocar al gobierno y evitar la guerra. Sin embargo, el intento fracasó cuando el resto del Ejército no se plegó al movimiento y Vidaurre fue enfrentado por fuerzas

leales —al mando del almirante Blanco Encalada— en el cerro Barón de Valparaíso, combate en el que los sublevados fueron derrotados, no sin que antes el capitán Santiago Florín ordenara la ejecución del ministro Portales.

La desaparición del ministro de la escena política no cambió el devenir de los acontecimientos estratégicos, ni alteró el proceso de preparación para la guerra. Más bien lo estimuló y, contrario al mito histórico que exhibe a Portales como la voluntad que impulsó esta guerra, la continuidad del proceso político demuestra que el gobierno —con el presidente de la República a la cabeza— compartía la misma idea de solución del problema.

LA GUERRA CONTRA LA CONFEDERACIÓN PERÚ-BOLIVIANA

La situación del Ejército al inicio de la guerra

Hacia 1836 la organización del Ejército se regía por la Constitución Política de 1833 —que solo se refería a su carácter no deliberante— y por las ordenanzas hispánicas aún vigentes. Era responsabilidad del ministro de Guerra y Marina la organización, inspección, disciplina, instrucción y distribución de las fuerzas militares; de él dependían el inspector general del Ejército, el inspector de la Guardia Nacional y el general en jefe del Ejército del Sur que tenía bajo sus órdenes las fuerzas destacadas en la frontera con los indígenas.

La Constitución había establecido las atribuciones del presidente de la República y del Congreso en asuntos castrenses. Al Ejecutivo le correspondía fijar, distribuir y organizar las fuerzas militares; al Congreso, aprobar anualmente las dotaciones de tiempo de paz y de guerra. El cargo

más alto del Ejército era el de Inspector General, con atribuciones de control, pero no de mando, el que correspondía a los comandantes generales de armas (intendentes), que lo ejercían sobre las unidades acantonadas en su jurisdicción. Con ello se buscaba una total subordinación de las fuerzas militares a la autoridad política.

En 1825 había sido creada la Guardia Nacional, institución que tenía por objeto proveer al Ejército de fuerzas de reserva; sin embargo, tenía además el velado propósito de contrarrestar las eventuales intromisiones de los militares en la vida política. Antes de iniciarse la guerra, la Guardia Nacional había aumentado paulatinamente sus efectivos hasta llegar a casi 60 000 individuos y el Ejército, en cambio, conservó su planta de 3000 hombres.

La convicción de la inevitabilidad de la guerra había justificado que el gobierno —meses antes de declararla a la Confederación—, iniciara las gestiones para equipar adecuadamente las futuras fuerzas expedicionarias, ya que el armamento de que se disponía era escaso y deficiente.

El Ejército no solo tenía problemas de equipamiento, sino que también otros más esenciales como la insuficiente formación de los oficiales. Dado el intermitente funcionamiento de la Escuela Militar —abierta y cerrada en diversas oportunidades—, la mayoría de los oficiales se habían formado en los cuerpos de tropa. Las unidades de mayor importancia —por su magnitud, entrenamiento y disciplina— se concentraban en el denominado Ejército del Sur, que al mando del coronel Manuel Bulnes y con una fuerza de poco más de 800 hombres, tenía su cuartel general en Chillán.



Cabo 1° del Batallón de Infantería Portales, 1837.
Ilustración de Julio Berríos.

CONDECORACIONES

PERÍODO DE LA INDEPENDENCIA



Batalla de Chacabuco



Legión de Mérito



Batalla de Maipú

GUERRA CONTRA LA CONFEDERACIÓN PERÚ-BOLIVIANA



Combatiente en la acción del Puente de Buin



Combatiente en la Batalla de Yungay

GUERRA DEL PACÍFICO



Jefes y oficiales



Clases y soldados



Oficiales



Clases y soldados

CONDECORACIONES ACTUALES



Condecoración "Ejército Bicentenario"



Condecoración "Al Valor"

Siguiendo la tradición europea y desde los comienzos de su vida independiente, el Estado de Chile otorgó premios y distinciones para los soldados por cada actuación destacada. Inicialmente fueron escudos confeccionados en paño, que se cosían al uniforme. Más tarde, se instauró la entrega de medallas y condecoraciones.

Terminada la Guerra del Pacífico, se premió a las tropas con medallas establecidas por ley. Destacaron las de las primeras campañas, ocurridas entre febrero de 1879 y junio de 1880; luego, a quienes habían hecho las campañas entre los años 1880 y 1884; y, finalmente, una especial por la batalla de Huamachuco.

En la actualidad, se entregan medallas y condecoraciones por años de servicio, conmemoraciones y servicios distinguidos.

LA GUERRA CONTRA LA CONFEDERACIÓN PERÚ-BOLIVIANA

La primera expedición restauradora

La fuerza expedicionaria fue denominada Ejército Restaurador del Perú y para su mando fue escogido el almirante Manuel Blanco Encalada. Su contingente estaba compuesto por 3300 hombres y fue transportado en dieciséis buques de diferentes clases, mandados por el capitán de navío Carlos García del Postigo. Esta fuerza zarpó desde Valparaíso el 15 de septiembre de 1837 y estaba destinada a desembarcar en Quilca, en la zona costera de Arequipa, el 4 de octubre. Previamente recaló en Iquique y Arica, y en esta última ciudad Blanco se entrevistó con el general Francisco López —Prefecto de Moquegua—, quien le informó que —contrariamente a lo previsto— las fuerzas peruanas bajo su mando no se plegarían al Ejército Restaurador.

Las presunciones en las que se había basado el éxito de las operaciones estaban fundadas en premisas falsas. Se suponía que a la llegada de las fuerzas chilenas al sur del Perú, el pueblo peruano se levantaría contra Santa Cruz, mientras que, en el norte, Ecuador abriría un segundo frente. Ambos hechos no ocurrieron y, además, las accio-

nes rioplatenses en el sur de Bolivia no llegaron a constituir un apremio serio para Santa Cruz. Nada fue como se esperaba que fuera.

La marcha hacia el interior se llevó a cabo en un territorio desértico y hostil que carecía de los recursos para satisfacer las necesidades mínimas de subsistencia del Ejército, por lo que el avance hacia Arequipa fue lento y difícil, más aún cuando la mayor parte de los soldados provenían del sur de Chile. La fuerza expedicionaria —en vez de incrementarse con la esperada adhesión de unidades peruanas— sufrió una merma sustantiva como consecuencia de enfermedades contraídas a causa del clima.

Todo lo que podía fallar había fallado, tanto en el plano de las concepciones estratégicas como en el de la ejecución de las operaciones. Pero, la situación podía empeorar aún más. El Ejército Restaurador entró en Arequipa el 12 de octubre, después de una penosa marcha durante la cual más de la décima parte de la tropa se contagió de viruela, siendo recibida con una glacial indiferencia de parte de la población.



Moneda de la Confederación Perú-boliviana. Estado Sur-peruano, 1837

Mientras tanto, Santa Cruz continuaba concentrando a sus tropas que se encontraban dispersas en diversas guarniciones del territorio de la Confederación, actividad que encubrió por medio de una serie de acciones de engaño que consiguieron que Blanco Encalada no tuviera certeza acerca de la real magnitud de los medios, dispositivo e intenciones del adversario.

Las fuerzas chilenas habían perdido la iniciativa y estaban paralizadas por la incertidumbre. Paralelamente, Santa Cruz —buscando ganar tiempo— inició negociaciones con el almirante a través del propio presidente del Sur Peruano, general Ramón Herrera, quien lo convenció de que la Confederación se encontraba al borde del colapso. Fue en ese contexto que el almirante Blanco Encalada propuso dirimir la guerra mediante un combate —caballeroso e ingenuo— entre igual número de tropas escogidas de ambos ejércitos (600 infantes y 200 jinetes), cuyo resultado se tomaría como desenlace de la campaña.

Dilatando su respuesta, Santa Cruz ganó tiempo hasta el atardecer del 15 de noviembre, fecha

en la cual el Ejército Confederado —fuerte en 5000 hombres— cruzó frente a Blanco Encalada hasta ocupar una posición favorable al sur de Arequipa, en el cerro Paucarpata, con lo que cortaba las líneas de comunicaciones del Ejército Restaurador con la costa y, por lo tanto, lo dejaba en completo aislamiento. Solo entonces el almirante reparó en el engaño del que había sido objeto.

Dueño de la situación, Santa Cruz le ofreció un tratado de paz que —entre otros aspectos de carácter político y comercial— incluía el retiro de las tropas chilenas con todo su armamento y equipo en el plazo de seis días, términos estos que el almirante no podía sino aceptar. El Ejército Restaurador se embarcó de regreso a Chile el 25 de noviembre de 1837, sin haber cumplido la misión impuesta de disolver la Confederación. El objetivo político de la guerra no había sido alcanzado y la expedición —a poco más de dos meses de su partida— regresaba invicta, pero humillada.

LA GUERRA CONTRA LA CONFEDERACIÓN PERÚ-BOLIVIANA

La segunda expedición restauradora

En la Confederación, el mariscal Santa Cruz fue duramente criticado por no haber destruido al Ejército Restaurador, circunstancia que permitió a Chile reorganizar sus fuerzas y continuar la guerra. No obstante ello, la victoria del mariscal sobre fuerzas rioplatenses que habían intentado una ofensiva en la zona de Yacuiba, le permitió incrementar significativamente sus medios y mantenerse en el poder, neutralizando —al menos temporalmente— los ánimos divisionistas que se estaban propagando tanto en el norte del Perú como en la propia Bolivia.

En Chile, el tratado fue visto como una verdadera capitulación y por ello fue ampliamente rechazado tanto por el pueblo como por el gobierno. La Moneda decretó la continuación de la guerra y —con el acuerdo del Congreso— el rechazo al tratado de Paucarpata.

El fracaso de la primera expedición hizo que la elección del nuevo General en Jefe adquiriera especial relevancia. Para conducir a las fuerzas se

seleccionó a un militar con amplia experiencia en combate y en conducción de tropas: el general Manuel Bulnes Prieto.

La preparación de la nueva expedición se extendió durante el primer semestre de 1838 y se la organizó sobre la base de las mismas fuerzas que habían integrado la expedición del almirante Blanco, pero reforzadas hasta alcanzar 5400 hombres, de los cuales —a diferencia de la anterior— solo 60 eran peruanos exiliados. Zarpó desde Valparaíso el 10 de julio de 1838 en veintiséis transportes escoltados por cuatro buques de guerra, arribando a Ancón —al norte de Lima— el 7 de agosto de 1838.

Las experiencias obtenidas durante la primera expedición habían mostrado la conveniencia de modificar la elección del teatro de operaciones, optándose ahora por accionar sobre el centro y norte del Perú, regiones controladas por el general José Luis Orbegoso, de quien se sabía estaba decidido a separarse de la Confederación. Entre



*Portón de acceso y un torreón de la Fortaleza Real Felipe en el Callao.
Gentileza de Instituto Riva Agüero. Repositorio Institucional de la Pontificia Universidad Católica del Perú*

las instrucciones dadas al general Bulnes por el presidente de la República estaba la de “[...] buscar la destrucción del poder que había adquirido el general Santa Cruz con la usurpación del Perú y la disolución de la Confederación a fin de entregar el poder de la nación peruana a sus propios hijos”.

La idea original de Bulnes era desembarcar con su ejército en el Callao, pero la sorpresa negativa del general Orbegoso a permitir dicho desembarco lo obligó a variar su plan. Desde Ancón, el Ejército Restaurador inició su marcha hacia Lima eludiendo en dos oportunidades las sucesivas posiciones defensivas instaladas por Orbegoso, hasta que finalmente se enfrentaron en la Portada de Guías, el 21 de agosto de 1838, ocasión en que las fuerzas de Bulnes derrotaron a

las adversarias y forzaron su entrada a Lima.

Ocupada la capital, fue proclamado el general Agustín Gamarra —quien formaba parte de la Expedición Restauradora— como nuevo Presidente del Perú. Sin embargo, Orbegoso no había sido capturado y pudo refugiarse con unos 1200 hombres en las fortalezas del Callao, abriéndose con ello un frente no previsto que amenazaba la espalda de los restauradores, circunstancia que obligó a Bulnes a distraer fuerzas en esa dirección.

Santa Cruz inició su avance al norte, adelantando fuerzas que —actuando como montoneras— debían hostigar al ejército de Bulnes. Este, ante la necesidad de establecer contacto con el Ejército Confederado y de neutralizar la acción de las guerrillas de Orbegoso, desplegó escalonada-

MANUEL BULNES PRIETO

Manuel Bulnes Prieto



Nació en Concepción en 1799, siendo sus padres Manuel Bulnes Quevedo —capitán español del Ejército Real— y Carmen Prieto Vial, —hermana de Joaquín Prieto—. En 1811 y teniendo solo doce años se enroló como cadete en el Batallón de Infantería Fijo de Concepción. Estuvo confinado en la isla de Quiriquina por las autoridades realistas debido a su simpatía por la causa revolucionaria, pero luego de la victoria de Chacabuco pudo lograr su libertad y se incorporó al Regimiento Cazadores de la Escolta Directorial.

Su primera acción de guerra fue el ataque a las fortalezas de Talcahuano del día 6 de diciembre de 1817, a la cual siguieron Quechereguas, Cancha Rayada y Maipú; en esta última batalla peleó valerosamente y logró el grado de teniente.

Durante las campañas de la denominada “Guerra a Muerte”, entre los años 1818 y 1822, participó en varias acciones de guerra, destacándose sobre todo en el combate de las Vegas de Saldías —el 1 de octubre de 1821—, en el cual derrotó a las fuerzas del guerrillero Vicente Benavides. Luego de varias otras valerosas actuaciones en el sur, llegó a ser sargento mayor en el año de 1822.

En 1823 ascendió a teniente coronel y cuatro años después ya era coronel. Después de dejar el Regimiento Cazadores a Caballo pasó a integrar el Granaderos a Caballo. En el verano de 1827-1828 participó en una expedición contra la montonera de los hermanos Pincheira. Finalmente en el año de 1832, comandando el Ejército del Sur, destruyó definitivamente esa guerrilla en el combate de las lagunas de Epulafquén.

Su siguiente gran actuación fue comandando el Segundo Ejército Restaurador del Perú en el marco de la Guerra contra la Confederación Perú-boliviana (1836-1839). Esta segunda expedición fue muy exitosa, pues,

luego de varios combates con buenos resultados para las armas nacionales, triunfó en forma definitiva en la batalla de Yungay —ocurrida el 20 de enero de 1839—, con lo cual aquella entidad política quedó disuelta, desapareciendo el peligro que representaba para el naciente Estado de Chile. Por ello fue ascendido a general de división y el mismo gobierno del Perú lo honró con el título de Gran Mariscal de Ancash.

El prestigio ganado en la anterior guerra le permitió convertirse en Presidente de la República durante el decenio comprendido entre los años 1841 y 1851. Su administración se caracterizó por una fecunda obra de adelantos tanto materiales como sociales y culturales. Trajo a destacados científicos y hombres de letras del extranjero, así como también a insignes artistas. En estos años fue fundada la Universidad de Chile, cuyo primer rector fue el sabio venezolano Andrés Bello. También se llevó a cabo la edificación de numerosas obras públicas, en tanto que en 1842 se logró que España reconociera la independencia de Chile; por último, tuvo lugar la toma de posesión del Estrecho de Magallanes, que incorporó las regiones australes de América a la soberanía nacional.

Cuando Manuel Montt lo sucedió en la Presidencia de la República, estalló la revolución de 1851 dirigida a oponerse al nuevo gobierno. La insurrección prendió tanto en el norte como en el sur del país. Manuel Bulnes, apenas dejada la primera magistratura de Chile, tomó nuevamente las armas con el fin de defender al nuevo gobierno. Comandó las tropas que operaron en el sur del país, obteniendo la victoria final en la batalla de Loncomilla, el 8 de diciembre de 1851.

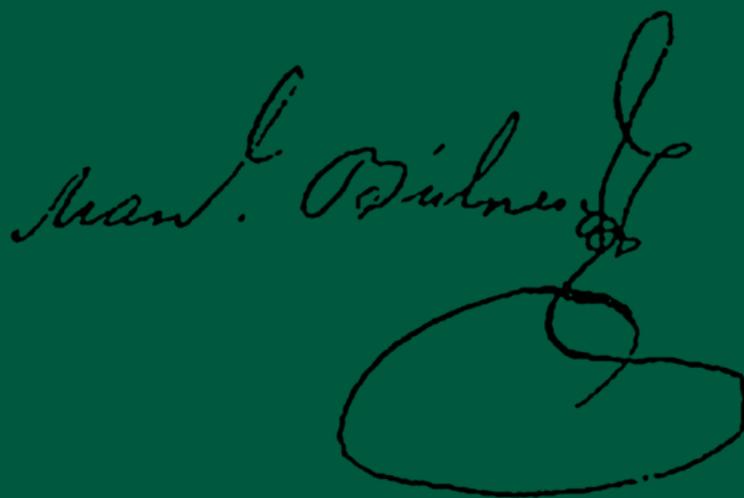
El haber participado en tantas campañas a lo largo de su vida fue minando su salud, falleciendo en Santiago el 18 de octubre de 1866.

Siendo el siglo XIX chileno una centuria marcada por las guerras, tanto internas como externas, Manuel

Bulnes fue uno de esos militares chilenos que lograron participar en un número sorprendente de campañas que en su caso suman cuatro: guerras de Independencia, guerras en el sur del país, Guerra contra la Confederación Perú-boliviana y Revolución de 1851. También fue uno de aquellos ilustres chilenos que comenzaron sirviendo en las filas del ejército del Rey de España, para terminar integrando el Ejército de Chile.

Bulnes es además recordado como uno de los más grandes mandatarios que ha tenido nuestro país, pues fue durante su presidencia que Chile alcanzó un sitial de honor en el concierto de las naciones sudamericanas. También se caracterizó por ser un hombre conciliador, en medio de las disputas internas entre liberales y conservadores que sacudieron Chile durante el siglo XIX, impulsando medidas de indulgencia y de unidad nacional. Así lo demostró en la Guerra contra la Confederación, cuando integró a su ejército numerosos militares liberales que habían sido alejados de las filas castrenses por el ministro Diego Portales y lo volvió a demostrar en la Revolución de 1851, con el tratado de Purapel.

En 1937 se erigió el monumento ecuestre en su recuerdo, que se encuentra en la Avenida del Libertador Bernardo O'Higgins, en Santiago.

A handwritten signature in dark ink, reading "Man. Bulnes" in a cursive script. The signature is written on a light-colored, textured background. Below the signature, there is a large, dark, irregular scribble or shadow, possibly representing a stamp or a mark.



mente unidades menores en el valle de Matucana, a 85 kilómetros al sureste de Lima. La medida resultó acertada, por cuanto el 18 de septiembre de 1838 se produjo un ataque de las avanzadas de Santa Cruz sobre el caserío de Matucana, sufriendo las fuerzas confederadas considerables bajas.

La amenaza principal provenía del grueso del ejército de Santa Cruz, ya que a comienzos de noviembre su vanguardia se encontraba a unos 40 kilómetros al sur de Lima. Con ello, el Ejército Restaurador —que ocupaba la capital peruana— quedaba situado entre los dos núcleos enemigos que, aunque políticamente eran adversarios, ahora volvían a unirse para enfrentarlo con fuerzas ampliamente superiores. Por su parte, las tropas chilenas disminuían rápidamente por las enfermedades originadas en las malas condiciones sanitarias y ambientales.

Consciente de ello, el general Bulnes resolvió retirarse a una zona que favoreciera la defensa en espera de refuerzos que debían provenir de un in-

ciente ejército peruano que el general Gamarra trataba de organizar entre sus adeptos. Es por ello que el Ejército Restaurador se dirigió hacia Huacho, ubicado unos 80 kilómetros al norte de Lima. El desplazamiento se efectuó por mar con la infantería, la artillería y los más de mil soldados enfermos, mientras que la caballería lo hizo por tierra.

Santa Cruz ingresó a Lima el 10 de noviembre, ocasión en que Orbegoso le entregó las fuerzas con las que se había refugiado en El Callao. Reducido Orbegoso a la impotencia política y militar, Santa Cruz dispuso su arresto y deportación, neutralizando con ello su influjo político y la amenaza separatista que él representaba para la Confederación.

Bulnes ordenó marchar hacia el callejón de Huaylas, donde el terreno permitiría a su ejército compensar la inferioridad numérica y —al mismo tiempo— obligaría a Santa Cruz a operar lejos de sus bases de apoyo, en una zona en la que su influencia política era menor. Luego de una exte-



nuante marcha, el ejército expedicionario llegó a Huaraz el 3 de diciembre, adoptando un dispositivo defensivo en profundidad a fin de desgastar a las fuerzas confederadas en su progresión hacia el norte; al mismo tiempo que mantenía abiertas las líneas de comunicaciones con la costa para recibir eventuales refuerzos que habían sido solicitados a Chile.

Durante ese desplazamiento se produjeron las acciones de Llaclla —el 21 de diciembre de 1838— y la del puente de Buin —el 6 de enero de 1839—; en esta última se distinguió el subteniente Juan Lorenzo Colipí —de origen araucano— quien con unos pocos hombres mantuvo en jaque el avance de Santa Cruz. Ambos fueron combates menores, pero tuvieron una gran repercusión en el resultado de la guerra al retrasar el avance confederado, otorgando así el tiempo que Bulnes necesitaba

para organizar defensivamente sus fuerzas en la hacienda de San Miguel, lugar que había escogido para dar la batalla decisiva.

Al comprender Santa Cruz que no podría atacar al Ejército Restaurador durante su marcha, decidió instalar a sus tropas en la localidad de Yungay, ocupando a su vez posiciones defensivas apoyadas en las alturas de los cerros Punyán y Pan de Azúcar —donde ubicó sus tropas adelantadas— mientras el grueso se fortificaba tras las escarpadas riberas del río Ancash y apoyando su flanco izquierdo en el río Santa.

A mediados de enero de 1839, ambos ejércitos ocupaban posiciones defensivas, separados por unos diez kilómetros. Ante la inactividad de Santa Cruz, quien pese a contar con fuerzas superiores no se decidía a atacar, Bulnes tomó la iniciativa —en contra de la opinión de algunos de sus oficiales— y resolvió



Subteniente Juan Lorenzo Colipí.
Colección Museo Histórico y Militar de Chile

atacar las formidables posiciones confederadas el 20 de enero de 1839. Las tropas chilenas — que habían recibido el refuerzo de dos batallones peruanos— asaltaron inicialmente los cerros de Punyán y Pan de Azúcar; el combate fue intenso y las bajas chilenas fueron de consideración. En la escalada y asalto del Pan de Azúcar —realizado por cuatro compañías chilenas y una peruana— se distinguió la cantinera chilena Candelaria Pérez por su arrojo y decisión, por lo cual —una vez terminada la acción— el general Bulnes le otorgó el grado de sargento.

Aniquilada la resistencia de las tropas adelantadas, el ataque continuó a las diez de la mañana contra las principales posiciones confederadas, con el asalto realizado por los batallones Carampangue, Portales, Aconcagua, Valdivia, Cazadores del Perú y una fracción del batallón Huaylas, mientras otras unidades se mantenían de reserva.

Se trabó un enconado combate cuerpo a cuerpo —con avances y retrocesos en torno al río Ancash— hasta que Bulnes resolvió emplear la caballería y la reserva por el flanco derecho —junto al río Santa— logrando el rompimiento hacia la espalda de los defensores y causando con ello el desmoronamiento de toda la posición y la precipitada fuga



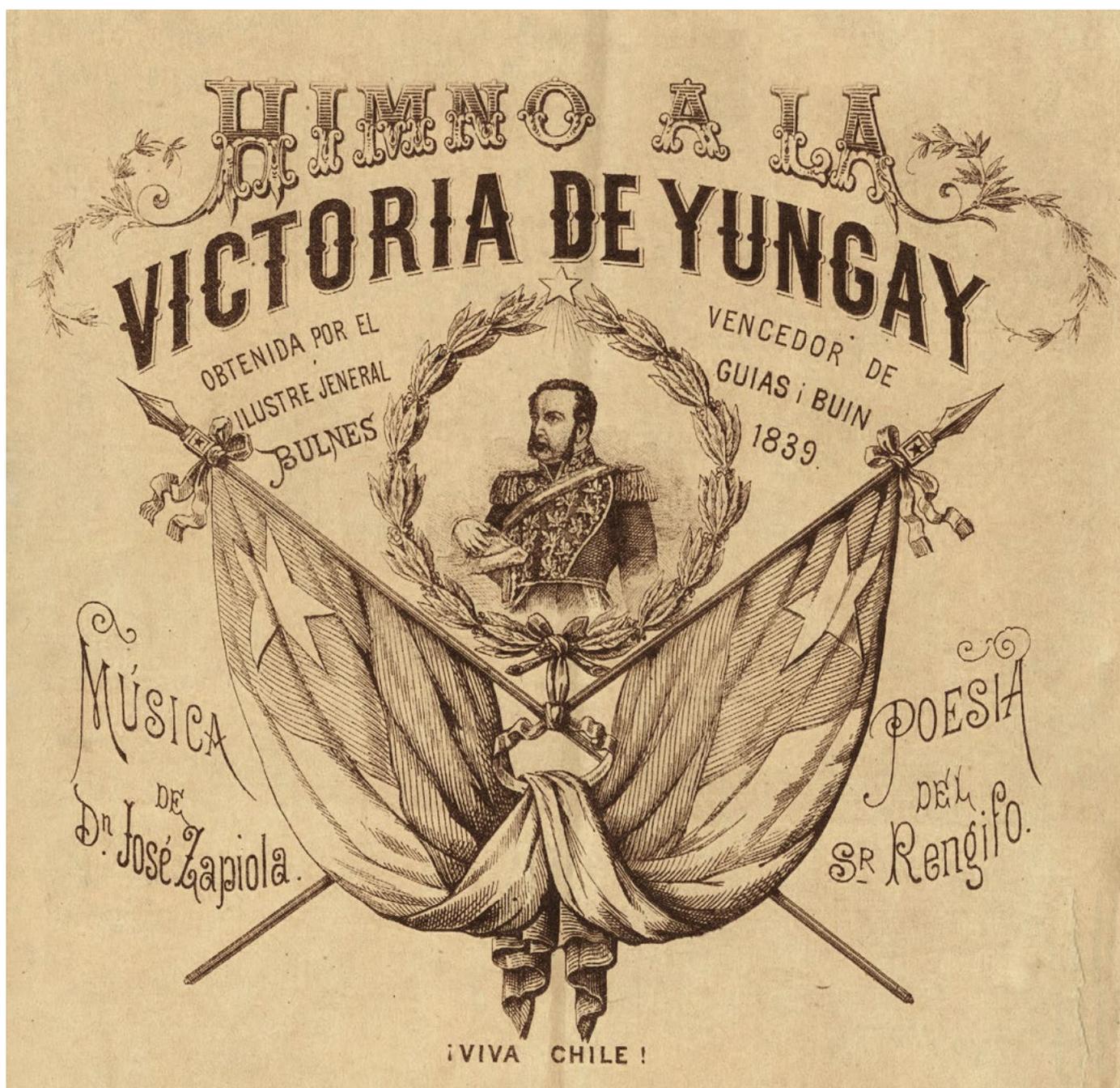
Sargento 2°
Candelaria Pérez

de los confederados, después de cinco horas de desesperado combate.

Ambos bandos derrocharon valor y heroísmo. De los 6000 hombres del ejército de Santa Cruz murieron 1400 y fueron capturados otros 1600 —la mayoría de ellos heridos— mientras los fugitivos fueron perseguidos implacablemente durante tres días. Por su parte, de los 5200 soldados de Bulnes, 800 murieron y otros 750 resultaron heridos.

Terminada la batalla de Yungay —que aniquiló completamente el poder militar de Santa Cruz— Gamarra y los generales peruanos se dirigieron a Lima, mientras Bulnes permaneció con las tropas chilenas en Huancayo para no interferir en la política peruana. Conocida la derrota de Santa Cruz, comenzó la desintegración de la Confederación; en Bolivia las juntas se proclamaron contra esa entidad política y en el Perú el general Gamarra fue confirmado como presidente constitucional.

Solo en abril Bulnes ingresó con su ejército a Lima para embarcarse de regreso a Chile, luego de cumplir satisfactoriamente con la misión recibida de disolver la Confederación Perú-boliviana. El 11 de junio de 1839, la primera parte del Ejército desembarcaba en Valparaíso en medio de los vítores del pueblo. La calle del barrio Almendral —por la que las tropas ingresaron al puerto— fue bautizada como “Victoria”, en honor a esos bravos que habían colmado de gloria a Chile. A fines de noviembre, lo hacía el general en jefe con el resto del Ejército Restaurador del Perú.



"Himno a la victoria de Yungay". Música de José Zapiola y letra de Ramón Rengifo, 1839

El objetivo político por el cual se había ido a la guerra estaba logrado y al terminar el año 1839 el Ejército Restaurador del Perú fue desmovilizado y retomó la denominación de Ejército Permanente de la República, con una fuerza de 2216 plazas.

El general Bulnes fue nombrado inspector general del Ejército y dos años después sería elegido Presidente de Chile. Con él se consolidó el orden republicano del Estado de Chile.

LA GUERRA CONTRA ESPAÑA

(1865-1866)

Esta confrontación armada tuvo su origen en un conflicto diplomático entre Perú y España, producto de que una escuadra española comandada por el almirante Luis Hernández Pinzón —que recorría las costas americanas en misión científica y diplomática— ocupara en 1864 las islas Chinchas como respuesta a un incidente ocurrido en tierras peruanas, donde algunos ciudadanos españoles resultaron muertos y heridos.

Chile —imbuido de un espíritu americanista forjado en el Congreso de Lima de 1864— intervino en el conflicto negándose a abastecer de carbón a los buques españoles y declarando la guerra a España el 25 de septiembre de 1865. Posteriormente, Perú, Ecuador y Bolivia también declararon la guerra a ese país.

En respuesta a lo anterior, el vicealmirante José Manuel de Pareja ordenó el bloqueo de las costas de Chile. Las mayores acciones de guerra se llevaron a cabo en los combates navales de Abtao y de Papudo. Finalmente, un bombardeo efectuado sobre Valparaíso destruyó complementemente las bodegas y almacenes del puerto chileno.



"Bombardeo de Valparaíso", de William Gibbons, 1870. Colección Museo Marítimo Nacional

Si bien en esta guerra no se desarrollaron acciones terrestres, el Ejército debió desplegar sus unidades en los puertos mayores con el objeto de impedir operaciones de desembarco y debió también reforzar el servicio de la artillería emplazada en los fuertes costeros.

Las acciones concluyeron con la firma de un armisticio y la paz definitiva fue firmada por Chile recién en el año 1883.

No sería sino hasta después de cuarenta años del término de la guerra contra la Confederación que nuevamente nuestro país se vio envuelto en una conflagración, la que —a diferencia de la anterior— no tendría un carácter preventivo, sino que en esta ocasión comenzaría como una respuesta limitada a fin de preservar los intereses nacionales; y terminaría —en la búsqueda de una paz estable— proyectando nuestras fuerzas a más de 3500 kilómetros por más de cuatro años.



Formación del Batallón 3° de Línea en la plaza Colón de Antofagasta, 1879.
Colección Museo Histórico Nacional

LA GUERRA DEL PACÍFICO

(1879-1884)

Causas y primeras acciones

Hacia 1842 se descubrieron depósitos de guano en el desierto de Atacama. El gobierno de Chile envió una comisión a explorar sus costas septentrionales, con el objeto de saber si en ellas existían depósitos parecidos. El presidente Manuel Bulnes se valió de ese reconocimiento para remitir al Congreso un proyecto de ley que declaraba los depósitos de guano y minerales ubicados al sur del paralelo 23° de latitud sur como propiedad de la República de Chile, por encontrarse dentro de los límites de su territorio.

El proyecto se convirtió en ley el 13 de octubre de 1842 y, con ello, el límite norte del territorio nacional —hasta entonces enunciado genéricamente como “el despoblado de Atacama” en la Constitución de 1833— quedó fijado en la bahía de Mejillones. Bolivia protestó alegando que su territorio se extendía hacia el sur hasta el paralelo 26° y ello dio inicio a un conflicto diplomático entre los dos países. Por algún tiempo, la guerra contra España lo relegó a un segundo plano, hasta que en 1866 se suscribió un tratado mediante el cual ambas partes acordaron que el límite internacional quedaba fijado en el paralelo 24° de latitud sur;



Oficina salitrera "Primitiva" de Tarapacá. Fotografía de la obra "Álbum de las Salitreras de Tarapacá", 1889.
Colección Biblioteca Nacional de Chile

que los derechos de exportación del guano y de los minerales existentes entre los paralelos 23° y 25° de latitud sur se repartirían en partes iguales entre ambos países; y que Bolivia habilitaría una aduana en Mejillones, la que sería la única que podría recibir esos derechos de exportación.

La invención de la dinamita confirió al desierto de Atacama un valor adicional, debido a que el salitre allí existente era uno de los componentes centrales de ese explosivo. Además, el mismo salitre reemplazaba al guano en la fabricación de abonos agrícolas, por lo que su demanda se vio incrementada. En 1868, el chileno José Santos Ossa fundó la Compañía Explotadora del Desierto, la que al poco tiempo —al incorporar capitales ingleses— se convirtió en una de las principales empresas extractoras de nitrato a nivel mundial.

La riqueza emanada del salitre hizo que el gobierno peruano nacionalizara la industria expropiando las propiedades de los particulares a los que pagó con "bonos salitreros" emitidos por el Estado. Existía en ese gobierno la idea de crear

un estanco estatal con esos minerales y también con los existentes en el territorio de Antofagasta, que había sido cedido por Chile a Bolivia por el tratado de 1866, pero que era explotado íntegramente por capitales y trabajadores chilenos.

La existencia de una colusión entre el Perú y Bolivia respecto de las negociaciones para comercializar el salitre queda de manifiesto —entre otros antecedentes— a través de una carta del embajador peruano en La Paz, José Luis Quiñones, fechada el 5 de febrero de 1879, comentando una conversación con el ministro de Relaciones Exteriores de ese país, en la que señala: "me dijo que el deseo del gobierno boliviano era preferir en la explotación de sus salitreras del litoral a su hermano y aliado, la República del Perú, con el objeto de evitarle competencia en la explotación de los que tiene".

Acorde con ello, en 1871 el gobierno boliviano intentó renegociar los términos del tratado de 1866, pero no hubo acuerdo. El gobierno de La Paz —preocupado por eventuales acontecimien-



Presidente Aníbal Pinto, de Manuel Antonio Caro, siglo XIX.
Colección Biblioteca Nacional de Chile

tos futuros— se acercó al Perú para acordar una alianza defensiva que los uniera. De esta manera, el 6 de febrero de 1873 se firmaba un tratado secreto entre ambos mediante el cual —en términos generales— se comprometían a una asistencia mutua en caso de una eventual agresión de un tercer país. Se trató de sumar a Argentina a este tratado, pero el intento fracasó a última hora.

Las negociaciones entre Chile y Bolivia continuaron, hasta que en 1874 los gobiernos de Federico Errázuriz Zañartu y Tomás Frías firmaron un nuevo tratado. En este se acordaba que el límite se mantendría en el paralelo 24°, se eliminaba la medianería establecida en el tratado de 1866 y Bolivia se comprometía a no aumentar las contribuciones existentes sobre los capitales e industrias chilenas durante veinticinco años.

Sin embargo, poco duró el respeto a lo acordado. En 1876 el gobierno del presidente Frías fue derrocado por el general Hilarión Daza, quien, reactivando un asunto que se consideraba termi-

nado, dictó el 14 de febrero de 1878 una resolución que establecía un impuesto a la Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta de 10 centavos por quintal exportado.

A partir de abril de 1878 se desarrollaron acciones diplomáticas a fin de detener la escalada del conflicto. Para Bolivia, las diferencias con la compañía chilena eran de competencia de los tribunales y no de las cancillerías; por su parte, el gobierno chileno se preguntaba si valía la pena celebrar tratados cuando se respetaban de ese modo.

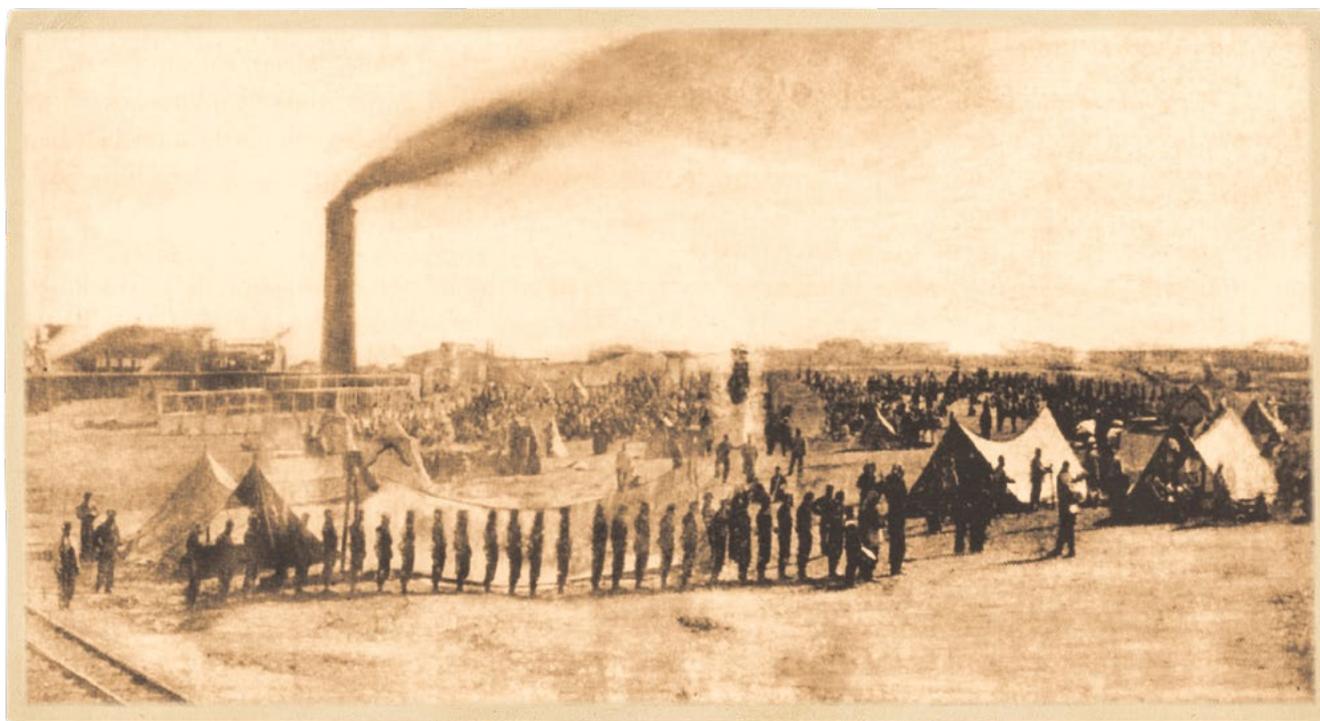
Bolivia, sobrepasando lo acordado en el tratado, hizo caso omiso de las protestas chilenas y puso fecha al cobro del impuesto y al subsecuente remate de las salitreras de la compañía de capitales chilenos, si no se cancelaban esos impuestos de exportación.

En razón de lo anterior —y en respuesta a la amenaza del gobierno de Bolivia— la fragata blindada Blanco Encalada estableció el bloqueo en Antofagasta el 7 de febrero de 1879.

Así, los engranajes de la guerra se pusieron en marcha y los acontecimientos comenzaron a desencadenarse. La compañía —que si bien tenía aportes de capitales ingleses, era mayoritaria y jurídicamente chilena— rechazó el impuesto y clamó por apoyo al gobierno. En su obra “Guerra del Pacífico”, Gonzalo Bulnes señala que: “Se calculaba que 93 al 95 por ciento de la población del litoral era chilena. El pequeño coeficiente bo-



Portada del diario boliviano “El Comercio”, de 19 de febrero de 1879



Campamento de los batallones Chacabuco y Zapadores en Antofagasta, 1879

liviano lo formaban los empleados públicos, las policías y la guarnición. El capital invertido en los puertos, en las empresas mineras y salitreras era totalmente chileno [...]. El fuerte capital desembolsado exigía garantías: la población necesitaba jueces, policía, autoridades administrativas dignas de inspirar confianza, y Bolivia no podía dárselos porque ella misma no los tenía”.

El gobierno chileno, ante la amenaza boliviana de rematar la Compañía de Salitres de Antofagasta, se debatió entre ceder a la presión altiplánica o escalar la crisis. Finalmente, el 14 de febrero de 1879 se inclinó por aumentar la presión y desafiar el reto impuesto desde La Paz: resolvió, entonces, reforzar el bloqueo de Antofagasta con el blindado Cochrane y la corbeta O’Higgins. Una vez fondeados los buques en la rada de Antofagasta, una chalupa trasladó al mensajero que llevaba una carta del coronel Emilio Sotomayor al prefecto de Antofagasta, en la que se le comunicaba que las

fuerzas chilenas tomarían posesión de la ciudad a fin de impedir el señalado remate.

Sin disparar un solo tiro y en medio del entusiasmo de la población, la ciudad fue ocupada y las fuerzas desembarcadas progresaron hacia el interior. La guerra, para la que Chile no estaba preparado, era inminente. Se había alcanzado el punto de no retorno de la crisis.

Una vez ocupada Antofagasta, las fuerzas bolivianas dispersas en la zona poco pudieron hacer ante la columna del coronel Sotomayor. El 1 de marzo el gobierno de La Paz declaraba la guerra a Chile; y el 23 de ese mismo mes, por primera vez, unidades de ambos países se enfrentaron en las afueras de Calama. Aunque fue menor la magnitud de las fuerzas involucradas en este combate, su resultado alcanzó un valor estratégico porque ese poblado era el cerrojo que —desde los Andes bolivianos— permitía el acceso a Antofagasta y Cobija. Bolivia no hizo nada para mantener ese

LA VERDAD I LA NOTORIEDAD DE LOS HECHOS PERMITEN ESTABLECER:

Que el Perú disipó los tesoros que le produjo el guano i empeñó su crédito por centenares de millones de pesos que le abrieron el abismo de la bancarrota;

Que la falencia i la próxima conclusión de los guanos iniciaron al Perú en los desórdenes del monopolio del salitre i en sus leyes espoliadoras de 1873;

Que en protección de sus injustificables exacciones, el Perú celebró en nuestro daño alianza secreta con Bolivia, i la buscó contra Chile en las pasiones que la controversia de límite despertaban en la República Argentina;

Que por contratos en que se sirvió de terceros, el Perú se apoderó de todos los salitres de Bolivia;

Que incitó a esta República en sus desmanes, contra el establecimiento de Antofagasta que le hacia competencia industrial;

Que ofreció su amistosa mediación mientras concluía sus preparativos de guerra, i armó a su cómplice mientras llegó el momento de declarar que el Perú era el aliado clandestino de nuestro enemigo; i

Que el Perú i Bolivia han sido injustos agresores i los solos responsables de todas las desastrosas calamidades de la guerra.

Extracto de la Circular del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, fechada en Santiago el 24 de diciembre de 1881 y dirigida a los agentes diplomáticos de la República en el extranjero. Firmada por José Manuel Balmaceda.

Pascual Ahumada Moreno, "Guerra del Pacífico. Tomo VI", 1889

núcleo de comunicaciones y su pérdida le significó el abandono de toda presencia en el litoral.

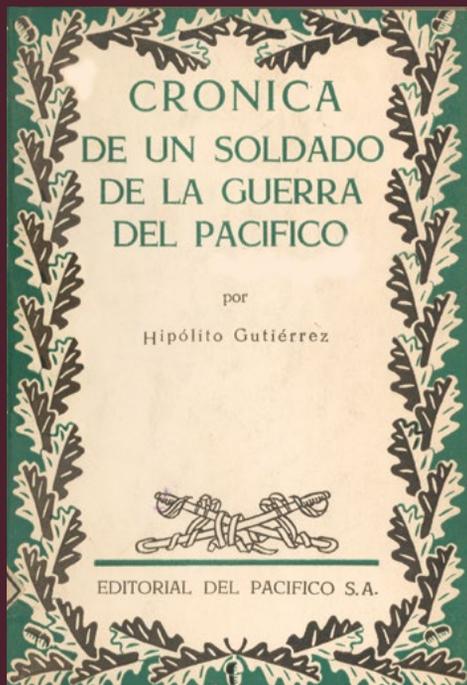
Como consecuencia del tratado secreto, el Perú se vio envuelto en esta guerra. Si bien eso era cierto, no fue su única motivación. El gobierno limeño había resuelto controlar el salitre de Tarapacá y quiso también comercializar el de Antofagasta, para de esa forma conseguir el control de los precios del mineral. El acuerdo que lo ataba a Bolivia más el señalado objetivo económico, hicieron que el Perú entrara en la guerra, a pesar de la resistencia inicial mostrada por el presidente Mariano Ignacio Prado.

Hacia 1879 ninguno de los tres países involucrados estaba preparado para iniciar una larga y costosa guerra. Los tres Estados solo disponían de pequeños ejércitos que se sostenían en las respectivas "guardias nacionales" para incrementar sus fuerzas. Al tratar de precisar los números existe una dificultad: los historiadores no coinciden respecto a las fuerzas disponibles en los ejércitos de los países enfrentados. Según datos de Gonzalo Bulnes, el Perú "[...] a inicios de la guerra tenía un ejército de poco más de 4000 soldados: 3000 de infantería, 1000 de caballería y algunos de artillería. A comienzos de abril de 1879 envió una división escogida de 4000 hombres a Tarapacá, guarneció Arica, y dejó en Lima otra división de reserva".

En lo naval, los buques peruanos más importantes eran los blindados Huáscar e Independencia, adquiridos con ocasión de la guerra contra España, y las corbetas Unión y Pilcomayo. Junto a lo anterior, debe considerarse la existencia de dos monitores, el Atahualpa y el Manco Capac, buques de muy poco andar, pero de poderosa



Oficiales del Regimiento 4° de Línea en Antofagasta, 1879



FRAGMENTO DE CARTA DE HIPÓLITO GUTIÉRREZ:

"A la despedida de ellos con nosotros lloraron al despedirse, diciéndolos del que ya no los iban aver más, y nosotros, como pechugones, les dijimos: ¡No lloren, hombres, que esperamos en Dios del que hemos de volver a nuestra(h) tierras con vía y salud y los volvamos a ver; nadien mueren mientras no se le llegue la hora ni unque andemos dentre las balas!"

Hipólito Gutiérrez, "Crónica de un soldado de la Guerra del Pacífico". Santiago, Editorial del Pacífico, 1939, página 17

Imagen: Colección Biblioteca Nacional de Chile

artillería, que fueron destinados a reforzar las defensas de los puertos de El Callao y Arica.

En lo que respecta a Bolivia, este país no tenía fuerzas navales y su ejército —de menos de 2000 hombres— estaba organizado en tres batallones de infantería, de los cuales solo uno, los Colorados de Daza, contaba con armamento moderno. Existía un regimiento de artillería y también estaban los regimientos Húsares y Coraceros —de caballería—, mal montados y peor armados.

Chile, que entonces estaba sumido en una cri-

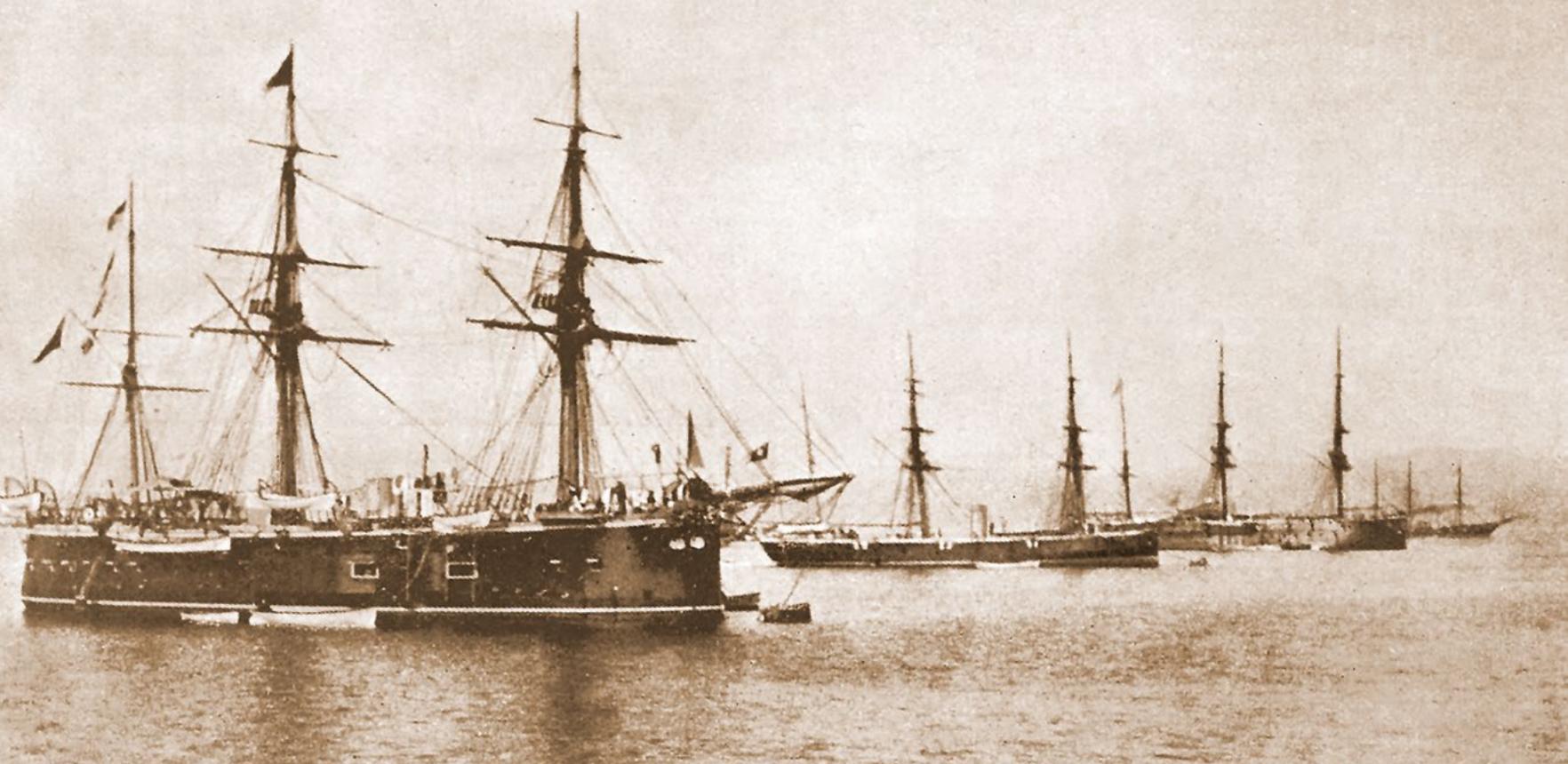
sis económica, tenía un pequeño ejército mayoritariamente desplegado en la frontera del Biobío —hacia 1877 no había ninguna guarnición militar al norte de Valparaíso—, con una fuerza efectiva de 2400 soldados, que se distribuían en: cinco batallones de infantería —el Buin 1° de Línea, el 2°, el 3°, el 4° y los Zapadores—, un regimiento de artillería y dos regimientos de caballería: el Granaderos y el Cazadores.

Según el censo de 1875, la población de Chile alcanzaba a 2 067 524 habitantes, por lo que la

Para descansar y compartir alimentos, los más amigos se juntaban en una "carreta". Ilustración de Francisco Jara Quiñones, 2016



FRANCISCO JARA QUIÑONES
2016



"Blindado Blanco Encalada junto a otros buques extranjeros en El Callao". Fotografía de la obra "Álbum Gráfico Militar de Chile. Campaña del Pacífico", de Antonio Bisama Cuevas, 1909. Colección Biblioteca Nacional de Chile

fuerza del Ejército solo representaba un 0,44% de aquella. Era una clara demostración de que Chile estaba muy lejos de haber preparado la guerra contra sus vecinos. Además, por consideraciones económicas, la Guardia Nacional había sido reducida a 6687 plazas.

En cuanto a la Armada, los buques de primera línea eran los blindados Cochrane y Blanco Encalada, llegados a fines de 1874 y en 1875 respectivamente. Además se contaba con las corbetas de madera Chacabuco, O'Higgins, Esmeralda y Abtao y las cañoneras Covadonga y Magallanes; a estas unidades se sumaban los buques de transporte Toltén, Amazonas, Angamos y las torpederas Janequeo, Colo Colo, Tucapel y Fresia. La mayoría de estas embarcaciones tenía un dilatado tiempo de servicio y una reducida operatividad.

Tanto la zona de Antofagasta como el territorio de Tarapacá —donde se desarrollarían las primeras acciones de guerra— eran regiones desérticas y extensas, sin recursos para mantener a las tropas

y al ganado, y que además carecían de caminos, a excepción de algunas huellas menores. El agua existía solo en algunos pozos que determinaban el trazado de las líneas férreas, utilizadas para sacar el salitre hacia el litoral. Por esa razón, las operaciones militares tendieron a circunscribirse al recorrido de los ferrocarriles y a la ubicación de las aguadas.

Fue necesario un enorme esfuerzo organizativo y logístico para transportar los elementos destinados a la subsistencia de las fuerzas. El teatro de operaciones se ubicaba a una gran distancia desde los centros vitales y las bases de operaciones de cada uno de los países en conflicto. Entonces, sería crucial el dominio del mar para la ejecución de los transportes operativos y para el posterior sostenimiento de las fuerzas.

Las acciones terrestres iniciales realizadas por las fuerzas chilenas (ocupación de Cobija, Tocopilla y Calama) se habían orientado al control de la línea de operaciones del río Loa, en previsión de

alguna reacción por parte del enemigo. A partir de ahí, el ejército de operaciones comenzó a concentrarse en Antofagasta y estuvo al mando del general Justo Arteaga —veterano de las últimas campañas de la Independencia y a la sazón de setenta y cuatro años de edad— quien tuvo dificultades para relacionarse con los representantes del gobierno a la hora de tratar la continuación de las operaciones.

Por carecer el Ejército de un estado mayor permanente, al inicio de la campaña no se disponía de un plan de guerra o de campaña. El gobierno conduciría la guerra desde La Moneda, elaborando diversos planes que, a menudo, no incorporaron la opinión de los mandos militares.

Con el objeto de controlar la ejecución de las decisiones políticas, el gobierno designó como ministro de Guerra en Campaña a Rafael Sotomayor, quien gracias a su gran criterio y eficiencia tuvo un destacado papel en la armonización de las concepciones políticas y militares. Murió en su puesto de campaña y lo sucedió José Francisco Vergara. Las dificultades en la relación entre los niveles políticos y estratégicos fueron una constante durante casi toda la guerra.

La diferencia de visiones entre el general Arteaga y el gobierno acerca de cómo llevar la guerra culminó —al cabo de tres meses de iniciado el conflicto— con la renuncia del general, el 18 de julio de 1879. En su reemplazo asumió el general Erasmo Escala —otro viejo soldado de antiguas campañas— quien permanecería en funciones durante ocho meses, hasta el 28 de marzo de 1880.



General Justo Arteaga.
Colección Biblioteca Nacional de Chile



General Erasmo Escala.
Colección Biblioteca Nacional de Chile

La Campaña Marítima

Como se señaló, el dominio del mar resultaba imperativo tanto para el Perú como para Chile. Habiéndose designado como jefe de la Escuadra chilena al almirante Juan Williams Rebolledo, se discutieron los primeros planes para las operaciones marítimas. Sin embargo —al igual que lo ocurrido con el Ejército—, surgieron profundas diferencias de criterio entre las autoridades navales y políticas.

Definido por el gobierno que el objetivo político de la guerra sería recuperar el territorio situado al sur del paralelo 23° —reivindicando todos los derechos que Chile poseía antes de suscribir el Tratado de 1866 con Bolivia—, el ministro de Guerra y Marina elaboró un plan inicial que en lo general buscaba una rápida decisión, mediante un fulminante y sorpresivo ataque contra los buques peruanos que se encontraban en reparaciones al Callao, para después ocupar Iquique, asegurándose así la posesión de un espacio de compensación que —previo el pago de las correspondientes indemnizaciones— obliga-

ría al Perú a desahuciar el tratado de alianza con Bolivia y a comprometerse a que no volvería a intervenir en una guerra contra Chile.

El plan no era descabellado, pero la realidad logística de la Escuadra y del Ejército —a la fecha de su concepción— no lo hacían posible. No existían los buques carboneros necesarios para abastecer a toda la Escuadra y a tanta distancia, como tampoco se contaba con los transportes para llevar al ejército hasta Iquique.

Por estas consideraciones, el almirante Williams se inclinaba por una campaña menos atrevida, consistente en bloquear Iquique —que era el principal puerto de embarque del salitre peruano— y hostilizar el litoral sur del enemigo destruyendo sus instalaciones portuarias. De esa forma, se obligaría a la Escuadra peruana, que era inferior, a buscar una batalla naval decisiva. La opinión de Williams prevaleció y el 5 de abril se inició el bloqueo de Iquique.

Mientras los buques chilenos efectuaban el bloqueo y bombardeaban algunos puertos del



*Capitán de fragata Arturo Prat Chacón, de W. H. Walton, 1883.
Colección Museo Marítimo Nacional*

sur del Perú, los transportes navales peruanos operaron exitosamente permitiendo el traslado de tropas y suministros a Tacna, Arica y Pisagua.

Con el transcurso de los días quedó en claro que el bloqueo chileno resultaba infructuoso, a la vez que implicaba ceder la iniciativa al adversario. Finalmente, el almirante Williams se vio obligado a ceder a las presiones del Congreso y de la opinión pública, resolviendo dejar en Iquique solo a las corbetas Esmeralda y Covadonga, mientras el resto de la Escuadra zarpaba en dirección al Callao para provocar la batalla naval decisiva. En su desplazamiento hacia dicho puerto, ambas es-

cuadras se cruzaron sin avistarse.

En esas circunstancias, el 21 de mayo de 1879 ocurrieron los combates navales de Iquique y de Punta Gruesa, con un resultado ampliamente favorable a Chile. Pese a que la Escuadra chilena perdió a la antigua corbeta Esmeralda, el heroísmo del capitán Arturo Prat y de sus hombres, así como la intrepidez del capitán Carlos Condell y de los tripulantes de la Covadonga, cubrieron a Chile de gloria. La Escuadra peruana, en cambio, perdió a la Independencia —uno de sus mejores buques— lo que a futuro le impidió la disputa del dominio del mar.

SUPLEMENTO
AL
MERCURIO.

VALPARAISO, MAYO 25 DE 1879.

CABLE SUB-MARINO.

Señor ministro de la guerra:

Antofagasta, mayo 25 de 1879.

(A las 11.30 A. M.)

Esmeralda con el pabellon izado en el pico de mesana echada a pique al tercer ataque con el espolon del *Huáscar*.

Muertos: capitanes Prat sobre la cubierta del *Huáscar*, seguido de cuatro más que lo abordaron, teniente Serrano, guardia-marina Riquelme, injeniero primero Hyatt, terceros Manterola y Gutierrez, segundo Mutilla y 150 tripulantes.

El segundo comandante, Uribe, y resto de la oficialidad y tripulacion recojidos del agua por los botes del *Huáscar* y prisioneros en Iquique.

Prado salió del Callao el 17 en el *Oroya*, convoyado por el *Huáscar*, *Independencia*, *Chalton* y *Limeña*. Desembarcados en Piagua 1,500 bolivianos.

Atahualpa, *Manco Capac*, *Union* y *Pilcomayo* en el Callao.

Limeña regresó para remolcar monitores hasta Arica, fortificado con seis cañones de grueso calibre.

Prado en el *Arica* y *Chalton* en Iquique.

Escuadra chilena no hai noticias.

Seenta hombres de caballeria en *Quillagua*. Preparo *Quillagua* para batirlas.

Concepcion en viaje para *Quillagua* haciendo mucha agua. *Navio* *Quillagua*. Herido seis solamente.

GENERAL EN JEFE.

Pese a todo, durante cinco meses el almirante Grau y sus fuerzas eludieron a la Escuadra chilena y lograron mantener inactivo al ejército de operaciones que se preparaba en Antofagasta. Las acciones del Huáscar motivaron la renuncia del almirante Williams, quien fue reemplazado en el mando de la Escuadra por el capitán de navío Galvarino Riveros. A poco de asumir, se puso fin a los infructuosos bloqueos de Arica e Iquique y el gobierno dispuso la reparación de los principales buques de la Escuadra con el objeto de ponerlos en condiciones de concurrir a la captura del Huáscar, lo que por fin se logró el 8 de octubre de 1879, en el combate naval de Angamos. La capacidad naval del Perú quedaba muy disminuida y el dominio del mar lo comenzaba a ejercer la fuerza naval chilena. Las condiciones para iniciar la campaña terrestre estaban dadas.



Bandera y escudo de popa de la corbeta Esmeralda.
Colección Museo Marítimo Nacional



"Combate Naval de Iquique", de Thomas Somerscales, 1881. Colección Museo Marítimo Nacional

UNIDADES QUE INTEGRARON EL EJÉRCITO DE OPERACIONES DEL NORTE

CUERPOS DE LÍNEA EN CAMPAÑA

Los cuerpos de línea eran las unidades que conformaban el ejército profesional —también denominado Ejército de Línea—, el cual estaba integrado por soldados que habían hecho carrera en el Ejército.

- REGIMIENTO DE INFANTERÍA 1° DE LÍNEA BUIN
- REGIMIENTO DE INFANTERÍA 2° DE LÍNEA
- REGIMIENTO DE INFANTERÍA 3° DE LÍNEA
- REGIMIENTO DE INFANTERÍA 4° DE LÍNEA
- REGIMIENTO DE INFANTERÍA 5° DE LÍNEA SANTIAGO
- REGIMIENTO DE INFANTERÍA 6° DE LÍNEA CHACABUCO
- REGIMIENTO DE INFANTERÍA 7° DE LÍNEA ESMERALDA
- REGIMIENTO DE INFANTERÍA 8° DE LÍNEA CHILLÁN
- REGIMIENTO DE INFANTERÍA 9° DE LÍNEA CAUPOLICÁN
- REGIMIENTO ZAPADORES
- REGIMIENTO CAZADORES A CABALLO
- REGIMIENTO GRANADEROS A CABALLO
- REGIMIENTO CARABINEROS DE YUNGAY
- REGIMIENTO DE ARTILLERÍA N° 1
- REGIMIENTO DE ARTILLERÍA N° 2
- REGIMIENTO ARTILLERÍA DE MARINA
- COMPAÑÍA DE PONTONEROS



CUERPOS MOVILIZADOS EN CAMPAÑA

Los cuerpos movilizados correspondían, en su mayoría, a las antiguas unidades de la Guardia Nacional. Otras unidades fueron expresamente creadas por las diferentes ciudades para cooperar al esfuerzo de la guerra. Sus dotaciones constituyeron el grueso de las fuerzas que integraron el Ejército de Operaciones del Norte, ya sea como batallones o, posteriormente, como regimientos.

- REGIMIENTO DE INFANTERÍA VALDIVIA
- REGIMIENTO DE INFANTERÍA MAULE
- REGIMIENTO DE INFANTERÍA LINARES
- REGIMIENTO DE INFANTERÍA LAUTARO
- REGIMIENTO DE INFANTERÍA COQUIMBO
- REGIMIENTO DE INFANTERÍA COLCHAGUA
- REGIMIENTO DE INFANTERÍA RANCAGUA
- REGIMIENTO DE INFANTERÍA ACONCAGUA
- REGIMIENTO DE INFANTERÍA CONCEPCIÓN
- REGIMIENTO DE INFANTERÍA CURICÓ
- REGIMIENTO DE INFANTERÍA TALCA
- REGIMIENTO DE INFANTERÍA VALPARAÍSO
- BATALLÓN DE INFANTERÍA NAVALES
- BATALLÓN DE INFANTERÍA MIRAFLORES
- BATALLÓN DE INFANTERÍA BULNES
- BATALLÓN DE INFANTERÍA ATACAMA N° 1
- BATALLÓN DE INFANTERÍA ATACAMA N° 2
- BATALLÓN DE INFANTERÍA MELIPILLA
- BATALLÓN DE INFANTERÍA LOS ÁNGELES
- BATALLÓN DE INFANTERÍA QUILLOTA
- BATALLÓN DE INFANTERÍA CAZADORES DEL DESIERTO
- BATALLÓN DE INFANTERÍA VALDIVIA
- BATALLÓN DE INFANTERÍA RENGO N° 1
- BATALLÓN DE INFANTERÍA RENGO N° 2
- BATALLÓN DE INFANTERÍA SAN FERNANDO
- BATALLÓN DE INFANTERÍA VICTORIA
- BATALLÓN DE INFANTERÍA LONTUÉ
- BATALLÓN DE INFANTERÍA CARAMPANGUE
- BATALLÓN DE ARTILLERÍA NAVAL
- ESCUADRÓN DE CABALLERÍA CARABINEROS DE MAIPÚ
- ESCUADRÓN DE CABALLERÍA GENERAL FREIRE
- ESCUADRÓN DE CABALLERÍA GENERAL LAS HERAS
- ESCUADRÓN DE CABALLERÍA GENERAL CRUZ
- ESCUADRÓN CARABINEROS DE LA FRONTERA
- AMBULANCIA N° 1 (SANTIAGO)
- AMBULANCIA N° 2 (SANTIAGO)
- AMBULANCIA N° 3 (SANTIAGO)
- AMBULANCIA N° 4 (SANTIAGO)
- AMBULANCIA N° 5 (VALPARAÍSO)





JUAN FED. JARA. 2015.

"Despedida", de Francisco Jara Quiñones, 2015

LA GUERRA DEL PACÍFICO

La Campaña de Tarapacá

Como se ha dicho, al momento de estallar la guerra ni el Ejército de Línea ni la Guardia Nacional estaban en condiciones para enfrentar tamaña empresa. Entre otras cosas, se carecía de un estado mayor general y de un sistema de apoyo logístico masivo. Las primeras medidas que adoptaron las autoridades chilenas buscaron reforzar y completar las unidades de línea, lo que se hizo por la vía del enganche voluntario. Cientos de chilenos dejaron sus hogares para defender a Chile. De ese modo, cerca del 90% del Ejército quedó conformado por ciudadanos sin instrucción, pro-

cedentes de todas las condiciones sociales. Por lo general, la edad de los acuartelados fluctuaba entre los 18 y los 50 años, pero también hubo adolescentes.

A partir del momento en que las autoridades comprendieron que la guerra era inevitable, encargaron a las misiones diplomáticas en Europa y Estados Unidos los elementos necesarios para enfrentar el conflicto. A mediados del mes de septiembre de 1879 llegaron tres vapores desde Europa que trajeron 9650 fusiles, 900 carabinas, 14 cañones Krupp de campaña, 740 sables para la

FRAGMENTO DE CARTA DE ABRAHAM QUIROZ A SU PADRE:

"Me olvidaba decirle que usted pone en su carta que aquí se padece mucho. No es cierto. El soldado que entra a servir a su patria no debe pensar en lo que se padece, porque aquí no hay favores (...) Temor de morir no tengo por defender la honra de nuestra querida patria. A más de esto, estamos confesados y comulgados. Aquí no lo paso mal; lo único es que no nos dan puerta franca".

Fragmentos de cartas de Abraham Quiroz a su padre. Contenidas en Abraham Quiroz e Hipólito Gutiérrez, "Dos Soldados en la Guerra del Pacífico". Buenos Aires, Editorial Francisco de Aguirre, 1976

caballería, 12 000 tiros para las piezas Krupp y 10 millones de tiros para fusiles; a lo que se deben sumar 17 toneladas de pólvora que sería utilizada para cargar la munición de los fusiles y de la artillería terrestre y naval.

Los aliados habían desplegado sus fuerzas en dos grandes núcleos. El primero, en la región de Tacna y Arica, desde donde se dirigían los asuntos de la guerra por encontrarse allí —físicamente— los presidentes Prado y Daza. Y el segundo en Iquique, al mando del general peruano Juan Buendía. Entre ambos, y dependiendo de Buendía, existía una guarnición que protegía Pisagua.

Cuando el ejército de operaciones chileno estuvo disciplinado y equipado —aun antes de la captura del Huáscar y respondiendo a la presión de la opinión pública— el gobierno decidió iniciar la campaña para ocupar Tarapacá. Las alternativas estaban restringidas a la capacidad de las playas para realizar el desembarco y a la existencia de agua para los hombres y el ganado.

Finalmente, fue Pisagua el lugar escogido ya que con ello se introduciría una cuña entre las dos agrupaciones aliadas, las que serían incapaces de apoyarse mutuamente debido a la distancia y a la carencia de caminos. Además, en Pisagua nacía la línea férrea que penetraba hacia el interior, a lo largo de las aguadas y pozos.

El desembarco y toma de Pisagua, que pasaría a constituirse como uno de los primeros desembarcos anfibios orgánicos del que se tenga registro en la historia, se produjo el 2 de noviembre de 1879. Se ejecutó en tres oleadas sucesivas que debieron enfrentar el nutrido fuego de los soldados peruanos y bolivianos parapetados que hacían fuego contra los chilenos que trataban de ganar la playa. Las bajas chilenas fueron 58 muertos y 173 heridos, equivalentes a menos del 10% de las tropas participantes. Con la toma de Pisagua, el ejército expedicionario quedaba asentado en territorio enemigo, con una base de operaciones que podía ser sostenida desde Antofagasta y desde Valparaíso, lo que le permitía penetrar hacia el interior en busca del adversario y, de paso, ocupar ese rico territorio que ayudaría a sostener el esfuerzo económico que demandaba la guerra.

En su penetración, dos compañías de caballería al mando del teniente coronel de milicias José Francisco Vergara —con la misión de reconocer el estado de la línea férrea y ocupar los pozos y aguadas— tomaron contacto con un pelotón de caballería aliado, produciéndose el 6 de noviembre de 1879 el combate de Agua Santa o Pampa Germania.

Días más tarde, parte importante del ejército expedicionario —unos 6000 hombres— al mando



EL DESEMBARCO DE PISAGUA
POR LAS FUERZAS CHILENAS
EL 2 DE NOVIEMBRE DE 1879

"El desembarco de Pisagua", ilustración de la revista "La Lira Chilena", 1903.
Colección Biblioteca Nacional de Chile

del coronel Emilio Sotomayor ocupaba la aguada de Dolores. En ese lugar, el 19 de noviembre, se enfrentarían las fuerzas de los tres países en el primer encuentro de magnitud, en la que se ha llamado batalla de San Francisco o Dolores. Después de dos horas de combate, el ímpetu de las fuerzas aliadas decayó, iniciándose una prematura retirada de su caballería, lo que precipitó finalmente la retirada aliada en dirección al sur, hacia la oficina salitrera de Porvenir.

Las fuerzas chilenas no iniciaron la persecución de los atacantes, convencidos de que la batalla principal se realizaría al día siguiente y que lo ocurrido había sido un reconocimiento en fuerza. Se cometió de esta manera un enorme error que días más tarde se pagaría caro en la quebrada de Tarapacá.

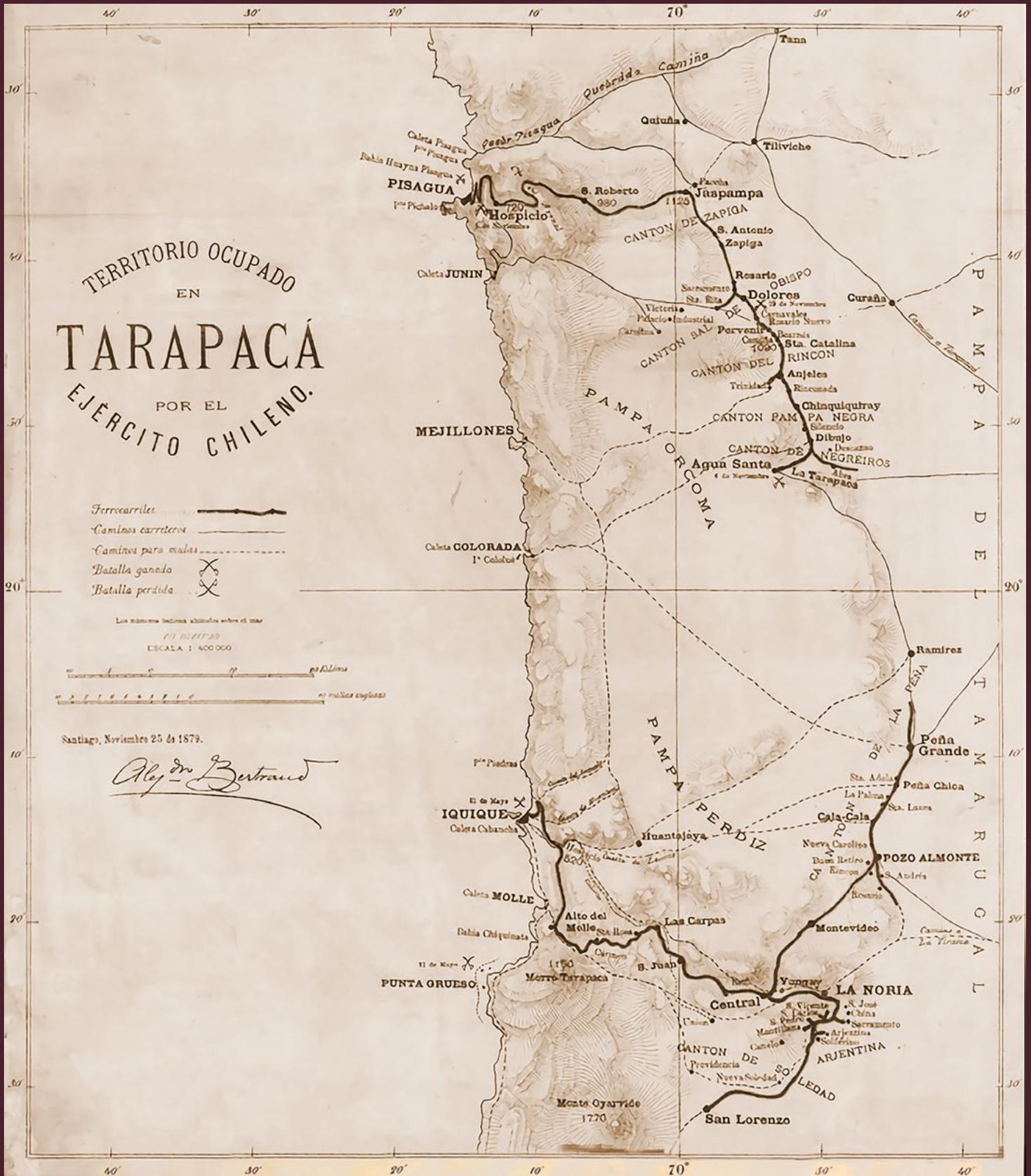
Después de Dolores, los aliados, al mando del general Juan Buendía, habían iniciado un repliegue hacia el suroriente, concentrando sus fuerzas —junto a las que estaban en Iquique— en la quebrada de Tarapacá, con el propósito de marchar por la precordillera hacia Arica.

El 27 de noviembre, y como consecuencia de una sumatoria de errores derivados del exceso de confianza, se produjo la batalla de Tarapacá. Unidades de exploración al mando del teniente coronel Vergara informaron que las fuerzas aliadas —unos 1500 hombres— estaban concentradas en el pueblo de Tarapacá, ubicado dentro de la quebrada del mismo nombre y que se encontraban en malas condiciones.

El general Escala decidió enviarle un refuerzo de 1900 efectivos y, pese a que se le dio instrucciones de esperar la llegada de estas fuerzas, Vergara se adelantó hacia Tarapacá, sin bagajes y transportando el agua, los víveres y las municiones en las espaldas de los soldados. Como resultado de aquello, la tropa quedó agotada y sin agua. En la noche del 26 de noviembre se reunieron con la columna de refuerzo que estaba al mando del coronel Luis Arteaga, quien dividió a las fuerzas en tres fracciones con la idea de envolver al enemigo, convencido de que eran solo 1500 soldados con la moral baja. Lo que no sabía era que el general Buendía tenía más de 5000 hombres descansados, que se aprestaban a marchar hacia Arica.

La derrota de las fuerzas chilenas en Tarapacá costó al Ejército una tercera parte de los efectivos que entraron en combate. Entre ellos estuvieron el comandante y el segundo comandante del 2° de Línea, los tenientes coroneles Eleuterio Ramírez y Bartolomé Vivar. También fue particularmente dolorosa la pérdida del estandarte del señalado regimiento, el que con júbilo, meses más tarde, sería recuperado en una iglesia de Tacna donde se hallaba escondido.

Al terminar la batalla, el general Buendía inició su repliegue hacia Arica en una penosa marcha de veinte días. A su arribo fue sometido a juicio junto con su jefe de estado mayor, el coronel Suárez. Por su parte, el ministro Sotomayor le pidió a José Francisco Vergara que retornara a Chile y que no interviniera más en los asuntos militares. Pero aquello no sería por largo tiempo.



Mapa del territorio ocupado en Tarapacá por el Ejército chileno, de Alejandro Bertrand Huillard, 1879.
 Colección Biblioteca Nacional de Chile

FRAGMENTOS DE UNA CARTA DE RICARDO SANTA CRUZ A SU ESPOSA

Señora Magdalena de Santa Cruz,
Santiago,

Mejillones, Octubre 26 de 1879

"Malalita querida:

[...] En previsión de todo es que escribo ésta, que la leerá riéndose si yo se la llevo, i llorando, como he estado yo, si todo ha terminado aquí.

¡Cuánto me cuesta escribir así, Malalita querida!... Usted se hará cargo, me conoce demasiado para que calcule por si misma cuánto sufro con esta relación que también puede ser una despedida.

Abrigo, no obstante, la confianza que, sabiendo cumplir con mi deber, el país se hará cargo, como debe, de mis hijitos; siendo usted tan buena, como es, pasado su martirio, podrá encontrar algún bienestar, i nuestros hijitos, que en ningún trance de la usted dejará de la mano, ellos serán su mejor consuelo.

Cuídese para ellos i tenga fuerzas para soportar el gran sacrificio!...

A la chinita, imitando en todo a su madre, llegará a ser más feliz que ella, i nada tengo que recomendarle.

Los niños!... Esto es lo que después me preocupa mas! Si yo les falto, por desgracia, tendrán mucho que sufrir hasta llegar a ser hombres.

Tenía tantas ilusiones en expectativas para sacar el mejor provecho de ellos; entre los suyos i los míos fundo grandes esperanzas, que encontrarán quien los encamine i haga de ellos tanto i más de lo que yo pudiera.

Tratando así, como de broma, este asunto en el cual tengo que considerarme muerto, i estoi lleno de vida i entusiasmo; lleno también de ilusiones para el porvenir, no es fácil que me contraiga a lo que debo; voi, sin embargo, a dejar algunas recomendaciones a los niños, para cuando estén en estado de conocerlas.

Son sus deberes: "El cariño i respeto a su madre, ante todo; amor i dedicación al estudio; no dejar para mañana lo que se puede hacer hoy; trabajar por costumbre más bien que por deber; respetar a la mujer en toda circunstancia; ser francos i generosos".

Sólo así serán felices i no les habrá hecho gran falta su padre.

Malalita: sin más lazos en el mundo que los de la familia, mi último pensamiento será para ustedes.

Dios ha de querer que esto sea lo más tarde posible; reciba el adiós de su RICARDO".

Ricardo Santa Cruz



Teniente coronel del Ejército de Chile, héroe de la Guerra del Pacífico. Sirvió en el Batallón 2° de Línea y fue nombrado comandante del Regimiento Zapadores. Participó en la toma de Pisagua, en las batallas de Tarapacá y de Tacna, acción donde falleció siendo distinguido por su valor.



Estandarte del Batallón 2º de Línea. Actualmente se halla en la cripta del teniente coronel Eleuterio Ramirez al interior de la Brigada Maipo, Valparaíso

La pérdida del territorio de Tarapacá tuvo profundas repercusiones en el Perú y en Bolivia. El presidente Prado se embarcó hacia Europa con el insólito pretexto de comprar armas y buques para continuar con la guerra. Quedó a cargo del país —con el rango de vicepresidente— Luis La Puerta, el que cuatro días más tarde fue derrocado, asumiendo Nicolás de Piérola en carácter de dictador. Por su parte, en Tacna, el coronel boliviano Eleodoro Camacho destituyó al general Hilarión Daza y en su reemplazo asumió la presidencia de Bolivia el general Narciso Campero.

El esfuerzo desplegado por Chile había sido monumental. De un ejército inferior a los tres mil hombres pobremente armados, se pasó a una

El historiador Gonzalo Bulnes, al hacer la crónica de lo acontecido durante el año de 1879, no deja de admirarse:

“Hemos llegado al final del año 1879. Hemos asistido a los esfuerzos del país por dominar al enemigo en tierra y en el mar. No hacía un año que le había sorprendido una guerra que el gobierno no preveía ni deseaba, y que hizo todos los esfuerzos imaginables por evitar; guerra que caía de improviso sobre una situación económica desastrosa, sobre un país empobrecido, sobre una Escuadra en mal estado, sobre un Ejército en harapos. No había cañones, ni municiones ni uniformes. El Ejército no era un organismo apto para su objetivo, sino un germen disciplinario a cuyo alrededor se agruparon ricos y pobres, analfabetos e ilustrados, labriegos toscos y representantes de la vida social más refinada, y el ensamble de todos formó el núcleo militar que asaltó Pisagua, que rechazó al enemigo en Dolores y que sucumbió heroicamente en Tarapacá”.

Gonzalo Bulnes Pinto, *Guerra del Pacífico*. Tomo I, Santiago, Sociedad Imprenta y Litografía Universo, 1911.

fuerza de más de diez mil soldados bien equipados y entrenados. El funcionamiento de la institucionalidad había sido ejemplar. No se recurrió a leyes de excepción, se mantuvo la judicatura y en lo económico no hubo requisiciones internas ni toma de empréstitos en el exterior. Pese al esfuerzo de guerra, el país siguió funcionando con relativa normalidad.

La Campaña de Tacna y Arica

Una vez ocupado el territorio de Tarapacá, en Iquique se instaló la base del ejército expedicionario. Sin embargo, pasarían más de tres meses para que se reiniciaran las operaciones. En el gobierno existían dos corrientes de opinión a la hora de continuar la guerra: aquellos que, encabezados por el ministro Sotomayor, propiciaban una rápida acción destinada a conquistar Lima; y los que sostenían la necesidad de consolidar lo conquistado, pasando a la defensiva luego de apoderarse de Tacna e influyendo sobre Bolivia para separarla de su aliado, a cambio de ofrecerle territorios litorales en compensación. Esta última corriente era liderada por el ministro del Interior Domingo Santa María.

Con la ocupación de Antofagasta y de Tarapacá el objetivo político inicial de la guerra estaba cumplido: se habían reivindicado los derechos chilenos al sur del paralelo 23° y se tenía en prenda el territorio de Tarapacá para obligar al Perú y a Bolivia a una negociación que compensara a Chile por el costo de la guerra. Sin embargo, el

objetivo estratégico no se había cumplido al no haber destruido las fuerzas adversarias o quebrantado su voluntad de lucha, pudiendo aquellas reorganizarse y disputar nuevamente, en el corto plazo, la dominación chilena poniendo en riesgo lo alcanzado.

En el gobierno prevaleció la opinión del ministro Sotomayor quien, por estar en contacto con los mandos militares en la primera línea, comprendió que el fin de la guerra debía pasar necesariamente por una batalla decisiva que quebrantara definitivamente la voluntad de lucha de los aliados. Y para ello resultaba imperativo ir a buscar al adversario a su propio territorio. Mientras más pronto esto se hiciera mayores serían las probabilidades de éxito. Se decidió entonces la ocupación del departamento de Moquegua, ubicado entre Arequipa y Tacna.

Una vez concluida la campaña de Tarapacá, el gobierno resolvió reorganizar el Ejército y sus servicios, medida que fue impugnada por el general en jefe, que no era partidario de delegar muchos



Coronel Juan Martínez Bustos



Capitán Rafael Torreblanca Dolarea

aspectos de coordinación en su Estado Mayor. Pretendía que su mando cubriera todos los detalles en todos los niveles, lo que era imposible dadas las proporciones que había alcanzado el ejército en campaña. Las relaciones entre el ministro Sotomayor y el general Escala se deterioraban día a día, haciéndose difícil la conducción de la guerra. En el gobierno había partidarios de un nuevo cambio en la jefatura del Ejército.

Finalmente, las autoridades aceptaron el plan de avanzar sobre Tacna, dándose inicio así a la campaña de Tacna y Arica. El Ejército se embarcó hacia Ilo, donde arribó el 25 de febrero del año 1880. Tensando aún más las disputas internas, José Francisco Vergara volvía a integrarse a las operaciones —contra la opinión del ministro Sotomayor—, al ser nombrado secretario del general en jefe.

El ejército aliado estaba dividido en tres núcleos, siendo el más poderoso el que mandaba el almirante Montero en la zona de Tacna y Arica, fuerte en unos 13 000 hombres. En Moquegua había unos 1400 efectivos al mando del coronel Andrés Gamarra. Finalmente, en Arequipa y al mando del coronel Segundo Leiva, había entre cuatro y cinco mil soldados. En total eran aproximadamente 20 000 hombres, de los cuales 4000 eran bolivianos que integraban el núcleo de Tacna.

El Ejército chileno —que fluctuaba entre los 13 y 14 mil hombres— desembarcado en Ilo no podía avanzar hacia Tacna dejando a su espalda a

MANUEL BAQUEDANO GONZÁLEZ

Manuel Baquedano González

Fue el segundo hijo del matrimonio de Fernando Baquedano con Teresa González. Nació en Santiago el primer día de 1823 y —al igual que su padre— abrazó la carrera militar desde muy joven.

Con motivo de la segunda expedición contra la Confederación Perú-boliviana, en 1838, Manuel —de tan solo 15 años— se embarcó rumbo al Perú en el buque *Hermosa Chilena* a escondidas de su padre, a la sazón comandante del Regimiento Cazadores a Caballo. Al cuarto día de navegación fue sorprendido y severamente reprendido por su progenitor, pero, ante las resueltas palabras del muchacho: “Padre, hágame fusilar, pero no me obligue a abandonar la expedición”, este debió aceptar a su hijo en la dotación de su regimiento, pero con prohibición de “meterse en la leona” (entrar en combate).

En el combate de Portada de Guías, Manuel desobedeció las órdenes de su padre y, tras apoderarse de un caballo, se incorporó a la acción. Por el valor demostrado y merced a la intervención del general Manuel Bulnes —y a disgusto de su padre— el muchacho fue integrado al Regimiento Cazadores a Caballo con el grado de alférez. Su valerosa conducta se repitió en los combates de Huaraz y Matucana, y en la batalla de Yungay, lo que le valió el ascenso a teniente con solo 16 años de edad.

Durante la Guerra Civil de 1851, el capitán Manuel Baquedano sirvió como ayudante de campo del expresidente Manuel Bulnes, quien había asumido el mando de las tropas leales al orden institucional. Mediante una valerosa acción, logró salvar la vida de su jefe en la batalla de Loncomilla, siendo ascendido a sargento mayor de la Escolta Presidencial.

En las revueltas de 1858 y abril de 1859 combatió a las fuerzas rebeldes en Arauco y Ñuble en los combates de Monte de Urra y de Maipón, bajo las órdenes del in-

tendente, teniente coronel Cornelio Saavedra. En octubre de 1866 fue ascendido al grado de teniente coronel.

Al producirse en 1868 el levantamiento indígena encabezado por el lonco Quilapán, Baquedano ofreció sus servicios y se desplazó para defender la ribera sur del río Renaico. En abril se le encargó defender la línea del Malleco, tarea que llevó a cabo de manera sobresaliente y que le significó ser nombrado comandante del Regimiento Cazadores a Caballo.

En julio de 1870 fue ascendido a coronel y en 1875 recayó sobre él la nominación de inspector general de la Guardia Nacional y comandante general de Armas de Santiago. Su ascenso a general de brigada está fechado el 20 de mayo de 1876. En posesión de ese alto grado, le sorprendió la Guerra del Pacífico, siendo entonces nombrado comandante general de la caballería del Ejército de Operaciones del Norte.

En marzo de 1880 se le encomendó la destrucción de la fuerza peruana acantonada en Moquegua, a la que logró derrotar en el combate de Los Ángeles. Poco después, a raíz de la renuncia del general Erasmo Escala, Baquedano fue nominado por el presidente Pinto como general en jefe del Ejército de Operaciones del Norte.

Como tal, le correspondió comandar al Ejército en las batallas de Tacna, Arica, Chorrillos y Miraflores, en todas las cuales resultó vencedor, ganándose el aprecio y admiración de los jefes y soldados bajo su mando. Las principales virtudes del general Baquedano fueron su capacidad para imponer la disciplina, un acrecentado liderazgo y una siempre acertada conducción de las unidades en el combate. Logró imprimir al Ejército velocidad en las acciones, usar la sorpresa, mantener la iniciativa y el carácter ofensivo, y conservar la unidad de mando, pese a las habituales interferencias políticas. Fue un conductor osado y resuelto, que nunca mostró vacilaciones y que mandó a sus

tropas dando el ejemplo en el campo de batalla. Fue el Cazadores a Caballo el regimiento de su predilección, cuyo emblema —el corno— nunca dejó de usar en el cubresilla de su montura.

Una vez terminada la Guerra del Pacífico y persuadido por el Partido Conservador, fue por un breve periodo candidato a la Presidencia de la República, pero muy pronto optó por abandonar esa candidatura. Fue senador por Santiago en el periodo 1882-1888, y por Colchagua, entre 1888 y 1894.

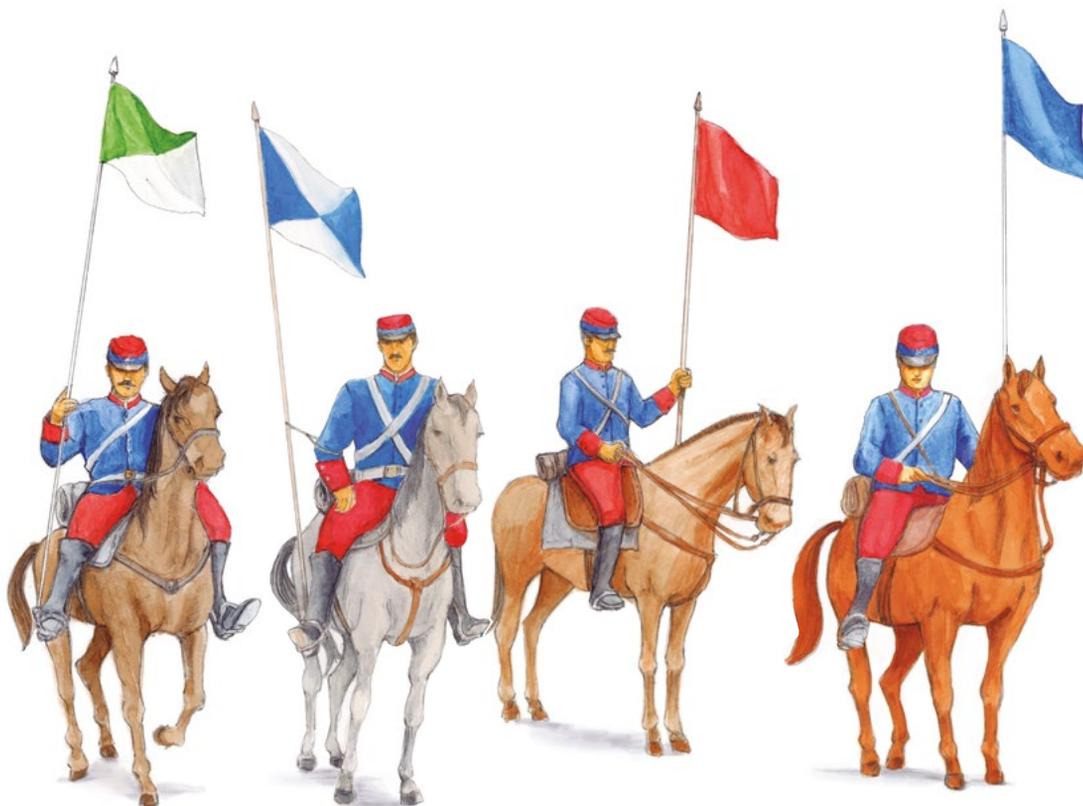
Por tres días, del 29 al 31 de agosto de 1891, dirigió el país por encargo del presidente José Manuel Balmaceda, mientras el bando triunfador de la revolución ocurrida ese año llegaba a Santiago.

Falleció en la capital el 30 de septiembre de 1897. La patria agradecida lo homenajeó levantándole un monumento ecuestre esculpido por Virginio Arias. A sus pies, descansa un soldado desconocido, el que bajo sus órdenes entregó su vida por Chile durante la Guerra del Pacífico.



Manuel Baquedano

*"El general Manuel Baquedano revistando sus tropas",
de Fray Pedro Subercaseaux, 1912. Museo de la Escuela Militar*



Banderas que identificaban las diferentes divisiones durante la batalla de Tacna: La 1ª División de verde y blanco, la 2ª de blanco y azul, la 3ª División, una bandera roja y la 4ª, una azul. Ilustración por Edgardo Noya, 2018

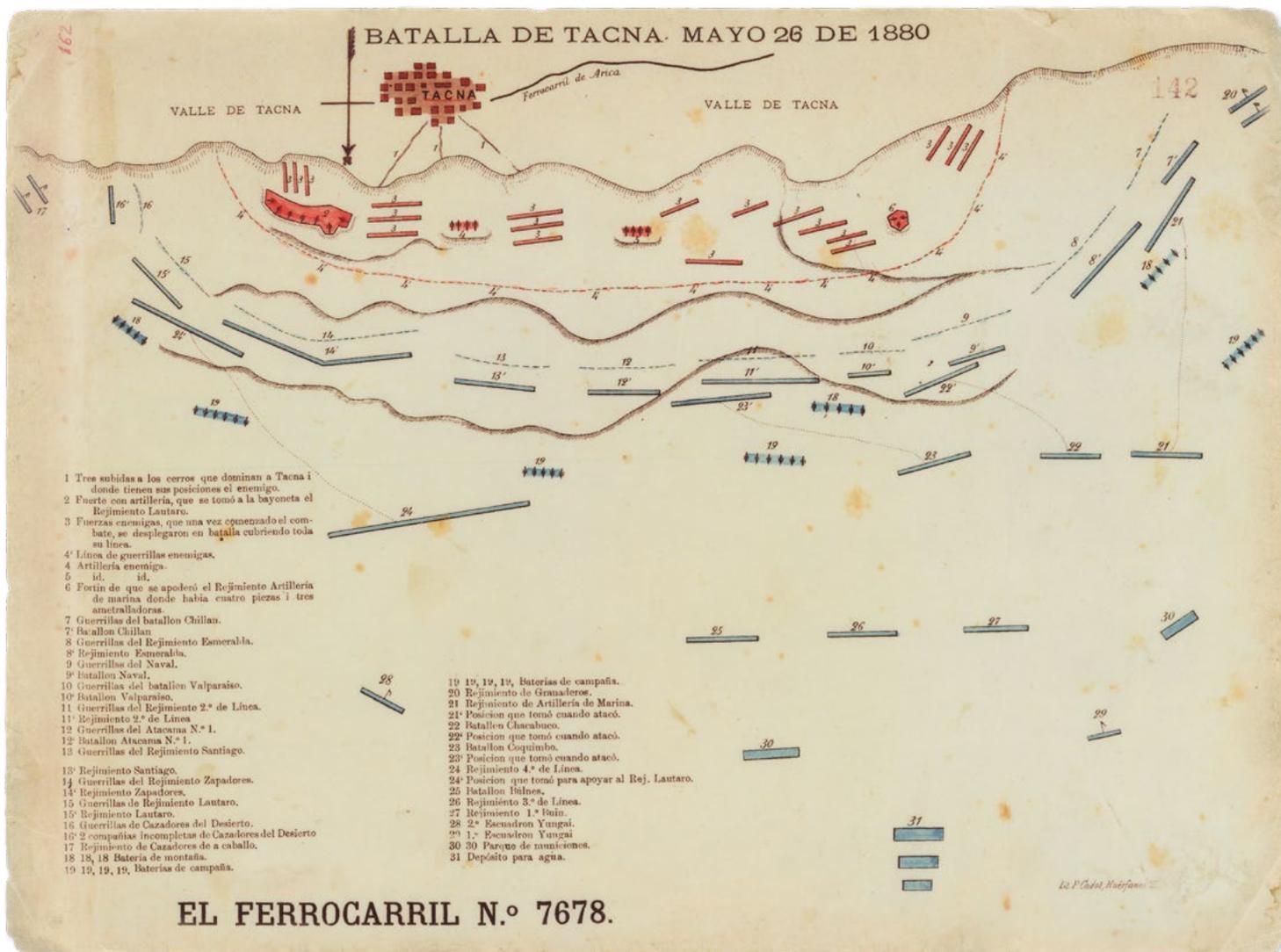
las fuerzas de Moquegua. En consecuencia, se organizó una división al mando del general Manuel Baquedano —comandante general de la caballería—, con la misión de “[...] ocupar la ciudad de Moquegua y tomar posesión de los puntos en que con mayor provecho se pueda hostilizar al enemigo cortándole los recursos e impidiendo la comunicación al ejército de Arica con el norte del Perú”.

Mientras tanto, las serias desavenencias existentes entre el general Escala y su jefe de Estado Mayor, el coronel Pedro Lagos, provocaron la intervención del ministro Sotomayor. El general en jefe estimó que la acción del ministro era otro atropello a sus facultades y solicitó la renuncia al gobierno. Otro tanto ya había hecho el coronel Pedro Lagos. Es decir, la campaña se iniciaba sin general en jefe y sin jefe de Estado Mayor.

Habiendo llegado las fuerzas de Baquedano a Moquegua, la guarnición peruana se replegó a las alturas de la cuesta de Los Ángeles, ocupando una posición que se estimaba inexpugnable. Median-

te la ejecución de un audaz plan, en la madrugada del 22 de marzo de 1880 el general Baquedano derrotó a los defensores en el denominado combate de Los Ángeles. El triunfo levantó la moral del Ejército, acarreando de paso un gran prestigio al general vencedor que sería designado como el nuevo general en jefe. Como su jefe de Estado Mayor sería nombrado el coronel José Velásquez, con lo que se conformó una afiatada dupla que vino a poner fin a las rencillas que habían existido hasta ese momento.

Con la espalda del Ejército asegurada, el ministro Sotomayor y el nuevo general en jefe comenzaron a preparar el avance sobre Tacna, lo que exigía hacer una travesía por un desierto inclemente que presentaba toda clase de dificultades logísticas. La marcha se inició el 7 de abril y concluyó el 20 de mayo con la llegada de las últimas unidades al campamento de Yaras, ubicado en el valle del río Sama. Ahí, el Ejército chileno se concentró y desplegó sus fuerzas organizadas en



Batalla de Tacna, 26 de mayo de 1880. Lámina publicada por el diario "El Ferrocarril".
Colección Biblioteca Nacional de Chile

cuatro divisiones, a las que se sumaba una reserva y las tropas divisionarias (caballería, artillería y zapadores). Era un total de 13 500 hombres.

El núcleo del ejército aliado destacado en Tacna —a las órdenes del almirante Montero y posteriormente del general y presidente de Bolivia, Narciso Campero— disponía de una fuerza aproximada de 11 750 hombres y ocupaba posiciones defensivas ocho kilómetros al noroeste de Tacna.

Un lamentable suceso alteró los preparativos de las fuerzas chilenas. El 20 de mayo, sorpresivamente, fallecía víctima de un derrame cerebral el ministro Rafael Sotomayor, quien había realizado una extraordinaria labor en la organización y soporte del Ejército chileno.

Las posiciones aliadas se desplegaron en una meseta baja, con pendientes suaves que se extiende pocos kilómetros al noroeste de Tacna.



José Miguel Varela

TESTIMONIO

Testimonio de José Miguel Varela antes de entrar en combate en Tacna. Transcrito del libro "Un Veterano de Tres Guerras":

"Los caballos estaban muy nerviosos y encabritados con las detonaciones y había que hacer un enorme esfuerzo para mantenerlos en la posición (...). Sin desmontar, comencé a acariciarle la tusa, el cuello y luego, inclinado hacia delante en la silla, la frente y la nariz y así lograba mantenerlo quieto. Y aunque logré calmar a mi querido caballo, no lo conseguí conmigo. Estaba invadido por el miedo, ese que hace temblar las piernas y las manos, que da taquicardia y que reseca la garganta hasta el punto que no se puede respirar y que cuando se desea hablar la voz no sale o, si sale, se escucha retumbar en los oídos como si fuera la de un desconocido".

Guillermo Parvex, "Un veterano de tres guerras. Recuerdos de José Miguel Varela". Santiago, Academia de Historia Militar, 2014.

Tenían un frente de poco más de dos kilómetros y estaban reforzadas por ligeras obras de fortificación. El general Baquedano —después de oír las diferentes opiniones— optó por la maniobra más simple y directa: un ataque frontal con cuatro divisiones en primera línea y una reserva dividida en dos núcleos. En su opinión, era esa la maniobra que más directamente conducía a la destrucción de un adversario que se lo jugaba todo en una batalla defensiva que sería decisiva.

El triunfo de Baquedano fue completo y el aniquilamiento del ejército enemigo fue total. Entre muertos, heridos y prisioneros, los aliados perdieron más de cinco mil hombres, lo que se vio agravado por el cuantioso número de dispersos que no pudieron unirse con las fuerzas que se retiraron a Puno. Otras fracciones menores se replegaron hacia Arica. El general Campero, con unos 1300 soldados bolivianos se retiró hacia La Paz, poniendo término a la participación del ejército boliviano y, en los hechos, a la alianza con el Perú. Por su parte, las fuerzas chilenas sufrieron alrededor de 2000 bajas, entre muertos y heridos.

Las fuerzas peruanas de Arica eran el próximo objetivo. Este enclave dominaba las comunicaciones terrestres entre Iquique y Tacna, por lo que era una excelente base para las futuras operaciones navales y para darle continuidad a las líneas de abastecimiento chilenas, razón por la cual era imprescindible su ocupación. La ciudad estaba defendida, en su parte norte, por los fuertes



Plano del asalto y toma de la plaza de Arica. Diario El Mercurio de Valparaíso, 1880.
Colección Biblioteca Nacional de Chile

San José, Santa Rosa y 2 de Mayo. El sector sur se apoyaba en el Morro —peñón pedregoso de aproximadamente 140 metros de altura que imposibilita su acceso desde la ciudad y el mar— el que estaba defendido por los fuertes Ciudadela y Este, en primera línea, y el del Morro —el más potente— en el extremo noroeste. Para su defensa, el coronel Francisco Bolognesi disponía de alrededor de 1850 hombres.

Para la conquista de Arica se organizó una división a base de las unidades que no habían participado en la batalla de Tacna y al mando del coronel Pedro Lagos, a quien no se había aceptado la renuncia. Esa división quedó conformada principalmente por los regimientos 1º, 3º y 4º de Línea, más el Lautaro, una batería de artillería y un escuadrón de caballería, sumando en total unos 5000 hombres; estos deberían enfrentar a las



Pedro Lagos Marchant

PEDRO LAGOS MARCHANT

Destacado jefe militar de la Guerra del Pacífico, nacido en Chillán en 1832. Comenzó su vida militar en la Sección de Cabos de la Academia Militar, pasando luego al escalafón de oficiales y terminando como general de brigada. Tomó parte en las acciones militares de las revoluciones de 1851 y de 1859, y también en las campañas de Incorporación de la Araucanía. Coronó su vida militar en las campañas contra el Perú y Bolivia, destacándose en el asalto y toma del Morro de Arica, donde fue el encargado de planificar la operación que se consumó en tan solo 55 minutos. También se destacó en la batalla de Miraflores, donde la III División, que estaba bajo su mando, hizo el mayor esfuerzo de combate. Falleció en 1884.

fuerzas que el coronel Bolognesi tenía muy bien atrincheradas en los diferentes fuertes que protegían la ciudad.

Al amanecer del 7 de junio, el 3° de Línea inició el asalto sobre el fuerte Ciudadela, seguido de inmediato por el 4° de Línea sobre el del Este. Ante el asombro de los observadores extranjeros, el asalto y toma del morro de Arica se llevaría a cabo en solo 55 minutos. En la acción murieron casi todos los jefes peruanos, incluido el coronel Bolognesi. Entre los chilenos, encontró la muerte el comandante del Regimiento 4° de Línea, teniente coronel Juan José San Martín.

La ocupación del territorio de Tarapacá, incluyendo al departamento de Moquegua, daba cumplimiento al objetivo político de la guerra. Si bien Bolivia no abandonó políticamente a su aliado, la derrota sufrida por su ejército en Tacna la obligó a abandonar las operaciones militares, dejando de ser un peligro sobre el flanco este del Ejército chileno.

Desde el punto de vista de la organización de las fuerzas, la nueva estructura del Ejército en divisiones había sido un importante factor en el éxito alcanzado en la campaña. Pese a todos los inconvenientes derivados de la dificultad que significaba mantener los flujos logísticos a tan largas distancias, abastecer a casi 15 000 hombres y operar en un escenario tan extremo, las fuerzas chilenas habían cumplido su tarea. Con el Ejército Aliado del Sur derrotado, el gobierno chileno cambió definitivamente su objetivo político de guerra inicial: en vez de conquistar Tarapacá como una zona de compensación para ser utilizado en eventuales negociaciones posteriores, ahora el Ejército debía posibilitar la anexión permanente de ese territorio.



Izamiento de la bandera chilena en el morro de Arica, al término de la batalla. 7 de junio de 1880. Colección Museo Histórico Nacional



Juan José San Martín

JUAN JOSÉ SAN MARTÍN

Nació en Chillán en 1840. Comenzó su carrera militar a los 14 años como soldado. En 1855 pasó al escalafón de oficiales como subteniente. Sus primeras actuaciones militares se dieron en las campañas de Incorporación de la Araucanía, estando encuadrado en el Batallón 4° de Línea, que sería la única unidad en la cual sirvió durante su vida. Al estallar la Guerra del Pacífico, esta unidad partió al teatro de operaciones en el norte y en febrero de 1880 llegó a ser su comandante con el grado de teniente coronel. Participó en el combate de Calama y en la batalla de Tacna. Más tarde, la acción de guerra que lo llevó a la inmortalidad fue el asalto y toma del Morro de Arica, en el que combatió al mando del Batallón 4° de Línea en una jornada en la cual la infantería tuvo el papel principal. Allí recibió una herida mortal. Atendido por sus hombres, murió en paz sabiendo que aquella jornada del 7 de junio de 1880 había sido ganada por las fuerzas chilenas.

La Campaña de Lima

El gobierno creía que habiendo logrado Chile todo lo que necesitaba —e incluso más—, había llegado el momento de iniciar conversaciones de paz. Según Gonzalo Bulnes, el presidente Pinto era renuente a continuar las operaciones hacia Lima. En su opinión, el país estaba fatigado con año y medio de zozobras y —lo que era peor— había perdido a Rafael Sotomayor, en quien el gobierno había depositado toda su confianza. El argumento presidencial más utilizado era que ocupar Lima no significaba la paz, por cuanto el presidente Piérola podía retirarse al interior, tal como antes lo habían hecho La Serna frente a San Martín, o Santa Cruz frente a Bulnes, dejando al ejército burlado en la capital.

Con todo, ambos bandos aprovecharon los meses de invierno del año 1880 para recuperar fuerzas, completar las unidades y explorar algunas iniciativas de mediación surgidas por presiones de Estados Unidos y de las potencias europeas que tenían intereses en juego. El fracaso de estas iniciativas influyó para que el gobierno chileno llegara a la convicción que solo quedaba

un camino para terminar la guerra y alcanzar la paz: marchar sobre la capital adversaria y, una vez destruidas las fuerzas militares peruanas, obligar a su gobierno a finalizar el conflicto.

Al término de la campaña de Tacna y Arica el ejército expedicionario contaba con 16 500 hombres, por lo que —con miras a la continuación de las operaciones— el general Baquedano pidió reiteradamente que se le completaran sus cuadros con 5600 efectivos adicionales. La movilización se convirtió entonces en un asunto vital y a partir del mes de junio se intensificó este proceso con el despacho de los reemplazos necesarios para cubrir las bajas.

De esta manera, a comienzos de septiembre el Ejército de Operaciones del Norte había sido incrementado hasta alcanzar los 35 177 hombres, distribuidos de la siguiente forma: Ejército en Campaña, 27 042 hombres; División de Reserva en Tacna, 6598 hombres; fuerzas de reserva en Iquique, 828 hombres; fuerzas de reserva en Antofagasta, 709 hombres. A estas fuerzas se debían agregar las que componían el Ejército del



Batallón cívico movilizado Colchagua en formación junto a su banda sobre el puente de Lurín

Centro, con 2400 hombres y las del Ejército de la Frontera, con 4404 hombres, lo que daba un total de 41 981 efectivos.

¡Nunca antes el Ejército de Chile había alcanzado tal magnitud! Según comenta Gonzalo Bulnes: “Lo admirable fue la rapidez con que se levantó este gran ejército en un país de poca población y que podía considerarse extenuado con dos años de guerra [...]. En poco tiempo el país dio todo lo que se le pedía y el Ejército contaba con 20 000 voluntarios más, arrogantes, engreídos, ansiosos de marchar a la línea de fuego, envidiosos de los que habían tomado la delantera”.

Los planes del general en jefe estaban condicionados por problemas de diferente naturaleza. Pese a que las fuerzas chilenas tenían a su favor la libertad de acción, esta estaba limitada por el alargamiento de las líneas de comunicaciones y por la incapacidad de transportar a toda la fuerza y sus bastimentos en una sola operación. Man-

tener abastecido un ejército de más de 25 000 hombres era una tarea colosal. Por ello, la continuación de las operaciones debía ser conjugada con la necesidad de acortar las líneas que unían al ejército con las bases de Arica, Iquique, Antofagasta y Valparaíso. Estas consideraciones impulsaban a elegir un punto de desembarco al sur de Lima, que permitiera la concentración de las fuerzas en condiciones de vida sustentables y que al mismo tiempo fuera defendible por parte de la fracción inicial de desembarco, ante una eventual reacción del ejército de Lima.

Finalmente, el 6 de noviembre, en un Consejo de Guerra celebrado en Tacna se decidió dividir el ejército en dos fracciones. La primera desembarcaría en la costa de Pisco, adoptando posiciones defensivas en espera que el resto del ejército desembarcara más al norte, en las cercanías de Lurín y, a partir de ahí, avanzar sobre Lima. Así, el 15 de noviembre de 1880 una flotilla de quince

transportes —escortada por cuatro buques de guerra— zarpaba desde Arica transportando la I División. El 19 de noviembre, las primeras unidades desembarcaban en Paracas, sin oposición de las fuerzas peruanas.

Un mes después —con un considerable atraso producto de la demora en la llegada desde el centro del país de parte de los suministros requeridos— zarpaba desde Arica el grueso del Ejército de Operaciones al mando del general Manuel Baquedano. El 27 de diciembre todo el ejército se concentraba en Lurín, a unos 25 kilómetros al sur de Lima. De esta manera, se completaba con éxito la concentración de las fuerzas, primera fase de la campaña.

Cuando no hubo duda de que las fuerzas chilenas invadirían el núcleo vital del Perú, Piérola comenzó a preparar la defensa de la capital con dos líneas defensivas sucesivas separadas entre sí por unos diez kilómetros. La primera línea —la de Chorrillos—, estaba ocupada por el ejército de Línea peruano conformado por soldados veteranos que habían tomado parte en las campañas

del sur y se extendía desde el Morro Solar —en la costa— hasta el cerro de Monterrico, unos dieciséis kilómetros hacia el este. La segunda línea —la de Miraflores— estaba defendida por el Ejército de Reserva, compuesto por todos los ciudadanos en condiciones de portar armas residentes en la capital, los que ocupaban posiciones entre el fuerte Ugarte —a orillas del mar— y se extendía hacia el este. En total se desplegaban poco más de 29 000 hombres.

Las posiciones consistían en zanjas cavadas en el suelo arenoso y reforzadas por parapetos; cada cierto trecho se emplazaban baterías de artillería y en las direcciones de aproximación se sembraron minas. La idea de Piérola era que las fuerzas chilenas, al tener que atacar sucesivamente las dos líneas, fueran suficientemente desgastadas por efecto de los fuegos de la defensa y la acción de los artefactos explosivos, de manera tal de generar las condiciones para, una vez detenido el ímpetu del ataque, emplear las fuerzas de la reserva para lograr la decisión.

Por su parte, el plan del general Baquedano consideraba un ataque frontal con un esfuerzo principal entre Santa Teresa y el Morro Solar, aprovechando la escasa profundidad del extenso dispositivo peruano y el que en ese sector se podría contar con apoyo de fuego naval para apoyar el rompimiento.

A las cinco de la tarde del 12 de enero las primeras unidades comenzaron a cruzar el puente de hierro sobre el río Lurín. Pasaron rindiendo honores al general en jefe que controlaba el inicio de la marcha. Detrás de cada división se encolumnaba el respectivo parque de cien mulas con la munición de repuesto, las ambulancias, los capellanes y los chinos voluntarios que officiarían de camille-

El 12 de enero de 1881, el general en jefe reunió a los jefes principales, les hizo sincronizar sus relojes y expidió su orden de ataque:

“Esta tarde, a las 6 P.M. marchará todo el ejército para caer sobre el enemigo antes de aclarar. La I división atacará el ala derecha del enemigo, la II división el centro, por San Juan, y la III división el ala izquierda. Yo espero que todos cumplirán con su deber. Somos chilenos, y el amor a Chile nos señala el camino a la victoria. ¡Adiós compañeros! Hasta mañana, después de la batalla”.

Gonzalo Bulnes Pinto, “Guerra del Pacífico. Tomo II”. Santiago, 1914.



Desfile del Ejército chileno en el campamento de Lurín. Se observa al Regimiento Atacama, de la División Lynch, avanzando hacia el campo de batalla. Colección Biblioteca Nacional de Chile

FRAGMENTO DE CARTA

Carta de Luis Cruz Martínez dirigida a su madre desde Lima en enero de 1882.

En ella recuerda lo que fue la víspera de la batalla de Chorrillos

"[...] a las 5 de la tarde se da la orden de marcha a todo el ejército ¡que espectáculo tan solemne era aquél!, ver a 23.500 hombres con el fucíl [sic] al brazo, el cinturón i la canana a la cintura, el rollo a la espalda, la caramayola i el morral a los costados, marchar airosos i resueltos, como quién va a un festín al combate; esos hombres no pensaban si verían el día de mañana. ¡Cuántos de ellos no quedaron tendidos en el campo de batalla!. En mi vida había visto espectáculo tan solemne, aquello era un laberinto [sic], al principio, los cuerpos salían de sus campamentos a tomar su colocación en sus respectivas brigadas i divisiones, i luego después la marcha; Yo estaba situado en el puente de Lurín, el famoso Puente 'Buín', del tiempo de Bulnes, por el cual desfiló casi todo el ejército, era aquello solemne, grandioso, a cada grito de ¡Viva Chile!, se me erizaban los cabellos i me latía con fuerza el corazón, era aquello conmovedor".

Luis Cruz Martínez. Carta depositada en la biblioteca de la Universidad de Concepción, Sala Chile

ros y desactivadores de minas eléctricas.

La marcha de las unidades —a la luz de la luna— fue tranquila y pausada para no cansar a los soldados. Conforme al plan, a partir de las doce de la noche las diferentes unidades reposaron sobre las armas, a unos 5000 metros del dispositivo de defensa peruano. A las cinco de la mañana del 13 de enero de 1881 las unidades habían alcanzado sus posiciones para iniciar el ataque. Una espesa camanchaca dificultaba la visibilidad y la temperatura había descendido. La

impaciencia dominaba los espíritus. La tensión, el miedo y el nerviosismo aceleraban las pulsaciones y dejaban sentir sus efectos en los estómagos de los combatientes veteranos y reclutas. La acción estaba por comenzar.

La batalla se produjo en dos fases. En la primera, las fuerzas chilenas de la I División, al mando del capitán de navío Patricio Lynch, concentraron su ofensiva en las posiciones peruanas de San Juan y Villa Santa Teresa. Más tarde, la II División, al mando del coronel Emilio Sotomayor,



*Sargento Daniel Rebolledo.
Colección Biblioteca Nacional de Chile*

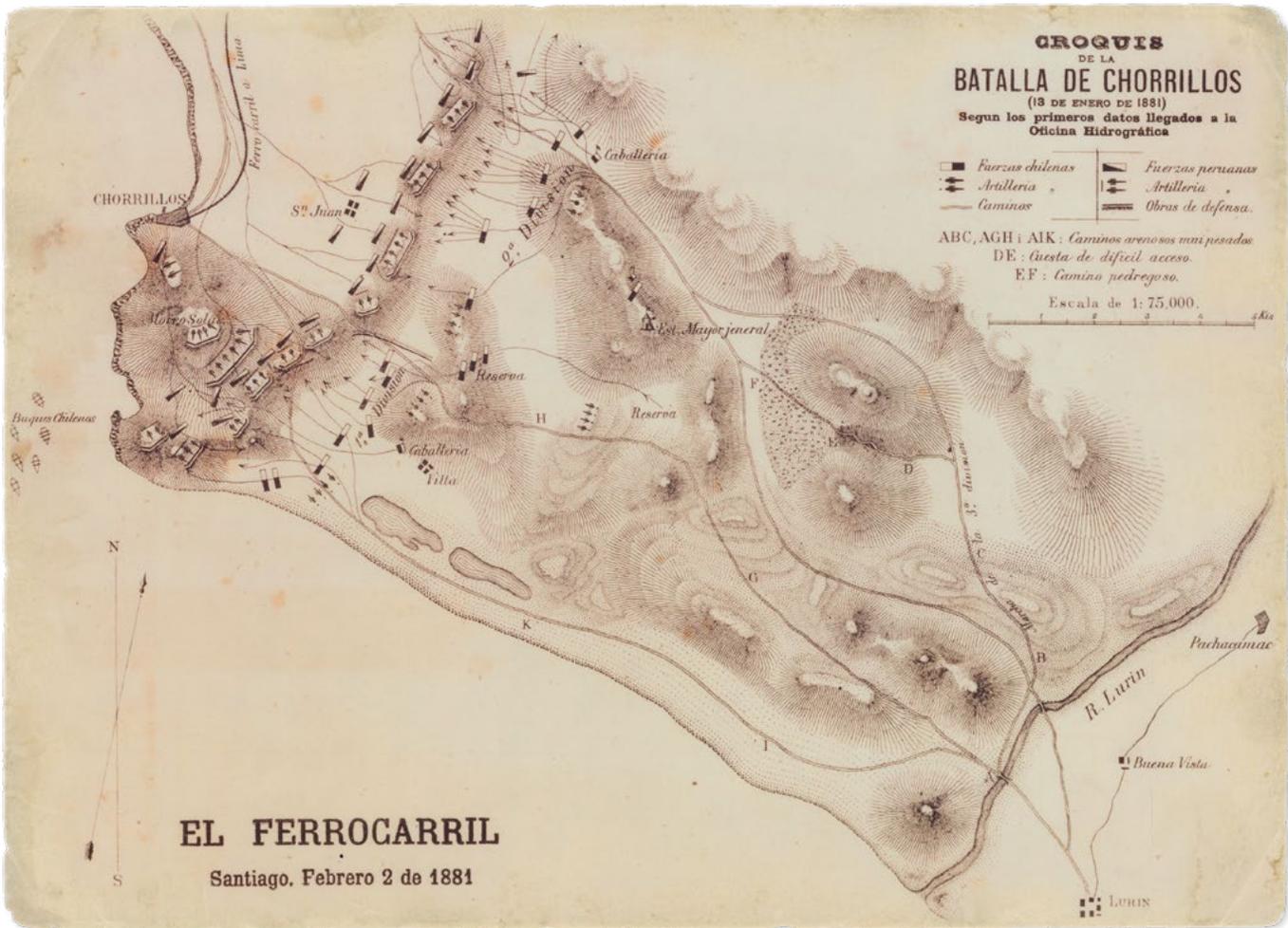
logró abrir una brecha en el dispositivo defensivo entre los portezuelos de San Juan y Otocongo. En ese momento la bandera chilena, izada en el morro de San Juan por el sargento 2° del Regimiento Buin Daniel Rebolledo, señalaba el camino a la victoria. Quedaba aún por someter a las fuerzas que resistían en el Morro Solar y Chorrillos. En la segunda fase, la I División, que había sido detenida en el Morro Solar, fue reforzada con la reserva y a mediodía rompió las defensas peruanas. Simultáneamente, Baquedano ordenó el empleo de la caballería hacia la profundidad del dispositivo peruano en el frente de la II División. Por su parte, la III División, del coronel Pedro Lagos, asaltó el extremo izquierdo de las posiciones peruanas. Finalmente, a las dos de la tarde, la localidad de Chorrillos cayó en poder de las tropas chilenas y, una hora después, la primera línea defensiva peruana se derrumbó completamente. Según Gonzalo Bulnes, las bajas del Ejército chileno fueron 699 muertos y 2522 heridos, la mayor parte de ellas de la División Lynch, que había llevado adelante la parte más dura del ata-

que. Respecto a las bajas peruanas no existen números exactos; sin embargo, se estima que su valerosa defensa habría significado 6000 bajas, entre muertos, heridos y dispersos. Así, aunque la segunda línea de defensa peruana permanecía intacta, el Ejército de Línea del Perú había sido aniquilado.

La noche del 13 de enero el Ejército chileno reposó en las posiciones que había conquistado. A la mañana siguiente, a fin de evitar más derramamiento de sangre, el ministro de Guerra en Campaña, José Francisco Vergara, intentó algunas negociaciones con las autoridades peruanas a través de la intermediación de representantes del cuerpo diplomático acreditado, en lo que se denominó el armisticio de Miraflores.

Como se ha dicho, la segunda línea de posiciones peruanas se ubicaba en las cercanías de la localidad de Miraflores, distante unos 6,5 kilómetros de Lima, en una línea defensiva que se extendía entre el fuerte Ugarte, a orillas del mar, hasta la Calera de la Merced. Esta línea estaba guarnecida por unidades del Ejército de Reserva peruano, formado a base de los ciudadanos de Lima agrupados en batallones conforme a la actividad laboral de sus integrantes, y por los soldados y unidades del Ejército de Línea que habían logrado retirarse de San Juan y Chorrillos.

En la mañana del 14 de enero el general Baquedano realizó un reconocimiento sobre el probable campo de batalla, a consecuencias del cual adoptó un plan de ataque muy simple que otra vez consideraba un ataque frontal —amarrando el centro de la posición enemiga con fuerzas de la I División—. Para lograr el rompimiento por la costa aplicaba el centro de gravedad de la manio-



Croquis de la batalla de Chorrillos, publicada en el diario El Ferrocarril en 1881.
Colección Biblioteca Nacional de Chile

bra con la III División —que era la que estaba más completa después de Chorrillos— más la reserva. Reforzarían ese ataque los fuegos de la Escuadra.

Temprano, el 15 de enero, la III División avanzó a tomar su posición para iniciar el ataque. A las dos de la tarde ya se encontraba en su zona de apresto. Por su parte, la I División había iniciado su desplazamiento desde Chorrillos con la intención de desplegarse a la derecha de la III División. Paralelamente, las posiciones peruanas continuaban siendo reforzadas con unidades provenientes del Callao y de Lima.

Durante el transcurso de la mañana, el general Baquedano, acompañado de su jefe de Estado Mayor, había iniciado un nuevo reconocimiento a las posiciones adversarias adelantándose confia-

damente hacia el frente con solo un par de ayudantes y sin ningún tipo de escolta. Súbitamente, desde las líneas peruanas se hizo una cerrada descarga contra Baquedano y sus acompañantes, el que —junto con retroceder— dispuso apresurar la marcha de la I División. El fuego de inmediato se generalizó por toda la línea de fusileros y reductos artillados del dispositivo peruano. Los soldados chilenos corrieron a tomar sus armas y los distintos cuerpos se alistaron para entrar en combate. Eran las dos de la tarde y la batalla había comenzado antes de lo previsto.

La III División fue atacada en tenazas por fuerzas peruanas que por primera vez salieron de sus posiciones. Su comandante, el coronel Pedro Lagos, que aún no recibía al Regimiento Acon-

Carga de los Granaderos en la batalla de Chorrillos,
de Giovanni Mocchi. Colección Escuela Militar







*"Entrada del Ejército chileno a Lima, 17 de enero de 1881".
En Álbum Gráfico Militar de Chile, de Antonio Bisama Cuevas*

cagua y al Batallón Bulnes, recurrió a la reserva para contener el ataque adversario. Las divisiones Lynch y Sotomayor estaban en movimiento y bastante lejos como para poder apoyarle. Es por ello que el general en jefe dispuso la carga del Regimiento Carabineros de Yungay, lo que detuvo el avance peruano y posibilitó el contraataque. En su parte oficial el general Baquedano informó que "[...] esa resistencia tenaz e inquebrantable de la III División en los momentos más críticos fue la que decidió el éxito de la batalla".

Finalmente, la división de Lynch logró alcanzar su ubicación en el dispositivo de ataque situándose a la derecha de la III División, protegiendo su flanco y sumándose al ataque. A partir de las cuatro de la tarde las posiciones peruanas comenzaron a desmoronarse, presionadas por las fuerzas

chilenas que iniciaban el asalto final y el combate cuerpo a cuerpo en las fortificaciones peruanas.

A las cinco y media de la tarde la victoria chilena era completa. Todo ello con un enorme costo en vidas humanas. Al respecto, Bulnes señala: "El Ejército tuvo un espantoso guarismo de pérdidas; 2124 entre muertos y heridos; más del 25% de los combatientes". Con todo, el Ejército chileno, vencedor de Chorrillos y Miraflores, estaba ahora en condiciones de ocupar con sus fuerzas la capital del Perú.

El 17 de enero de 1881 y al mando del general Cornelio Saavedra, las tropas chilenas entraron en ordenada marcha a la capital peruana, accediendo a la expresa solicitud de su alcalde a objeto de poner control a los desórdenes y saqueos a la propiedad privada. Aparentemente, la



*Recibimiento público en Santiago a los vencedores de la Guerra del Pacífico. Marzo de 1881.
Colección Museo Histórico Nacional*

paz estaba cerca.

Sin embargo, aquello solo sería un anhelo insatisfecho, porque el quebrantamiento de la voluntad de lucha del adversario no se había conseguido, como equivocadamente lo habían supuesto las autoridades chilenas. La falta de persecución de las fuerzas peruanas que se retiraron desde Chorrillos y Miraflores demoraría la paz, ya que una porción de ellas se reorganizarían y continuarían combatiendo tenaz y valerosamente. Mientras no se destruyera totalmente la capacidad de lucha del Perú, la guerra continuaría en el macizo andino de manera más desgastadora, menos épica e incluso más primitiva. Pese a las advertencias del general en jefe —en un craso error político y estratégico— el gobierno chileno tomó la decisión de reducir el Ejército de Opera-

ciones, disponiendo el regreso al país de su mayor parte, lo que prolongó la guerra por espacio de tres años.

A principios de marzo de 1881 el general Baquedano regresó a Chile a la cabeza del Ejército. Inicialmente, lo sucedió como general en jefe del Ejército del Norte el general Pedro Lagos y, posteriormente, el capitán de navío Patricio Lynch. Así, rápidamente se licenciaron los batallones Navales, Melipilla, Chacabuco y Quillota y los regimientos Atacama, Coquimbo, Valparaíso y Colchagua. Sin embargo, poco tiempo después y en agosto de ese año, al comenzar la resistencia en la sierra peruana, se decretaría la organización de un nuevo batallón de línea reclutado en San Bernardo. Las autoridades chilenas trataban de corregir el error de la apresurada desmovilización.

IGNACIO CARRERA PINTO

Ignacio Carrera Pinto



Nació en Santiago el 5 de febrero de 1848, siendo hijo de José Miguel Carrera Fontecilla y de Emilia Pinto Benavente. Por línea paterna fue nieto del prócer de nuestra independencia José Miguel Carrera Verdugo, mientras que su padre fue agricultor y un destacado revolucionario liberal que tomó parte en las conmociones internas de la década de 1850. Por la línea materna fue sobrino nieto de Francisco Antonio Pinto —destacado militar chileno del siglo XIX que llegó a ser Presidente de la República— y sobrino de Aníbal Pinto Garmendía, Presidente de la República entre los años 1876 y 1881.

Teniendo 12 años abandonó sus estudios debido al fallecimiento de su padre y se dedicó a la conducción de ganado, estableciéndose en Mendoza por diez años. Regresó a Chile en 1871 y se empleó en la Intendencia de Santiago; paralelamente se dedicó también a las actividades agrarias.

En tal situación lo sorprendió el estallido de la Guerra del Pacífico. Se enroló como sargento en el Regimiento Cívico Movilizado de Infantería N° 7 Esmeralda, dentro del cual recibió instrucción militar en San Felipe y desde allí partió al escenario de guerra.

Resultó herido en la batalla de Tacna, el 26 de mayo de 1880. Fue ascendido a subteniente y pasó a servir al Regimiento 6° de Línea Chacabuco. Como teniente en esta unidad participó en las batallas de Chorrillos y Miraflores (13 y 15 de enero de 1881), resultando nuevamente herido en esta última acción de guerra. Dice Benjamín Vicuña Mackenna acerca de su comportamiento en estos hechos de armas:

“Combatiendo en el Alto de la Alianza a la vista de Tacna, una bala le había advertido temprano de su luctuosa empresa, y acompañando a su jefe en los ásperos faldeos del Morro Solar en el día de Chorrillos, había arrancado por su serenidad y su arrojo una mención especial de aquél en un parte oficial de la sangrienta jornada”.

Obtuvo licencia y volvió a Chile para estar un tiempo con su familia. Regresó al Perú y fue nombrado comandante de la Cuarta Compañía del Regimiento Chacabu-

co, el cual marchó hacia la sierra peruana en enero de 1882. Luego de la derrota del coronel peruano Andrés Avelino Cáceres en el combate de Pucará, el coronel Estanislao del Canto, jefe de las fuerzas chilenas expedicionarias, escalonó sus unidades en las poblaciones ubicadas a lo largo del río Mantaro, en el departamento de Junín. La Cuarta Compañía del Chacabuco quedó a cargo del poblado de La Concepción.

Esta guarnición constaba de 77 hombres, desde Ignacio Carrera Pinto, pasando por sus tres oficiales —los subtenientes Arturo Pérez Canto, Julio Montt Salamanca y Luis Cruz Martínez—, siete clases y 66 soldados, sin contar a tres mujeres que acompañaban a esta tropa, una de las cuales se hallaba encinta. Dice al respecto Gonzalo Bulnes:

“Esta compañía guarnecía ese punto desde el 6 de julio. Había relevado a otra de su mismo cuerpo. La mandaba el teniente Ignacio Carrera Pinto, quien acababa de ser ascendido a capitán, lo cual el glorioso joven no alcanzó a saber por no haber recibido el decreto correspondiente. Era nieto de don José Miguel Carrera y deudo inmediato del Presidente Pinto. Frisaba a la fecha en los 31 a 32 años. Se había distinguido en las acciones de guerra que precedieron a la toma de Lima, y su nombre se encuentra recomendado en los partes oficiales”.

En la mañana del domingo 9 de julio de 1882, aparecieron en las colinas que rodeaban este pueblo las tropas comandadas por el coronel peruano Juan Gastó, acompañadas de una numerosa guerrilla indígena. Carrera Pinto ordenó a sus hombres que se apostaran en las bocacalles de la plaza del pueblo, desde donde opusieron tenaz resistencia. En un momento, el coronel peruano intimó rendición a Carrera Pinto, pero este le contestó en el dorso del mensaje que se le había enviado:

“En la capital de Chile y en uno de sus principales paseos públicos existe inmortalizada en bronce la estatua del prócer de nuestra Independencia, el General José Miguel Carrera, cuya misma sangre corre por

mis venas, por cuya razón comprenderá usted que ni como chileno ni como descendiente de aquél, deben intimidarme ni el número de sus tropas ni las amenazas de rigor”.

Estando rodeados, dispuso a continuación el repliegue al edificio que servía de cuartel, donde el destacamento chileno continuó resistiendo. Sin embargo, ya eran muy numerosas las bajas entre los efectivos nacionales.

Hacia la tarde de ese día, Carrera Pinto dirigió a sus hombres en varias salidas desde el cuartel y en una de ellas recibió una herida en el brazo derecho. Y, en otro asalto posterior, recibió una bala en el pecho que le causó la muerte.

Sus hombres continuaron combatiendo hasta fallecer todos. Lo mismo ocurrió con las tres mujeres y el niño que había nacido esa noche de aquella que estaba embarazada.

Al día siguiente arribaron a La Concepción el coronel Del Canto y sus tropas, donde pudieron contemplar el dantesco espectáculo de los edificios quemados y los cuerpos de los chilenos esparcidos por el suelo y, además, mutilados. Fueron inhumados en el interior de la iglesia del pueblo, la que fue incendiada para que sus escombros los protegieran de mayores ultrajes.

Los corazones de Carrera Pinto y de los tres subtenientes fueron extraídos de sus cuerpos y trasladados con honores a Santiago. El 9 de julio de 1911, en medio de un solemne acto, fueron llevados en una urna desde el Museo Militar a la Catedral de la capital.

La jornada del combate de La Concepción ha llegado a ser un emblema de la historia militar de Chile y de su Ejército. En ella nuestros soldados resistieron hasta entregar su vida, dando pleno cumplimiento a la Ordenanza General del Ejército que estaba vigente durante los años en los que transcurrió la Guerra del Pacífico. Es por eso que cada año, en los días en que se conmemora esta gloriosa gesta militar, los hombres de armas de nuestro país realizan el Juramento a la Bandera, en el cual confirman su voluntad de defender ese pabellón hasta dar la vida si fuese necesario.

LA GUERRA DEL PACÍFICO

La Campaña de la Sierra

El Ejército del Norte, reducido en 8000 hombres, solo pudo realizar una ocupación efectiva sobre la franja del litoral central del Perú, dejando en poder de los líderes peruanos —Piérola, Cáceres, Montero e Iglesias— la región de la Sierra y de Arequipa. En un nuevo error político, el ministro de Guerra en Campaña se había negado a reconocer a Piérola como gobernante, quedando en consecuencia sin tener con quien negociar, por tener el Perú dos gobiernos con sus respectivos congresos no dispuestos a aceptar una paz que incluyera la segregación del territorio de Tarapacá.

Por lo anterior, la Campaña de Lima —exitosa desde el punto de vista militar y de gran efecto moral en Chile— no había servido de nada desde el punto de vista del logro del objetivo político de la guerra, que era precisamente obtener la cesión de la provincia de Tarapacá para Chile, como forma de resarcir los gastos incurridos en una guerra no buscada.

Durante los dos años y medio que duró la llamada campaña de la Sierra —o de la “Breña”, como se la denomina en el Perú— hubo muchos

intentos frustrados de negociaciones, con una abierta intervención de los Estados Unidos, que incluso hizo peligrar los logros alcanzados en el campo de batalla.

Entre abril de 1881 y octubre de 1883 —fecha en que se firma el tratado de paz con el Perú— las fuerzas chilenas realizaron tres campañas a la Sierra y una a Arequipa para acabar con las últimas fuerzas que aún resistían en el sur de ese país.



*Mariscal Andrés Cáceres Dorregaray.
Fotografía de Eugenio Courret*



Tropas chilenas marchando a través de la sierra peruana. Acuarela de Julio Berríos Salazar, 1982

En abril de 1881, las actividades de las montoneras en la zona de Chosica —inmediatamente al este de Lima— se hacían sentir con bastante intensidad, por lo que el general Lagos ordenó al comandante Ambrosio Letelier desarticularlas. Las fuerzas asignadas a Letelier, que alcanzaban a los 1400 hombres, iniciaron así la primera campaña a la sierra. Salieron de Lima el día 15 de abril en ferrocarril hasta Chicla, desde donde continuaron a pie hacia el norte en dirección a Cerro de Pasco, rica localidad minera. Letelier impuso arbitrarias contribuciones tanto a los propietarios como a los indígenas, con lo que depredó todo el sector y provocó un gran malestar que llegó a conocimiento del nuevo general en jefe, el almirante Patricio Lynch, quien le ordenó regresar a Lima.

Con la retirada de las tropas chilenas hacia Lima, el coronel Andrés Avelino Cáceres quedó

con la suficiente libertad de acción como para continuar reorganizando a sus fuerzas regulares, mientras realizaba hostigamientos con sus montoneras. Durante el resto del año 1881 no hubo más acciones de parte del ejército de ocupación, que a la fecha desplegaba poco menos de 15 000 hombres en la amplia zona del litoral —entre El Callao, Lima, Huacho y Trujillo—, en una extensión de más de 500 kilómetros.

A fines de ese año de 1881, los núcleos principales del coronel Andrés Cáceres se ubicaban en Canta, Matucana y Chancay, conformando un verdadero cerco sobre Lima. En enero de 1882, el gobierno del nuevo presidente chileno Domingo Santa María ordenó al almirante Lynch desbaratar esas fuerzas, lo que originó que, entre enero y julio de 1882, se realizara la segunda expedición a la Sierra con la misión de cercar y destruir las fuer-

zas de Cáceres. Una columna al mando del coronel José Francisco Gana Castro debía internarse por el cajón de Chosica, Matucana y Chicla, para amarrar a las fuerzas enemigas; mientras el propio Lynch, al mando de la otra columna, se internaría por el cajón del río Chillón —más al norte— para envolverlo y cortarle la retirada. Cáceres logró escabullirse hacia el este, hasta Tarma, evitando ser cercado por las fuerzas chilenas. Durante todo el mes de febrero continuó evadiendo a su adversario y finalmente se refugió en Huamanga.

Durante la ocupación de Jauja, las fuerzas chilenas al mando del coronel Estanislao del Canto fueron permanentemente acosadas por las montoneras peruanas, las que actuando con extrema violencia interrumpían la continuidad de las líneas de abastecimiento y de comunicaciones. Todo ello fue agravado por los efectos de una epidemia de viruela que hizo estragos entre las fuerzas chilenas, lo que redujo significativamente su capacidad de combate. Finalmente, el coronel Del Canto recibió la autorización de Lynch para replegarse a Lima, en busca de mejores condiciones sanitarias.

En esas circunstancias las fuerzas peruanas pasaron a la ofensiva, atacando simultáneamente la vanguardia y la retaguardia de la columna de marcha chilena. Durante estas acciones se libró el combate de La Concepción —los días 9 y 10 de julio de 1882— al ser atacada una compañía del Regimiento 6° de Línea que, con setenta y siete soldados al mando del capitán Ignacio Carrera Pinto, cubría esa localidad.

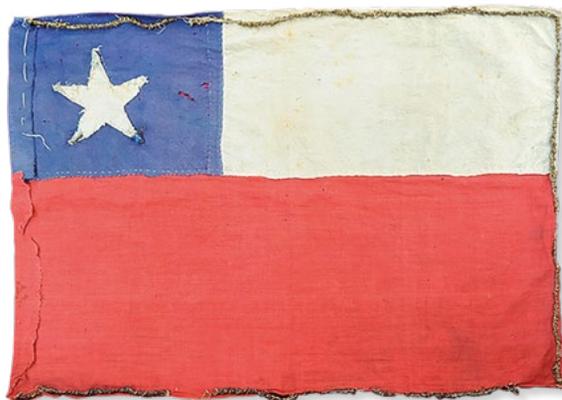
Todos los integrantes de la unidad chilena resultaron muertos. Los sucesivos mandos sobrevivientes

se negaron a aceptar las ofertas de rendición que se les efectuaron, a pesar de estar en una enorme desproporción de fuerzas, ya que la columna peruana estaba reforzada por más de 1500 indígenas componentes de distintas montoneras locales. La acción duró desde las dos y media de la tarde del día 9, hasta las diez y media de la mañana siguiente. Este combate, acaecido en un desconocido y remoto pueblo de la sierra peruana, pasaría a la historia militar chilena como la máxima expresión del sentido del cumplimiento del deber y del amor a la patria.

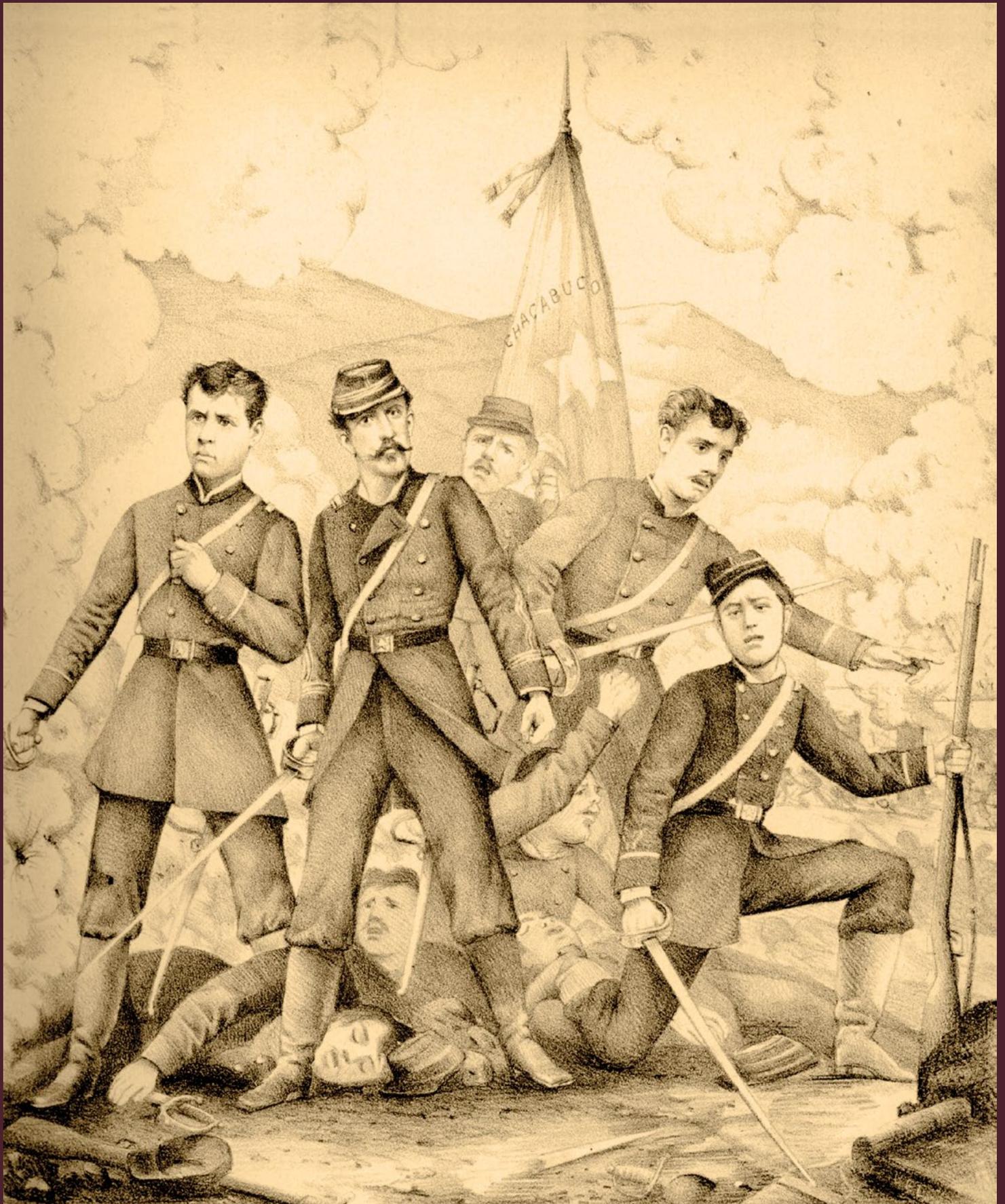
Finalmente, la división al mando del coronel Del Canto pudo reunirse en Tarma, después de ejercer actos de represalia en los lugares por los que se desplazó. A fines de julio, las tropas desgastadas y extenuadas arribaban a Lima. El parte oficial del coronel Del Canto informó de 154 muertos en combate, 277 muertos por enfermedades y 103 desertores y desaparecidos, arrojando un total de 534 bajas; vale decir, el equivalente al 20% de la división, sin contar los cientos de enfermos y heridos que fueron evacuados durante la retirada. El general Cáceres quedaba como dueño de la sierra central, instalándose en Tarma.

Durante el resto del año 1882 solo se realizaron acciones menores en la zona ubicada al este de Lima, fundamentalmente para mantener abierta y bajo control la línea del ferrocarril que iba en dirección a La Oroya, vigilando los movimientos de Cáceres en previsión de nuevas operaciones.

Los meses transcurrían y los intentos chilenos por imponer la paz resultaban estériles. Las tratativas dirigidas por el ministro pleni-



Bandera que flameó en La Concepción. Actualmente se encuentra en el Museo de la Escuela Militar



Los héroes de La Concepción: Arturo Pérez Canto, Ignacio Carrera Pinto, Julio Montt Salamanca y Luis Cruz Martínez, en "Álbum de la Gloria de Chile", de Benjamín Vicuña Mackenna. Ilustración de Luis Fernando Rojas. Colección Biblioteca Nacional de Chile



Ignacio Carrera Pinto, por Julio Berríos

AL CORONEL JUAN GASTÓ:

*“En la capital de Chile y en uno de sus principales paseos públicos, existe inmortalizada en bronce la estatua del prócer de nuestra independencia, el general José Miguel Carrera, cuya misma sangre corre por mis venas. Por esa razón comprenderá usted que ni como chileno ni como descendiente de aquél, deben intimidarme ni el número de sus tropas ni las amenazas de rigor.
Dios guarde a Usted,*

Ignacio Carrera Pinto

Respuesta del capitán Ignacio Carrera Pinto a la proposición de rendición del coronel Juan Gastó. La Concepción, 9 de julio de 1882

potenciario Jovino Novoa y por el almirante Patrio Lynch no habían alcanzado ningún resultado, y los meses de ocupación se estaban transformando en años. En un intento por doblegar la resistencia política a aceptar la cesión de Tarapacá, las autoridades chilenas fueron incrementando las medidas de presión sobre la sociedad peruana, imponiendo contribuciones cada vez más onerosas para mantener al ejército de ocupación y solventar los gastos de administración. Sumas de dinero que no solo salían de los impuestos aduaneros, sino también del patrimonio de los más pudientes.

Fue en esas circunstancias que el general Miguel Iglesias llegó al convencimiento de que la única forma de recuperar al Perú era terminando con la ocupación y para ello debían aceptarse las condiciones chilenas. Iglesias fue proclamado Presidente Regenerador, como solución para poner fin a la guerra que estaba desangrando a su país y que, a la vez, se estaba haciendo cada vez más insostenible para Chile. Pero antes, para alcanzar dicho objetivo, era necesario destruir el poder que habían alcanzado el general Cáceres en la sierra central y el almirante Montero en la zona de Arequipa.

Para este fin, entre abril y julio de 1883 se realizó una tercera expedición a la Sierra. Se dispuso que una división integrada por unos 6500 hombres rodeara a las fuerzas de Cáceres en las zonas de Chosica, Tarma y Canta. En este contexto, el 10 de julio de 1883 se libró la batalla de Huamachuco donde las fuerzas chilenas al mando del coronel Alejandro Gorostiaga se enfrentaron al grueso de las fuerzas del general Andrés Cáceres. Después de seis horas de combate, el resultado favoreció a

las armas nacionales. Durante la implacable persecución que se realizó de los restos de las fuerzas adversarias se completó la destrucción del ejército peruano del centro.

El aniquilamiento de las fuerzas de Cáceres —que durante dos años habían desafiado exitosamente el poderío del ejército de ocupación— traería consigo el quebrantamiento definitivo de la voluntad de lucha de los políticos peruanos. Pero el logro de este esquivo objetivo tuvo un alto precio, al extremo que las bajas sufridas durante estas campañas fueron mayores a las ocasionadas en todos los enfrentamientos producidos desde Callama y hasta Miraflores. En Chile, las expediciones de la campaña de la Sierra no habían despertado el entusiasmo que había animado el sentimiento nacional hasta la toma de Lima. Esta había sido la dura —y a la vez, ignorada— campaña de los batallones olvidados.

Con todo, sentadas las bases preliminares para un tratado de paz, todavía era necesario reducir a las fuerzas del sur que estaban intactas en Arequipa, por lo que luego de la derrota del general Cáceres en Huamachuco se encargó al coronel José Velásquez iniciar las operaciones necesarias para reducir al almirante Montero, quien desde Arequipa mantenía el último núcleo de la resistencia al frente de unos 4000 soldados de línea, además de algunos batallones de milicias. Para ello se dispuso que dos divisiones marcharan desde Tacna y desde Lima para reunirse en Moquegua y avanzar juntas hacia Arequipa.

Las tropas peruanas ocuparon posiciones en la cuesta de Huasacachi, infranqueable posición complementada con otra ubicada más hacia el

norte. Para el asalto, ocurrido el 23 de octubre de 1883, el coronel Velásquez atacó con un esfuerzo principal por la cuesta y con una fuerza sobre el flanco derecho del dispositivo defensivo. El efecto de esa maniobra y la rapidez de su ejecución originaron la retirada de las fuerzas peruanas de ambas líneas de defensa. En la noche subsiguiente, Montero abandonó Arequipa y se dirigió hacia La Paz a través del lago Titicaca.

Mientras aún se desarrollaban las operaciones en el sur, el general Iglesias había firmado el Tratado de Ancón el 20 de octubre de 1883, por el cual se dio término al estado de guerra entre Chile y el Perú. En el sur, el coronel Velásquez ingresaba con sus fuerzas en Arequipa el 29 de octubre y el 5 de noviembre el coronel Diego Dublé Almeyda tomaba Puno —en la frontera con Bolivia— sin encontrar resistencia.

Después de arduas negociaciones, el 4 de abril de 1884 se firmó el Pacto de Tregua entre Chile y Bolivia, que aseguraba al primero la posesión del litoral desde el paralelo 23° y hasta la desembocadura del río Loa en el Pacífico. Solo en 1904 ese pacto sería sustituido por un tratado de paz definitivo. Las tropas chilenas abandonaron el territorio peruano a partir de junio de 1884, una vez que el general Cáceres ratificó por escrito el Tratado de Paz de Ancón, suscrito el año anterior. Los últimos cuerpos cívicos fueron desmovilizados mientras una parte del Ejército de línea quedaba cubriendo las guarniciones de Tacna, Arica e Iquique. Tras cinco años y medio de campaña, la guerra llegaba a su fin con el triunfo absoluto de las armas chilenas.

MÁS ALLÁ DE LOS LAURELES Y DE LA GLORIA

Durante el siglo XIX el Ejército de Chile se convirtió en una de las instituciones más relevantes y protagónicas al servicio de los intereses nacionales. En dos oportunidades —durante la guerra contra la Confederación Perú-boliviana y, años más tarde, durante la Guerra del Pacífico— la República recurrió a él para preservar su seguridad amenazada o para defender sus intereses vulnerados.

En ambas ocasiones ello implicó proyectar y sostener una fuerza militar a más de 3000 kilómetros del centro del país, la que debió operar en condiciones extremas y contra un enemigo desplegado en su propio territorio. En ambas guerras el Ejército chileno resultó vencedor y permitió alcanzar los objetivos que se le habían fijado. Durante el siglo XIX el Ejército efectivamente defendió a la patria más allá de las fronteras y se constituyó en la columna en torno a la cual se amalgamaron y entornaron los más profundos valores de la identidad nacional.

Como consecuencia de la guerra contra la Confederación Perú-boliviana, Chile incrementó su prestigio internacional y logró la hegemonía en el Pacífico sur, alcanzando un fuerte desarrollo de su comercio exterior. Había sido esta la primera ocasión en que la joven República —con el fin de influir en su entorno vecinal— asumía la iniciativa y, recurriendo a su Ejército, modificaba con éxito su entorno político estratégico. En Chile, la guerra en general y la batalla de Yungay en particular, constituyeron la primera gran victoria nacional obtenida por las fuerzas militares chilenas en tierras extranjeras. De ahí emana su relevancia para la configuración del imaginario nacional y para la relación del pueblo con el Ejército. La guerra contra la Confederación contribuyó a darle forma al alma de la nación chilena, proporcionándole la consciencia y fuerza necesarias para desarrollar el sentimiento de identidad nacional, el que hasta antes de este enfrentamiento era débil y difuso. Era el pueblo el que había participado decididamente en la obtención del triunfo que —en forma

muy importante— había sido cosa suya, tal como antes, la obtención de la independencia había sido patrimonio de la clase dirigente.

Este sentimiento fue nítidamente reconocido en la letra del Himno de Yungay, al señalar en su coro: “Cantemos la gloria del triunfo marcial, que el pueblo chileno obtuvo en Yungay”. Por primera vez el pueblo y los soldados se fundían en la gloria y al amparo del Ejército surgían los primeros héroes nacionales: el capitán Juan Colipí, la sargento Candelaria Pérez y la figura del “roto chileno”, en la que se simbolizó a todos los que habían luchado por Chile. Por primera vez, también, el Ejército era percibido como el ejército de los chilenos.

Al iniciarse la Guerra del Pacífico, el Ejército contaba solo con poco más de 2500 soldados disciplinados e instruidos que constituían el reducido Ejército de Línea. Adicionalmente, poco más de 6000 hombres integraban la Guardia Nacional, los que carecían de experiencia, instrucción, disciplina y estaban mal armados y equipados. No obstante lo anterior, es meritorio consignar que ambas fuerzas se complementaron y contribuyeron al esfuerzo bélico; el Ejército de Línea entregó la disciplina e instrucción, aportando los cuadros de las unidades en formación, mientras que la Guardia Nacional encauzó el patriotismo ciudadano a través de la movilización. A lo largo de los más de cuatro años que duraría la guerra, unos 70 000 chilenos servirían en el Ejército.

De esta manera, si se compara la dotación que a inicios de la guerra tenía el Ejército de Línea con el total de los efectivos movilizados, se hace evidente que la mayor parte de los soldados y de los oficiales que forjaron la victoria en los campos de batalla eran civiles que cambiaron



Veterano de la Guerra del Pacífico, 1910.
Colección Museo Histórico Nacional

azadones, picotas, libros y negocios, por sables, corvos y fusiles. Así, de los 70 000 soldados movilizados, 67 000 habían sido paisanos o guardias nacionales. A este respecto, Gonzalo Bulnes precisa que “...el pequeño Ejército de Línea de 1879 fue la espina dorsal del que improvisaron las necesidades de la campaña. Los soldados veteranos pasaron a ser cabos y sargentos en este, y los oficiales se distribuyeron en los nuevos cuerpos y les inculcaron la disciplina que había sido la gloriosa escuela de ellos”.

En fin, las consecuencias políticas y económicas que se derivaron de los éxitos alcanzados en los campos de batalla en estas dos guerras fueron de trascendental importancia para el devenir de nuestro país. Pero, más allá de ello, ambas guerras mostraron que fue en torno al Ejército donde hombres y mujeres provenientes de todos los estratos sociales, profesiones y oficios, se unieron —entregando miles de ellos sus vidas— en la defensa de Chile.



V

LAS LUCHAS Y
DISPUTAS ENTRE
COMPATRIOTAS

El Regimiento Buin, perteneciente a la División Camus, en Los Loros (Los Andes). Revolución de 1891.

Colección Museo Histórico Nacional

LAS LUCHAS Y DISPUTAS ENTRE COMPATRIOTAS

Para la adecuada comprensión del rol del Ejército en la configuración republicana de nuestro país, conviene recordar que esta ha sido fruto del desarrollo paulatino de un proceso que se inició a comienzos del siglo XIX y que habiendo sido ejemplar, no ha estado exento de tropiezos y dolores. Si bien Chile fue la primera de las naciones desgajadas del Imperio español que logró cristalizar en un “Estado en forma” la gestión de los asuntos que se habían discutido durante su proceso independentista, no por ello fue ajeno a que periódicamente las fuerzas políticas trataran de zanjar sus diferencias recurriendo al uso de la fuerza.

Tempranamente, a inicios del siglo XIX, el país se vio convulsionado por el enfrentamiento de liberales y conservadores, en la Guerra Civil de 1829-1830. Algunos años más tarde, durante el gobierno de Manuel Montt, en 1851 y 1859, se repitió el ya tradicional enfrentamiento. Treinta años después, el choque interno sería aun más fuerte, generando la Guerra Civil de 1891, en la que el Ejército se

dividiría y en la que los soldados que pocos años antes habían combatido juntos en las campañas de la Guerra del Pacífico, se enfrentarían con una virulencia nunca antes vista.

Como si los enfrentamientos políticos del siglo XIX no hubiesen dejado lecciones aprendidas, durante el siguiente siglo —casi con matemática exactitud— los desencuentros volverían a repetirse en ciclos de poco más de treinta años, generando las crisis políticas de comienzos del siglo XX, y finalmente, el quiebre de la democracia de 1973. En todas estas ocasiones el Ejército fue un actor relevante, no solamente por detentar la fuerza del Estado, sino que también —y muy principalmente— por ser parte constitutiva de la sociedad en crisis.

Más allá de las circunstancias coyunturales y particulares de cada uno de estos episodios, podemos señalar que, en términos generales, en todos ellos han confluído factores tales como el que estos hechos se produjeran en contextos de



un alto grado de polarización política, lo que se tradujo en sentimientos de odio dentro de nuestra sociedad. En cada una de estas circunstancias, la concordia política y social se perdió y se llegó a la confrontación interna. Es por ello que podemos concluir que la polarización política ha sido a lo largo de nuestra historia el caldo de cultivo de los quiebres institucionales.

Un segundo factor a destacar es el que durante esas coyunturas —ya sea de parte del gobierno en ejercicio o de la oposición de turno—, se puso en duda la capacidad de la Constitución entonces vigente, para resolver los problemas y diferencias políticas. Ya sea porque algún grupo se salió de las normas que regían la vida política, o porque simplemente se estimó que la Carta Fundamental no servía para ser la base del orden institucional del país.

Finalmente, una tercera consideración que nos ayudará a entender el contexto de estos procesos, es el que en esas ocasiones los diferentes gobiernos o la oposición invitaron o estimularon —de una

forma u otra— a los militares a cogobernar incorporándolos en el gabinete ministerial o a arbitrar las diferencias. Lo hizo el presidente José Manuel Balmaceda al incorporar en el gobierno a los generales José Velásquez y José Francisco Gana. Lo hizo Arturo Alessandri con el inspector general del Ejército, que entonces era el general Luis Altamirano. Y también lo hizo el presidente Salvador Allende cuando incorporó al comandante en jefe del Ejército, general Carlos Prats, y también a otros jefes militares, a conformar sus gabinetes presidenciales.

Así, sin pretender simplificar estos complejos procesos, desde el punto de vista del involucramiento del Ejército podemos decir que estos tres elementos han sido las condiciones “sine qua non” que se han dado y confluído a lo largo de la historia política-republicana de Chile, y que han estado presentes en nuestros quiebres político-institucionales.

LA GUERRA CIVIL DE 1829

Una vez terminadas las campañas de la independencia, comienza una etapa de formación de la institucionalidad nacional y de consolidación de la República. En este contexto se desarrolla un proceso no carente de inestabilidades y crisis, expresión del problema de fondo que era definir el dilema de todo sistema político: alcanzar el punto de equilibrio entre la magnitud de la autoridad del Estado y la libertad de los individuos.

La década de 1820 fue particularmente compleja. Como un efecto lógico de la independencia del país, se dio inicio a un esfuerzo de organización republicana por parte del sector dirigente tendiente a la promulgación de una norma constitucional que resguardara los derechos de los ciudadanos y que limitara los poderes públicos. Pero si ese esfuerzo fue evidente, los resultados fueron ambiguos o aun negativos. En efecto, desde 1818 en adelante hubo, al menos, cinco o seis ensayos constitucionales: las cartas fundamentales del gobierno de O'Higgins, de los años 1818 y 1822; la llamada Constitución Moralista de 1823; las leyes federales de 1826 y la Constitución de 1828. Ninguna de esas propuestas fue exitosa.



Adicionalmente, cabe mencionar que, entre la abdicación de O'Higgins, ocurrida en enero de 1823 y el triunfo conservador de Lircay, en 1830, Chile tuvo varios gobiernos, algunos de los cuales apenas se extendieron por algunas semanas o meses y ninguno fue capaz de asegurar la continuidad institucional que se deseaba.

Importa señalar, como otro elemento decisivo de la vida política de esa década, la continua presencia militar en las actividades políticas del país. Aunque las asonadas más famosas fueron la de Enrique Campino en 1827 y la de Pedro Urriola un año más tarde, lo cierto es que hubo motines causados por las más diversas razones: la ambición de algún caudillo, el resentimiento personal o social, el reclamo por la ausencia de pagos de parte del Estado, o el levantamiento contra alguna autoridad local por razones más o menos explicables. En esos años los soldados no estaban ajenos a las luchas políticas ni la política discurría al margen de la vida militar. Debe recordarse que durante el siglo XIX, especialmente en su primera mitad, fueron numerosos los militares que, sin perder su condición de tales, ocupaban un asiento en el Congreso.

Se podría decir que ahí estuvo, al menos en parte, la base de la Guerra Civil de 1829-1830. Un año antes el país se había dado una nueva Constitución, la que era de carácter liberal y representaba un claro progreso jurídico. Así lo percibieron la prensa y ciertos observadores internacionales, en tanto que los líderes locales también manifestaron su conformidad con la nueva situación. El problema se produjo cuando, de acuerdo con la

Carta Fundamental, se convocó a elecciones. En ellas fue elegido el general Francisco Antonio Pinto como presidente de la República, sin que ello causara agitación alguna. El asunto se encendió con la elección del vicepresidente, pues, como ninguno de los candidatos reunía una mayoría de votos, de acuerdo a lo establecido en la Constitución la elección debía realizarla el Congreso de entre "las mayorías". Esta instancia, de clara tendencia liberal, eligió no a una de las "mayorías inmediatas", sino a quien obtuvo la cuarta votación, el pipiolo Joaquín Vicuña. Aunque efectivamente un artículo de la Constitución consignaba esa fórmula ambigua, la oposición rechazó esa forma de elección y se levantó el Ejército del Sur, liderado por el general Joaquín Prieto y respaldado por la Asamblea Provincial de Concepción.



*General Francisco Antonio Pinto.
Colección Museo Histórico Nacional*



General Joaquín Prieto Vial.
Colección Museo Histórico Nacional

Así se inició la guerra civil que dividió al país y enfrentó a dos ejércitos cuyos miembros, años antes, habían luchado juntos por la independencia nacional. En diciembre de 1829 hubo enfrentamientos entre ambas fuerzas, aunque nada se resolvió. La lucha siguió en los meses siguientes y, en materia política, se formó un nuevo congreso obediente a los sublevados. Paralelamente, en abril de 1830, se estableció un gobierno en Santiago encabezado por José Tomás Ovalle como presidente de la República y cuya figura principal fue el ministro del Interior y de Guerra, Diego Portales. Se acercaba el momento decisivo de la contienda, que tuvo lugar en las orillas del río Lircay, en las cercanías de Talca, el 17 de abril, donde las fuerzas rebeldes (conservadores) obtuvieron una clara victoria sobre las dirigidas por el general Ramón Freire.

Pronto se hicieron sentir las repercusiones de este importante cambio. En materia militar, como suele ocurrir en las divisiones intestinas, los derrotados sufrieron las consecuencias profesionales y personales del resultado de la guerra. Ciento veintiséis oficiales fueron dados de baja —muchos de ellos eran héroes de las guerras de la independencia— y borrados del escalafón, por lo cual no pudieron gozar de la pensión correspondiente. Su única compensación fue la convicción de haber obrado cumpliendo lo que entendían era su deber, así como el respaldo que siguieron teniendo de un sector de la población. Esta medida extrema, aunque debió haber sido ingrata, tuvo un carácter aleccionador pues hizo disminuir notablemente los brotes de caudillismo y las asonadas militares.

Una segunda consecuencia importante, fue que la guerra civil hizo que el general Prieto se alzara como el principal líder político del país y, por ello, los vencedores levantaron su nombre como candidato a presidente. Fue electo y asumió la primera magistratura el 18 de septiembre de 1831.

Una tercera consideración derivada de la guerra civil fue que se pudieron alcanzar los consensos que condujeron a la promulgación de la Constitución de 1833, la primera que tuvo una larga duración, pues extendió su vigencia hasta 1925. Un último aspecto a tener presente fue la reorganización que el ministro Portales hizo de la Escuela Militar y de la Guardia Nacional —la que había sido creada en 1825 con el objeto de neutralizar cualquier intento militar contra el gobierno— pues aquella llegó a tener 30 000 hombres y el Ejército solo 3000.

CONSTITUCION

DE LA

REPUBLICA DE CHILE

JURADA Y PROMULGADA

EL 25 DE MAYO DE

1833.

IMPRESA DE LA OPINION.

*Administración de justicia.
Niada esta Constitución, que durará sin
emplaz que en ella hayan sido suspi-*

*emplaz que hayan sido convalidados
en el debate con arreglo a lo que
diseña la Constitución.*

*En el año de 1834 se hicieron las elecciones
para renovar en su totalidad las
Cámaras y Cabildos, y hasta entonces
los individuos en sus funciones.*

*los primeros trinitarios por diez y cinco los nombró
Por el año de 1834.*

*Sala de sesiones en Santiago de Chile, a 22 de
Mayo de 1833.*

*José de Obispo
Vicario*

*Juan de Dios Vicuña
del Río
Vice*

*Don Juan de Dios
Vicuña*

*Estanislao de la Cruz
Sancti Spiritus*

MANUEL MONTT Y LAS REBELIONES DE 1851 Y 1859

A mediados del siglo XIX el continente americano llevaba un par de décadas de independencia, pero los países que lo constituían no habían logrado tener regímenes republicanos como los que se suponía se establecerían con la llegada de la libertad. Por el contrario, en muchos de ellos dominaron gobiernos caudillistas y el constitucionalismo era más una promesa fallida que una realidad de la cual pudieran disfrutar los habitantes de esas nuevas repúblicas. Resulta interesante constatar que, en medio de esa realidad, Chile aparecía como una excepción “de orden y libertad”, como les gustaba recordar a los propios chilenos y como reconocían también los muchos extranjeros que entonces visitaban el país.

Un aspecto llamativo era precisamente que hasta esos años, bajo la Constitución de 1833, solo habían gobernado militares: los generales Joaquín Prieto y Manuel Bulnes; tal vez por eso es que no faltaron los que pensaban que la continuidad pasaba por un nuevo militar en la conducción del país. Poco antes de la elección presidencial de 1851 esto llevó a decir al representante británico en Chile que, aunque Manuel Montt tenía las mayores posibilidades de éxito para asumir como presidente, él trabajaba con la desventaja de “no ser un militar” y que esto resultaba relevan-

te, porque en estas repúblicas sudamericanas “las revoluciones y los cambios orgánicos son realizados principalmente por medio del Ejército”.

El principal objetivo de la oposición política al presidente Bulnes y a su ministro Montt se reducía a una sola idea: derrotar a este último en las elecciones de 1851. En gran medida el grupo opositor era integrado por personas que se consideraban liberales, representantes de la “Sociedad de la Igualdad” y, en menor medida, por conservadores defraudados del gobierno. Antes de la elección presidencial se produjo un primer levantamiento, ocurrido el 20 de abril de 1851, en el que participó el Regimiento Valdivia —de guarnición en Santiago— liderado por el coronel Pedro Urriola, quien fue prontamente derrotado con un saldo negativo de más de 200 muertos, incluyendo al líder del movimiento.



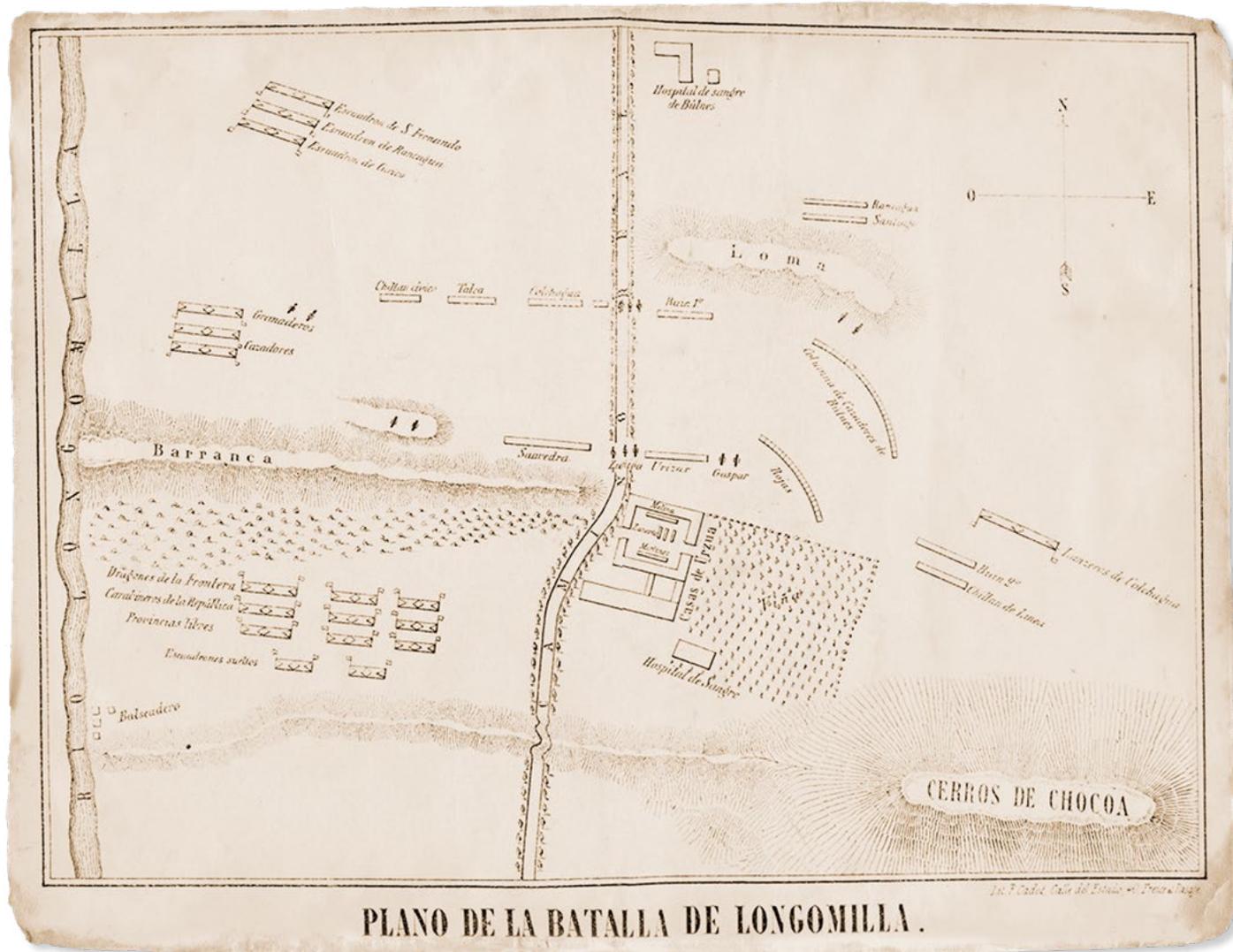
Presidente de la República Manuel Montt,
de Alfredo Valenzuela Puelma, 1881



General José María de la Cruz, de Narciso Desmadril.
Colección Biblioteca Nacional de Chile

Curiosamente, otro de los líderes principales en la resistencia a la candidatura Montt era el general José María de la Cruz —héroe de Yungay y primo del presidente Bulnes—, oriundo de Concepción, y en ese entonces intendente de esa provincia. Aunque era conservador en sus posiciones políticas, podía considerarse también como “federalista” porque buscaba más autonomía para su provincia (cuestión que se repetiría durante todo el siglo) y por eso estimaba que el nuevo presidente debía ser de la zona de Concepción, como una manera de superar el ahogo provocado por la preeminencia santiaguina.

Sin embargo, el gobierno obtuvo un triunfo amplio eligiendo una mayoría abrumadora de electores: Montt obtuvo 132 votos y Cruz solo 32. En las provincias de Concepción, Coquimbo y Maule, el candidato opositor obtuvo un importante apoyo, lo que sirvió para que tanto en la ciudad nortina como en la penquista se produjeran levantamientos durante la primera quincena de septiembre. Un grupo de jóvenes se alzó bajo el liderazgo de Benjamín Vicuña Mackenna



Plano de la batalla de Loncomilla, 1851

y la Sociedad de la Igualdad, y logró tomarse La Serena. Las fuerzas de gobierno fueron encabezadas por el coronel Juan Vidaurre-Leal, quien dirigió el sitio a la ciudad.

En Concepción, los partidarios de Cruz no aceptaron la derrota "electoral" y, a comienzos de septiembre de 1851, el propio Cruz se pronunció contra el gobierno, esperando hacer caer la presidencia de Montt. No se trató de un pronunciamiento militar amplio, por cuanto no hubo gran adhesión de parte de los militares y más bien se parecía a aquellos motines de los años veinte, mezcla de regionalismo y personalismo. En la capital penquista, Pedro Félix Vicuña asumió como

intendente, mientras el nuevo comandante general de armas fue el general Fernando Baquedano; y José María de la Cruz, en un principio indeciso, terminó liderando la revolución.

La situación política y la rebelión militar hicieron que el general y expresidente Manuel Bulnes asumiera la defensa del régimen constitucional, venciendo en la batalla de Loncomilla. En esa aventura el grueso del Ejército mantuvo su lealtad al gobierno, confirmando con ello su adhesión a la Constitución vigente, la obediencia a las autoridades y la no deliberación, lo que permitió al presidente Montt comenzar su mandato en condiciones de normalidad.

Con todo, la partida de bautismo del gobierno de Manuel Montt había quedado marcada por la guerra civil. Ella volvería a manifestarse a fines de su segundo período, como consecuencia de la evolución natural de las ideas políticas de un incipiente liberalismo, de mayores anhelos de libertad política y de una clara resistencia de la élite social del país a los gobiernos autoritarios.

En esa línea comenzaron a surgir propuestas de reformas constitucionales, así como también divisiones en el interior del propio núcleo gobernante. La "cuestión del sacristán" y el surgimiento de nuevos partidos políticos fueron manifestaciones claras de esta situación. En alguna medida esto preparó el ambiente para la nueva rebelión que estalló en 1859. En el centro del problema de este último año estuvo el asunto de las elecciones presidenciales que se verificarían en 1861. Ellas definirían el gobierno que sucedería a Montt, eventualmente por un decenio, si se mantenía la posibilidad que el presidente en ejercicio se presentara a la reelección por otro período de cinco años, a lo que se sumaba una segunda condición que gatillaba las disidencias: la designación de un candidato por parte del presidente saliente, quien —en la práctica— actuaba como el gran elector.

Parecía bastante claro que el candidato de Montt sería su ministro y amigo Antonio Varas. Era este un hombre de gran prestigio y excelente profesional, pero autoritario y muy lejano de las simpatías de los conservadores y los liberales, solo apoyado —obviamente— por el gobiernista Partido Nacional.

En enero de 1859 estalló en Copiapó un movimiento político compuesto por cerca de mil civiles liderados por el empresario nortino Pedro León



*Pedro León Gallo, de Luis Fernando Rojas.
Colección Biblioteca Nacional de Chile*

Gallo. Este último, aprovechándose de su riqueza proveniente de la minería y del apoyo que gozaba en la zona, intentó procurar una mayor libertad política. Para ese efecto y con admirable diligencia logró organizar y equipar una fuerza militar. En esta ocasión el Ejército no se escindió, sino que encabezó la defensa del gobierno y la liquidación del movimiento, venciendo a los sublevados en la batalla de Cerro Grande. Tras un par de meses la rebelión fracasó, aunque las consecuencias políticas se mantuvieron, en especial, la demanda por una reforma constitucional.

Sin embargo, la victoria militar no se tradujo en una victoria política. En la práctica, la candidatura de Varas abortó y el sector dirigente buscó una fórmula de mayor equilibrio —o de posibilidades de mayor libertad electoral— eligiendo finalmente a José Joaquín Pérez.

ARMAS LIVIANAS DE LOS SIGLOS XIX Y XX



*Revólver Colt 45
Modelo 1873*



*Carabina Winchester
Modelo 1876*



*Fusil Gras
Modelo 1874*



*Fusil Mannlicher
Modelo 1888*



*Fusil Mauser
Modelo 1895*

A mediados del siglo XIX se inventó la bala Minié, un proyectil cilíndrico con una cavidad en la que, al explosionar, la pólvora apretaba sus paredes contra el interior del cañón; al ser este de ánima estriada mejoraba notablemente la puntería. Posteriormente, apareció el cartucho metálico que llevaba el fulminante, la pólvora y el proyectil —todo en uno—, permitiendo la retrocarga.

Al inventarse la pólvora sin humo, que era de mayor potencia, el calibre empezó a disminuir. El fusil —arma ofensiva, portátil, de cañón largo que dispara balas de largo alcance— fue y es el arma personal más utilizada por la infantería.



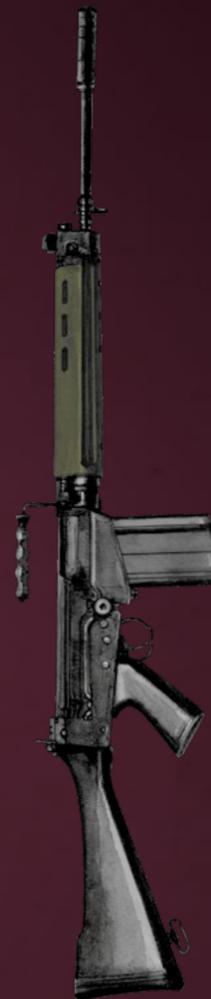
*Fusil Garand M 1
Tirador escogido*



Fusil SIG 510-4



*Fusil SIG 542
Fabricación chilena
FAMAE*



Fusil FN FAL



*Fusil Galil
ACE 22 N-C*

Después de la Segunda Guerra Mundial y por medio del Pacto de Ayuda Militar (PAM) con los Estados Unidos de América, el Ejército recibió el fusil Garand M-1. En las décadas siguientes se utilizó el fusil SIG 510-4, el fusil de asalto FAL de origen belga, y luego se incorporó el fusil SIG 542, de fabricación nacional.

Actualmente, el Ejército ha incorporado a la fuerza terrestre el fusil de asalto liviano Galil modelo ACE 22 N-C, israelí, fabricado en Chile por FAMAE en conjunto con Israel Weapon Industries (IWI).

EL EJÉRCITO Y LA GUERRA CIVIL DE 1891

Entre los años 1860 y 1890 Chile gozó de una situación de paz interna y de una continuidad institucional que constituía una excepción en el contexto sudamericano. La mayoría de los países de esta región experimentaron durante esas tres décadas golpes de Estado, guerras civiles o cambios en sus constituciones políticas; mientras en Chile la situación fue la contraria. En treinta años hubo una sucesión regular de gobiernos civiles, aun en medio de la Guerra del Pacífico; el régimen político se perfeccionó a través de reformas, el cuerpo electoral creció y aumentaron las libertades individuales, así como también se consolidaron los partidos políticos que se disputaron el poder o se aliaron para ejercerlo, mientras los militares permanecían al margen de las luchas políticas, concentrados exclusivamente en sus funciones profesionales. De esta manera, el prestigio de Chile creció en el concierto internacional.

Esta situación cambió radicalmente al término de la administración de José Manuel Balmaceda (1886-1891). El presidente había asumido el cargo con un gran respaldo político, pero en los años siguientes fue perdiendo ascendiente, se exacerbaban las divisiones internas y se produjo el cisma en el partido liberal de gobierno. La amistad cívica



José Manuel Balmaceda, de Luis Fernando Rojas.
Colección Biblioteca Nacional de Chile

ca, el diálogo y los consensos se fueron debilitando hasta apagarse. Hacia 1890, el régimen, con minoría en el Congreso, experimentó una creciente polarización política que se manifestó de diversas formas: mientras el presidente reforzaba su autoridad, las cámaras extremaban su poder de fiscalización. La prensa se hizo eco de esta situación incendiando a la opinión pública en una campaña de desprestigio recíproco, que reflejaba un grado de odio político que pronosticaba los peores males para la República; entre estos últimos estaba la posibilidad de una dictadura, el peligro de una revolución o el eventual estallido de una contienda armada.

En el plano militar, durante el gobierno de Balmaceda se vivieron importantes cambios. Uno de ellos fue la modernización o profesionalización del Ejército, pues, aunque había triunfado en la Guerra del Pacífico, se estimaba que no estaba a la altura de las necesidades de la época, razón por la cual durante el gobierno del presidente Domingo Santa María se había impulsado la llegada de una misión alemana liderada por el capitán Emilio Körner, quien encabezó la llamada “prusianización” de la institución. Del mismo modo, Balmaceda se preocupó de la modernización de la Marina y gestionó la adquisición de nuevos navíos.

Los últimos años de la administración Balmaceda terminaron con dolorosas consecuencias para el Ejército y para el país: por una parte, se produjo la politización del Ejército y, por la otra, la militarización de la política; ambos procesos resultarían claves en la división que vivió el país hacia 1890 y el consecuente desarrollo de la Guerra Civil de 1891.

La politización del Ejército significó —esencialmente— que la institución o algunas de sus figuras más relevantes pasaron a ser actores en la política contingente y en las luchas de los partidos, de modo que su actuación no se evaluaba simplemente por razones profesionales, sino que por sus ideas o acciones asociadas a la política. El Ejército, concebido como una institución no deliberante, comenzó a ser parte de la lucha partidista y —en los hechos— sobrepasó su esfera de acción insertándose en el escenario político.

La militarización de la política significó que la división entre el gobierno y el Congreso se acer-



*General José Velásquez Bórquez,
de Jesús Núñez González, 1928*

caba a los cuarteles y amenazaba con perturbar la prescindencia militar. Los actores políticos, en medio de la división que afectaba a Chile, observaron su incapacidad de resolver la crisis por vías institucionales y empezaron a provocar la intervención militar en el conflicto político. Los caminos se fueron cerrando hasta que solo quedaron dos vías: la doctrina de la lealtad incondicional hacia el presidente de la República, aunque este se alejare de sus deberes constitucionales —postura defendida por el propio Balmaceda y sus partidarios—, o bien, que los militares participaran de una rebelión contra el gobierno si este violentaba la Constitución y las leyes —postura patrocinada por la mayoría del Congreso—. El resultado fue todavía más dramático: la división en las filas del Ejército y la Marina, lo que dio paso a la guerra civil.

En la práctica, la politización del Ejército tuvo muchas manifestaciones en el preludeo de la contienda y conviene recordarlas. Hacia enero de 1890 se produjo un primer cambio relevante, pues el presidente designó al general José Velásquez como ministro de Guerra. La tendencia al nombramiento de militares aumentó cuando el gobierno designó a importantes jefes militares como gobernadores o intendentes: el coronel Marcial Pinto Agüero asumió como intendente de Cautín; los tenientes coroneles Guillermo Carvallo y Emilio Gana fueron nombrados en Concepción y Linares; y, poco después, el coronel José Miguel Alzérrecas asumía como intendente de Santiago.

Esos nombramientos fueron denunciados por la oposición, que estimaba que formaban parte de la lucha electoral, del mismo modo como sentía que eran persecuciones políticas aquellas que el gobierno tenía contra ciertos militares, como los coroneles Estanislao del Canto, José Eustaquio Gorostiaga, y el comandante Exequiel Lazo.

La expresión más dramática de la politización del Ejército se produjo hacia fines de año cuando, después de un viaje a Europa, regresó a Chile el general Manuel Baquedano —que para la opinión pública era la encarnación de la victoria en la Guerra del Pacífico— quien recibió un grandioso homenaje cívico. El problema fue que la recepción, en los hechos, fue un gran acto político de la oposición y sirvió para proclamar a Baquedano como defensor de la Constitución, frente a la amenaza que representaba el gobier-

no de Balmaceda. Aunque se trató de una manifestación que no tuvo mayores consecuencias, sí demostraba que la oposición estaba dispuesta a realizar una última jugada, de carácter militar, para detener el peligro dictatorial que a su juicio representaba el gobierno.

El debate en la prensa constata la división política ya que se hizo eco de los constantes llamados al Ejército —y en menor medida a la Marina—, para resolver el conflicto político en una u otra dirección. Los medios gobiernistas instaban a las instituciones armadas a ser leales a sus deberes de obediencia y no deliberación militar, que las obligaban a subordinarse sin cuestionamientos al presidente de la República. Los medios opositores realizaron una explicación más amplia, argumentando que los militares debían levantarse contra la dictadura que establecería el presidente a partir del 1 de enero de 1891.

A fines de 1890, tanto el gobierno como la oposición evidenciaban no querer resolver el conflicto por vías institucionales o políticas, y se preparaban para recibir los respectivos apoyos militares. Sin embargo, esta situación no podía prolongarse en exceso ya que al inicio del año 1891 debían estar aprobadas la Ley de Presupuestos, y la que fijaba las fuerzas de mar y tierra, lo que resultaba imposible porque el Congreso estaba en receso y Balmaceda estaba decidido a no convocar una legislatura extraordinaria, como se solía hacer por entonces. Como al comenzar el año el gobierno no contaría con presupuesto para solventar la ad-

ministración y como ello era inadmisibles, lo lógico era que lo impusiera por decreto, inaugurando la dictadura presidencial.

En su Manifiesto a la Nación de 1 de enero de 1891, el presidente culpó a la oposición de todos los males y mostró su decisión de continuar gobernando aún sin tener esas leyes aprobadas, precisando que la discusión de fondo era sobre el régimen de gobierno y que él se planteaba en favor del sistema representativo ordenado por la Constitución.

EXTRACTO DEL MANIFIESTO A LA NACIÓN DEL PRESIDENTE BALMACEDA

Publicado en medios de prensa
el día 1 de enero de 1891

“Se ha incitado al Ejército y a la Armada a la desobediencia y a la revuelta. ¡Empeñó vanos! El Ejército y la Armada tienen glorias imperecederas conquistadas en la guerra y en la paz. Saben que soy su Jefe constitucional, que por el artículo 148 de la Constitución son fuerzas esencialmente obedientes, que no pueden deliberar, y que han sido y continuarán siendo, para honra de Chile y reposo de nuestra sociedad, la piedra fundamental sobre la cual descansa la paz pública”.



Capitán de navío Jorge Montt.
Colección Museo Histórico Nacional



Coronel Estanislao del Canto.
Colección Biblioteca Nacional de Chile



Teniente coronel Emilio Körner.
Colección Museo Histórico Nacional

Las cosas no ocurrieron como él deseaba. El 7 de enero se produjo el levantamiento de la Armada comandado por el capitán de navío Jorge Montt, con lo cual estallaba la cara militar del conflicto. El Ejército, en gran medida, permaneció junto al gobierno, pero importantes jefes se plegaron a la revolución. La Marina, en cambio, mayoritariamente siguió la decisión de Montt, aunque hay que decir que casi todos los almirantes se mantuvieron leales al presidente. No obstante, el tema era aún mucho más complejo, ya que una de sus manifestaciones más relevantes fue la división que se produjo en el interior del propio Ejército, lo que sería una de las características cruciales de la guerra y que tendría consecuencias importantes hacia el futuro. Así, durante un año Chile tuvo dos ejércitos y fue también una nación dividida política y geográficamente.

Un grupo importante de alumnos de la Escuela Militar se dirigieron a Iquique para luchar junto a los revolucionarios y contra el gobierno. En esa misma postura había figuras relevantes de la Institución, como los profesores de la Academia de Guerra Emilio Körner y Jorge Boonen, y el coronel Estanislao del Canto, solo por nombrar algunos. Durante el transcurso del conflicto hubo muchos otros miembros del Ejército que se fueron sumando progresivamente a las filas opositoras. Incluso hubo quienes lucharon por el bando gobiernista, pero que en realidad estaban al servicio de la oposición parlamentaria, como se demostraría más tarde. A todos ellos se sumaron los obreros nortinos y unos cuantos jóvenes de la capital y de Valparaíso, que en conjunto dieron vida a las fuerzas opositoras.



Campo de Placilla después de la batalla, 1891. Colección Museo Histórico Nacional

En el caso del gobierno, pese a que Balma-
ceda contó con la mayor parte de las fuerzas del
Ejército, debió enfrentar numerosas deserciones
e incluso traiciones en las batallas finales. Por otra
parte, durante la guerra civil el gabinete continuó
teniendo presencia militar, nuevamente con el
general José Velásquez en la cartera de Guerra,
así como otros militares tuvieron importantes res-
ponsabilidades políticas. El caso más destacado
se produjo en la integración del Congreso Cons-
tituyente, el que contó con generales en ambas
cámaras, lo que significó una relevante presencia
castrense en la formulación de una nueva cons-
titución política. Complementariamente, a todas
las divisiones fue enviado un ministro del gobier-

no a “apoyar a las fuerzas”.

En enero la Escuadra partió hacia el norte,
centro de la riqueza del salitre, con la finalidad
de conquistar el territorio y obtener los recursos
necesarios para sostener el conflicto. El Ejército
Constitucional —como se llamó a la fuerza militar
opositora, que también se conocía como “con-
gresistas”— se organizó en Iquique bajo el man-
do del coronel Del Canto, quien resolvió que sus
fuerzas penetraran hacia el interior para destruir a
los gobiernistas, desarrollándose varios encuen-
tros menores entre los que destacan los de Zapi-
ga, Alto Hospicio, Pisagua, San Francisco y Huara.
El 7 de marzo, las fuerzas del coronel Estanislao
del Canto derrotaron completamente a las go-



*Placa conmemorativa de los caídos en la batalla de Concón.
Cementerio Municipal de Concón.*

biernistas del coronel Eulogio Robles en la batalla de Pozo Almonte, resultado que significó para el gobierno la pérdida de la provincia de Tarapacá. Seguidamente, los congresistas avanzaron sobre Antofagasta y luego, en abril, ocuparon Tacna y Copiapó. Habían alcanzado su primer objetivo y controlaban ahora todo el norte del país.

La posible llegada de dos cruceros para el gobierno y la recepción de armas y municiones para el ejército congresista, aceleraron la decisión de tomar la iniciativa. Aunque algunos proponían ocupar previamente la provincia de Coquimbo, finalmente se optó por la idea del coronel Del Canto y realizar un ataque directo y sin pérdida de tiempo a Valparaíso, desembarcando previamente en Quintero.

El plan del gobierno consideraba mantener sus fuerzas distribuidas en cuatro de las ciudades

más importantes: La Serena, Valparaíso, Santiago y Concepción, con lo que no se lograba superioridad en ninguna de ellas. Ante un ataque deberían eludir la batalla en espera de refuerzos. El resultado era previsible y el gobierno fue derrotado en las batallas de Concón y Placilla, los días 21 y 28 de agosto.

Fueron varias las causas de la victoria congresista, dentro de las cuales destacan una clara concepción estratégica y una adecuada selección de los objetivos. También contribuyeron factores como el dominio del mar, la unidad de mando, la mejor instrucción y entrenamiento, el más moderno equipamiento y la motivación de las fuerzas.

Como consecuencia de la caída del gobierno de Balmaceda se impuso un nuevo sistema político en Chile: el parlamentarismo. Pero la guerra también tuvo consecuencias específicamente mi-



General Orozimbo Barbosa.
Colección Biblioteca Nacional de Chile



General José Miguel Alzérreca.
Colección Biblioteca Nacional de Chile

litares y afectaron tanto la composición como el desarrollo del Ejército. Después de 1891, el coronel Körner tuvo carta blanca para implementar sus reformas y, un año después de la guerra, la mayoría de la oficialidad del Ejército había surgido de entre los rebeldes de 1891, lo que era parte del reconocimiento que tuvieron los militares constitucionales por los servicios prestados.

Todo esto generó ciertas dudas y manifestaba algunos peligros. Un grupo rebelde triunfaba en un conflicto civil y los militares vencedores eran premiados, lo que implicaba un cierto incentivo a las asonadas castrenses de las que Chile parecía inmune. También había un segundo aspecto importante, referido a la posición en la que quedaron los militares que habían defendido al gobierno. Ellos creyeron que esa era la manera de entender el principio de obediencia y no delibe-

ración militar. A consecuencia de ello y, tras la derrota, muchos murieron, mientras otros partieron al exilio o llenaron las cárceles, fueron perseguidos judicialmente y debieron vivir como verdaderos parias. El ejército derrotado fue disuelto y meses más tarde fue reorganizado. Debió pasar todavía algún tiempo, hasta 1894, para que las leyes de amnistía terminaran por cerrar las heridas de la guerra civil, que ya había causado un daño enorme y cuyas consecuencias se proyectarían en el tiempo. Los conductores militares del balmaicedismo, los generales José Miguel Alzérreca y Orozimbo Barbosa —muertos en Placilla y ultrajados sus cadáveres— recién recibieron una sepultura digna y pública en 1923, cuando las llamas de los odios intestinos se habían apagado.

UNIFORMES MILITARES



SIGLO XVI

Soldado de infantería español



SIGLO XVI

Oficial de caballería español



1778

Oficial del Real Cuerpo de Artillería



1778

Oficial del Cuerpo de Ingenieros

El origen de la indumentaria militar en Chile se remonta al siglo XVII. Era la época en que las tropas del Ejército de Chile, fundado por Alonso de Ribera y que dependía del Imperio español, usaban uniformes similares a los de las fuerzas de la Corona española.



1812

*Oficial del Regimiento de Caballería
Húsares de la Gran Guardia*



1817

Cadete de la Academia Militar



1837

Cantinera



1879

*Soldado de infantería
Campaña de 1879*

En los albores de la Independencia, el ejército republicano conservó los uniformes de estilo español, reemplazando los colores y las insignias. En el año 1817 se dotó al ejército nacional con un uniforme propio que se diferenciaba del anterior por los colores usados en cuellos, puños, vivos, botones y distintivos. A partir de 1830, se impusieron los uniformes de estilo francés.

UNIFORMES MILITARES



1900

*Cabo del escuadrón de
Caballería Escolta*



1905

*Oficial de caballería,
ayudante*



1916

*Soldado de infantería,
de parada*



1930

*Oficial de infantería,
de campaña*

Desde los inicios de la influencia alemana —a fines del siglo XIX— y hasta 1905, hubo una combinación de distintos tipos de uniformes. En 1905 se publicó el Reglamento de Uniformes para el Personal del Ejército, en el que se dispusieron las nuevas prendas para la infantería, la artillería y la caballería, imponiéndose la influencia alemana, que con ciertos matices perdura hasta el día de hoy.



1939

Oficial de artillería



1945

*Soldado de caballería
del Escuadrón Escolta*



1972

*Soldado en tenida de
combate mimetizada*



2014

*Soldado en tenida de
combate zona norte*

La Segunda Guerra Mundial trajo modificaciones en los uniformes de combate, entre los que destacan los colores gris verde y verde olivo. Más tarde, aparecieron los uniformes mimetizados que evolucionaron en la década de 1980 a tenidas de mimetismo zona norte y zona sur y, en la actualidad, a las tenidas de combate pixeladas.

EL EJÉRCITO Y LAS ACTUACIONES POLÍTICAS EN EL SIGLO XX

Como se señaló, a inicios del siglo XX el país venía saliendo del profundo quiebre que había significado la Guerra Civil de 1891, el suicidio del presidente Balmaceda y la disolución del propio ejército derrotado en los campos de Placilla. La reorganización del ejército se reinició con el interrumpido programa de reformas liderado por el ahora general Körner y con el respaldo de los oficiales que provenían del bando vencedor en los campos de batalla de la reciente guerra civil. Fue este un período de profundas transformaciones, sobre las cuales se profundizará en los siguientes capítulos. Sin embargo, como veremos, no por ello el Ejército quedaría ajeno a los vaivenes políticos del país y, de tanto en tanto, la institución o parte de sus oficiales se volverían a mezclar en política en busca de solución a sus demandas.

El primer hecho que demostró que la institucionalidad militar aún estaba herida fue la formación de la llamada "Liga Militar", que apareció secretamente alrededor de 1907, para tener su ocaso hacia 1915. En esta Liga se agruparon oficiales que tenían inquietudes en relación a la carrera militar y que estaban en una posición crítica en relación al mando, al que veían desinteresado de las necesarias mejoras que requería la institución. Simultáneamente, los

oficiales más jóvenes que iban egresando de la Escuela Militar percibían a sus mandos sin la formación teórica militar adecuada ya que no tenían estudios castrenses formales. El intento de golpe reivindicativo y de corte nacionalista que germinaba en algunos componentes de la Liga Militar fracasó, ya que el historiador Gonzalo Bulnes no aceptó encabezar el movimiento, por lo que este solo fue de vida efímera aunque recogió las aspiraciones e inquietudes profesionales de sectores del ejército de la época, las que tendrían su punto de quiebre pocos años más tarde.

El contexto político-social del país estaba marcado por las primeras convulsiones derivadas de reivindicaciones sociales, a raíz de las cuales se produjeron crudos enfrentamientos con obreros en Iquique (1907), Puerto Natales (1919) y Magallanes (1920). Entre 1911 y 1920 se realizaron 293 huelgas que involucraron a más de 150 000 trabajadores. Como consecuencia de la acción del Estado, el Ejército se vio involucrado en lamentables hechos producto del cumplimiento de tareas de control del orden interno ordenadas por los gobiernos de turno.

Entre abril y mayo de 1919 se recibió información de que estaba en marcha una asonada militar dirigida por el general Guillermo Armstrong, a la sazón jefe del Departamento de Material de Guerra, y por el general Manuel Moore, con el aparente fin de "consolidar la unión y armonía entre el personal militar, impulsar el progreso del Ejército y el desarrollo del país, solicitar el despacho de leyes en beneficio de la clase obrera y consolidar la disciplina militar". El posterior sumario y consejo de guerra aplicó severas sanciones a casi treinta oficiales y un contraalmirante. A este acto de insurrección se le denominó el "complot

del general Armstrong". Algunos años más tarde se observaría una situación muy parecida cuando oficiales jóvenes iniciaron un movimiento con un pliego de peticiones bastante similar.

En efecto, pocos años después, el 2 de septiembre de 1924, un grupo de oficiales jóvenes acudieron a la sesión del Senado e hicieron ver su molestia. Al anunciarse sanciones en su contra, un grupo mayor fue a la sesión del día siguiente, ocasión en la que, habiéndoseles ordenado el retiro de la sala, lo hicieron arrastrando sus sables en señal de protesta. Por ello, a este movimiento se le llamó "ruido de sables". Esa misma tarde un grupo de cuatrocientos oficiales se reunieron en el Club Militar. Ante ello, el presidente Arturo Alessandri invitó a una representación a entrevistarse con él, asistiendo un capitán y dos tenientes. Por instancia del mismo mandatario organizaron un comité militar para canalizar sus peticiones, algunas de las cuales eran compartidas por el presidente.



Presidente Arturo Alessandri Palma.
Colección Museo Histórico Nacional



General Luis Altamirano.
Colección Museo Histórico Nacional



General Juan Pablo Bennett



Almirante Francisco Nef.
Colección Museo Marítimo Nacional

Como consecuencia de esta presión, el Congreso aprobó en una sola sesión las leyes exigidas por los militares y el gobierno designó ministro del Interior al general Luis Altamirano. Pese a lo anterior, las tensiones se mantuvieron. El presidente Alessandri decidió renunciar y pocos días después partió al exilio. Asumió la conducción del país una junta de gobierno, el 11 de septiembre de 1924, integrada por los generales Luis Altamirano, Juan Pablo Bennett y el almirante Francisco Nef.

Poco duró la junta en sus funciones, ya que en enero de 1925 fue derribada y asumió una nueva junta integrada por el abogado Emilio Bello Codesido, el general Pedro Pablo Dartnell y el almirante Carlos Ward. La junta trajo al presidente Alessandri de regreso a su cargo, pero por desavenencias de este con el coronel y ministro Carlos Ibáñez, volvió a abandonar la primera magistratura. La nueva administración de Emiliano Figueroa designó al coronel Carlos Ibáñez en el

Ministerio del Interior, quien se convirtió en el hombre fuerte del gobierno. A la renuncia del presidente Figueroa, se efectuaron elecciones donde triunfó Ibáñez con el 98% de los votos.

Durante el período de gobierno del coronel Ibáñez (1927-1931), se llevaron a cabo la fundación de Carabineros de Chile, y con dinamismo se inició un plan de construcciones de obras públicas, ferrocarriles, obras de regadío, construcción de cárceles y cuarteles militares; asimismo realizó reformas educacionales, creó la Caja de Crédito Minero y el Instituto de Crédito Industrial. Además, resolvió la cuestión de Tacna y Arica. Producto de la crisis económica mundial de 1929, la economía se deterioró gravemente. En 1931, se desencadenó la caída del gobierno ante la sublevación de estudiantes y reyertas callejeras que produjeron algunas víctimas; el general Ibáñez renunció y se fue al exilio.

El débil gobierno de Juan Esteban Montero

fue reemplazado por cuartelazos de militares y civiles de tendencia socialista, fundándose la llamada "República Socialista" de corta duración, en la que tuvo una destacada participación el coronel Marmaduke Grove, quien más tarde sería uno de los fundadores del Partido Socialista de Chile.

En este contexto de grave inestabilidad política, económica y social, tuvieron lugar fuertes conmociones en el orden interno, expresadas principalmente en la sublevación de la marinería, ocurrida en septiembre de 1931. Como consecuencia de ello, se produjeron enfrentamientos en los puertos de Coquimbo, Valparaíso y Talcahuano. En esta última población, a tropas del Ejército les cupo participar en la recuperación del Apostadero Naval, que implicó una rápida y sorpresiva maniobra en la que participaron los regimientos de infantería N° 6 Chacabuco y N° 9 O'Higgins, los de caballería N° 3 Húsares y N° 7 Guías y el Grupo de Artillería a Caballo N° 3 Silva Renard, todos bajo el mando del general Guillermo Novoa. La operación resultó exitosa y significó la rendición de la marinería y de los obreros sublevados.

Las juntas y presidencia que siguieron duraron pocos días, hasta que el general Bartolomé Blanche asumió como presidente provisional. Ante ello, el general Pedro Vignola, comandante de la guarnición de Antofagasta, apoyado por civiles de esa ciudad, exigió la renuncia del general Blanche



*Presidente Carlos Ibáñez del Campo.
Colección Museo Histórico Nacional*

y la devolución del poder a los políticos. Producto de esto, el general Blanche entregó la primera magistratura al presidente de la Corte Suprema. Terminada esta etapa de anarquía, se efectuaron las elecciones presidenciales de 1932 resultando elegido por segunda vez Arturo Alessandri, lo que trajo como consecuencia el retorno a la normalidad democrática que permitió que rigiera, por fin, la Constitución promulgada siete años antes. En

Junta Militar Controla el País

General Pinochet Preside el Gobierno

El General de Ejército, Augusto Pinochet, fue designado Presidente de la Junta Militar que asumió los destinos de la Nación desde el martes pasado, al ser derrocado el Gobierno marxista del Salvador Allende. La Junta está conformada, además, por los Comandantes en Jefe de la Armada, Almirante José Toribio Merino, de la Fuerza Aérea de Chile, General de Aviación, Gustavo Leigh y el Director de Carabineros, César Mendoza.

JURA EL GABINETE
La designación en el alto cargo al jefe militar fue dada a comienzos de la tarde del 11 de septiembre, por medio de un comunicado que fue leído en el momento de juramentarse en un momento que se efectuó en la Comandancia en Jefe de la Armada, Almirante José Toribio Merino, de la Fuerza Aérea de Chile, General de Aviación, Gustavo Leigh y el Director de Carabineros, César Mendoza.

El Presidente de la Junta, General Pinochet, tiene el juramento a los señores del Gabinete, que luego juraron por Chile en la Paz.



General de Ejército, Augusto Pinochet General de Aviación, Gustavo Leigh Almirante, José Toribio Merino General de Carabineros, César Mendoza

Hacia la Recuperación Nacional

Con distintos lenguajes y criterios, las personalidades políticas, los dirigentes gremiales y las instituciones más influyentes reclamaban un cambio profundo en la dirección del país.

Tanto la opinión pública nacional como la extranjera habían llegado a la evidencia de que Chile entraba en un proceso fatal que debía llevarlo a la dictadura marxista o a la guerra civil.

La intervención de las Fuerzas Armadas, vino en este caso a liberar a la ciudadanía de la insostenible dictadura marxista y a salvar a Chile del empobrecimiento político, social y económico.

Se abre ahora perspectivas de recuperación mediante un intenso y decidido esfuerzo que restablezca el hábil

pensable cambio de rumbo forzando la situación hasta el punto en que se encuenra.

Chile tiene un Gobierno militar, formado por los señores Comandantes en Jefe de los tres ramos de la Defensa Nacional y el señor General Director de Carabineros. La Junta Militar ha asumido el mando supremo, respetando expresamente las atribuciones del Poder Judicial, contenido con la asesoría de la Contraloría General de la República y disponiendo el resto del Parlamento. De este modo la Junta cree encontrar el camino adecuado para instaurar la institucionalidad que se requiere.

Las reservas que esta posición de la Junta puedan inspirar a ciertos sectores políticos no pueden ser las absolutas que llegaron hasta llegar al concurso de todos los Chileños al esfuerzo de reconstrucción de su patria. Por el contrario, a través de



Murió Allende

El Presidente Allende se suicidó. Su cadáver quedó en el Gran Lavio de La Serena. No se pudo apreciar la forma en que murió porque cuando los periodistas de este diario, José Enrique Lora y Álvaro Rojas, llegaron al lugar, el cuerpo ya había sido trasladado a un lugar del campo de batalla.

El cadáver quedó resacaído en el suelo, junto a un río, y a las 10:30 horas fue trasladado al Hospital Militar de La Serena.

COMUNICADO OFICIAL
La Junta Militar envió el siguiente comunicado oficial sobre el deceso de Allende:
"A las 10:30 horas del martes 11 de septiembre, por el transporte de Fichas Flores y Daniel Vozzani, Salvador Allende estuvo recibiendo incondicionalmente a los señores Lora y Rojas. En ese momento se dio inicio al traslado del cuerpo de Allende, cuyo traslado al Hospital de La Serena se efectuó a las 10:30 horas, en un helicóptero. Los señores Lora y Rojas, al estar en el Hospital de La Serena, se encontraron con el cadáver del señor Allende."
"El cadáver fue trasladado al Hospital de La Serena y se le dio sepultura en el cementerio de San José de la Paz."

Portada del diario El Mercurio de Santiago, del jueves 13 de septiembre de 1973. Gentileza del diario El Mercurio

los años venideros el Ejército dejó de ser actor político, se retrotrajo a sus cuarteles y comenzó a vivir una etapa de aislamiento y de carencias de recursos materiales y económicos, lo que le redujo significativamente su capacidad operacional.

Las tensiones, el desaliento y las frustraciones profesionales acumuladas durante estos años tendrían su punto de inflexión a fines de los años sesenta con el acuartelamiento del general Roberto Viaux en el Regimiento Tacna, el 21 de octubre de 1969, al que se sumaron numerosos mandos medios y oficiales jóvenes, en un movimiento que los acuartelados denominaron como estrictamente profesional y no político, el que terminó con la salida del comandante en jefe y del ministro de Defensa y con una mejora en los sueldos de las Fuerzas Armadas. Esto acontecía en un contexto político internacional polarizado, consecuencia de las convulsiones globales derivadas de la Guerra Fría, las que, en lo interno, se veían aún más tensio-

nadas producto de las elecciones presidenciales que se avecinaban. Como se verá, fue este el preludio de una dinámica social, política y económica altamente compleja de la cual el Ejército, como parte activa de la sociedad, no se pudo sustraer.

En las elecciones de 1970 ninguno de los tres candidatos obtuvo la mayoría absoluta, por lo que acorde a lo que señalaba la Constitución de 1925 debía ser el Congreso el que designara al nuevo presidente, escogiendo entre las dos primeras mayorías: Salvador Allende (36,6%) y Jorge Alessandri (35,2%). En este contexto fue asesinado el comandante en jefe del Ejército general René Schneider, como resultado de la conspiración de un grupo de extrema derecha y de oficiales de alto rango de las Fuerzas Armadas que buscaban impedir la asunción de Salvador Allende a la presidencia de la República.

Pese a ello, el 4 de noviembre de 1970, asumió como presidente Salvador Allende, el candidato

que había obtenido la primera mayoría. Durante su gobierno, en un ambiente de profundos cambios económicos y sociales la polarización política se acentuó, los actores sociales y políticos se atrincheraron en sus visiones, el diálogo se interrumpió y se radicalizaron las posturas. Clara expresión de ello fueron: la permanente confrontación política entre el gobierno y el Congreso Nacional, instancia esta última donde era muy fuerte el influjo de los partidos políticos opositores; el también evidente enfrentamiento entre la autoridad y los gremios del país, lo cual se tradujo en la seguidilla de huelgas que tuvieron lugar —especialmente el paro de octubre de 1972—; la organización de grupos paramilitares tanto afines al gobierno como opositores a él; y una apasionada discusión ideológica y política que incluso llegó a quebrar por dentro a muchas familias chilenas.

Fue así, como en un contexto en el que la amistad cívica estaba totalmente deteriorada y en el que la sociedad se encontraba atrapada entre el temor y el odio que, tal como ya había sucedido en otras ocasiones, las Fuerzas Armadas fueron llamadas a intermediar y altos oficiales —entre ellos el comandante en jefe del Ejército, general Carlos Prats— se incorporaron a los gabinetes ministeriales a objeto de contribuir a la paz social. Este esfuerzo resultó infructuoso y el segundo gabinete militar solo duró pocos días. El 23 de agosto de 1973, el general Carlos Prats renunció a su cargo como comandante en jefe y fue sucedido por el general Augusto Pinochet. Ese mismo día, la Cámara de Diputados aprobó el proyecto de acuerdo que declaraba que el presidente Allende había quebrantado gravemente la Constitución. La situación política llegaba así a un punto de difícil retorno, el que finalmente alcanzaría su clímax



*General Carlos Prats González.
Comandante en jefe del Ejército, 1970-1973*

el 11 de septiembre 1973, al producirse la ruptura del orden constitucional.

Inicialmente tomó la dirección del país una junta militar conformada por los comandantes en jefe de las instituciones de las Fuerzas Armadas y por el general director de Carabineros. A poco andar, estos designaron al general Augusto Pinochet como presidente de la Junta Militar de Gobierno y, posteriormente, como presidente de la República.

Historiadores de diferentes tendencias aluden como causas directas del quiebre institucional a consideraciones derivadas de: la dinámica de la lucha ideológica de la Guerra Fría; de la aceptación de la violencia como instrumento político; de la existencia de organizaciones paramilitares nacionales y extranjeras; de la falta de voluntad de diálogo y, en definitiva, a la pérdida de los consensos. Todo lo cual había conducido al país a una profunda crisis político-institucional.



*Entrega del mando de la Nación, del general Augusto Pinochet al presidente Patricio Aylwin, 11 de marzo de 1990.
Fotografía colección Jaime García Covarrubias*

El gobierno cívico-militar, presidido por el comandante en jefe del Ejército, se extendió más allá de lo previsto inicialmente. Su postulado de cumplir metas más que plazos y de reformular la institucionalidad vigente, lo llevó a delinear una nueva Constitución Política, a la implantación de un sistema económico liberal y a la realización de diferentes reformas estructurales. De acuerdo al propio cronograma establecido en la Constitución, en 1988 el gobierno llamó a un plebiscito para definir la continuidad del general Pinochet en el gobierno. Al ser derrotado, convocó a elecciones y entregó el poder. Así, el 11 de marzo de 1990 el país retomó su vida democrática al asumir el gobierno el presidente Patricio Aylwin.

Las violaciones a los derechos humanos ocu-

rridas durante el período y en las que miembros del Ejército tuvieron participación —ya sea como consecuencia de actos derivados de la obediencia debida, por el uso desproporcionado de la fuerza, por excesos individuales, o bien por eventuales acciones fortuitas— fueron una profunda herida ocasionada al deber ser militar. Más allá de ello, la gran enseñanza que de estos hechos y de la violencia en general se deriva, es que somos todos los chilenos los llamados a aprender de nuestro pasado, para evitar que la polarización, nuevamente, fracture nuestra sociedad.

A partir del retorno a la vida democrática del país, el Ejército ha buscado efectivamente contribuir a la reconciliación nacional. Actos objetivos y concretos dispuestos por los sucesivos coman-

DECLARACIÓN DE LA MESA DE DIÁLOGO SOBRE DERECHOS HUMANOS

Reflexiones Fundamentales

La Mesa de Diálogo fue convocada por el Supremo Gobierno porque subsiste entre los chilenos un desencuentro que dificulta que el país avance unido hacia el futuro.

Chile sufrió, a partir de la década de los '60, una espiral de violencia política, que los actores de entonces provocaron o no supieron evitar. Fue particularmente serio que algunos de ellos hayan propiciado la violencia como método de acción política. Este grave conflicto social y político culminó con los hechos del 11 de septiembre de 1973, sobre los cuales los chilenos sostienen, legítimamente, distintas opiniones.

Sin embargo, hay otros hechos sobre los cuales no cabe otra actitud legítima que el rechazo y la condena, así como, la firme decisión de no permitir que se repitan. Nos referimos a las graves violaciones a los derechos humanos en que incurrieron agentes de organizaciones del Estado durante el gobierno militar. Nos referimos, también, a la violencia política cometida por algunos opositores al régimen militar [...].

13 de junio de 2000

EXTRACTO DEL DISCURSO DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA SEÑOR RICARDO LAGOS ESCOBAR

Al recibir el acuerdo final de la Mesa de Diálogo

Todos los miembros de la Mesa reconocen, tanto la agudeza del conflicto político que vivimos en los sesenta y a comienzos de los setenta, como las violaciones a los derechos humanos que se cometieron. Y, por cierto, aquellos que enfrentaron ese momento recurriendo también al recurso de la fuerza [...].

La valentía y coraje tienen muchas formas. Y por eso, en el nombre de Chile, quiero dar las gracias por lo alcanzado.

Quiero agradecer la valentía y el coraje con que las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile han reconocido lo que ocurrió en materia de violaciones a los derechos humanos. Chile debe un reconocimiento profundo por este gesto que se hace, como ha sido siempre a lo largo de su historia, pensando en el interés superior de la patria [...].

13 de junio de 2000

EXTRACTO DE LA DECLARACIÓN PÚBLICA DEL COMANDANTE EN JEFE DEL EJÉRCITO, GENERAL JUAN EMILIO CHEYRE ESPINOSA, EN RELACIÓN A LOS ACONTECIMIENTOS POLÍTICOS DE 1973

Nunca más

El Ejército está viviendo una gran transformación. Estamos construyendo el Ejército del Siglo XXI. Junto a ello, hemos dado pruebas que nuestro proceso se ha comprometido a nunca más violaciones a los Derechos Humanos.

Sin embargo, el tema es más amplio. Debo decirlo, siento que pese a todo seguimos siendo prisioneros del pasado. Tenemos grandes dolores. Por eso creo que la sociedad, a través de todas sus autoridades —no solo el gobierno— todas, tienen la oportunidad de enfrentar el problema en su conjunto.

Me refiero al nunca más una clase política que fue incapaz de controlar la crisis que culminó en septiembre de 1973. Nunca más a los sectores que nos incitaron y avalaron oficialmente nuestro actuar en la crisis que provocaron. Nunca más excesos, crímenes, violencia y terrorismo. Nunca más un sector ausente y espectador pasivo. En fin, nunca más una sociedad chilena dividida [...].

Calama, 13 de junio de 2003

dantes en jefe han sido: la cooperación con los tribunales de justicia en las causas por violaciones de derechos humanos; la participación institucional en la Mesa de Diálogo sobre Derechos Humanos, convocada por el presidente Eduardo Frei Ruiz-Tagle; el repudio al asesinato del general Carlos Prats y de su esposa, expresado en circunstancias de la inauguración del campo militar que lleva su nombre; la incorporación de los contenidos relacionados con derechos humanos en las mallas curriculares de los cursos de formación institucionales, solo por nombrar algunos.

A todas estas acciones se agregan el público llamado al “Nunca Más” a los hechos y circunstancias que condujeron y se derivaron del quiebre de la democracia en 1973, y el reconocimiento que efectuara la institución —a través de su comandante en jefe en el año 2004— de las responsabilidades que al Ejército le cupieron en todos los hechos punibles y moralmente inaceptables del pasado.

Como una reflexión general en relación a lo descrito en estas páginas, es necesario destacar que el Ejército a lo largo de toda nuestra historia

no ha estado ajeno a los éxitos, dolores y tragedias de nuestro país. Por ser parte constitutiva de la sociedad ha sido también actor en sus divisiones, tensiones y disputas, y al igual que todos nuestros compatriotas, ha sufrido las consecuencias que de estos hechos se han derivado.

El actual desafío de nuestra sociedad es enfrentar el futuro con unidad, asumiendo con un profundo sentido crítico los errores y dolores del pasado común, velando por que “nunca más” se generen las condiciones que a lo largo de nuestra historia han propiciado los quiebres de la democracia o la división entre los chilenos. Al revisar este capítulo que nos habla de luchas y disputas internas, debemos coincidir que el Ejército no debe ser actor de la vida política partidista nacional, ni alinearse con un sector de la misma. Somos, todos, civiles y militares, los llamados a cuidar y mantener al Ejército —que tantas glorias le ha dado al país—, alejado de las legítimas diferencias políticas que puedan existir en nuestra sociedad. El Ejército debe siempre ser de todos los chilenos.



Parada militar del Bicentenario del Ejército, 19 de septiembre de 2010

EJÉRCITO DE CHILE: EL FIN DE UNA VISIÓN

Columna de opinión del comandante en jefe del Ejército, Juan Emilio Cheyre Espinosa, en el diario La Tercera

[...] El Ejército de Chile tomó la dura pero irreversible decisión de asumir las responsabilidades que, como institución, le cabe en todos los hechos punibles y moralmente inaceptables del pasado. Además, ha reconocido en reiteradas oportunidades las faltas y delitos cometidos por personal de su directa dependencia; las ha censurado, criticado públicamente y ha cooperado permanentemente con los tribunales de justicia para, en la medida de lo posible, contribuir a la verdad y a la reconciliación. Asimismo se ha conolido por los sufrimientos de las víctimas de estas violaciones, reconociendo que recibieron un tratamiento que no se condice con la doctrina permanente e histórica de la institución. Unas violaciones que no justifica y respecto de las cuales ha hecho y seguirá haciendo esfuerzos concretos para que nunca más vuelvan a repetirse [...].

5 de noviembre de 2004

INAUGURACIÓN DEL CAMPO MILITAR DEL “GENERAL CARLOS PRATS G.”

Extracto del discurso del comandante en jefe del Ejército, general Oscar Izurieta Ferrer

Mi mensaje va dirigido particularmente a mis camaradas más jóvenes; a la tropa que desde hoy recorrerá este campo militar bajo la ilustre tutela de su patronímico. También a mis compatriotas, que observan al Ejército chileno —con justo derecho— como algo que les es propio, como una institución que les pertenece desde siempre. Mis palabras dan cuenta, además, de los esfuerzos que sostenidamente hemos venido haciendo para contribuir a la cohesión social y a la paz interna del país.

Este acto no pretende reescribir la historia; tampoco darle interpretaciones antojadizas. Estoy frente a ustedes para honrar a un distinguido antecesor en el cargo de comandante en jefe del Ejército, cuyo recuerdo ha estado largamente ausente en los cuarteles militares.

No vengo a señalar nuevos héroes ni nuevos paradigmas, como tampoco a estigmatizar a unos para sobreponer a otros; nada más alejado del propósito que hoy nos reúne. Vengo sí a cumplir con un compromiso con la verdad, tal como ella se nos devela luego del reparador bálsamo del tiempo.

Esta ceremonia se enmarca precisamente dentro de la voluntad de cicatrizar toda herida interna —propia nuestra—, otorgándole la dignidad que le corresponde a un comandante en jefe. Culminamos aquí una compleja misión, que emprendieran mis dos antecesores, en un proceso que importó actos que tuvieron el propósito de iniciar y avanzar en la reconciliación de la institución, no solo con la figura del General Prats, sino que también con sus hijas y familiares.

Hoy, en un nuevo y final paso, el Ejército chileno lo reivindica plenamente como jefe militar y soldado de excelencia [...].

San Bernardo, 5 de junio de 2009



VI

EL EJÉRCITO EN EL SIGLO XX: EVOLUCIÓN Y DESAFÍOS

Edificio que albergó a los arsenales de guerra del Ejército.

Colección Museo Histórico Nacional

PROFESIONALIZACIÓN, REORGANIZACIÓN Y TRANSFORMACIÓN

El Ejército en el cambio de siglo

Para el Ejército, al igual que para la historiografía chilena, el siglo XIX histórico concluyó con la Guerra Civil de 1891, cuyas consecuencias marcaron el inicio de una nueva etapa. Es por ello que para explicar los procesos que se abordarán en este capítulo, es necesario retrotraerse en el tiempo y referirse a algunas consideraciones previas, sin las cuales sería difícil comprender en su integridad la evolución del Ejército en el siglo XX.

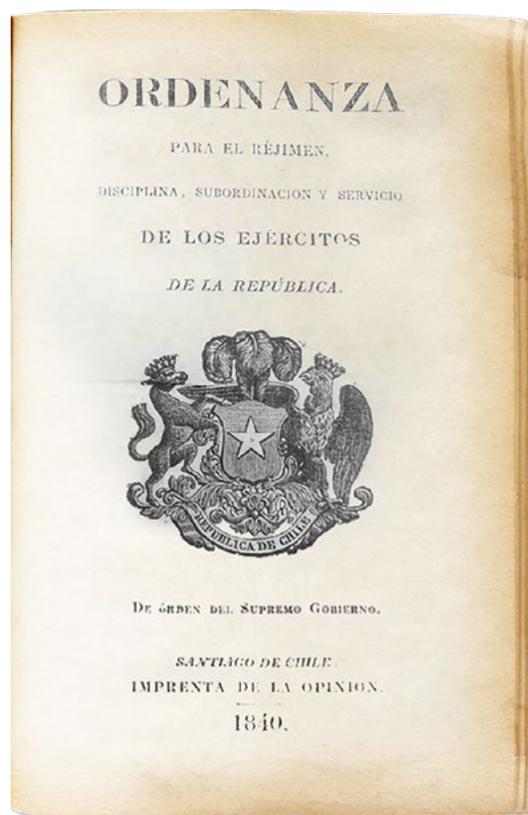
La gran valoración que la opinión pública tenía del Ejército al término de la Guerra del Pacífico era una clara expresión de la admiración y orgullo que la sociedad chilena sentía por esta institución. Pese a ello, hubo quienes captaron que en la guerra recién acabada —independiente de la gloria alcanzada en los campos de batalla— se habían cometido errores que era necesario enmendar. En efecto, ya en 1882 el general Emilio Sotomayor Baeza —habiéndose hecho cargo nuevamente de la dirección de la Escuela Militar— estimó conveniente interesar al gobierno en la contratación de



General Emilio Sotomayor



Presidente Domingo Santa María González.
Colección Biblioteca Nacional de Chile



Portada de la Ordenanza General del Ejército de 1839

oficiales extranjeros para que se desempeñaran como profesores en ese instituto. Le parecía que el patriotismo, el coraje y la voluntad vencedora del soldado chileno ya no bastaban para decidir el resultado de una conflagración.

Finalizada la Guerra del Pacífico, había cesado en sus funciones el cargo de general en Jefe del Ejército de Operaciones y se había disuelto el Estado Mayor, conservándose solamente estos cargos en el Ejército del Sur que operaba en la Araucanía; conforme a lo previsto por la Ordenanza General de 1839, la estructura del mando regresó a la que existía antes del conflicto, volviendo a ser el Ministerio de Guerra el organismo director del Ejército.

Fue durante el gobierno del presidente Domingo Santa María que se instruyó al ministro de Chile en Alemania, Guillermo Matta, para que buscara instructores en Europa que trajeran a nuestro país los aires renovadores de los ejércitos más avanzados de la época. Dichas gestiones culminaron con la contratación del capitán Emilio Körner para desempeñarse como profesor de ramos castrenses en la Escuela Militar. La llegada de Körner al país, a fines de 1885, fue determinante en la implementación de las reformas que a partir de entonces se iniciaron y que se extendieron por más de treinta años, en un período que comúnmente se denomina como la "prusianización" del Ejército chileno.



Teniente coronel Jorge Boonen Rivera

Körner se incorporó de inmediato a las actividades de la Escuela Militar y de la Academia de Guerra, instituto que se fundó poco después de su llegada. Al conocer los planes de estudios de la Escuela Militar llegó a la conclusión que para formar adecuadamente a los futuros oficiales era necesario reformular sus programas y planes docentes, ya que, según su parecer, la Escuela se asemejaba más a un instituto politécnico con disciplina militar que a uno formador de oficiales.

En el corazón del proceso de modernización y profesionalización institucional estaba la necesidad de con-

tar con un Estado Mayor permanente —entendido como el verdadero cerebro del Ejército—, que permitiera diseñar y realizar las reformas necesarias. Para ello, como requisito indispensable,

era ineludible disponer de una oficialidad moderna y profesional, y eso solo se

lograría si se contaba con oficiales y clases bien formados en las disciplinas básicas de la ciencia militar, y si se disponía de un instituto de educación superior que capacitara a los oficiales para la conducción superior del Ejército. Con ese fin, fue que el 9 de septiembre de 1886 se creó la Academia de Guerra.





General Emilio Körner y su Estado Mayor, 1905

Las críticas de Körner y del teniente coronel Jorge Boonen Rivera, su principal discípulo, tuvieron una amplia acogida por parte del presidente José Manuel Balmaceda —quien había asumido en septiembre de 1886—, por lo que siete meses más tarde, el 12 de abril de 1887, se decretó la reforma a los planes de estudios de la Escuela Militar y, el 31 de mayo, se fundó en Santiago la Escuela de Clases.

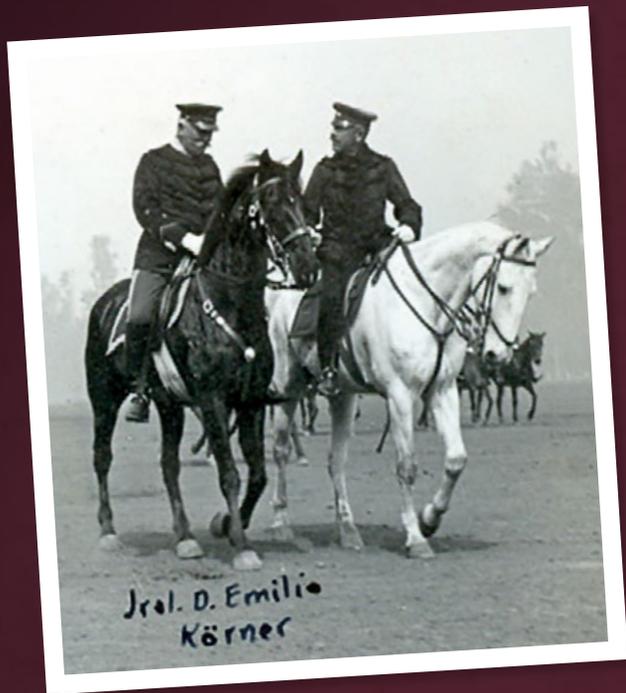
Los esfuerzos modernizadores iniciados por el presidente Santa María y continuados por su sucesor, el presidente Balmaceda, no alcanzaron a cristalizar en el Ejército antes de la guerra civil de 1891. El mandatario estaba convencido de que fortalecer al Ejército y a la Marina era un deber insoslayable, más aún cuando Chile acababa de ter-

minar una guerra externa y se mantenía el peligro de nuevos enfrentamientos con los países vecinos.

Durante la guerra civil, la sorpresa la dieron las fuerzas congresistas, las que por influencia de los oficiales chilenos que habían estudiado en Europa y la integración en sus filas del teniente coronel Emilio Körner, utilizaron procedimientos, técnicas de combate y armamento más modernos, lo que les permitió alcanzar la victoria.

Al término de la guerra civil se empezó a producir —desde las “alma mater” de oficiales y suboficiales— un cambio trascendental en el Ejército, cuyos integrantes comenzaron a transformarse en profesionales de la guerra, la que empezó a ser vista ya no como un oficio o como un arte, sino como una ciencia; vale decir, como una ver-

INSTRUCTORES EN EL EJÉRCITO DE CHILE DURANTE LA ÉPOCA DEL IMPERIO ALEMÁN



GENERAL DE DIVISIÓN EMILIO KÖRNER HENZE

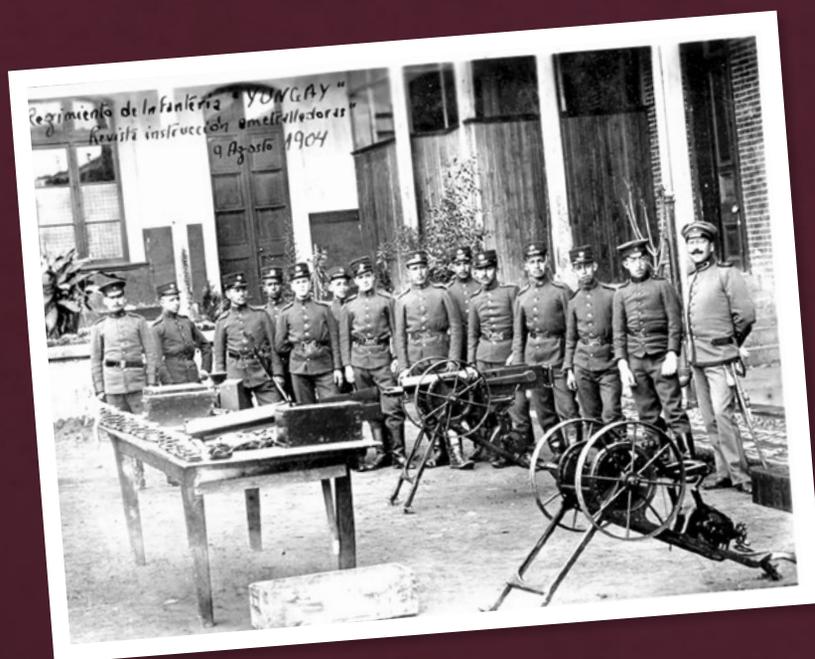
Fue el más emblemático e influyente de los oficiales del Imperio Alemán que, entre 1885 y 1920, sirvieron en el Ejército chileno.

Rediseñó los planes de estudio de la Escuela Militar e impulsó la creación de la Academia de Guerra —de la cual por largos años fue profesor—. A partir de 1892, como jefe del Estado Mayor General, promovió con fuerza la modernización del Ejército. Entre 1904 y 1910 ejerció como Inspector General del Ejército.

Falleció en Alemania en 1920. Por voluntad expresa sus restos descansan en el Cementerio General de Santiago.

LISTADO DE INSTRUCTORES

- GENERAL DE BRIGADA HANS VON KNAUER HOPPENSTEDT
- CORONEL HANS BERTLING FOCKING
- CORONEL GUSTAV ADOLF KARL NIKOLAUS BETZHOLD
- CORONEL HANS ERICH VON BISCHOFFSHAUSEN
- CORONEL FELIX DEINERT
- CORONEL ALBRECHT VON DER LUND
- CORONEL JOHANN BENEDIKT VON GRÖLING
- CORONEL FRIEDRICH WILHELM VON HARTROTT
- CORONEL JOHANN HANS VON KIESLING
- CORONEL KARL LOTHES
- CORONEL GILBERT ALFRED DARBY O'GRADY
- CORONEL OTTO ZIPPELIUS PABST
- CORONEL WILHELM EKDAHL ANGLIN (SUECO)
- CORONEL ALFREDO SCHÖNEMEYER (SUECO)
- TENIENTE CORONEL GÜNTHER VON BELOW
- TENIENTE CORONEL HERMAN ROGALLA VON BIEBERSTEIN
- TENIENTE CORONEL KARL HAENLEIN

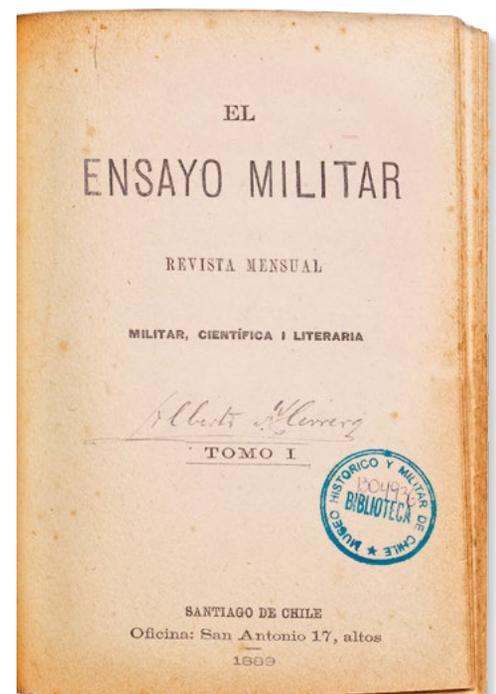
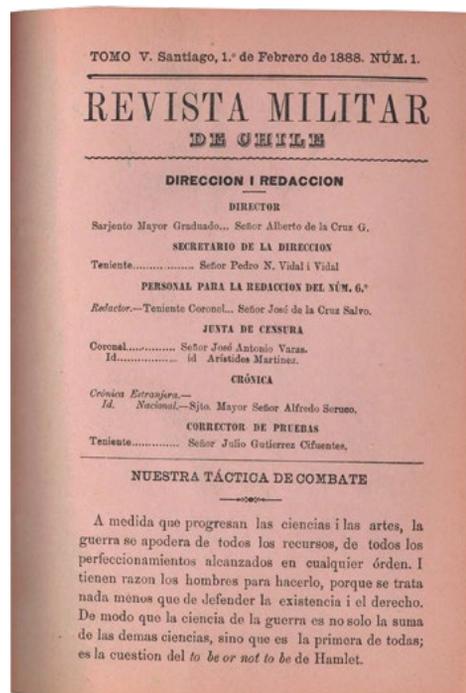
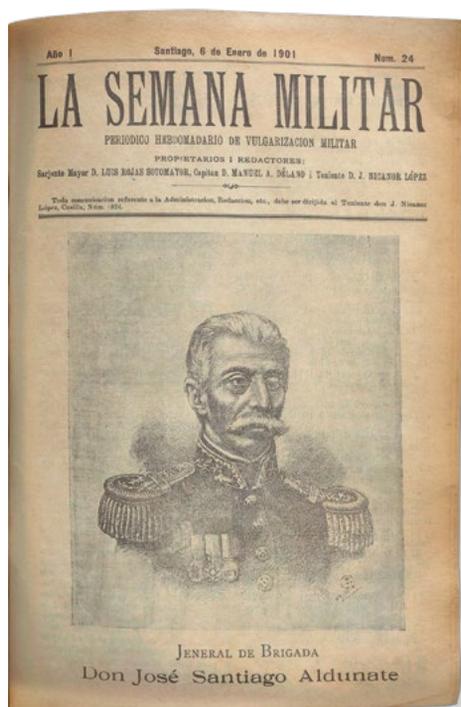




- CAPITÁN GEORG KARL ALFRED VON OVEN
- CAPITÁN FEDERICO PRISCHER
- CAPITÁN KARL VON RUXLEBEN
- CAPITÁN FRITZ VON WRANGEL
- CAPITÁN EGON VON WULFFEN
- CAPITÁN VÍCTOR LINDHOLM
- CAPITÁN OTTO VON MOLTKE
- CAPITÁN SCHMEDTMAN VON WUTHENOW
- CAPITÁN FEDERICO MAUCK
- TENIENTE THILO CURT ERNST GRAF VON BROCKENDORFF – AHLEFELD
- TENIENTE HANS GERHARD VON DER SCHULENBURG WOLFSBURG
- TENIENTE FRIEDRICK VON ERCKERT
- TENIENTE FRITZ GÜTTICH
- TENIENTE ROBERTO HORN
- TENIENTE WALTER GRAF VON KÖNIGSMARCK
- TENIENTE PAUL VON LETOW VORBECK
- TENIENTE WALTER VON SCHELLENDORF
- TENIENTE HUGO SCHNEEVOIGT

- TENIENTE CORONEL ERICK HERRMANN
- TENIENTE CORONEL HANS MOHS
- TENIENTE CORONEL JULIO BERHENS
- TENIENTE CORONEL EDUARDO GUTIKE
- SARGENTO MAYOR HERMANN VON DER HAARDT
- SARGENTO MAYOR ERNESTO ROTH TERB
- SARGENTO MAYOR FEDERICO SIPPMMANN
- SARGENTO MAYOR FRIEDRICH EDLER VON ROGISTER
- SARGENTO MAYOR AXEL SIRVERT
- SARGENTO MAYOR AUGUSTO BROGUARD
- SARGENTO MAYOR BALDOMERO DRENTHHEL (RUSO)
- SARGENTO MAYOR KARL ZIMMERMANN
- SARGENTO MAYOR ALFREDO KILLERMEISTER
- CAPITÁN CONSTANTINO VON ALVENSLEBEN
- CAPITÁN EDUARDO BANSE
- CAPITÁN EUGENIO VON FRITSCHÉ
- CAPITÁN KURT GRAHL
- CAPITÁN SEGISMUNDO VON HARBOU
- CAPITÁN HUGO JANUSKOWSKY
- CAPITÁN ALEXANDER STANISLAU VON JOEDEN
- CAPITÁN ENRIQUE MARCARD





Revistas militares que surgieron luego del término de la Guerra del Pacífico

dadera profesión que requería de una especial maestría. Este proceso de cambios y de reflexión profesional quedó en evidencia con la creciente edición de un conjunto de revistas militares que se convertirían en un adecuado instrumento para la divulgación y el debate de temas profesionales.

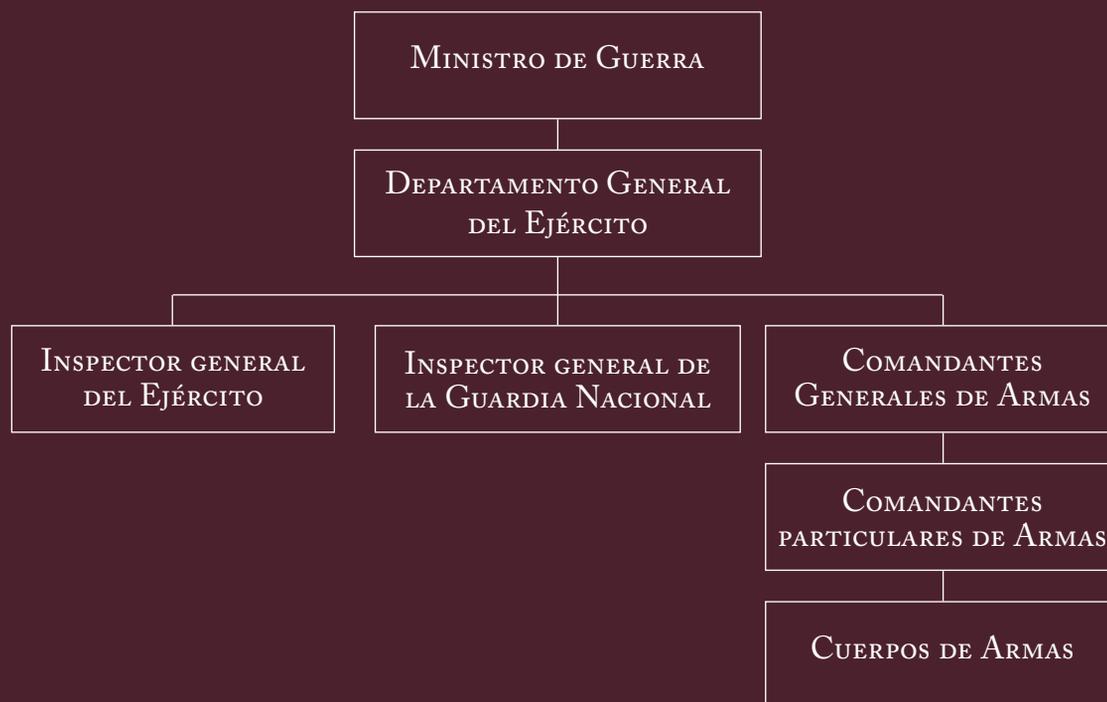
En los años siguientes, el diseño de la arquitectura educacional continuó transformándose: en 1900 la Escuela de Clases fue trasladada a San Bernardo, y años más tarde, en 1924, se desprendería de ella la Escuela de Infantería; en 1902 se creó la Escuela de Aplicación de Ingenieros Militares como clara expresión de la importancia que se le otorgaba a la formación ingenieril y a las matemáticas; en 1903 se creó la Escuela de Aplicación

de Caballería; más tarde, en 1921, la Escuela de Artillería; y posteriormente en 1924 la Academia Técnica Militar. Solo la creación de la Escuela de Aeronáutica Militar en 1913 no sería consecuencia de la "prusianización", pues sus impulsores habían recibido influencia de la aviación francesa.

Conforme a las normas a esa fecha vigentes, bajo la autoridad del ministro de Guerra se encontraban el inspector general del Ejército y el de la Guardia Nacional, los que en su verdadero sentido no eran autoridades de mando, porque el ministerio se entendía directamente con las unidades de tropa cada vez que lo estimaba conveniente. De esta forma, las funciones del inspector general se limitaban a revistar las diferentes unidades y a

ORGANIZACIÓN DEL MANDO DEL MINISTERIO DE GUERRA

Reglamento Orgánico del Ministerio de Guerra. Mayo de 1890



tramitar la correspondencia entre estas y el gobierno; y, sobre todo, a vigilar que se cumpliera a cabalidad lo establecido en la Ordenanza General del Ejército de 1839.

Como se señaló, con el triunfo de la causa congresista los aires reformadores alcanzaron mayor fuerza y profundidad. Como sucede con todo proceso de transformación, este había encontrado resistencia, particularmente entre los oficiales que habían sido formados en Francia, tales como los generales Luis Arteaga y José Francisco Gana, quienes, siendo director de la Escuela Militar y de la Academia de Guerra, el primero, e inspector general de la Guardia Nacional y luego ministro de Guerra el segundo, habían sido detractores del mo-

delo prusiano que se pretendía imponer. Fue por ello que solo al ser derrotados en 1891 se abrieron las compuertas que frenaban el caudal reformador.

A poco de finalizar la guerra civil se comenzaron a observar los primeros cambios en la organización del Ejército, y ya en abril de 1892 el jefe del Estado Mayor informaba a sus superiores de la sustitución de la Inspección General por un Estado Mayor General permanente el que, en términos generales, constaba de una plana mayor con las secciones de organización, instrucción, trabajos científicos y de administración.

Las situaciones internacionales que se presentaron en la década de 1890 pusieron a prueba al Ejército, particularmente por las controversias li-

ARTILLERÍA



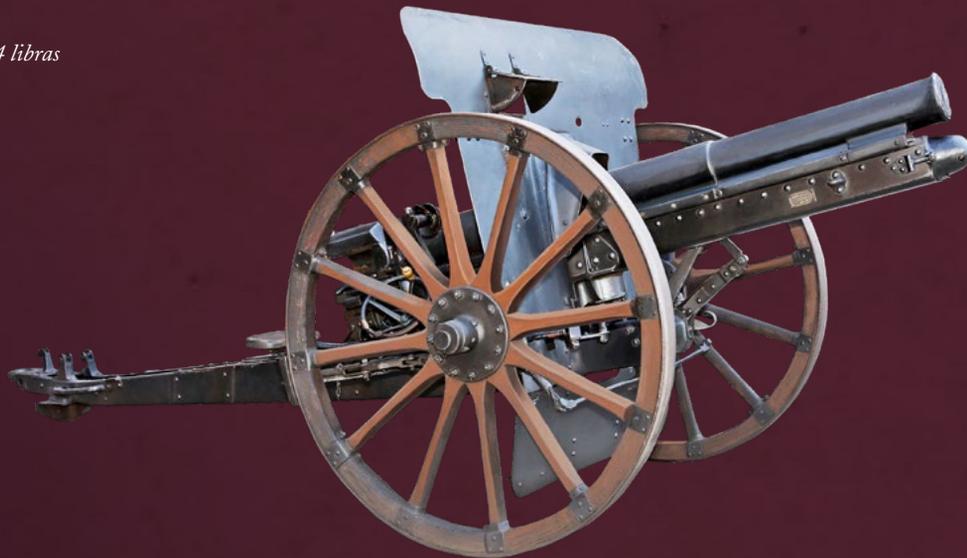
*Culebrina española
Siglos XVI-XVII*



*Cañón "El Republicano" de 4 libras
Ejército de Los Andes*



*Cañón de Campaña Krupp
M-80 de 75 mm
Guerra del Pacífico*



Cañón Krupp 75 mm, 1912

El arma principal de la artillería durante la conquista y la colonia fue la culebrina, arma de avancarga y puntería directa. En el siglo XVIII, la artillería disparaba proyectiles esféricos y tenía cañones de ánima lisa. Hacia el siglo XIX, la unidad era la batería, con 4 a 8 piezas.

A mediados del siglo XIX se fundían cañones en la maestranza de Limache, y en 1874 llegaron las primeras piezas Krupp. Durante la Guerra del Pacífico, se le sumaron otros modelos y calibres de la misma marca.



Obús NA 105 mm



*Obús de montaña
OTO Melara*



Lanza Cohetes Múltiples LAR



Obús ATP M-109

Después de la I Guerra Mundial llegaron las piezas francesas Schneider y se organizaron las primeras unidades de montaña. Avanzado el siglo XX la computadora y el telémetro láser mejoraron los procedimientos de dirección del fuego. Durante la década de 1990, se estrenaron las baterías de lanzadores de cohetes múltiples, junto a los obuses autopropulsados AMX-13 de 155 mm. y los obuses Soltam 155 mm. A comienzos del siglo XXI debutaron los obuses autopropulsados M-109 integrando las brigadas acorazadas.



Tropas de Lanceros frente a la estación del ferrocarril Tacna-Arica. La provincia de Tarata fue devuelta al Perú el 1 de septiembre de 1925

mítrofes surgidas con Argentina y con Bolivia. Se cumplían además diez años del Tratado de Ancón suscrito con el Perú y para aliviar la tensión vecinal era imperativa una decisión respecto de la soberanía de Tacna y Arica. Era, por tanto, indispensable contar con una fuerza disuasiva que permitiera dar adecuado respaldo a la política exterior.

Mediante los decretos supremos de 19 de julio de 1895 y de 19 de marzo de 1896, se reorganizó el despliegue territorial del Ejército con la creación de las zonas militares, lo que vino a llenar un vacío organizacional importante. Se establecieron cuatro zonas a lo largo del país, y se nombraron los jefes y el personal necesario para la marcha regular de sus servicios. La Primera Zona abarcó desde Tacna hasta Atacama; la Segunda desde Coquimbo hasta Colchagua inclusive; la Tercera

desde Curicó a Concepción inclusive; y la Cuarta desde Biobío a Chiloé. Cada zona estaba guarnecida por una brigada, con cuerpos de las tres armas. Más adelante, por Decreto del 24 de mayo de 1901, se creó una Quinta Zona Militar con jurisdicción sobre las provincias de Valdivia, Llanquihue y Chiloé. El territorio de Magallanes dependía directamente del Estado Mayor General.

Otro cambio importante fue la disolución de las comandancias generales y las comandancias particulares de armas. Las funciones militares que los intendentes y gobernadores ejercían, de acuerdo a la Ley de Régimen Interior del Estado y de la Ordenanza General de Ejército, pasaron a ser detentadas por los comandantes de las zonas militares, con lo que se buscó profesionalizar y despolitizar el mando y la conducción militar.

La modernización del reclutamiento

Para muchos, a fines del siglo XIX la piedra angular del edificio militar radicaba en el proceso de reclutamiento del Ejército, el que necesaria y urgentemente debía ser reemplazado por un sistema obligatorio.

Como se dijo, desde la llegada de los instructores alemanes se había identificado como uno de los principales problemas del Ejército a los procedimientos de reclutamiento, que permitían el ingreso a las filas de elementos desplazados de las actividades agrícolas e industriales y que, por lo mismo, carecían de una instrucción suficiente que les permitiera desempeñarse en sus funciones en buena forma. Por ello, el gran anhelo era la instauración de un sistema de conscripción que, siguiendo el modelo vigente en el Imperio Alemán, obligase a todos los ciudadanos a servir en el Ejército.

Se ensayaron diferentes modalidades de re-

clutamiento, pero no fue sino hasta 1895 que se inició la discusión y búsqueda de una fórmula definitiva. Así, finalmente se llegó a la redacción de la “Ley de Reclutas y Reemplazos del Ejército y la Armada”, la que promulgada el 5 de septiembre de 1900 dispuso, entre otros aspectos, que: “todos los chilenos de 20 a 45 años de edad, en estado de cargar armas, están obligados a servir en el Ejército y en la Armada en la forma establecida por esta ley”. La ley contemplaba, además, que los ciudadanos entre los 20 y 21 años debían servir en un cuerpo por un mínimo de nueve meses y que una vez licenciados pasaban a la primera reserva por un período de nueve años y a la segunda reserva hasta los 45 años de edad. Con esta medida —en forma indirecta— se ponía término a la Guardia Nacional, que hasta esa fecha era la instancia a través de la cual se formaban las reservas del Ejército.

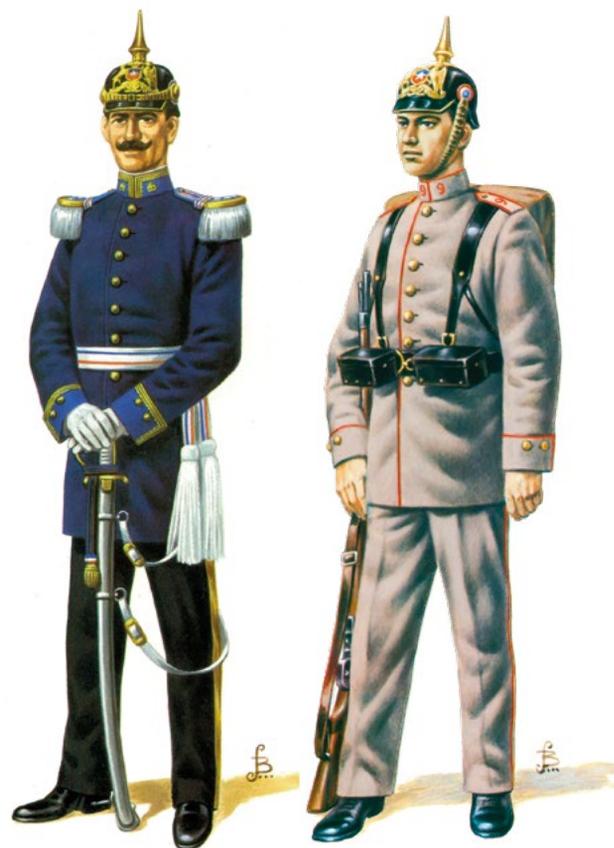
PROFESIONALIZACIÓN, REORGANIZACIÓN Y TRANSFORMACIÓN

Las reformas de 1906

En forma progresiva, el modelo de disciplina como base de la profesionalización, el alistamiento operacional, la actualización de los diferentes reglamentos, la incorporación de las tradiciones y de los uniformes de corte prusiano continuaron extendiéndose. Los oficiales chilenos que años antes se habían perfeccionado o instruido en Alemania —los llamados “germanófilos”—, comenzaron a tomar mayor protagonismo en este proceso.

Hacia 1898, la Escuela Militar y el Escuadrón Escolta Presidencial habían adoptado el uso del casco prusiano (*pickelhaube*); el Ejército completo lo hizo en 1906, después que por Decreto Supremo de enero de 1905 se pusiera fin al uso de uniformes de modelo francés. Así, el rojo garance utilizado en la Guerra del Pacífico, daba paso al “azul Prusia”; y, más tarde, al “gris verde”, el que con alguna deformación cromática continúa en uso hasta el día de hoy.

Después de la modernización de los procesos de formación de los oficiales y clases, de la actualización de diversos reglamentos, de la



instauración del servicio militar obligatorio, de la readecuación del despliegue territorial y de la disolución de las comandancias de armas y creación de las zonas militares, había llegado el



Edificio que albergó a los Arsenales de Guerra del Ejército. Colección Museo Histórico Nacional

momento para que se diera el siguiente paso: la reestructuración superior de la institución.

Así, el 12 de abril de 1903 se decretó que el Ministerio de Guerra sería el órgano de ejecución de todas las órdenes del gobierno relativas al Ejército y a sus servicios anexos. Para cumplir con ello se le organizó del siguiente modo: I Subsecretaría de Guerra; II Departamento del Personal; III Departamento General de Justicia; IV Departamento de Instrucción; V Departamento Administrativo; VI Estado Mayor General; VII Comandancia en Jefe de zonas militares; VIII Comandancias Generales de Armas; IX Comisión Calificadora de Servicios; X Dirección de Sanidad Militar; XI Dirección de Fábricas y Maestranzas; y XII Dirección de Arsenales de Guerra.

Hasta ese momento, el mando del Ejército lo continuaba teniendo el ministro de Guerra, pero el jefe del Estado Mayor General había asumido las funciones que antes había detentado el inspector general. Poco después, en mayo de

1904, se reinstauró el cargo de inspector general dependiendo directamente del Ministerio y asumiendo el mando de todas las dependencias de este, a excepción de la Subsecretaría. De esta manera, el inspector general no volvió a tener la influencia que había tenido en el pasado, ya que se había optado por el fortalecimiento del poder del Estado Mayor General. Con todo, el Ejército continuó careciendo de un mando militar centralizado, lo que condujo a que pocos años después se volvieran a realizar nuevas adecuaciones, particularmente influidas por las lecciones aprendidas de la denominada "Movilización de 1920".

En 1906 se había protocolizado la reforma militar que consolidó el modelo prusiano, la que, tal como se ha señalado, consistió en la descentralización de la estructura del poder al interior del Ejército a través de la reducción de las atribuciones del inspector general y del incremento del poder de los comandantes de las zonas militares (más tarde de los comandantes de división), en

un claro estímulo a la libertad de acción de los mandos operativos. Junto a ello, se potenció el Estado Mayor General como órgano de coordinación, de planificación de operaciones y de movilización. En definitiva, la reforma de 1906 buscó flexibilizar las relaciones de mando y hacer más expedito el accionar del Ejército. Su impacto fue tan grande que aún se mantienen vigentes muchas de sus disposiciones. La reforma había sido el trabajo de un grupo de oficiales formados en Alemania, que contaron con el apoyo del entonces ministro de Guerra, general Salvador Vergara.

Como se dijo, la reforma del 12 de mayo de 1906 estableció, en lo sustantivo, que el jefe del Ejército continuara siendo el ministro de Guerra y que su cartera se organizara en diversos departamentos a los que se les asignaban atribuciones relativas a la institución, tales como: la constitución del mismo; la redacción de leyes y reglamentos orgánicos; la determinación de la planta en período de paz y en caso de guerra; y la adquisición de armamento, material, vestuario, equipo, además de la construcción de fortificaciones, entre otras funciones.

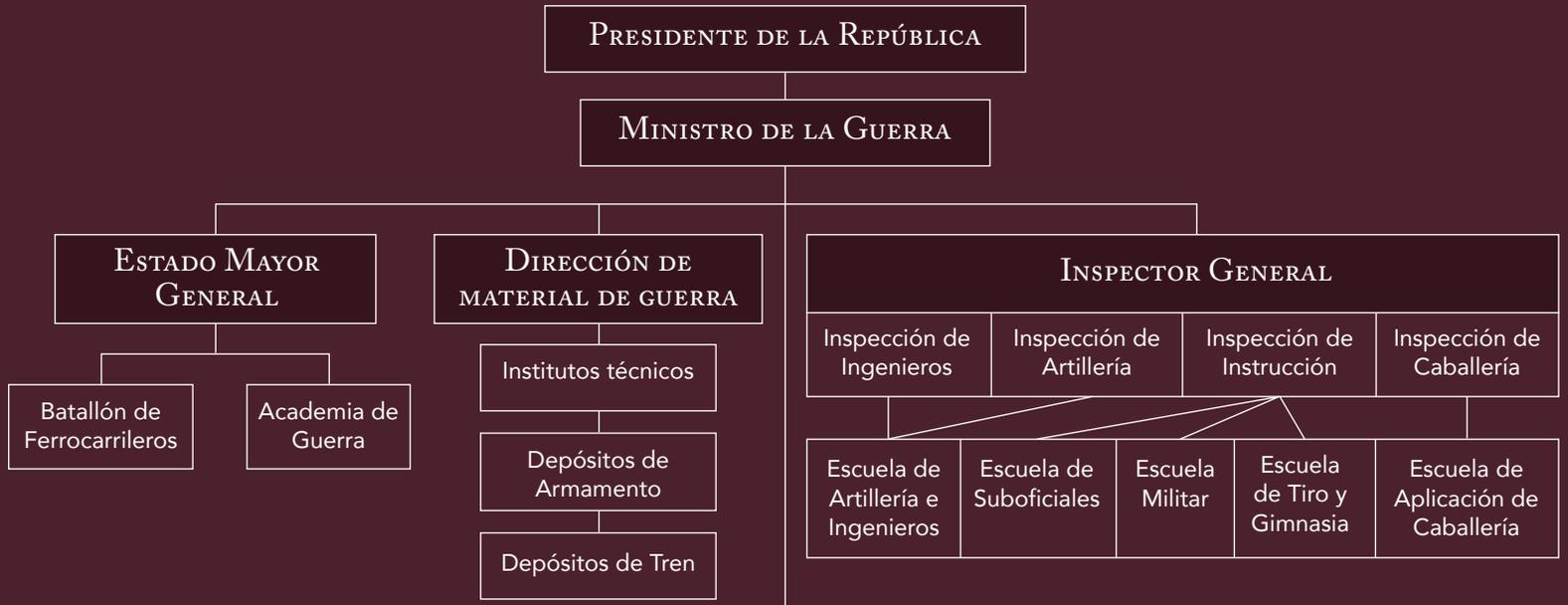
Por su parte, el Estado Mayor General —que dependía directamente del ministro— quedó constituido por los departamentos Central, de Informaciones, de Transportes y de Levantamiento, más la sección de Historia. Este organismo —permanente en la paz— estaba encargado de la elaboración de los planes de guerra, de mantener al día las cartas topográficas, mapas

y planos de los posibles teatros de operaciones, de la organización del Ejército, de acuerdo con las necesidades resultantes de dichos planes, y de la recomendación de adquisiciones de armamento para equiparlo.

Por decreto de 15 de mayo de 1906, las Zonas Militares cambiaron de denominación por la de Divisiones de Ejército, nombre que se mantiene hasta la actualidad. Las divisiones quedaron compuestas por brigadas y cada una de estas por dos regimientos de infantería —o dos de caballería—, al mando de un coronel, al que asesoraba una plana mayor de brigada. Dependían del comandante en jefe de la División, pero en todo lo relativo a la instrucción se entendían directamente con sus unidades subordinadas. Los regimientos de infantería se organizaron sobre la base de batallones (uno o dos) y estos en compañías (cuatro por batallón); los de artillería contaron con grupos, los que se constituyeron sobre la base de baterías (tres por grupo).

De esta manera, el Ejército en 1906 quedó conformado por cuatro divisiones (Iquique, Santiago, Concepción y Valdivia), diez brigadas (8 de infantería y 2 de caballería), 16 regimientos de infantería, 6 de caballería, 4 de artillería, 4 compañías de zapadores, un Batallón de Ferrocarrileros y 4 compañías de tren (columnas de transporte). Ese mismo año, se dictaron nuevos decretos cuyos objetivos eran crear nuevas unidades que completarían las divisiones en materia de armamento y servicios: destacan el Batallón de Ferrocarrileros —dependiente del Estado Ma-

ESTRUCTURA DEL EJÉRCITO (1907)



PRIMERA DIVISIÓN				SEGUNDA DIVISIÓN				TERCERA DIVISIÓN				CUARTA DIVISIÓN			
Estado Mayor Particular				Estado Mayor Particular				Estado Mayor Particular				Estado Mayor Particular			
1. BRIG.		2. BRIG.		3. BRIG.		4. BRIG.		5. BRIG.		6. BRIG.		7. BRIG.		8. BRIG.	
Regimiento de infantería Rancagua	Regimiento de infantería Carampangue	Regimiento de infantería Esmeralda	Regimiento de infantería O'Higgins	Regimiento de infantería Buin	Regimiento de infantería Pudeto	Regimiento de infantería Maipo	Regimiento de infantería Yungai	Regimiento de infantería Chillán	Regimiento de infantería Valdivia	Regimiento de infantería Chacabuco	Regimiento de infantería Lautaro	Regimiento de infantería Tucapel	Regimiento de infantería Caupolicán	Regimiento de infantería Chiloé	Regimiento de infantería Llanquihue
Regimiento de Caballería N° 1				Grupo de Ametralladoras N° 1				Grupo de Ametralladoras N° 2				Regimiento de Caballería N° 3			
				1ª Brigada de Caballería				2ª Brigada de Caballería							
Regimiento de Artillería N° 2				Regimiento de Caballería N° 2				Regimiento de Caballería N° 5				Regimiento de Artillería N° 4			
				Regimiento de Caballería N° 4				Regimiento de Caballería N° 6							
Compañía de Zapadores Atacama N° 4				Regimiento de Artillería N° 1				Regimiento de Artillería N° 3				Compañía de Zapadores Arauco N° 3			
				Grupo de Caballería N° 1				Grupo de Caballería N° 2							
Compañía de Tren N° 1				Compañía de Zapadores Santiago N° 2				Compañía de Zapadores Concepción N° 1				Compañía de Tren N° 4			
				Compañía de Tren N° 2				Compañía de Tren N° 3							

Organigrama confeccionado a partir de información contenida en el segundo número del Memorial del Ejército de Chile, de 15 de enero de 1907

yor General—. Se reorganizó el Regimiento de Gendarmes, que pasó a llamarse de Carabineros y se le agregaron dos grupos de ametralladoras. Con esta unidad se cumplieron algunas tareas de carácter policial que recayeron en el Ejército.

En otra innovadora medida se crearon las compañías de tren (transportes) entre 1906 y 1909, las que fueron asignadas a las divisiones con la finalidad de mejorar el transporte de bastimentos. Estas unidades se organizaron de forma parecida a las alemanas y su material contó, en el primer momento, con carros hipomóviles de transporte, carros ambulancias y carros de incendio hipomóviles. La organización de las compañías respondía a las necesidades de abastecimiento y acarreo de las grandes unidades y fueron la base de los que posteriormente se convirtieron en los batallones de tren y, años más tarde, en las unidades de transporte.

En 1910, el general Emilio Körner, que se había convertido en el símbolo de este proceso, se acogió a retiro del Ejército chileno con el grado de general de división, después de haberse desempeñado como jefe del Estado Mayor General (1895-1904) y como inspector general (1904-1910).

Al inicio de la Primera Guerra Mundial, en 1914, los oficiales alemanes comisionados en el país debieron regresar a su patria para partir al frente de combate. Al finalizar la guerra, la coope-



*General Emilio Körner Henze en 1906.
Colección Biblioteca Nacional de Chile*

ración militar continuó, pero a una escala menor.

Ante la necesidad que la institución tuviera un mando militar único, que permitiera armonizar las previsiones del Estado Mayor General con el actuar de las divisiones, años más tarde, el 27 de abril de 1931, se realizó uno de los cambios más trascendentales en la estructura superior de la institución: la creación del Comando en Jefe del



El Ministerio de Guerra y Marina frente al palacio de La Moneda en 1916. Archivo Cenfoto-UDP

Ejército. El nuevo mando debería resolver por sí mismo o someter a aprobación del Ministerio de Guerra, en forma de decretos o disposiciones, todas aquellas cuestiones que se relacionaban con el ejercicio de sus atribuciones pasando a constituirse en un mando directo e independiente con atribuciones claramente definidas. El primer comandante en jefe del Ejército bajo esta nueva modalidad —que implicó que por primera vez en la historia el Ejército tuviera un comandante con mando integral en tiempo de paz— fue el general de división Bartolomé Blanche Espejo.

Los críticos de la “prusianización” —tanto actores involucrados como historiadores— coinciden en que se exageró la copia del modelo alemán, sin tener en consideración las disímiles realidades nacionales en aspectos culturales, económicos, poblacionales y geográficos. En ello, principalmente, habría influido el excesivo

entusiasmo de los oficiales chilenos que, habiendo estudiado en Alemania, habían vuelto al país a profundizar las reformas introducidas por los instructores alemanes.

Este proceso marcado por la influencia alemana terminó siendo muy beneficioso para el Ejército chileno. En un cuarto de siglo de aplicación se produjo una muy notoria modernización de la institución y una profesionalización superior de su cuerpo de oficiales y suboficiales. A partir de la década de 1920 —al término de la Gran Guerra—, después de producirse una nueva síntesis de mayor adaptación de lo alemán a la realidad nacional, el Ejército encontró su verdadera identidad en un modelo que — pese a todas las críticas— se constituyó en un ejemplo para toda Latinoamérica, reafirmando que las reformas resultaron en un cambio radical y sustancioso cuya impronta dura hasta el día de hoy.

PROFESIONALIZACIÓN, REORGANIZACIÓN Y TRANSFORMACIÓN

La Segunda Guerra Mundial y la influencia estadounidense

Al asumir el gobierno de Gabriel González Videla en 1946, la situación económica nacional era precaria debido al proceso inflacionario y al consecuente deterioro en las remuneraciones reales que afectaba al país, lo que daba motivo para frecuentes huelgas y protestas. No es de extrañar entonces que el comandante en jefe de la época, general Guillermo Barrios, influido por los efectos políticos y estratégicos derivados de la Segunda Guerra Mundial y, particularmente, por la situación económica nacional, orientara sus esfuerzos a la adecuación del Ejército a la realidad económica, buscando configurar una fuerza más reducida, sustentable y eficiente.

Las decisiones que se tomaron fueron drásticas y dolorosas desde el punto de vista del impacto que provo-

caron en el personal de la institución. La dura experiencia dejó como lección el que el Ejército debería basar su desarrollo más en consideraciones cualitativas, que en las dimensiones cuantitativas de la fuerza.

Así, finalizada la Segunda Guerra Mundial y al producirse la división del mundo en dos bloques antagónicos, Chile, al igual que el resto de los

países del continente, quedó alineado tras los Estados Unidos de América. En 1947, se firmó en la ciudad de Río de Janeiro el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), suscrito por más de veinte países de la región. Todos ellos resolvieron permanecer unidos dentro de un sistema compatible con los principios de las Naciones Unidas, reafirmando los acuerdos para el mante-



General Guillermo Barrios Tirado



Escuela de Unidades Mecanizadas en instrucción del tanque M3-A1, 1945

nimiento de la paz y seguridad internacional en el ámbito de la región. Adhirieron al compromiso de la solución pacífica de las controversias y a proveerse ayuda recíproca efectiva frente a ataques armados. Todos estos acuerdos ligaron a Chile al bloque occidental y, por ende, a los Estados Unidos, que ejerció un liderazgo efectivo en la región.

Como consecuencia de esta alineación, nuestro país firmó en abril de 1952 el Pacto de Ayuda Militar (PAM), acuerdo bilateral que permitía que los Estados Unidos proporcionara ayuda técnica, económica y militar con el fin de vigorizar la seguridad mutua, y la defensa individual y colectiva del mundo libre, facilitando la participación efectiva de los países en el sistema de seguridad colectiva de las Naciones Unidas.

Se reactivaron los débiles contactos docentes con el ejército estadounidense que derivaron en

una nueva influencia doctrinaria, lo que ocurrió a partir de 1942, cuando se inició el envío de oficiales —al igual como hace casi sesenta años atrás se había hecho con Alemania— a realizar cursos en diferentes escuelas del Ejército norteamericano: infantería en Fort Benning; blindados en Fort Knox; artillería en Fort Sill; ingenieros en Fort Belvoir; comunicaciones en Fort Montmouth; y servicio de estado mayor en Fort Leavenworth.

A principios de 1943 habían llegado los primeros vehículos blindados, algunos de los cuales fueron incorporados en la orgánica del Regimiento de Caballería N° 8 "Exploradores" en Antofagasta; al año siguiente, se organizaron los regimientos Blindado N° 1 en Iquique y N° 2 en Santiago y se creó la Escuela de Unidades Motorizadas.

El Ejército de Estados Unidos basaba la eficiencia de sus componentes en manuales muy completos y en una instrucción sistemática hacia



Alumnos de la Academia de Guerra a comienzos del siglo XX

el personal, tanto a través de la educación como de la instrucción militar. Los profesores y los instructores recibían apuntes de docencia con la recomendación de no apartarse de ellos, evitándose así que criterios personales hicieran variar —indebidamente— la uniformidad y estabilidad orgánica y doctrinaria de la institución. El sistema impuesto dejaba al individuo menos iniciativa que la que había inculcado el sistema alemán.

El progreso de las armas agilizó los cambios en la organización e instrucción del Ejército. El material que se comenzó a recibir desde los Estados Unidos hizo necesaria una reestructuración de algunos organismos a fin de armonizar la instrucción. La Academia de Guerra empezó a trabajar de acuerdo con las formas que tomó la guerra producto del rápido desarrollo de los medios, dado que los efectos de las nuevas ar-

mas, municiones, elementos de comunicaciones, transporte y medios aéreos, le habían dado al campo de batalla una fisonomía diferente de la que hasta ese entonces tenía.

También experimentaron cambios las unidades de infantería, artillería, caballería, ingenieros y transportes. Así, la infantería —además de la renovación de su armamento— reforzó las unidades del batallón y se les dio mayor potencia de fuego; la artillería modificó sus planas mayores y agilizó el sistema de tiro como consecuencia de la movilidad de los blancos; la caballería utilizó elementos motorizados para la exploración; y los zapadores adoptaron el uso de unidades de puentes con elementos rápidos, algunos del tipo mecano.

La organización del Ejército, si bien siguió un patrón estadounidense, no se ciñó estrictamente a él y conservó muchas de las características que



tenía. La estructura del mando y la disciplina permanecieron incólumes.

La reglamentación dictada entre los años 1940 y 1952 reestructuró los distintos organismos dependientes de la Dirección de Servicios, agilizándolos para su empleo como elementos indispensables en el apoyo de las fuerzas combatientes. Especial importancia adquirió el Servicio de Material de Guerra, por el gran consumo de munición que significó el desarrollo técnico de las armas, y por la creación de nuevos elementos de combate que habían traído efectos en la planificación estratégica y táctica.

Un hecho particularmente importante ocurrió en julio de 1947, con la aprobación del nuevo Reglamento Orgánico de la institución, el que disponía estudiar y redactar la Doctrina de Guerra del Ejército sobre la base de la Doctrina de Guerra Nacional aprobada por el Consejo Superior de Defensa, la que entre otras medidas trascendentes obligaba, en lo doctrinario, a introducir los principios modernos de la conducción operativa y del mando táctico.

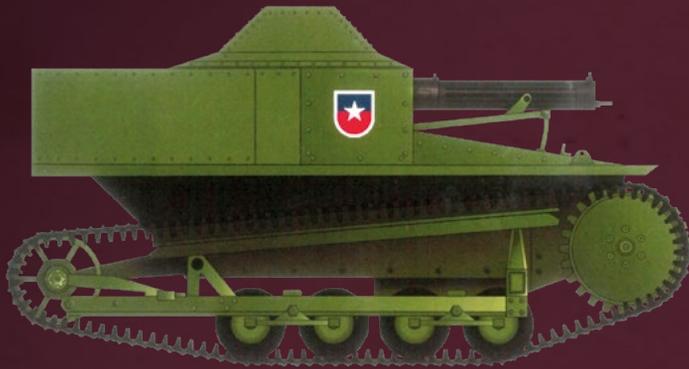
En 1951, se organizó la Misión Militar del Ejército en Washington DC, con la finalidad de se-

leccionar material y reglamentación que sirviera para el proceso de modernización de posguerra. A su vez, como parte del programa de apoyo se había organizado una misión militar estadounidense en Santiago.

La Academia de Guerra, como resultado de los informes de los oficiales de estado mayor que acudían a Fort Leavenworth, procedió a reformar su plan de estudios. Digno de destacar es la incorporación de los ramos de Organización Militar y Administración de Personal (1945), Estrategia y Geopolítica (1951), y Movilización e Informaciones (1952).

En 1951, en la reunión de consulta de ministros de Relaciones Exteriores, se le otorgó especial impulso a la seguridad hemisférica, asignándose a la Junta Interamericana de Defensa (JID) la misión de elaborar la planificación militar de la defensa común del hemisferio. Poco después, se fundó el Colegio Interamericano de Defensa (CID), con la misión de realizar cursos para oficiales graduados de estado mayor de los ejércitos de la región, y entregarles criterios comunes en materia de seguridad y defensa.

VEHÍCULOS BLINDADOS



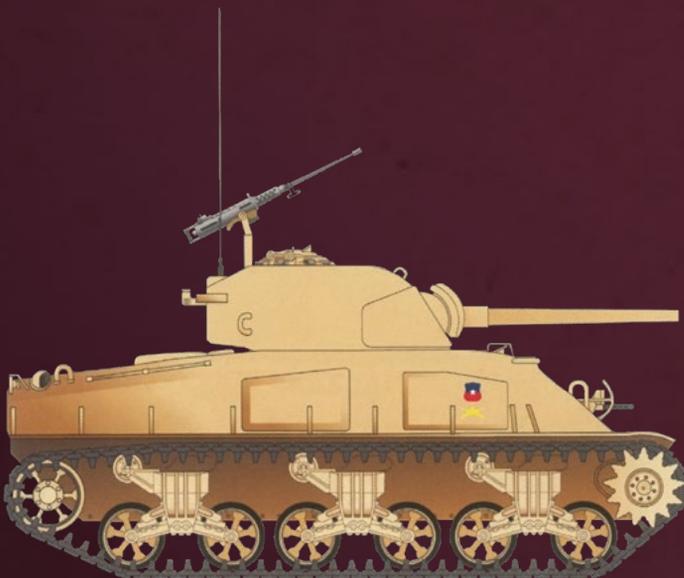
1931

Carro Carden Lloyd MK VI



1943

Tanque ligero M3 A1 Stuart



1942

Tanque mediano M4 Sherman

El Ejército se inició en el camino de la mecanización el año 1931 con la llegada de los carros británicos Carden Lloyd MK VI. Seguidamente, durante la Segunda Guerra Mundial, en el año 1943, se incorporaron los tanques M-3 A-1 Stuart y los carros blindados M-3 Scout. En abril de 1944 se creó la primera unidad de estas características, el Regimiento Blindado N° 1.

El tanque había aparecido por primera vez en 1916, en la batalla del Somme, durante la Primera Guerra Mundial. Esta nueva arma devolvió a las unidades el dinamismo y la movilidad que les habían sido arrebatadas por la artillería y las ametralladoras. Su aparición, junto a los aviones, cambió la táctica y la estrategia en el campo de batalla, produciendo un giro radical en la forma de hacer la guerra.



1964

Tanque M 41 Walker Bulldog



1981

Tanque AMX 30



1999

Tanque Leopard 1V



2007

Tanque Leopard 2 A4

VEHÍCULOS DE COMBATE DE LA INFANTERÍA BLINDADA Y MECANIZADA

Fue en 1920 cuando el Ejército, con la llegada de los camiones White, inició su proceso de motorización, el que con el transcurso de los años se fue intensificando al incorporar vehículos motorizados de diferentes tipos.

Como consecuencia del proceso de modernización institucional, iniciado a comienzos de la década de 2000, se crearon las Brigadas Acorazadas y se mecanizó a diversas unidades de infantería, dotándolas de los vehículos de infantería blindada y mecanizada correspondientes.



Carro mecanizado de transporte de tropas APC M113



Carro mecanizado de transporte de tropas Mowag 6x6



Carro mecanizado antiaéreo Mowag Ramta 6x6



Carro mecanizado artillado de transporte de personal YPR 765



Carro blindado Marder

La reorganización y la transformación: una constante

A fines de la década de 1960, los entornos políticos y estratégicos derivados de la Guerra Fría condujeron a que el Ejército iniciara una nueva readecuación. Para ello, se elaboró el Plan Regulador de la Orgánica del Ejército (PROE), a fin de orientar el desarrollo institucional durante los años siguientes.

Simultáneamente, la instrucción y el entrenamiento incorporaron las experiencias derivadas de las operaciones en la montaña y jungla durante las guerras de Corea y Vietnam. Cuando la lucha en esta última guerra se inclinó hacia la guerrilla, las operaciones de las pequeñas unidades (patrullas) se hicieron determinantes; la instrucción entró por un nuevo camino y convirtió al soldado —además de un experto en el uso de su arma—, en un elemento físicamente dotado para enfrentar a su adversario en el combate estrecho y en la lucha cuerpo a cuerpo. Fue la Escuela de Infantería la que inició los primeros ensayos de esas nuevas modalidades de instrucción.

En la década de 1970, producto de las situaciones de tensión y de crisis que nuestro país vivió con el Perú y con Argentina, el Ejército debió enfrentar complejos escenarios. Ante las crisis vecinales se requirió un sustantivo y acelerado proceso de aumento, instrucción y entrenamiento de las dotaciones de oficiales, suboficiales y soldados; a la vez que se debieron realizar despliegues y redespliegues estratégicos de las unidades obligando a que, en pocos años, se tuviera que trasladar el centro de gravedad de la fuerza militar a más de 4000 kilómetros de distancia —desde el extremo norte hacia la zona austral—, con todas las dificultades logísticas y administrativas que estos traslados implicaron. Fueron meses y años complejos que obligaron a generaciones de soldados a grandes sacrificios en el cumplimiento de sus obligaciones y, más tarde, superadas las crisis y recuperadas la concordia y la paz, a tener que enfrentar las consecuencias derivadas de la desmovilización y de la reducción de las dotaciones.



Las armas de caballería y de blindados se fusionaron en 1981

Para enfrentar los desafíos organizacionales y darle un sentido y proyección al desarrollo institucional, se creó en el Estado Mayor General la Dirección de Planeamiento del Ejército, la que en coordinación con las otras direcciones se encaminó a disminuir escalafones, adquirir servicios y rediseñar la pirámide de personal que asegurara la eficiencia y el mejor uso de los recursos disponibles. Junto a ello, nuevamente se fusionaron unidades y se eliminaron otras.

Asimismo, en la década de 1980, se efectuó —bajo la dirección de la Vice Comandancia en Jefe— una importante reforma a la instrucción mediante la implementación de nuevas metodologías en el nivel táctico para todas las armas. En esa misma época se redistribuyó el material blindado y se dispuso una reestructuración de esas unidades como resultado de la fusión de las armas de caballería y de blindados, dando origen así a la caballería blindada.

Ante los efectos derivados del nuevo orden mundial surgido después de la caída de la Unión Soviética y de la nueva realidad nacional y regional, se resolvió la elaboración del Plan Alcázar, el que sentó las bases para proyectar el desarrollo

de la estructura institucional al siglo XXI. Fue de esta manera que a inicios de la década del 2000 se aceleró la implementación de un nuevo proceso de reestructuración de las fuerzas —aún en desarrollo—, con el que, entre otros aspectos, se buscó el tránsito desde un despliegue asociado a la presencia en gran parte del territorio nacional, hacia un diseño operacional de las fuerzas basado en sistemas operativos con capacidades polivalentes. Largo proceso que ha conllevado la modernización de los sistemas de armas, el cierre y fusión de numerosas unidades, la creación de otras tantas y la reorganización de la estructura superior de la institución.

Como se puede observar, los procesos de modernización y de transformación del Ejército han sido una constante desde el siglo XIX en adelante, clara expresión de la necesidad de satisfacer las demandas que los contextos internacionales, económicos, políticos, sociales y estratégicos le han impuesto a la institución a fin de disponer de un instrumento militar capacitado para cumplir con eficacia y eficiencia las tareas que se le impongan.

LAS CRISIS VECINALES Y LA MANTENCIÓN DE LA PAZ

Durante el siglo XX Chile enfrentó una serie de situaciones altamente complejas con los países vecinos, motivadas fundamentalmente por diferendos de carácter limítrofe.

Con Argentina, los problemas se generaron por una diferente interpretación de los tratados firmados durante el siglo XIX, lo que llevó a que ambos países estuvieran al borde de la guerra, tanto a comienzos del siglo como en la década de 1970. Con el Perú, el término de la Guerra del Pacífico no alcanzó un epílogo armonioso y la relación entre los antiguos adversarios fue difícil —con tensiones, crisis y peligros de guerra incluidos—, hasta que se logró la firma del Tratado de 1929. La implementación de este tratado se alargó en el tiempo, generando nuevas situaciones difíciles, siendo la más extrema la ocurrida entre los años 1974 y 1975. Con Bolivia, pese a la firma del Tratado de Paz y Amistad de 1904 que protocolizó la cesión absoluta y perpetua de los territorios ocupados por Chile, se han generado una serie de tensiones diplomáticas, siendo las más serias la de la década de 1920 y luego la llamada “Cuestión del Lauca”.

En las siguientes páginas revisaremos la contribución que, en las diferentes situaciones de crisis vecinales, hizo el Ejército a la generación de una disuasión creíble que cooperó de manera muy relevante al resguardo de los intereses nacionales y a la mantención de la paz.

Ha terminado el problema del Pacífico

Después de gestiones diplomáticas directas entre Chile y el Perú, el problema de 50 años de Tacna y Arica ha quedado terminado.

Como lo anticipé en forma exclusiva en toda la América, "El Mercurio", en su edición del 4 de enero de este año, el arreglo definitivo entre Chile y el Perú ha quedado terminado a mediados de febrero y en todo caso antes del 4 de marzo, fecha en que el Presidente Coolidge hará entrega al Presidente electo de la Unión, del Mando Supremo de la República del Norte.

En esa misma oportunidad, dijimos que la base de este arreglo sería la partición, que-

El Gobierno del Perú ha sometido a la consideración de nuestra Cancillería una proposición que consulta la división de los territorios de Tacna y Arica, quedando todo el ferrocarril internacional a Bolivia en poder de Chile. El límite entre ambos países será un trazado que, siguiendo las aguas del río Lluta, que desemboca en Arica, siga paralelamente, a una distancia que fluctúa entre 16 y 4 kilómetros al norte de la línea del FF. CC. de Arica a La Paz.

Posteriormente, esto es, a los doce días después, el 17 de enero, desde Washington se confirmaba ampliamente la información de "El Mercurio".

El Canciller señor Ríos Gallardo, después de entrevistarse con el Presidente de la República en Constitución, redactará la nota chilena definitiva.

Acogiéndose a una insinuación hecha por Estados Unidos hace algún tiempo, el Morro de Arica servirá de base a un monumento a la Paz entre Chile y el Perú.

Se han confirmado en la forma más amplia las informaciones que "El Mercurio" ha venido dando desde el 4 de Enero último hasta el 13 del mes en curso.

Después que nuestra Cancillería envíe la respuesta de aceptación se procederá a firmar un Protocolo y se terminará con un Tratado Solemne entre ambos países.

Después de un meditado estudio y contemplando los altos intereses de su patria, la ha sometido hoy a la consideración de nuestra Cancillería. Per su parte, el Canciller chileno, señor Ríos Gallardo, quien, desde el primer momento, ha comprendido perfectamente la elevación mundial que le

ran a beneficio del Perú y las de la antigua ciudad de Arica a beneficio de Chile.

El Morro será un monumento a la Paz

Otro de los puntos consiguados en la propósición peruana es el que se relaciona a la utilización del Morro de Arica. Este Morro, según la información hecha anteriormente por los Estados Unidos y que también fue dada a conocer por "El Mercurio", servirá de base a un monumento conmemorativo de la paz definitiva entre ambos países.

Tratados de comercio y arbitraje

Tanto Chile como el Perú se



EL PRESIDENTE DEL PERU, EXCMO. SR. AUGUSTO B. LEGUÍA

Desde Arica para Chile y Tacna para el Perú, con algunas concesiones que no influyen en el fondo mismo de la cuestión.



El Canciller chileno Sr. Ríos Gallardo

Las informaciones de "El Mercurio"

Una noticia de tanta trascendencia provocó, naturalmente, gran expectación en todos los círculos, y aunque se pretendió desautorizarla, cartas y documentos vinieron a confirmar aún más las aseveraciones de "El Mercurio".

Para informar a S. E., el Canciller irá a Constitución

Hasta la 1.30 de la madrugada de hoy no se había recibido en la Cancillería la proposición del Gobierno del Excmo. señor Leguía; pero en las primeras horas de la mañana de hoy el importante documento debe llegar a manos del señor Ríos Gallardo.

Según hemos sido informados, apenas el señor Ríos Gallardo reciba oficialmente la proposición peruana, se trasladará a Constitución a fin de informar a S. E. el Presidente de la República del resultado de las gestiones y de la proposición peruana.

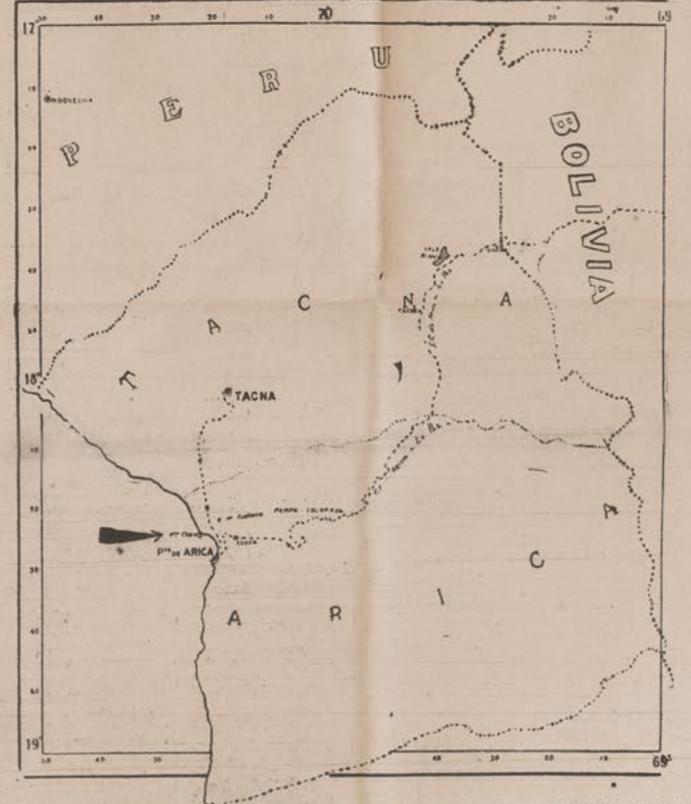
Ahora más, el 13 de este mes anunciamos al público que la solución del problema del Pacífico podía esperarse de un momento a otro, y después de mantener en todas sus partes las informaciones del 4 y del 16 de enero dejamos:

"Por eso es que, habiéndose llegado ya a una comprensión íntima de la situación, el anuncio del arreglo puede so-brevencir de un momento a otro; y entonces el Secretario de Estado de los Estados Unidos, Sr. Frank B. Kellogg, anunciará, al Presidente Coolidge que sus funciones de árbitro en la cuestión del Pacífico han cesado, antes que el Mandatario de la Unión abandone la Casa Blanca el 4 de marzo."

"Los Gobiernos de Chile y el Perú, las legadas, pues, al punto término de las negociaciones diplomáticas; pero, para finalizar las gestiones que vendrán a sellar esos convenios, faltará solamente un detalle, "una legitimación", que, en sí mismo tiene gran importancia y que venga a ser el lazo que estreche y unta a ambos Gobiernos en un solo ideal de paz y sagrado compromiso."

Culminan los hechos en la anidada solución

Finalizan los días y la información a que se refirió "El Mercurio" en su edición del 13 de este mes, con el carácter de un hecho concreto, correspondiendo al Embajador de Estados Unidos en Lima, Sr. Moore, transmitir al Presidente Leguía, quien, con un alto espíritu de "dilema", como respecto de nosotros de Estado, según un insu-



LA LÍNEA INDICA LA INICIACIÓN DE LA LÍNEA LIMÍTOFE ENTRE CHILE Y EL PERU, QUE SEGUIRÁ PARALELAMENTE AL NORTE DE TRAZADO DEL F. C. DE ARICA A LA PAZ.



El Secretario de Estado de E. U., Sr. Frank B. Kellogg

che como ejecutor de la política internacional del Gobierno del Excmo. señor Leguía, ha sabido encausar las negociaciones por un camino que contemple el derecho y la justicia y que sea, al mismo tiempo, la base para una amistad firme y duradera entre Chile y el Perú, pueblos que juntos nacieron a la vida independiente.

El Canciller trabajó hasta la madrugada de hoy

Como es natural, el Canciller, señor Ríos Gallardo, ha debido estar informado hasta en sus menores detalles de la gestación de este arreglo; en suiza de cualquier noticia de Lima o de Washington, estuvo trabajando hasta la madrugada de hoy en su despacho de la Cancillería.

Se firmará un Protocolo previo y un Tratado Solemne

Después de la respuesta afirmativa que dé nuestra Cancillería a la proposición peruana, se firmará un Protocolo que contenga todas las bases de arreglo entre Chile y el Perú, lo que después se transformará en un Tratado Solemne entre las dos naciones. Este último documento vendrá a poner término a las dificultades de hace 50 años y determinará la entrega al Perú de los territorios que a él le corresponden y que hoy se encuentran bajo la soberanía de Chile.

CHILE ACEPTARÁ LA PROPOSICION PERUANA

A pesar de que la noticia de la proposición peruana llegó a Santiago después de la medianoche, logramos conversar en las primeras horas de la madrugada con altas personalidades que han seguido muy de cerca las diversas incidencias del arreglo entre Chile y el Perú.

Nuestros informantes, que ya habían logrado conocer los puntos de vista del Gobierno de Lima, nos expresaron, en forma categórica, que Chile aceptará esa proposición, dando término así a las negociaciones de arreglo.

La respuesta de Chile se enviará a Lima tan pronto como el Canciller, señor Ríos Gallardo, se entreviste con el Presidente de la República, que se encuentra en Constitución.

Igualmente se informará, a la Secretaria de Estado de la Casa Blanca y a nuestras Legaciones en el extranjero.

La paz armada con Argentina (1892-1902)

El 23 de julio de 1881 se firmó en Buenos Aires un tratado de límites por medio del cual se creía que los problemas fronterizos con Argentina se habían solucionado. El tratado estableció el dominio de Chile sobre toda la extensión del estrecho de Magallanes, de vital importancia para las comunicaciones con Europa y el límite terrestre quedó fijado siguiendo la línea de la cordillera de los Andes. Sin embargo, después de la Revolución de 1890 en Argentina y de la Guerra Civil de 1891 en Chile, surgieron serias controversias sobre la interpretación del Tratado de 1881, las cuales llevaron a pactar el Protocolo de 1893 y el Acuerdo de 1896, que designó como árbitro a S.M. Británica. De acuerdo con este Protocolo, los gobiernos nombraron peritos para resolver las controversias: el historiador Diego Barros Arana —quien sostenía la tesis chilena de la división de las aguas— y el geógrafo argentino Francisco Pascasio Moreno, quien defendía a las más altas cumbres andinas como línea fronteriza.

En 1896 la relación de límites con Argentina se regía por el tratado del 17 de abril de ese mismo año, y por él se había entregado parte de la Puna de Atacama y se había dado a los peritos la tarea de demarcación limítrofe. Mientras esto ocurría, comenzaron una serie de incidentes fronterizos que hicieron escalar la situación a una severa crisis. La prensa publicó una importante cantidad de artículos que produjeron temores en la población acerca del peligro de guerra, los que se vieron agudizados por noticias provenientes de Lima referidas a la existencia de un tratado secreto entre la República Argentina y la del Perú. Todo ello condujo a que Chile y Argentina iniciaran una carrera armamentista que alcanzó su mayor expresión en las adquisiciones navales —especialmente de acorazados y cruceros— que efectuaron ambas naciones.

Después que los integrantes de la Comisión Militar de Chile en Europa informaron al gobierno de las grandes adquisiciones de material de

guerra que estaba realizando Argentina en Alemania, a comienzos de 1898 fue convocada una sesión especial de ministros para estudiar la tensa situación con el país vecino. En estas sesiones participó el jefe del Estado Mayor del Ejército, general Emilio Körner, en su carácter de presidente del Consejo de Defensa. Ante sus propuestas, que eran apoyadas por el ministro de Guerra —el general Patricio Larraín Alcalde—, el Consejo de Ministros acordó la compra de armamentos para un ejército de ciento cincuenta mil efectivos. De ese modo, Chile podría encontrarse resguardado ante la eventualidad de una guerra, en el caso que no se sometieren —conforme a lo pactado— las diferencias limítrofes a un tribunal arbitral inglés. Además, se compraron cuarenta mil fusiles y maquinaria para fabricar proyectiles.

No existiendo aún la Ley del Servicio Militar Obligatorio, el Estado Mayor solicitó del gobierno la movilización de la Guardia Nacional, la cual, si bien había sido disuelta después de 1891, en 1896 fue reactivada. Al ser promulgado el decreto de su refundación, se ordenó que en todas las subdelegaciones del país se abriesen registros para inscribir a los ciudadanos de entre 18 y 50 años. En la Memoria de Guerra de 1896-1897 se dejó constancia del entusiasmo de la ciudadanía frente al llamado. También fue dispuesta la creación de los cuerpos de aspirantes a oficiales de la Guardia Nacional y la organización de las guardias territoriales concebidas para el resguardo de los pasos cordilleranos.

Argentina, por su parte, también se preparaba para la guerra y aumentaba sus dotaciones de material. El ministro de Guerra trasandino —coronel Pablo Riccheri—, aseguraba que disponía de ar-

mas para trescientos mil soldados, mientras se fomentaba el servicio militar y se confiaba en que el gran desarrollo de los ferrocarriles argentinos les aseguraría una importante movilidad estratégica.

En marzo de 1898, en atención a la gravedad de la situación, el jefe del Estado Mayor General obtuvo la autorización del gobierno para que la Guardia Nacional fuese llamada a las armas. Durante ese año recibieron instrucción militar 893 oficiales, 2856 aspirantes a oficiales, 45 342 individuos de tropa y 19 862 individuos de la guardia territorial: o sea, un total de 69 480 ciudadanos. En su informe al ministro de Guerra, el general Körner señalaba: “Es verdaderamente un timbre de orgullo para la nación el patriotismo desplegado por sus hijos, con motivo del llamamiento de la Guardia Nacional a los cursos de instrucción. La juventud alegre y satisfecha de ir a llenar el más sagrado de sus deberes, invadía los cuarteles en demanda de instrucción militar, pero la capacidad de éstos solo permitía dar cabida a 45 342 hombres”.

En abril se continuó con el alistamiento especial de las fuerzas armadas en previsión de que Argentina se rehusase a someter el conflicto a la decisión del árbitro. Por su parte, la nación vecina buscaba ganar tiempo prolongando las discusiones en espera de recibir dos acorazados encargados a Italia, a la vez que realizaba adquisiciones de grandes cantidades de armamentos y pertrechos, y continuaba aumentando el alistamiento de sus fuerzas.

En septiembre de 1898 las negociaciones llevadas adelante por los peritos se estancaron, aumentó la tensión entre los dos países y también la inquietud de la opinión pública nacional que se

encontraba expectante ante una posible guerra. El costo de los preparativos bélicos que se llevaban adelante ya comenzaba a amenazar gravemente las respectivas economías; a esas alturas, tanto Chile como Argentina habían gastado en armamento cifras muy superiores a los montos totales de sus respectivos presupuestos nacionales.

Chile tomó la iniciativa y solicitó una clara respuesta a Argentina en cuanto a entregar el conflicto de límites en su totalidad al árbitro, requiriendo para ello una respuesta categórica en un breve plazo, afirmando que su demora significaría una interrupción en las conversaciones.

Así, entre el 19 y el 21 de septiembre de 1898 la guerra estuvo cerca y se reforzaron las medidas de alistamiento para evitar sorpresas. A la fecha del ultimátum chileno al ministro de Relaciones Exteriores argentino, el Ejército tenía sesenta y cinco mil hombres movilizados y, según los planes del Estado Mayor General, se podía doblar en treinta días. El método de movilización consideraba el desdoblamiento de las unidades existentes, dando origen a nuevas unidades que se integrarían a las cuatro zonas militares. El plan previsto, en líneas generales, consideraba la realización de operaciones ofensivas en la zona centro-sur de la Argentina. Simultáneamente, y en forma eventual, se debía operar ofensivamente en el norte, hacia Bolivia —Potosí y Oruro— y mantener la frontera septentrional con el Perú.

La respuesta favorable de Argentina al arbitraje trajo cierto alivio a la tensión, la que tuvo

su expresión diplomática en el “Abrazo del Estrecho”, protagonizado el 15 de febrero de 1899 por los presidentes Julio Roca y Federico Errázuriz. Pese a este acto de gran trascendencia diplomática, las dificultades no cesaron y la desconfianza continuó.

La tarea para el Ejército era movilizar ciento cuarenta y seis mil soldados en sesenta días, operar ofensivamente desde Chillán, cruzar la cordillera de los Andes con el grueso de las fuerzas teniendo como primer objetivo Neuquén, evitando un enfrentamiento inicial con el grueso del Ejército argentino que se concentraba en la zona central (Mendoza). El plan consideraba, además, como objetivos intermedios a Bahía Blanca —principal puerto argentino patagónico— y Mendoza. En el centro de Chile —valle de Aconcagua— se optaría por una defensiva estratégica, a fin de impedir el avance hacia el valle central.

En enero de 1902 la situación entre ambos países seguía complicada y la tensión aumentaba. Argentina había ordenado la construcción de dos nuevos acorazados y Chile también. En marzo, el Ejército chileno había convocado a las clases de 1879 y 1880, doblando la suma de conscriptos; el Ejército argentino, por su parte, reclutaba a diecisiete mil soldados producto de la recién dictada ley del servicio militar obligatorio. Los titulares de la prensa de ambos países reflejaban el estado de ánimo de las partes; así “La Libertad Electoral” de Santiago y “La Nación” de Buenos



*"Abrazo del Estrecho" entre los presidentes de Argentina y Chile, Julio Roca y Federico Errázuriz Echaurren, 15 de febrero de 1899.
Colección Museo Histórico Nacional*

Aires, alentaban el conflicto con expresiones tales como: "Hay que demostrar a América cómo pega y cómo castiga el roto chileno" y "Si Chile busca la solución en las batallas, tendremos que aceptarlo. Chile quedará reducido a lo que es su forma en el mapa, a una vaina, porque el pueblo argentino le arrancará la espada, sepultándola hecha pedazos en el fondo del mar".

La cordura llegó y una activa gestión diplomática logró el acuerdo conocido como los Pactos de Mayo, firmados el 28 de mayo de 1902. Ambos países se obligaron a someter sus diferencias al arbitraje británico y se comprometie-

ron a iniciar el proceso de desarme. Para 1903 el Ejército mantenía cerca de 100 000 hombres en sus filas, los que a raíz de los acuerdos alcanzados comenzaron a ser reducidos rápidamente. La Memoria del Ministro de Guerra de 1903 señaló: "el ejército por razones de economía del erario se redujo en su personal de tropas a 5054 hombres de las tres armas".

La crisis había pasado. El Ejército había sido un actor central en la contribución a una disuasión efectiva, pero el conflicto limítrofe seguía latente y años más tarde volvería a resurgir.

La crisis del canal del Beagle: el Ejército en las trincheras

Setenta y cinco años más tarde, a fines de la década de 1970, la grave situación vivida con Argentina a comienzos del siglo se reavivó. La tensión en las relaciones diplomáticas se fue generando después de diversos incidentes que se habían iniciado dos décadas antes. Entre ellos, los periódicos roces entre gendarmes y colonos chilenos que habitaban la zona de Palena. En 1963, la gendarmería argentina instaló alambradas en territorio nacional, lo que obligó a Chile a recurrir al Tribunal Arbitral para dirimir la cuestión. Un año después, las fricciones continuaron en Laguna del Desierto donde se produjo la muerte del teniente de carabineros Hernán Merino. Paralelamente, a partir de 1958 los incidentes se habían extendido a la zona del canal Beagle, en circunstancias que un helicóptero argentino pretendió aterrizar en el islote Snipe. En los años siguientes los incidentes continuaron repitiéndose en diversos islotes australes: entre los que destaca el ocurrido en 1967, entre la torpedera chilena “Quidora” y fuerzas argentinas.

A raíz de los sucesos relatados —en particular los del Beagle—, el 11 de diciembre de 1971 Chile recurrió unilateralmente al árbitro británico, conforme a lo establecido en el Tratado General de Arbitraje. En julio de 1971 se firmó en Londres un compromiso arbitral en el cual el gobierno de Gran Bretaña designaba una corte arbitral integrada por juristas de la Corte Internacional de Justicia, a fin de determinar la soberanía sobre las islas Picton, Nueva y Lennox. Seis años después, en febrero de 1977, la Corte Arbitral elevó un informe a Su Majestad Británica y el 2 de mayo de 1977 se dio a conocer el fallo respecto de la delimitación en la zona austral, el que, en síntesis, consideró que eran chilenas las islas señaladas, conjuntamente con los islotes adyacentes. El informe incluyó, además, una carta hidrográfica marcando con una línea roja el límite entre las jurisdicciones territoriales y marítimas de ambos países en la zona determinada en el compromiso de 1971.



Unidad de ametralladoras realizando entrenamiento en Monte Aymond, Punta Arenas, 1978

Argentina se tomó los nueve meses que estipulaba el acuerdo para dar a conocer su posición, al tiempo que Chile declaraba de inmediato su firme voluntad de cumplir la sentencia. A partir de junio de 1977 se empezó a observar una creciente actividad naval y aérea en las islas y aguas situadas al sur del Beagle, ante lo cual Chile protestó. Entre julio y octubre ambos países realizaron conversaciones bilaterales en Santiago sin alcanzar acuerdo. Había llegado el momento de involucrar a los respectivos mandatarios en las negociaciones, y fue así como, el 19 de enero de 1978, los presidentes Jorge Videla y Augusto Pinochet se encontraron en la base aérea de Mendoza para celebrar el primero de dos encuentros que resultaron claves: la cumbre de "Plumerillo". Un mes más tarde, se realizó la de

"El Tepual", en Puerto Montt. En estas reuniones no hubo acuerdo, pese a que quedaron claros los riesgos respecto a que un incidente fronterizo podía conducir a ambos países a la guerra. Inmediatamente, antes que entrara en vigencia el Laudo, el 25 de enero de 1978 Argentina declaró "insanablemente nula" la decisión del árbitro, al tiempo que invitaba a Chile a negociar bilateralmente todos los diferendos fronterizos, intentando llevar la disputa del plano jurídico al político. Las tensiones se acumulaban, acelerando los acontecimientos y estimulando una peligrosa escalada en el conflicto, la que no se detendría sino meses después. Bolivia, aliado tradicional de Argentina y el Perú, rompía relaciones diplomáticas con Chile, mientras que Argentina enviaba las primeras señales a nuestro país de que la fuerza



Portada diario El Mercurio, jueves 26 de enero de 1978.
Gentileza del diario El Mercurio

militar era una opción. Paralelamente, la prensa trasandina comenzaba una intensa campaña contra las pretensiones chilenas.

El 4 de mayo de 1978 los presidentes de ambos países se reunieron en el aeropuerto de El Tepual, en Puerto Montt, y acordaron negociaciones bilaterales en tres etapas. Pese a ello, el conflicto continuó escalando con retos y respuestas de ambas partes. El tono de las declaraciones públicas reivindicando soberanía subió y en julio de 1977 la fuerza naval argentina, en una acción percibida como hostil, efectuaba maniobras en el sur.

La declaración de nulidad del fallo arbitral de enero de 1978 había generado una profunda inquietud y aumentado las medidas de alistamiento de las fuerzas chilenas, iniciándose los preparativos para el despliegue estratégico de las fuerzas y el proceso de planificación para la actualización de los planes de operaciones con una clara orientación defensiva, considerando el empleo de las fuerzas en presencia a lo largo de toda la frontera, las que luego podrían ser reforzadas con medios provenientes del centro del país.

En julio se activó el plan de destinaciones de emergencia, que consideraba la redistribución de personal a objeto de completar las unidades que llevaban el peso de la planificación; se suspendieron los cursos de las academias de Guerra y Politécnica y los alumnos fueron desplegados en todo el territorio, incluyendo el norte del país, donde la tensión con Perú y Bolivia se mantenía latente, por lo que preventivamente se desplegó la I División de Ejército, con jurisdicción en las regiones de Antofagasta y Copiapó, en los frentes de Argentina y Bolivia.

En agosto se trabajó intensamente en la instrucción y entrenamiento de las unidades, como también en la preparación del terreno. La tensión se alivió en septiembre y los oficiales de las academias volvieron a clases, pero solo por quince días, porque se les destinó de vuelta a sus unidades debido a que aumentaban los movimientos militares, navales y aéreos de las fuerzas argentinas.

A partir de octubre las unidades y el contingente de la zona austral fueron fuertemente reforzados, y comenzaron a llegar a Punta Arenas efectivos de regimientos provenientes de Concepción ("Chacabuco" y "Silva Renard"), de Cauquenes ("Andalién"), de Santiago (Escuela de Infantería y la Escuela de Blindados), de Valparaíso ("Maipo") y de Rancagua ("Lautaro"), a los que se agregó el contingente que por ley le correspondió iniciar su servicio militar en octubre de 1978.

Las responsabilidades jurisdiccionales continuaron bajo los mandos de las unidades del despliegue de paz. Años después, el general Nilo Floody, entonces comandante de la Región Militar Austral en Punta Arenas, en una conferencia denominada "La crisis con Argentina que estuvo al borde de la guerra en 1978", describió los preparativos de las fuerzas de su zona jurisdiccional en los siguientes términos: el Regimiento Caupolicán, en Porvenir, tenía a su cargo la defensa de la Isla Grande de Tierra del Fuego; el Regimiento Pudeto y el Blindado N° 5, el frente de Punta Arenas y el Regimiento Lanceros el de Puerto Natales. Las fuerzas de infantería de marina de la Tercera Zona Naval ocuparon las islas, en tanto que la Fuerza Aérea, con la IV Brigada Aérea, protegió los aeropuertos de Natales, Punta Arenas y Porvenir y se preparaba a disputar el control del espacio aéreo.



General Nilo Floody, comandante del Comando Conjunto Austral

En diciembre ya se había completado el despliegue de personal y material del Ejército, primero con la incorporación de los cursos de clases graduados prematuramente en la Escuela de Suboficiales y en las escuelas de las Armas; más tarde, con más de 9000 carabineros incorporados al Ejército como policías militares y como soldados de infantería, aportados en su

gran mayoría por las escuelas de formación de Santiago; y, finalmente, con la destinación de la promoción de oficiales egresada desde la Escuela Militar el 15 de ese mes, la que a partir de su ceremonia de graduación, en un plazo de cuarenta y ocho horas, inició su arribo a las diferentes unidades, las que en su mayoría ya estaban desplegadas en sus zonas de empleo. Con todos estos refuerzos, al acercarse el final del mes de diciembre, el Ejército

sumaba 125 000 efectivos, aproximadamente.

Para lograr el despliegue que sucintamente se describe, hubo que realizar un titánico esfuerzo de planificación y de ejecución de la más variada gama de tareas, partiendo por elaborar los presupuestos respectivos, coordinar fechas de traslado; contratar servicios; distribuir equipos; disponer alimentación; coordinar despachos y recepciones; seleccionar lugares de arribo y acantonamiento; adoptar medidas de seguridad, especialmente de encubrimiento. Fueron horas,

días y meses de intenso trabajo en condiciones muchas veces adversas y bajo estricto secreto, para evitar que estos movimientos fueran conocidos por el adversario y por la población civil, a la que se buscaba no alarmar con estos intensos transportes de concentración.

En Argentina los preparativos eran también intensos y, a diferencia de Chile, se dejaba sentir un ambiente de guerra. En varias ciudades trasandinas se efectuaron ejercicios de oscurecimiento y se pintaron cruces en los techos de hospitales. Se dispuso, además, la convocatoria pública a los reservistas, e incluso, se hizo una profusa difusión a través de los medios de comunicación del envío de ataúdes al sur del país.

La concepción estratégica del Ejército de Chile consideraba la mantención de la integridad territorial en todo el teatro de guerra terrestre. De ser posible, se debía realizar una maniobra ofensiva en algún frente en que las condiciones lo permitieran y en donde hubiera algún objetivo relevante y factible de alcanzar.

El despliegue estratégico se había realizado a lo largo de toda la línea fronteriza con Argentina, desde Antofagasta hasta Tierra del Fuego, dando cuenta de la voluntad por extender la eventual guerra, la que no debía circunscribirse a la zona austral y, muy por el contrario, debía ser una guerra total a lo largo de los más de cinco mil kilómetros de frontera común.



Vehículos de la Brigada Escorpión, Punta Arenas, 1978

El dispositivo general respondía al clásico problema estratégico de tener que enfrentar a tres adversarios en forma simultánea y en tres frentes diferentes —lo que en términos de la planificación se denomina como una hipótesis vecinal tres (HV3)—, que obligaba a desplegar medios en las tres fronteras distantes y divergentes, por lo que se dificultaba seriamente la capacidad para influir en algún frente en particular. La solución estratégica dependía, esencialmente, de las maniobras que en los diferentes teatros de operaciones se pudieran realizar. Frente a Perú y Bolivia, bajo un mando común, se desplegaron la VI y la I Divisiones con la finalidad de contribuir a la disuasión de ambos países, lo que permitiría disponer de los eventuales refuerzos previstos para ese teatro de operaciones, con el fin de engrosar la reserva estratégica del Ejército. La I División concentró la mayor parte de sus unidades frente a Argentina, incrementando



Soldado en una de las posiciones defensivas en la zona austral, 1978

la capacidad de realizar operaciones ofensivas a escala limitada.

Entre Atacama y Aysén se desplegó el resto del Ejército de Operaciones en tres teatros y dos zonas especiales de operaciones, en los que, basados en la ventaja que otorga el control de los pasos cordilleranos, se debía contener y desgastar a los eventuales invasores. Las operaciones de mayor relevancia estaban previstas en torno a los principales pasos fronterizos, como son Cristo Redentor, en Aconcagua; Pino Hachado, en La Araucanía; y Puyehue, en Los Lagos.

En el extremo austral, la V División dependiente del Comando Conjunto Austral, tuvo la responsabilidad de preparar la defensa terrestre de Puerto Natales, Punta Arenas y Tierra del Fuego, con una fuerza aproximada de 17 000 efectivos, considerando sus unidades en presencia y los refuerzos recibidos desde el centro del país.

En el sector continental se planificaron dos

maniobras: una defensa tenaz en Puerto Natales —cuya escasa distancia entre la frontera y el mar no otorga otra alternativa— y una defensiva en retirada entre la frontera y una posición sesenta kilómetros al norte de Punta Arenas, en un espacio de forma cónica que bordeaba los 150 kilómetros de frente y 100 kilómetros en profundidad, en cuya parte más angosta, de solo 40 kilómetros, existía la opción de organizar una línea defensiva de consideración, hacia la cual debía ser encauzado el adversario.

Por su parte, en Tierra del Fuego se planificó una defensiva inicial que preveía un eventual cambio de actitud para la conquista de objetivos de valor estratégico en territorio adversario. Esta maniobra basaba su éxito en la integración de los efectos de la batalla naval que se libraría en los mares australes y de la defensa de las islas Lennox, Picton y Nueva, cuyos resultados estarían definitivamente atados, por cuanto impedirían que los atacantes

concentraran su esfuerzo en un solo lugar.

La población civil de las zonas de operaciones tuvo un comportamiento ejemplar. Aunque consciente de la gravedad de la situación, se mantuvo tranquila y colaborando en múltiples tareas con eficiencia y oportunidad; facilitó vehículos para el transporte de tropas y material de guerra, y contribuyó con maquinaria pesada para la construcción de trincheras y zanjas antitanques en las diferentes posiciones defensivas. Los estancieros en el extremo austral, los huasos de "Bueras" en la zona centro-sur y los mineros en el norte, pusieron a disposición del Ejército parte de sus instalaciones para el alojamiento de los soldados, para almacenes de material de guerra, puestos sanitarios y, además, contribuyeron en forma solidaria con alimentación y soporte logístico.

A comienzos de noviembre la crisis continuaba escalando y las partes eran incapaces de llegar a acuerdo. El 12 de ese mes, el Papa envió un telegrama dirigido a los gobernantes de ambos países, solicitándoles hacer los mayores esfuerzos para llegar a una solución pacífica.

Entre el 12 y el 23 de diciembre se vivieron los momentos más tensos. La flota argentina navegaba en el Atlántico —entre las latitudes de las Islas Malvinas por el norte y la Isla de los Estados por el sur— en condiciones de operar en cualquier momento para desembarcar fuerzas y conquistar las islas situadas al sur del Beagle; ocasión en la que, además, se iniciaría una ofensiva en los diferentes frentes a lo largo de toda la

frontera. El 20 de diciembre el gobierno chileno invitó a su par trasandino a continuar las negociaciones y a aceptar la mediación vaticana. Al día siguiente se recibía en Santiago el rechazo argentino, que había fijado como día "D" y hora "H" la noche del verano austral del 22 de diciembre, a las 22.00 hrs.

A lo largo de toda la línea fronteriza las unidades chilenas ocupaban posiciones defensivas en espera de una guerra que se sabía larga, pensando en desgastar a las fuerzas adversarias y, al final de la guerra, poder rechazarlas.

Pese a todo, los esfuerzos por la paz continuaban en Santiago y Buenos Aires, y cuando ya no quedaba tiempo, el 21 de diciembre, finalmente, el gobierno argentino aceptó la mediación papal. Mientras tanto, la flota de ese país continuaba navegando hacia el sur.

En los días siguientes la tensión disminuyó. El Ejército de Operaciones y las tropas asignadas a los teatros de operaciones Norte y Austral pasaron la Navidad de 1978 en las trincheras y posiciones, donde se improvisaron árboles de pascua en miniatura adornados con los envases de distintas municiones. La noticia de la mediación papal trajo alivio. La guerra se había evitado. La paz había prevalecido y miles de anónimos soldados, a lo largo de todo el territorio nacional, habían contribuido a ello.

El 8 de enero de 1979 se firmó un acuerdo, conocido como el "Acta de Montevideo", que incluía el compromiso de ambos países de resolver



Coronel Ernesto Videla, jefe de la comisión para la mediación papal por el conflicto del Beagle



Cardenal Antonio Samoré, enviado por S.S. Juan Pablo II para conducir la mediación entre las partes en el conflicto del Beagle

el conflicto a través de la mediación. Casi cinco años fueron necesarios para que las partes llegaran a un acuerdo, el que se concretó en el “Tratado de Paz y Amistad” firmado el 29 de diciembre de 1984 en el Vaticano. Tratado que sentó las bases para que, en solo dos décadas, Chile y Argentina, que habían estado a horas de iniciar una guerra fratricida, pudieran alcanzar un nivel de cooperación e integración que se ha convertido en un verdadero ejemplo en el mundo.

El despliegue estratégico del Ejército en esta crisis —que someramente se ha descrito—, ha sido la más importante contribución a la paz que la institución realizó durante el siglo XX. Primero, por la envergadura de la movilización de personal y material efectuada; segundo, por enfrentar este desafío bajo condiciones de austeridad fis-

cal, de falta de acceso a los mercados internacionales de armamento, y muy particularmente, por las restricciones derivadas de la denominada “enmienda Kennedy” impuesta por el gobierno de los Estados Unidos, lo que impuso actuar con mucha iniciativa y creatividad, únicas formas de soslayar los efectos de un entorno internacional adverso; y tercero, por la disciplina y templanza demostrada por los integrantes de las fuerzas armadas, al dar respaldo —durante meses— a la estrategia de negociación llevada adelante por el gobierno. Durante ese período, en el que todos los integrantes del Ejército se sometieron con resiliencia y estoicismo a todos los sacrificios que fue necesario enfrentar, demostrando en los hechos la voluntad a dar la vida si fuera necesario en la defensa de la patria.

LAS CRISIS VECINALES Y LA MANTENCIÓN DE LA PAZ

La movilización de 1920

En las primeras décadas del siglo XX los efectos producidos por la Primera Guerra Mundial se sentían en casi todos los rincones del planeta. Chile no fue una excepción; terminada la guerra, el país —que se mantuvo neutral— comenzó a sufrir una severa crisis económica producto de una fuerte disminución de los ingresos provenientes del salitre.

En 1920 gobernaba Juan Luis Sanfuentes (1915-1920), y el país vivía un ambiente de fuertes tensiones con motivo de las elecciones presidenciales que enfrentaban al liberal Arturo Alessandri con el conservador Luis Barros Borgoño, patrocinado este último por el presidente en ejercicio.

Las relaciones con los países vecinos no pasaban por sus mejores momentos y las circunstancias políticas internas que se vivían en ellos no ayudaban a

mejorarlas. El Perú experimentaba convulsiones internas luego del golpe de Estado encabezado por Augusto Leguía. Durante los años posteriores al Tratado de Ancón, su política con Chile se había orientado a procurar infructuosamente la celebración del plebiscito sobre Tacna y Arica, el que aún no se realizaba. Bolivia, por su parte, propiciaba la entrega de Arica a su

país y, pocos meses antes, había presentado ante la Sociedad de las Naciones un reclamo por su mediterraneidad, el que había contado con la aprobación del gobierno del Perú. Argentina, que enfrentaba una aguda crisis económica similar a la chilena, no había adherido a la Sociedad de las Naciones y se mantuvo ajena a la disputa entre Chile y sus vecinos del norte.

Tal como se señaló a inicios de este capítulo, el Ejército estaba en pleno desarrollo del proceso



*Presidente Juan Luis Sanfuentes.
Colección Museo Histórico Nacional*



Tropas chilenas destacadas en Tacna en 1920

de reorganización delineado por las reformas de 1906 y se organizaba a base de cuatro divisiones.

Las elecciones presidenciales se realizaron el 25 de junio de 1920 con un virtual empate entre los dos candidatos, por lo que debía ser el Congreso quien debía definir.

Hacia ya un tiempo que el Ejército había informado al gobierno sobre movimientos de tropas peruanas y bolivianas en la frontera norte. Los informes del intendente de Tacna, Fernando Edwards, y del coronel Luis Cabrera, comandante interino de la División, venían —desde enero de 1920— dando cuenta de la situación que se generaba. Según ellos, el desahucio del Tratado de Ancón dejaba al gobierno peruano en condiciones de intentar cualquier agresión sin previo aviso, ya que restablecía el estado de guerra anterior a su firma. Más tarde, en julio, el coronel Cabrera comunicó que sus informantes le manifestaban la existencia de una grave situación en la frontera norte, donde —según el informe— se hacían preparativos formales, como instrucción militar a cuerpos cívicos y prédicas encendidas y

encaminadas a dar lugar a una revancha. Paralelamente, desde Antofagasta, se señalaba la instalación de una guarnición boliviana en Carangas, a seis kilómetros de la frontera, frente a Surire.

Fue en este contexto que, ante una eventual ofensiva militar a gran escala a fin de recuperar los territorios perdidos en la Guerra del Pacífico, el gobierno decidió, el 15 de julio, la movilización de tropas hacia el norte. En sesión secreta de la Cámara de Diputados del día anterior, el ministro de Guerra y Marina Ladislao Errázuriz había informado de las medidas militares que se habían resuelto en vista de las informaciones provenientes de Bolivia y Perú, señalando que en resguardo de la frontera norte se había dictado un decreto que dejaba en pie de guerra a todos los cuerpos de la I División, ordenándose la concentración de ellos en Tacna. Adicionalmente, el ministro informó que —para suplir la falta de medios—, en Iquique, Antofagasta y en la frontera boliviana se había ordenado el envío de regimientos desde el centro del país y, en tanto se producía la concentración de los reservistas, se había dispuesto el

traslado a Tacna de los regimientos Buin y Pude-to, ambos con guarnición en Santiago. Además, se había nombrado comandante de la I División al coronel Luis Cabrera.

La movilización parcial fue decretada, convocándose por treinta días a los contingentes de reservistas de la I División y se llamó a las filas a 195 oficiales de reserva de las distintas armas. Decretada la movilización, esta contó con el apoyo de sectores de la prensa, de algunos de los congresistas y de gran parte del país, sucediéndose grandes manifestaciones públicas. El fervor patriótico se extendió entre la juventud y muchos acudieron en masa a los cuarteles a inscribirse para ser movilizados al norte. Entre ellos, el joven Alberto Hurtado —que años más tarde sería canonizado como San Alberto Hurtado—, quien junto a unos amigos se incorporó al Curso de Aspirantes a Oficiales que se realizó en el Regimiento Yungay. En diciembre de ese año se certificó su ascenso a Teniente 2° de Reserva.

Políticos y medios de comunicación reaccionaron con escepticismo. Los opositores al gobierno sostenían que Perú y Bolivia no constituían una amenaza creíble para el país y que la real preocupación del gobierno era distraer a la opinión pública “fabricando” una crisis internacional a su medida, que de paso le permitiera alejar al máximo de tropas de la capital, las que se suponían partidarias del candidato Alessandri y así, en alguna medida, influir en la decisión que debía adoptar el Congreso.

Fue en este contexto que, por primera vez, la incipiente aviación militar tuvo su primer empleo operativo. El gobierno dispuso que se desplegara una escuadrilla de aviación compuesta por dos aviones Bristol M1-C, la que se organizó con parte del personal y material de la 1ª Compañía de Aviación, más algunos elementos de la Escuela de la especialidad. Al mando de ella se designó al teniente Sócrates Aguirre Bernal, quien debió sortear todo tipo de dificultades, empezando por el plazo perentorio de una semana que se le dio para organizar esta unidad. Ella se instaló en Arica, donde se trabajó de inmediato en el armado de los aviones y en la habilitación del terreno para las operaciones aéreas en la zona de “El Buitre”.

Ante la gran concentración de fuerzas el tema sanitario fue un asunto central. Prontamente en Tacna aparecieron brotes de tifus que obligaron a la adopción de especiales acciones de mitigación. Muchos estudiantes de medicina y farmacia fueron contratados para prestar servicios en el Ejército, con los rangos de cirujano 3° y practicante 1° a fin de completar la dotación de los cuerpos movilizados, quienes tuvieron una activa participación que fue evaluada positivamente por los mandos.

En el intertanto, en Santiago, el Tribunal de Honor del Congreso, el 30 de septiembre, dio por ganador de las elecciones a Arturo Alessandri, y el 6 de octubre el Congreso pleno lo proclamó como presidente de la República.



*Alberto Hurtado Cruchaga, a la izquierda, durante su servicio militar en el Regimiento Yungay, 1920.
Gentileza Fundación Padre Hurtado*

Mientras tanto, en el norte, la instrucción y el entrenamiento de las fuerzas movilizadas era intenso: se hacían ejercicios de tiro, excursiones tácticas, marchas y reconocimientos a distintas localidades. A medida que pasaba el tiempo, la sensación de ser objeto de una sorpresa desde el otro lado de la frontera había disminuido, lo que permitió que los mandos efectuaran —como nunca antes— todas las actividades propias de un ejército en campaña. A principios de noviembre se realizaron las grandes maniobras de la División, en las que participaron todas las unidades acantonadas en Tacna y Arica. Se deseaba que estos ejercicios tuvieran cierta resonancia, tanto nacional como internacional, para que sirvieran como demostración de la eficacia y poderío del Ejército. Por ello, fueron invitados a presenciar las

maniobras los adictos militares de Italia, Estados Unidos, Brasil, Argentina, Ecuador y Uruguay.

Perú y Bolivia reaccionaron prudentemente a las acciones chilenas, y reiteraron la reivindicación de sus derechos por la vía pacífica, por lo que la crisis no escaló. Por ello, a fines de ese año comenzó la desmovilización.

Con la llamada “Movilización del 20” —o “guerra de don Ladislao”—, la nueva organización del Ejército experimentó su prueba de fuego, dejando de manifiesto sus fortalezas y debilidades. Las más significativas fallencias estuvieron relacionadas con aspectos organizacionales y de mando, de transporte, de los servicios sanitarios y por la falta de cuarteles o campos de instrucción. La referida movilización significó un gran esfuerzo y la experiencia no fue en vano, ya que producto de las lecciones aprendidas se hicieron nuevos cambios en la estructura orgánica institucional.

Años más tarde —en 1929—, producto de las negociaciones entre los presidentes Carlos Ibáñez y Augusto Leguía, Chile y el Perú firmaron el tratado que puso fin a la controversia por la soberanía de las provincias de Tacna y Arica, estableciendo que la provincia de Tacna se reincorporaba al Perú, en tanto que la de Arica quedaba en poder de Chile, país que a su vez debía pagar al Perú una indemnización de seis millones de dólares estadounidenses. El Tratado fijó, además, la Línea de la Concordia como el límite fronterizo terrestre entre ambos países; estableció las servidumbres a favor del Perú en Arica y estipuló que Chile no podría ceder territorio que había sido peruano a un tercer país sin la aprobación del gobierno peruano.

La crisis con el Perú (1974-1978)

En los años siguientes las relaciones entre el Perú y Chile —fuertemente influidas por la Guerra del Pacífico— se desarrollaron en el plano político-diplomático sin que se produjeran avances sustantivos para la consolidación de los acuerdos suscritos a principios de siglo.

El 3 de octubre de 1968 el comandante general del Ejército peruano, general Juan Velasco Alvarado —a través de un golpe de Estado— asumió el gobierno del país, dando inicio al “Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas del Perú”, de corte nacionalista de izquierda que, en una segunda fase, se extendió hasta 1980 con el gobierno del general Francisco Morales Bermúdez. El nuevo gobierno peruano inició una agresiva política militar que vino a variar el equilibrio que existía en la región, al adquirir un variado conjunto de equipo militar soviético, entre los que destacaron: más de 200 tanques T-55; modernos aviones de guerra (MIG y Sukhoi-22); cañones antiaéreos de 122 mm; cientos de lanzacohetes y misiles SA-2 y SA-3; y fusiles AK-47,

entre otros. Paralelamente, el gobierno contrató en Italia la construcción de cuatro fragatas misileras tipo “Lupo”.

En Chile y en 1970 había sido elegido presidente de la República Salvador Allende y, pese a la cercanía política e ideológica que se suponía habría con el gobierno peruano, prevalecieron las diferencias históricas, por lo que la preparación y equipamiento de las fuerzas armadas peruanas continuó. En 1973 los sucesos políticos cambiaron abruptamente el panorama internacional y las suspicacias y desconfianzas aumentaron. En Chile poco a poco creció la preocupación por el desequilibrio estratégico que se estaba produciendo, por lo que se adoptaron las medidas destinadas a enfrentar una posible amenaza desde el norte.

La situación del Ejército en esos años era muy precaria, tanto en material como en equipamiento y, años antes, esto había generado evidentes muestras de malestar en la oficialidad y la tropa, las que se manifestaron en expresiones



*General Juan Velasco Alvarado, presidente del Perú, 1968-1975.
Dutch National Archives*

públicas, tales como la renuncia masiva de los oficiales de la Academia de Guerra en 1968 — que finalmente no se verificó— y con el malestar de los oficiales de la I División de Antofagasta en 1969, que culminaría con la toma del Regimiento Tacna en Santiago.

En las guarniciones fronterizas del norte se percibía con mucha intensidad el desequilibrio de potenciales que se estaba produciendo. Dada la falta de medios para poder oponerse con efectividad a una eventual ofensiva blindada, se discutía la necesidad de —a lo menos— efectuar una adecuada preparación del terreno, a fin de convertir las planicies desérticas del frente costero en una sucesión de obstáculos que permitirían retardar o contener cualquier ofensiva desde el norte y, de esta forma, proteger Arica.

El claro reforzamiento de las fuerzas peruanas del sur obligaba a tomar medidas preventi-

vas. En las autoridades políticas y militares del país había clara conciencia de la vulnerabilidad que significaba no solo la deficitaria situación de equipamiento y falta de medios económicos, sino, muy principalmente, la debilidad estratégica que tenía Chile producto de la crisis política interna que estaba enfrentando.

El restablecimiento de relaciones diplomáticas con Bolivia, luego que se intentara resolver la mediterraneidad altiplánica sobre la base de un corredor que se cedería a Bolivia al norte de Arica —sellado en el “Abrazo de Charaña”, de febrero de 1975— vino a complejizar aún más las relaciones entre Chile y el Perú. La propuesta chilena fue objetada por el Perú, país que propuso una solución de soberanía compartida. La tensión diplomática aumentó y generó acciones y reacciones en el campo diplomático y también en el militar.

En síntesis, a partir de 1973 una gran cantidad de fuerzas militares peruanas y chilenas se concentraron a ambos lados de la frontera. Para los integrantes del Ejército chileno fue una dura prueba. Promociones completas de oficiales y clases que egresaban de la Escuela Militar y de la Escuela de Suboficiales fueron destinadas a las diferentes unidades del norte del país. Las guarniciones y los cuarteles no daban abasto para recibir fuerzas que sobrepasaban cuatro o cinco veces su capacidad de diseño. De allí que hubo que enfrentar difíciles condiciones de vida, dificultades de abastecimiento y de alojamiento. La frontera se había militarizado y en Chile se pensaba que el gobierno de Velasco —que había mantenido un discurso marcadamente belicista y antichileno— buscaría recuperar Arica, especialmente por la cercanía del centenario de la Guerra del Pacífico.

Mientras esto ocurría en el norte, en Santiago se adoptaban medidas para agilizar adquisiciones en el extranjero y se desarrollaban acciones extraordinarias de alistamiento de las fuerzas, como la preparación de una movilización secreta selectiva, la planificación de refuerzos para el teatro de operaciones norte y disposiciones especiales para el entrenamiento de personal, contingente y reservas, junto a una rápida redistribución del material de guerra.

En cuanto a nuevas adquisiciones, se buscó dotar a las unidades con material de guerra de características defensivas, considerando que el desequilibrio de potenciales aconsejaba priorizar

la conformación de una fuerza de infantería con gran capacidad antiblindaje. La novedad para la época fue la adquisición del sistema de misiles hilo guiados (MAMBA) de tecnología alemana, con un alcance de 2200 metros. En artillería, la innovación eran los obuses autopropulsados ATP 155mm F3 de fabricación francesa, a los que posteriormente se agregaron los obuses tractados Soltam de 155mm. La fuerza blindada chilena era reducida y antigua, siendo los tanques más modernos los M-41 que databan de la época de la guerra de Corea.

La gran concentración de fuerzas en la zona de Arica-Parinacota —que a mediados de 1974 era ya evidente— obligó, entre otras actividades, a establecer turnos de permiso, a adquirir instalaciones hoteleras para poder albergar al personal, a la organización de un sistema de policía militar para evitar excesos y redoblar el control sobre las unidades. Sin embargo, la gran motivación para las fuerzas desplegadas era prepararse para la defensa de Arica, lo que por una parte implicaba una acabada instrucción y entrenamiento y, por otra, tener que realizar una adecuada y laboriosa preparación del terreno entre esa ciudad y la frontera, el que, a inicios de 1974, era una extensa planicie.

Fue así como apresuradamente se dio inicio a la titánica tarea de construir —en el frente costero de Arica— diversas líneas de fortificaciones que contribuyeran a contener y detener una eventual ofensiva blindada desde el norte. Para ello se construyeron trincheras, casamatas



Camellones en el flanco marítimo de la frontera norte de Chile con el Perú

y se sembraron numerosos campos minados. Las obras de ingenieros consideraban también la construcción de “camellones” de hasta cinco metros de altura y de zanjas antitanques que recorrían en zig zag el frente, siguiendo las quebradas de Escritos y de Lluta. En el sector costero, se instalaron líneas de “tetrápodos” de hormigón para evitar un posible desembarco anfibio y, además, para retardar el eventual avance de medios blindados.

En agosto de 1975, con el ascenso del general Morales Bermúdez al gobierno del Perú, la tensión tendió a disminuir. La suma de acciones relatadas, más las previsiones que se siguieron tomando con vistas al centenario de la Guerra del Pacífico, permitió que el Ejército lograra un alto grado de alistamiento y contribuyera a generar la disuasión necesaria a fin de evitar que la crisis escalara.

Hasta fines de los años setenta el centro de gravedad del Ejército se mantuvo en la zona norte, período en que numerosas unidades continua-

ron desplegadas en el altiplano y en las diferentes quebradas, tales como las de Acha y Camarones. A partir de 1978, producto del desconocimiento del Laudo Arbitral del contencioso con Argentina, se inició un cambio en el centro de gravedad del despliegue estratégico del Ejército, el que, en todo caso, debió continuar manteniendo un potente núcleo disuasivo en la zona norte.

Al finalizar esta breve revisión de las principales crisis internacionales que durante el siglo XX afectaron al país y el papel que al Ejército le correspondió desempeñar en cada una de ellas, podemos concluir que así como durante el siglo XIX la institución fue un actor relevante en el proceso de la independencia nacional y en el resguardo y preservación de los intereses nacionales más allá de nuestras fronteras, durante el siglo XX fue un instrumento central en la mantención de la paz, contribuyendo de manera relevante al esfuerzo disuasivo nacional destinado a evitar que las crisis internacionales que se debió enfrentar devinieran en guerras.

LA COOPERACIÓN INTERNACIONAL

Aunque alejado de los centros de atracción mundial, Chile mantuvo un estrecho contacto con el mundo, acción en la que participaron activamente sus instituciones castrenses. La Guerra del Pacífico y la Guerra Civil de 1891 —en el siglo XIX— y las crisis con Argentina, Perú y Bolivia durante siglo XX, impulsaron al Ejército a renovarse en aspectos doctrinarios, tecnológicos, y en materias de instrucción y entrenamiento. Asimismo, la creciente inserción internacional del país requirió la concurrencia de asesores militares a las distintas representaciones diplomáticas que asumía el Estado chileno.

La presencia del Ejército en el exterior ha sido múltiple si se consideran las tareas de los agregados militares a las embajadas; las misiones militares para asesorar a gobiernos amigos y las comisiones para comprar armamento en el exterior; la realización de cursos de entrenamiento en escuelas y unidades de países amigos; el nombramiento de observadores militares y el despliegue de fuerzas en conflictos internacionales, por mandato de la OEA o de la ONU; la implementación de medidas de confianza mutua



Curso de capitanes en la Escuela de Infantería de Dresden, Alemania, 1929

*Se puede observar en la segunda fila a los oficiales chilenos, capitanes C. Meirelles y J. Casanova.
El penúltimo oficial de izquierda a derecha, también ubicado en la segunda fila, es el capitán Erwin Rommel*

con los países vecinos; a las que se deben agregar otras instancias más específicas como los estudios de postgrado y la participación de oficiales

como integrantes de organismos internacionales, y como profesores invitados en diferentes centros de estudios.

Las agregadurías militares

Bajo la denominación de adictos militares, una serie de oficiales comenzaron a cumplir funciones en representaciones diplomáticas a partir de fines del siglo XIX, destacándose entre ellos el capitán Luis Plaza, primer agregado militar en Perú en 1887. Poco más adelante, en 1890, Chile ya tenía seis adictos militares, principalmente en países europeos con los que se mantenían estrechas o históricas relaciones castrenses.

A principios del siglo XX, Inglaterra, Francia, Alemania, Austria-Hungría, Italia y España continuaban siendo de gran importancia para los militares chilenos, pues los oficiales ahí destacados podían ser observadores privilegiados de los progresos del arte de la guerra, no solo en los campos de batalla, sino también en los avances de la tecnología. En esta última materia especialmente claves fueron Francia, por el desarrollo de la aviación militar, y Alemania, además de los estrechos vínculos que unían a ambos países en lo que respecta al armamento pesado y al desarrollo de los ferrocarriles militares. De especial

interés fue la presencia en Japón y en Rusia, porque permitió observar de cerca el desarrollo de la Guerra Ruso-japonesa (1904-1905).

La función de los agregados militares, desde sus inicios, ha estado directamente relacionada con los objetivos de la política internacional de los sucesivos gobiernos. La llamada diplomacia militar demostró que era un instrumento útil que servía para el resguardo de los intereses nacionales en el exterior y que permitía mantener, con lenguaje común y franco, una relación que posibilitaba el conocimiento de nuevas formas de organización militar, avances en la tecnología y experiencias de guerra que podían aplicarse en el país. Además, ella se constituía en una efectiva herramienta y una clara expresión de confianza mutua entre las partes.

La diplomacia chilena implementó las agregadurías militares, primero, en los países vecinos: Argentina y Perú y, más tarde, después de 1904, en Bolivia. Posteriormente, las agregadurías se extendieron al resto de América, y se instalaron



Teniente coronel Teófilo Gómez en Alemania, 1937

en Ecuador, Colombia, Venezuela, México, Brasil y Centroamérica. También en Estados Unidos se creó una importante agregaduría militar.

En algunos casos, las agregadurías pasaron a constituirse —dada la necesidad de elevar la categoría de la representación y al prestigio ganado en el ámbito de las instituciones castrenses— en misiones militares.

A esas misiones se les entregó el encargo de promover mejores contactos y relaciones tanto comerciales como industriales, científicas y tec-

nológicas y, naturalmente, la adquisición de sistemas de armas o equipamiento para el Ejército. A raíz de la globalización y de la participación cada vez mayor en el campo internacional, se continuó abriendo nuevas agregadurías en el mundo, entre las que destacaron Canadá (1983-1999, que pasó a ser Agregaduría de Defensa a partir del año 2004), la de Israel (1975) y, a fines del siglo XX, las de China, Turquía y finalmente Rusia, en la década del 2000.

Las misiones militares en América Latina

A fines del siglo XIX en América Latina se produjo un importante proceso de reestructuración y profesionalización de los ejércitos de la región. El Ejército chileno fue elegido por algunos de estos países como modelo para la organización de los suyos, ya que según ellos era el más adelantado en la región en cuanto a su profesionalización y actualización tecnológica y doctrinaria.

Las razones por las cuales Ecuador, El Salvador y Colombia solicitaron el envío de misiones militares chilenas fueron de similar naturaleza, todas influidas por los procesos conflictivos vividos en estos países. En Ecuador y Colombia se venía saliendo de cruentas guerras civiles; y en El Salvador, después de un golpe de Estado se iniciaba otro conflicto interno. En todos estos países las amenazas de intervención —europea o norteamericana— eran evidentes, al punto que Colombia y El Salvador las sentían muy próximas. Colombia ya había perdido todo el territorio de Panamá.

El modelo militar forjado en Chile, mezcla de tradiciones, influencias y experiencias tan diversas, como las de españoles, franceses y prusianos, más las que se habían generado en nuestro devenir histórico, político y militar, generó un modelo que llamó la atención de los demás países.

Fue Ecuador el primer país hispanoamericano que escogió el modelo chileno. Para ello, tomó en consideración el prestigio alcanzado por el Ejército a partir de la asesoría que le prestara la misión alemana que lo había “prusianizado”. Contribuyó también la existencia de una parecida idiosincrasia entre chilenos y ecuatorianos, agregándose a todo ello el que Chile hubiera vencido en la Guerra del Pacífico, lo que alentaba expectativas en su política internacional en relación al Perú.

Colombia, por su parte, consideró en la elección de Chile la larga tradición guerrera del país y el éxito del trabajo de los militares chilenos con los instructores alemanes a partir de 1885, lo que



Capitanes Arturo Ahumada y Diego Guillén, integrantes de la primera misión militar chilena en Colombia

OFICIALES DESTACADOS QUE PRESTARON SERVICIOS EN LAS DIFERENTES MISIONES DEL EJÉRCITO EN EL EXTRANJERO A INICIOS DEL SIGLO XX

PAÍS	PERÍODO	NOMBRE
ECUADOR	1900 - 1905 1911 - 1916	Luis Cabrera Negrete
	1901 - 1910	Julio Franzani Meza
	1901 - 1906	Ernesto Medina Fraguela
	1956 - 1959	Augusto Pinochet Ugarte
EL SALVADOR	1902 - 1905	Juan Pablo Bennett Argandoña
	1903 - 1905	Francisco Lagreze Frick
	1903 - 1908	Carlos Ibáñez del Campo
COLOMBIA	1907 - 1909	Arturo Ahumada Bascuñán
	1907 - 1909	Diego Guillén Santana
	1909 - 1911	Francisco Javier Díaz Valderrama
	1909 - 1911	Pedro Charpin Rival
	1912 - 1913	Pedro Vignola Cortés
	1913 - 1916	Carlos Sáez Morales



Capitán Augusto Pinochet Ugarte, Ecuador



Capitán Arturo Ahumada Bascuñán, Colombia



Capitán Francisco J. Díaz Valderrama, Colombia

permitió la puesta en marcha de nuevos planes de estudio y métodos didácticos. También primó la preparación de los oficiales chilenos en las más modernas técnicas de la guerra, siendo —a la fecha— su armamento el más innovador de América Latina. Se agregaba a lo anterior la imagen de estabilidad y corrección con que se veía la institucionalidad chilena en relación a otras repúblicas americanas.

El Salvador también insistió en tener misiones militares chilenas antes y después de la Primera Guerra Mundial, lo que permite concluir que Chile siguió siendo preferido, ya sea por la influencia que ejercían las primeras misiones de 1902 o porque dos de los oficiales chilenos de las primeras misiones se quedaron en ese país y continuaron su carrera hasta alcanzar el grado de general, con lo que, obviamente, influyeron para que Chile continuara presente en las preferencias militares salvadoreñas.

Influía también la facilidad que entregaba el idioma común y la experiencia de los chilenos en países europeos con armamento de última generación para la época. En el caso de Colombia y Ecuador, se sumaban intereses de carácter geoestratégico, ya que ambos países limitaban con el Perú y su relación diplomática y militar con Chile implicaba un beneficio adicional.

Para Chile, el apoyo internacional de esos Estados también resultaba trascendental y beneficioso, y así lo entendieron las autoridades nacionales cuando autorizaron las misiones. Con respecto a El Salvador, en lo estratégico, se destacó



General Carlos Sáez Morales, Colombia



*Capitán Carlos Ibáñez del Campo, El Salvador.
Colección Museo Histórico Nacional*

especialmente como una avanzada de Chile en Centroamérica, en la búsqueda de tener presencia en un espacio geográfico de relevantes repercusiones en caso de conflicto, tanto antes como después de la apertura del canal de Panamá.

Importa señalar que en esos países los oficiales chilenos lograron transmitir una doctrina que resultó común en los tres ejércitos, puesto que esos oficiales fueron organizadores, directores e instructores de las escuelas formadoras que son —en verdad— los pilares fundamentales de cualquier proceso de profesionalización. También es valorable el papel de asesores que tuvieron esos oficiales para la reorganización y modernización de los ejércitos en los que se desempeñaron. Ese rol lo cumplieron a nivel gobierno y a nivel de Ejército, logrando que muchas de sus proposiciones se transformaran en leyes que modificaron notablemente el desarrollo de esas instituciones armadas.

En los tres países las misiones militares se repitieron en dos períodos diferentes. Un primer período hasta la Primera Guerra Mundial y un segundo período que comenzó después de la Segunda Guerra Mundial, con la excepción de Colombia, que además recibió una misión de artillería en la década de 1930. Esta repetición se debió al prestigio alcanzado por las primeras misiones en cada uno de estos países.

Finalmente, es necesario destacar la importancia del aporte militar a la diplomacia de cada país. Las fuentes dan cuenta que las decisiones que tomaron las autoridades de la época fueron acertadas al utilizar las misiones militares para posicionar mejor a Chile en el continente, lo que fue un éxito de la política exterior nacional, ya que permitió que durante un largo período —pleno de turbulencias políticas en la región— se reconociera al país como una potencia con una importante presencia castrense.

La contribución a la seguridad y a la paz en el mundo

Con el tiempo la presencia del Ejército de Chile en el mundo se fue acrecentando. Las dolorosas experiencias de ambas guerras mundiales abrieron el escenario para la búsqueda de sistemas de seguridad colectivos que permitieran evitar la escalada de los conflictos. Chile, consciente del importante significado de estas misiones para la paz mundial y apreciando la experiencia militar que podrían otorgar, adhirió a ellas, primero, mandando oficiales como observadores militares y, posteriormente, desplegando fuerzas en distintas partes del mundo bajo la tutela de las Naciones Unidas o de la Organización de Estados Americanos.

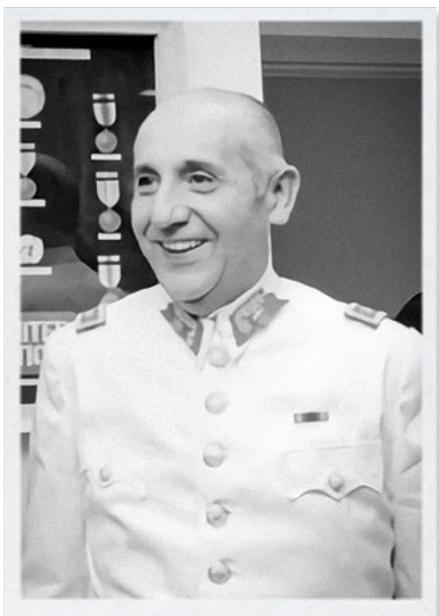
Durante el siglo XX es destacable la participación de Chile en el término de la Guerra del Chaco, que enfrentó a Bolivia y Paraguay entre 1932 y 1935. Ofi-

ciales chilenos formaron parte de la "Comisión Militar Neutral" que también estuvo conformada por observadores militares de Argentina, Estados Unidos, Uruguay y Perú. Chile participó con una delegación de siete oficiales al mando del general Carlos Fuentes Rabé. Más tarde, a raíz de la creación del Estado de Israel en 1948, la Organización de Naciones Unidas (ONU) estable-

ció en ese país la Organización para la Supervisión de la Tregua (UNTSO) destinada a evitar la reanudación de hostilidades entre Israel y los países árabes. La organización existe hasta hoy y sus misiones se cumplen en Israel, Egipto, Jordania, Líbano y Siria. Los oficiales chilenos han participado como observadores desde el inicio de estas misiones, cumpliendo arriesgadas tareas en la zona de conflicto.



General Carlos Fuentes Rabé



General Luis Tassara González



General Sergio Espinoza Davies

De la misma manera, a partir de 1948 oficiales chilenos iniciaron su participación como observadores militares en el subcontinente indio para supervisar la tregua en Cachemira entre la India y Pakistán. Importante es destacar que en esta misión dos oficiales generales chilenos fueron seleccionados por Naciones Unidas para desempeñarse como Jefe de la Misión de Observadores Militares, los generales de división Luis Tassara y Sergio Espinoza.

A partir de 1976 y hasta 1980, además de las comisiones que se cumplían en la India y en el Medio Oriente, se agregaron las de observadores militares que bajo mandato de la OEA supervisaron el cese de hostilidades entre El Salvador y Honduras. Entre dos y tres oficiales cumplieron anualmente esas misiones en un territorio muy complicado, con presencia de bandoleros, enfrentamiento con guerrillas y captura de rehenes.

A medida que transcurría el siglo XX, la presencia de oficiales chilenos en estas misiones au-

mentó. Fue así como en 1993 se destinó oficiales de ingenieros para participar en operaciones de desminado en Nicaragua, al término de la guerra civil que afectó a ese país. Más adelante, entre 1995 y 1998, después de la guerra del Cenepa entre Perú y Ecuador, cerca de treinta y cuatro oficiales, en turnos de seis meses, participaron en la Misión de Observadores Militares entre Ecuador y Perú (MOMEP). Esta última actividad era muy sensible para Chile debido a las situaciones históricas ya descritas; sin embargo, el profesionalismo y la neutralidad de los observadores generó el reconocimiento de ambos países.

Luego, en 2003 y a raíz de la Segunda Guerra del Golfo, oficiales chilenos participaron por mandato de Naciones Unidas en las comisiones para verificar la destrucción de armas químicas en Irak.

Los focos de conflicto continuaron a inicios del presente siglo y se enviaron oficiales y unidades a misiones de paz en lugares tan disímiles como Bosnia-Herzegovina, Timor, República De-

mocrática del Congo, Chipre, Afganistán, Haití y, más recientemente, a la República Centroafricana.

La más significativa de las misiones de paz en que el Ejército participó en este período —si se tiene a la vista la cantidad de fuerzas desplegadas—, fue la que se realizó en Haití. Entre los años 2004 y 2017, más de 6.576 hombres y mujeres integraron los batallones, que junto a medios de la Fuerza Aérea y de la Armada, se incorporaron a la Fuerza de Estabilización de las Naciones Unidas en Haití (MINUSTAH). Cabe destacar que la compañía de ingenieros desplazada por Chile estuvo muy bien reforzada por contingente ecuatoriano, y que cinco oficiales generales del Ejército se



desempeñaron como “Deputy Force Commander” de estas fuerzas.

La participación del Ejército de Chile en el campo de las relaciones internacionales ha sido de gran valor para la vinculación con los ejércitos del mundo y, más allá de ello, ha demostrado ser un eficiente instrumento de la política exterior de nuestro país para el logro de los objetivos nacionales. Los informes de las organizaciones internacionales con respecto al desempeño de las fuerzas del Ejército en este tipo de misiones han dado cuenta de su acabada preparación profesional y han sido una instancia especialmente valiosa, que ha permitido operar con fuerzas de diferentes países.

SEGUNDOS COMANDANTES DE LAS FUERZAS DE LA MINUSTAH

GENERAL DE BRIGADA EDUARDO ALDUNATE	septiembre 2005 - octubre 2006
GENERAL DE BRIGADA RICARDO TORO	diciembre 2008 - febrero 2010
GENERAL DE BRIGADA CARLOS MEZZANO	febrero 2010 - febrero 2011
GENERAL DE BRIGADA JORGE PEÑA	marzo 2014 - marzo 2015
GENERAL DE BRIGADA ANDRÉS FUENTEALBA	octubre 2015 - diciembre 2016



El desminado humanitario

El 3 de diciembre de 1997 el Estado de Chile suscribió la Convención Internacional sobre Prohibición de Empleo, Almacenamiento, Producción y Transporte de Minas Antipersonales y sobre su Destrucción —conocido como “Tratado de Ottawa”—.

Posteriormente, este sería ratificado por el Congreso Nacional el año 2001 para, finalmente, entrar en vigencia el 9 de marzo de 2002 al promulgarse como ley de la República. Con ello, Chile se sumaba

a los esfuerzos de la comunidad internacional para poner término a los devastadores efectos que estos artefactos producen. La Convención había tenido su origen y fundamento en normas del Derecho Internacional Humanitario que prohíben el empleo de armas que no distingan entre personas civiles y combatientes, o causen sufrimientos innecesarios o daños excesivos.

De esta manera, Chile asumía el compromiso de levantar la totalidad de los campos minados sembrados durante los períodos de crisis vecinales, a la vez que se comprometía a destruir la totalidad de las minas en existencia en sus arsenales. Para ello, el 2 de mayo de 2002 se creó la Comisión Nacional de Desminado (CNAD), presidida por el ministro de Defensa Nacional e integrada por diversas autoridades de gobierno y de las fuerzas armadas. La planificación, coordinación y control de las tareas que se derivarían de este desafío quedaron radicadas en una Secretaría Ejecutiva dependiente del Estado Mayor Conjunto. La responsabilidad de la ejecución del levantamiento



de los campos minados y la destrucción de la totalidad de las minas antipersonales en existencia fue asignada, mayoritariamente, al Ejército y, para algunos campos insulares, a la Armada.

La capacitación integral del personal —masculino y femenino de diferentes grados— que formaría parte de las unidades de desminado fue asumida por el Ejército, para lo cual el mismo año 2002 se creó el Centro de Entrenamiento de Desminado y Destrucción de Explosivos (CEDDEX) dependiente de la Escuela de Ingenieros Militares, instancia que además es responsable del control y la certificación de los trabajos.

Así, también a partir del 9 de marzo de 2002 se dio inicio a la destrucción de las minas en stock, actividad que especialistas del Ejército realizaron bajo estrictas normas de seguridad y de mitigación ambiental. La meta de destrucción de más de trescientas mil minas se alcanzó a fines del año 2003, sin accidentes ni incidentes de ninguna naturaleza.

Después de una acabada preparación —que incluyó la capacitación, el equipamiento y el adoctrinamiento integral— a comienzos de 2004 las tres primeras secciones de desminado manual estuvieron listas para iniciar los trabajos, siendo desplegadas en las regiones de Arica, Antofagasta y Punta Arenas. En los años siguientes, la cantidad de unidades se fue incrementando en la medida que se pudo contar con una mayor cantidad de equipamiento y de personal entrenado.

Hasta el año 2008 el despeje se realizó, exclusivamente, a través de lentos y complejos procedimientos manuales, en los que se ubicaban las

minas utilizando detectores electrónicos y sondas de penetración. A partir de ese año se incorporaron medios mecánicos, compuestos por maquinaria de excavación y de barrido, tanto para la remoción en los sectores de difícil acceso, como para la certificación de los terrenos libres de minas y materiales explosivos. Esto implicó un salto cualitativo y cuantitativo en los procedimientos de desminado, a la vez que se incrementaban significativamente los niveles de seguridad.

El levantamiento de los campos minados se ha desarrollado conforme a lo planificado, lo que permite proyectar el levantamiento y destrucción integral de los más de 160 campos minados y de las más de 45 mil minas antipersonales y antitanques a fines del año 2020. Las condiciones de aislamiento, de clima extremo y los riesgos asociados no han sido un obstáculo para que las metas se hayan cumplido con índices de accidentabilidad muy reducidos.

Los trabajos efectuados por el Ejército para dar cumplimiento al tratado de Ottawa dan cuenta de un alto nivel de profesionalismo, el que ha sido ampliamente reconocido por diversos organismos nacionales e internacionales, y son un referente para otros ejércitos de la región y del mundo. Un ejemplo de lo anterior es la participación de instructores y observadores del Ejército en la Misión de Asistencia Humanitaria (MARMINAS) en Nicaragua, entre los años 2005 y 2009, así como también la gran cantidad de oficiales y suboficiales de diversas nacionalidades que se han capacitado en el CEDDEX de la Escuela de Ingenieros Militares.

LA MÚSICA MILITAR



Banda de guerra e instrumental del Regimiento "Santiago", 5to de Línea, posando en el campamento desplegado para las tropas chilenas en Antofagasta durante el año 1879. Colección Museo Histórico Nacional

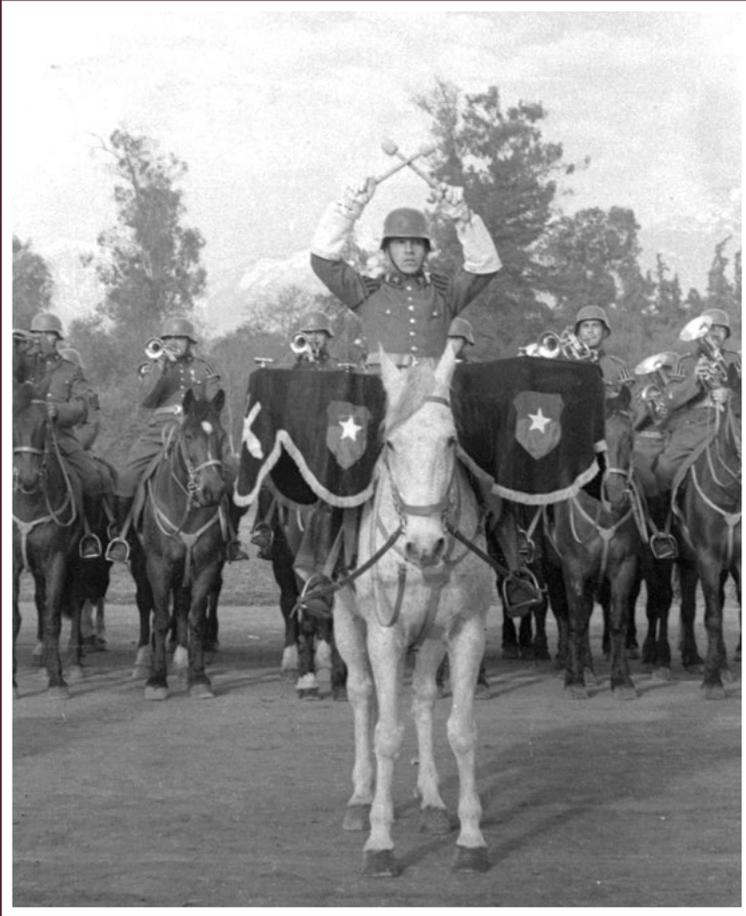
Desde tiempos inmemoriales los instrumentos musicales han estado presentes en los campos de batalla. Las trompetas, tambores, platillos y gaitas, entre otros instrumentos sonoros, fueron utilizados para coordinar y conducir a las tropas en medio del estrépito y confusión de los combates.

Así, el ritmo del avance de las unidades era marcado por los tambores o timbales, las órdenes transmitidas por toques de cornetas o clarines, el ronco retumbar de cornos o bombos intimidaban al enemigo y los cantos de trompetas y fanfarrias alentaban a las propias fuerzas. Con el tiempo estos sones evolucionaron hacia una combinación armónica y rítmica de los sonidos, a fin de despertar sentimientos patrióticos y guerreros y acompañar los actos ceremoniales.

En Chile la música militar ha sido clara expresión de las diferentes influencias que a lo largo de los años ha recibido el Ejército —principalmente la alemana—, y con sus sones y arreglos musicales ha buscado exaltar los espíritus y homenajear los brillantes episodios de nuestra historia militar.



El "Tambor en descanso" de José Miguel Blanco, 1884, representa a un joven soldado-tambor combatiente de la Guerra del Pacífico. La obra original pertenece a la colección escultórica del Museo Nacional de Bellas Artes. Fotografía Colección Museo Histórico Nacional



*Banda de guerra e instrumental montada, participando en la parada militar de 1942. En primer plano destaca el timbalero seguido por la banda de clarines.
Colección Museo Histórico Nacional*



"Festival de bandas militares", efectuado en el Museo Histórico Militar en septiembre de 2017, en homenaje a las glorias del Ejército e inicio de las actividades conmemorativas del bicentenario de la Batalla de Maipú



El "Schellenbaum" o Árbol de Sonidos que distingue a las bandas instrumentales del Ejército de Chile, fue incorporado por los instructores alemanes durante el periodo de la prusianización y adoptado por la Gran Banda del Ejército y la banda de la Escuela Militar en la década de 1980.

Ilustración por Edgardo Noya

LA MUJER EN EL EJÉRCITO: DE LA INTEGRACIÓN A LA IGUALDAD

Solo a comienzos del siglo XX se inició un proceso que llevó —especialmente después de la Primera Guerra Mundial— a que la mujer fuera progresivamente ampliando su rol en la sociedad y, por lo tanto, accediera a derechos que hasta esa fecha se le habían negado o restringido.

El Ejército no estuvo ajeno a esta tendencia y durante la primera mitad del siglo XX la mujer empezó a integrarse a sus filas. Inicialmente y en forma tímida se fueron incorporando en funciones netamente administrativas, como traductoras en la Escuela de Ingenieros y Academia Técnica Militar y como secretarías en algunas reparticiones; luego, algunas de ellas lo hicieron como operarias en las Fábricas y Maestranzas del Ejército. Solo en marzo de 1931, en circunstancias que se aprobó el texto definitivo de la Ley de Reclutamiento, se pudo observar la promulgación de una norma legal que diera respaldo a su incorporación en las Fuerzas Armadas, al establecer la señalada ley que: “Todos los ciudadanos de ambos sexos, con las excepciones que contenga esta ley, pueden ser llamados por el Presidente de la República para ser empleados en tiempo de guerra en los diversos servicios que requiere la nación en armas”. Si bien la ley era amplia y solo se refería al estado de guerra, fue un simbólico primer paso.



Primera presentación de las enfermeras del Ejército. Parada Militar de 1967

A partir del año 1933 las mujeres empezaron a cubrir diversos cargos administrativos y de servicios en el Hospital Militar, donde eran contratadas como enfermeras, telefonistas, lavanderas, etc. Más tarde, en 1936, como consecuencia de la creación de la sección Bienestar Social, dependiente de la Dirección del Personal, se incorporaron al Ejército las primeras mujeres profesionales, denominadas en esa época como "visitadoras sociales". Rápidamente la efectividad de sus servicios se fue extendiendo a las distintas guarniciones del país.

En los años siguientes las contrataciones femeninas continuaron, pero siempre en funciones administrativas, como dactilógrafas, secretarias y operarias en diferentes unidades como la Escuela Militar, la Fábrica y Depósito Central de Vestuario y Equipo y en los arsenales de guerra. En las décadas de 1950 y de 1960 se inició la contratación de profesionales en las áreas de medicina, arquitectura, cartografía, educación, nutrición, kinesio- logía y de técnicos auxiliares.

Fue en 1965 cuando se produjeron los primeros avances para una integración más plena, lo

que se produjo luego que dieciocho mujeres se graduaron del curso de "Enfermeras de Ejército", siendo las primeras en utilizar uniforme militar y para quienes se abrió un escalafón de carrera profesional especial. Estos cursos se repitieron en los años siguientes.

No fue hasta 1974 que se dio un paso más decisivo en la incorporación de mujeres al Ejército, al crearse ese año el escalafón del Servicio Femenino Militar que reguló y normó la carrera profesional de las futuras oficiales y clases femeninas. Para ello fue necesaria la creación, en agosto de ese año, de la respectiva Escuela que se ubicó en el sector de Guayacán en el cajón del Maipo, y que se denominó Escuela del Servicio Auxiliar Femenino del Ejército "Javier Carrera Verdugo". Luego de cinco meses de instrucción egresaron las primeras treinta y un subtenientes en las especialidades de ayudantía general, intendencia e instructoras. Las treinta y tres cabos segundo lo hicieron con las especialidades de intendencia, de servicios e instructoras.



Pese a que la ley de Reclutamiento lo había considerado en 1931, solo el año 1978 la ley de Servicio Militar Obligatorio se extendió a las mujeres, aunque en este caso fue en forma voluntaria. De esta manera, en el mes de julio de ese año se acuartelaron las 120 mujeres seleccionadas a lo largo de todo el país. Terminado su período de instrucción, fueron destinadas a cargos administrativos en distintas reparticiones. Con el transcurso de los años las vacantes se fueron ampliando y el interés por hacer el servicio militar en el Ejército fue creciendo exponencialmente. Años más tarde, con la creación de la figura del soldado de tropa profesional, se incluyó al contingente femenino como soldados profesionales del Ejército.

Con el transcurso de los años, producto de los cambios sociales y de la implementación de políticas públicas que fomentaron mayores y mejores niveles de integración y de igualdad entre hombres y mujeres, el Ejército fue adecuando su

normativa a fin de crear las condiciones necesarias para ampliar los espacios de participación y de desarrollo profesional de las mujeres, en igualdad de condiciones que los hombres.

Otro avance simbólico —pero de gran trascendencia— fue que a partir de 1995 las escuelas matrices del Ejército —la Escuela Militar y la Escuela de Suboficiales— comenzaron a formar sin distinción de sexo a los futuros oficiales y clases de la institución. Con ello se profundizó la integración y, muy principalmente, se avanzó en el principio de igualdad de condiciones y oportunidades. Sin embargo, estas condiciones aún no eran igualitarias, ya que el desempeño de las mujeres estaba restringido a ciertas áreas de desarrollo profesional —al escalafón de servicios—, por lo que años más tarde, en 2003, se dio otro paso al extender su presencia a las armas de apoyo de combate (ingenieros, artillería y telecomunicaciones).

En 2001 se eliminaron las normas que impedían la incorporación de las mujeres como alumnas de la Academia Politécnica Militar y consecuentemente el titularse como "Ingeniero Militar Politécnico". En 2002, por primera vez en el Ejército, una mujer alcanzó el grado de suboficial mayor, la suboficial Leticia Soto. Poco después, en 2015 se derogaron las políticas que solo permitían a las mujeres su desempeño en los servicios logísticos y en las armas de apoyo de combate, pudiendo a partir de ese momento las alumnas de la Escuela Militar y de la Escuela de Suboficiales incorporarse a las armas de combate (infantería y caballería blindada). Finalmente, en 2008 se autorizó que las mujeres pudieran ingresar como alumnas al Curso Regular de Estado Mayor de la Academia de Guerra, con lo que indirectamente se eliminaron todas las barreras que les impedían acceder al alto mando institucional. Como expresión de la rapidez y de la amplitud del proceso de integración de las mujeres, es interesante destacar

que en esos mismos años se graduó la primera mujer piloto de helicópteros del Ejército (2008) y, un año después, se inició la participación de las mujeres en las misiones de paz.

Como se puede observar, este proceso ha sido constante y progresivo. Se inició a comienzos de la década de 1970, y en poco más de treinta años, hoy las mujeres no tienen diferencias con sus pares hombres en las oportunidades que la institución les ofrece a sus integrantes. El Ejército, en coherencia con los cambios que se han producido en la sociedad, ha evolucionado en sus políticas de personal hacia dimensiones más inclusivas e igualitarias, en las que las diferencias étnicas, religiosas o de género han quedado superadas. En este aspecto, la Institución no ha hecho más que seguir el pensamiento de Bernardo O'Higgins, en el sentido que las verdaderas pruebas de nobleza que se exigen para integrarse y desarrollarse dentro de ella, deben ser solamente "el mérito, la virtud y el patriotismo".





VII

UN EJÉRCITO SIEMPRE PRESENTE

INTRODUCCIÓN

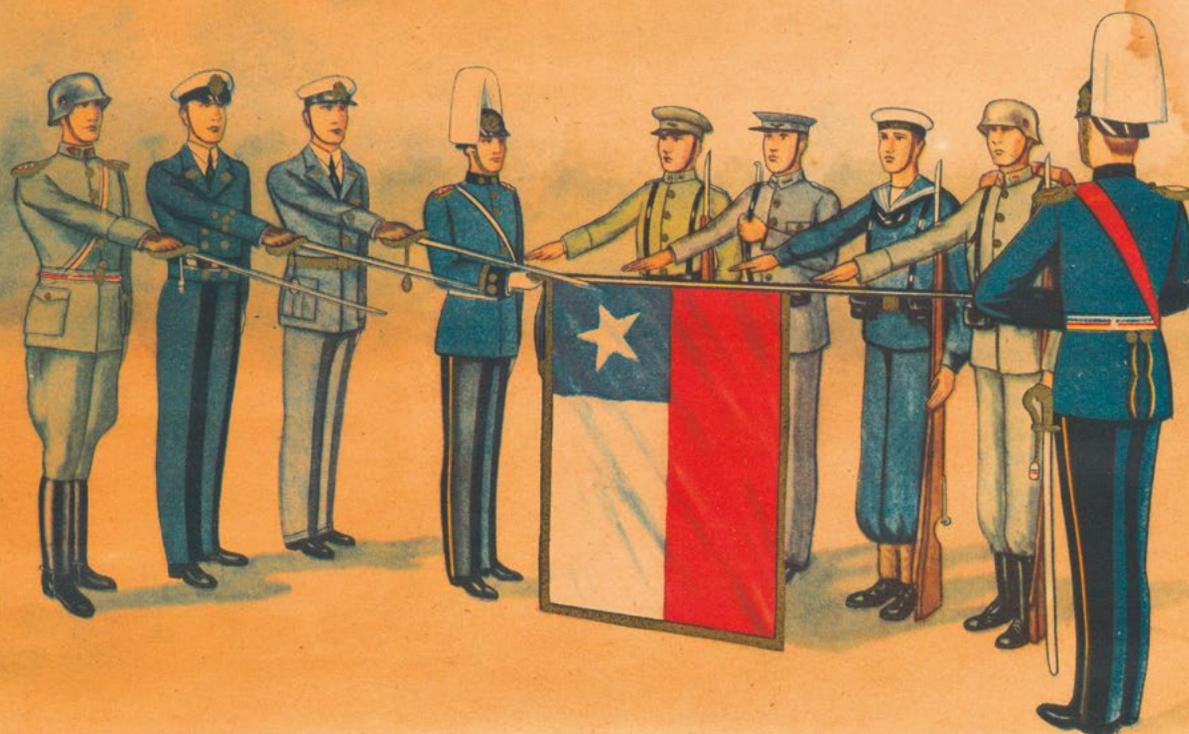
El Ejército de Chile, junto con el cumplimiento de su misión principal en el ámbito de la defensa de la soberanía e integridad territorial, también cumple otras tareas que van en directo beneficio del progreso y el desarrollo del país, ya sea por estar siempre presente en las emergencias o catástrofes que con cierta frecuencia se dejan sentir sobre nuestro territorio, o bien en función del permanente sentido de responsabilidad social que inspira el quehacer de la institución. Cada vez que nuestra sociedad lo ha necesitado, siempre ha tenido y tendrá una mano amiga y solidaria para concurrir en su auxilio o protección.

En este capítulo revisaremos las diferentes actividades que desde siempre ha desarrollado la institución al poner al servicio de los chilenos sus capacidades en aspectos tan disímiles como: los aportes del Ejército a la fundación o el desarrollo de las otras instituciones de la Defensa y de Carabi-

neros de Chile; su contribución a la práctica de diversas disciplinas deportivas que le han dado éxitos y laureles a nuestro país; el aporte de la ingeniería militar al desarrollo nacional; la contribución institucional al ejercicio de la soberanía en el territorio antártico; el Servicio Militar Obligatorio, que junto con poner en contacto al Ejército con la juventud, robustece la unidad nacional; el papel del Ejército en la consolidación e incorporación de distintas áreas geográficas al territorio nacional y al ejercicio de una soberanía efectiva por el Estado; que son solo algunas de las actividades que, en este sentido, realiza la institución.

De esta manera, se invita al lector a revisar esta otra faceta del quehacer institucional que —con orgullo y satisfacción—, permite reafirmar que el Ejército continuará estando siempre presente en la vida de los chilenos.

FUERZAS ARMADAS DE CHILE



Certificado entregado al término del servicio militar en 1941. En el documento, los ciudadanos juraban "amar y defender con mi vida la Bandera de mi Patria, símbolo de esta tierra nuestra y expresión de libertad, justicia y democracia"

LA CONTRIBUCIÓN A OTRAS INSTITUCIONES

Siendo el Ejército la más antigua institución castrense de Chile, de una u otra forma le correspondió contribuir en los pasos fundacionales que dieron la Armada, la Fuerza Aérea y Carabineros de Chile. En cumplimiento a instrucciones superiores de distintos gobiernos, el Ejército realizó importantes aportes en la fundación y desarrollo de dichas instituciones. Nombres, formas y tradiciones son parte del legado que, entregado por el Ejército, contribuyó al desarrollo de las respectivas identidades institucionales. Sin embargo, aún es posible apreciar en ellas algunos de los rasgos del legado histórico entregado por la institución.



LA CONTRIBUCIÓN A OTRAS INSTITUCIONES

El Ejército y la Armada

Inmediatamente después de la victoria de Chacabuco, el general O'Higgins vislumbró la necesidad de conformar una marina nacional, única forma de vencer al poder monárquico asentado en el Perú. Con ese propósito se adquirieron naves y se contrataron experimentados marinos, capaces de organizar y de tripular la naciente flota.

Para la dotación de las guarniciones de los buques se traspasó personal desde el Ejército, lo que ya se advierte desde 1817 con la asignación de veinticinco soldados del Batallón Cazadores de Los Andes al bergantín Águila, primer navío de nuestra incipiente Marina. De esta manera, se daba inicio a la frecuente destinación de oficiales



Oficiales de la Escuela Naval en 1891. En el extremo derecho de la segunda fila, figura el capitán del Ejército Jorge Lorca. Colección Archivo Histórico de la Escuela Naval

y tropa hacia la naciente Armada, con el fin de constituir las fuerzas de infantería y artillería de marina a bordo de los buques.

Siendo muy frecuentes estos traspasos de personal durante gran parte del siglo XIX, ellos no constituyeron una participación del Ejército en la formación naval y marítima, sino tan solo una vía de solución para contar con recursos humanos calificados para determinadas tareas.

Otro ámbito en el que se dio la vinculación entre ambas instituciones fue en el campo formativo. Así, en su primer período de funcionamiento, la Academia Militar entregó once alumnos a la Academia de Jóvenes Guardia Marina. Más tarde, entre 1848 y 1857, se implementó un sistema de formación mixto entre la Escuela Militar y la Escuela Naval consistente en la aplicación de un plan común para la fase inicial del proceso educativo, tras el cual los cadetes navales debían continuar su formación embarcándose en la fragata Chile. Once años más tarde, en 1869, se volvió al sistema de formación mixta con una etapa preliminar en la Escuela Militar y con el posterior trasbordo de los cadetes a unidades de la Armada, modalidad que terminó cuando se consolidó definitivamente el funcionamiento de la Escuela Naval.

Sin embargo, la presencia del Ejército continuó vigente en la formación de los cadetes navales a través de la destinación de oficiales a la Escuela Naval, con el objeto de impartir la Instrucción Militar de Infantería Doctrinal. La presencia militar se prolongará hasta 1947 y será el capitán Alfonso Canut de Bon el último oficial de una treintena de capitanes del Ejército que durante 89 años prestaron servicios a esa escuela matriz.

Adentrado el siglo XIX, la Armada ensayó diferentes métodos para satisfacer sus requerimientos de oficiales y tropa para las guarniciones de los buques, demandándose en más de una ocasión la asignación de personal desde el Ejército, tanto para sus brigadas de Infantería de Marina como para el posterior Batallón de Artillería de Marina. Si bien este último no constituía una unidad del Ejército, en tierra se rigió por su doctrina, fue siempre comandada por militares y sirvió de sólido eslabón entre ambas instituciones armadas, siendo este uno de los factores que le permitió integrarse rápida y efectivamente al Ejército de Operaciones del Norte, y participar como Regimiento de Artillería de Marina hasta 1881 en las campañas de la Guerra del Pacífico. Fue así como en las batallas de Chorrillos y Miraflores —integrando la lista de tropas de la I División comandada por el capitán de navío Patricio Lynch— el Regimiento Artillería de Marina, al mando de su comandante, el teniente coronel José Ramón Vidaurre, pasó a la historia y alcanzó la gloria en los campos de batalla.

Años más tarde, en 1903, el Regimiento de Artillería de Costa y los fuertes y baterías de Valparaíso y Talcahuano, con su respectivo material y edificios, fueron traspasados desde el Ejército a la Armada, ocasión en que muchos de sus oficiales se mantuvieron comisionados en esta última institución hasta 1915. Con ello, se ponía fin a la contribución del Ejército —que se había extendido durante casi un siglo—, a la provisión de fuerzas de tierra y anfibia a la Armada.

El Ejército, la Aviación Militar y la Fuerza Aérea de Chile

A principios del siglo XX, algunos agregados militares en Europa remitieron interesantes informes dando a conocer el avance que estaba experimentando la aviación. Uno de esos informes, el enviado desde París por el teniente coronel Pedro Pablo Dartnell, recomendaba la creación de un servicio aéreo y proponía el envío de una comisión a Francia para aprender el arte de volar e involucrarse en la mecánica de los aeroplanos. Estas ideas fueron apoyadas por el entonces presidente de la Comisión Militar de Chile en Alemania, general Arístides Pinto Concha, quien —de ese modo—, se transformó en el principal impulsor del arma aérea y, posteriormente, en el primer Inspector del Servicio de Aviación.

Como resultado de lo propuesto, en febrero de 1911 viajaron a París los tenientes Manuel Ávalos y Eduardo Molina, quienes se integraron a la Escuela Blériot, en Étampes. Por otra parte, los mecánicos y exalumnos de la Escuela de Artes y Oficios, Miguel Cabezas y Pedro Donoso, fueron designados para estudiar mecánica de aviación, incorporándose como alumnos regulares a la

Escuela Voisin de Mourmelon-le-Grand, donde, junto con titularse como mecánicos de aviación, recibieron sus diplomas de piloto aviador, debido a lo cual fueron asimilados al Ejército con el grado de piloto mecánico 1º.

Manuel Ávalos volvió de Francia trayendo una decena de aeroplanos —principalmente del tipo Blériot, Breguet y Deperdussin— además de un nutrido bagaje de conocimientos de aeronáutica que influyeron para que el 7 de febrero de 1913 se creara la Escuela de Aviación Militar, cuyo propósito fue formar a oficiales y suboficiales como pilotos aviadores, pilotos mecánicos o pilotos aerostáticos.

La proyectada escuela se instaló en la chacra de Lo Espejo —actual Base Aérea de El Bosque— donde todo estaba por hacerse. Mientras se levantaba la infraestructura necesaria, el capitán Ávalos iniciaba la instrucción de once alumnos pilotos. Todos los postulantes al primer curso de la Escuela de Aviación eran militares, quienes, además de rendir exámenes en materias diversas, debían poseer un buen dominio del idioma francés.



Cadete Arturo Merino Benítez



Capitán Manuel Ávalos Prado

Contribuyó también al incipiente desarrollo de la aviación militar el teniente Dagoberto Godoy Fuentealba, quien el 12 de diciembre de 1918 cruzó la cordillera de Los Andes en un avión Bristol, debiendo enfrentar temperaturas de hasta 20 grados bajo cero, falta de oxígeno y fuertes turbulencias, para finalmente aterrizar en Mendoza en un hecho que se convirtió en una verdadera hazaña. Más tarde, el 5 de abril del año siguiente, otro oficial, el teniente Armando Cortínez, repitió el cruce de Los Andes en un avión similar, pero esta vez en un viaje de ida y vuelta, conmemorando de esa forma un nuevo aniversario de la Batalla de Maipú.

El coronel Dartnell, quien había continuado empeñado en la formación de un servicio aéreo que fuera independiente tanto del Ejército como de la Armada, fue designado para asumir el mando de la Dirección de la Fuerza Aérea Nacional, creada el 18 de marzo de 1919. Al año siguiente, la Inspección General de Aviación quedaría bajo el mando del general Luis Contreras Sotomayor.

Poco más tarde, una comisión presidida por el inspector general del Ejército, general Mariano Navarrete, e integrada además por el teniente

coronel Marmaduke Grove y el capitán Ramón Vergara, elaboró un plan que proyectaba a la aviación militar como una institución independiente. Para encabezar esta iniciativa se nombró como director general de Aeronáutica al teniente coronel Grove y bajo su mando se creó el primer escalafón de aviadores del Ejército.

Finalmente, el 21 de marzo de 1930, el presidente Carlos Ibáñez dispuso la creación de la Fuerza Aérea de Chile, designando como su primer comandante en jefe (primero con el cargo de subsecretario de Aviación) al teniente coronel Arturo Merino Benítez, oficial que se había desempeñado como director de la Escuela de Aviación Militar.

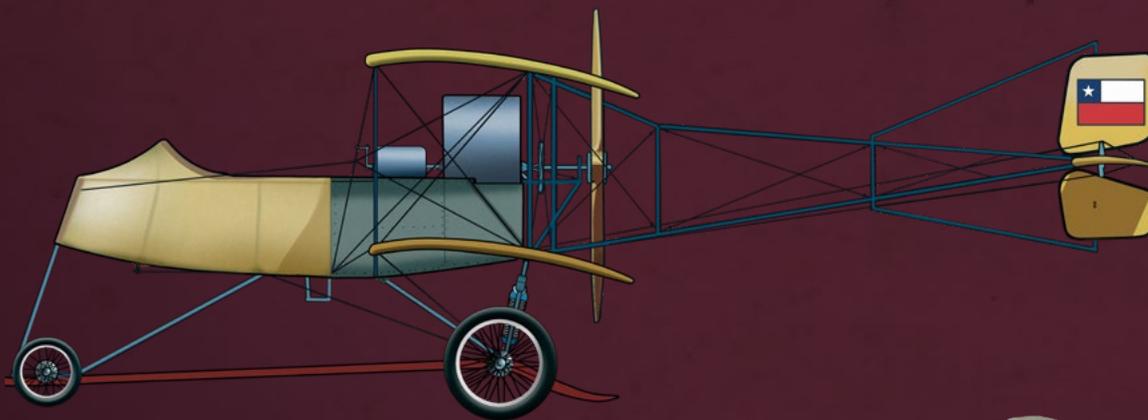
La nueva Fuerza Aérea, no obstante ser independiente, continuó ligada al Ejército a través de la formación de parte de sus futuros oficiales que siguieron egresando de la Escuela Militar y solo una vez graduados podían postular al cambio de institución. Esta modalidad terminó en 1942, cuando se inició el primer curso de cadetes aéreos. Otro vínculo que se mantuvo por largo tiempo fue la formación de oficiales de Estado Mayor que siguió siendo entregada por el Ejército hasta 1948.

AVIONES Y HELICÓPTEROS

A comienzos del siglo XX, el Ejército envió a un grupo de oficiales a Francia para conocer el incipiente desarrollo de la aeronáutica en ese país, lo que influyó para que en 1913 la Institución creara la Escuela de Aviación Militar. En 1930, con la fusión de los servicios aéreos del Ejército y de la Armada, se dio vida a la Fuerza Aérea de Chile. Sin embargo, el Ejército continuó operando material aéreo para satisfacer sus propias necesidades, el que en la actualidad está concentrado en la Brigada de Aviación del Ejército y en los Pelotones de Exploración Aérea de las diferentes Divisiones.



Blériot XI



Sánchez Besa



Casa 212



Helicóptero Lama



Casa CN 235



Helicóptero Eurocopter Cougar

El Ejército, la función policial y la formación de Carabineros de Chile

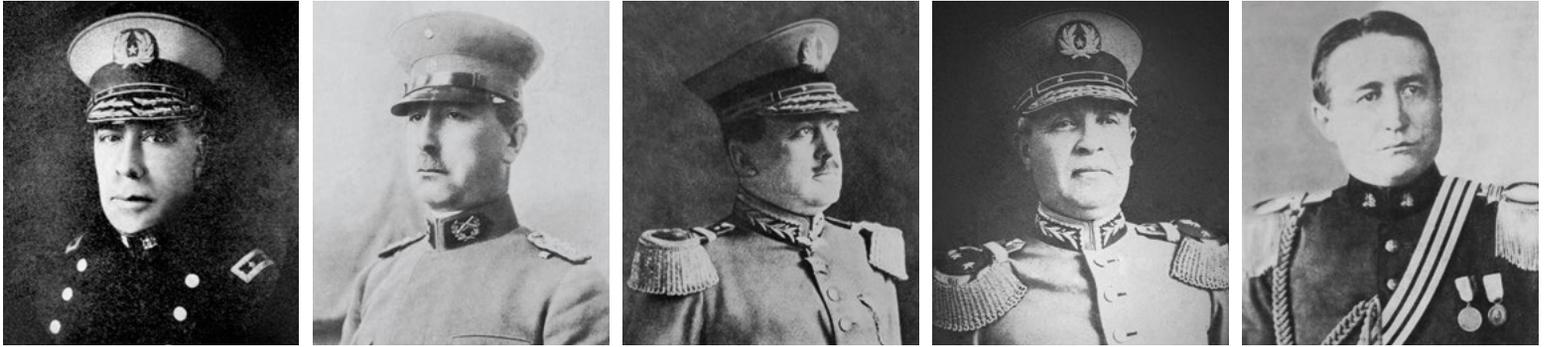


Capitán Hernán Trizano.
Colección Museo Histórico Carabineros de Chile

Al Ejército le cupo una relevante participación en los orígenes de Carabineros de Chile, la que estuvo marcada por una estrecha dependencia inicial y por las normas legales y doctrinarias que, más tarde, fueron traspasadas a la institución policial.

Finalizada la Guerra del Pacífico y como consecuencia del incremento de delitos provocados por el bandolerismo rural, se puso urgencia a la tarea de avanzar en la seguridad y el orden, tanto en las ciudades como en los centros mineros y zonas rurales. Con ese fin se establecieron nuevos cuerpos policiales, como los Húsares de la Frontera en el sur y cuerpos de caballería e infantería en las provincias de Tarapacá y Antofagasta.

Sin embargo, dado que la policía existente tenía limitaciones para asegurar el orden, en 1887 se dispuso que el Escuadrón de Carabineros del Ejército le prestara, tanto a la Policía de Santiago, como a la Guardia Municipal, una cooperación esporádica en sus tareas. Con ese mismo ánimo de colaboración, fue que en 1896 se creó el Cuerpo de Gendarmes para las Colonias. Este batallón, dependiente del Ministerio de Relaciones Exteriores Culto y Colonización, al mando del capitán de



Primeros cinco directores generales de Carabineros de Chile: de izquierda a derecha, general de brigada Aníbal Parada Pacheco, coronel Julio Olivares Mengolar, general de brigada Agustín Moreno Ladrón de Guevara, general de brigada Fernando Sepúlveda Onfray y general de brigada Ambrosio Viaux Aguilar. Colección Museo Histórico Carabineros de Chile

ejército Hernán Trizano, se constituyó como policía rural encargada de reprimir el bandidaje en las provincias al sur del Biobío.

Los buenos resultados alcanzados por este batallón hicieron que, en 1902, el presidente Germán Riesco dispusiera que efectivos de los regimientos de caballería Cazadores, Lanceros, Dragones y Guías, fueran destinados para la creación del Escuadrón de Gendarmes. Al año siguiente se constituyó una unidad de mayor magnitud, denominada Regimiento de Gendarmes, la que fue puesta bajo el mando del mayor de ejército Manuel Antonio Vergara.

Más tarde, en busca de un mejor desempeño de las fuerzas policiales, durante 1906 se decretó la unión de los antiguos Gendarmes del Sur y los del Ejército para dar vida al Regimiento de Carabineros, el que a poco andar pasó a denominarse Cuerpo de Carabineros. Esta unidad tenía una doble dependencia de los ministerios de Guerra y de Interior.

Los intentos por reforzar el proceso de transformación institucional cobraron nuevos bríos con la propuesta de formación de una Escuela de Carabineros, iniciativa que vio la luz el 19 de diciembre de 1908, cuyo objetivo principal sería “la preparación

del personal de sub-oficiales, clases e individuos de tropa para el servicio de los escuadrones del Cuerpo y principalmente lo referido a la instrucción que debía realizarse con los alumnos”.

La unificación de las policías municipales, fiscales y de carabineros bajo el nombre de Cuerpo de Carabineros de Chile, concretada por el presidente Carlos Ibáñez mediante el DFL N° 2484 de 27 de abril de 1927, fue un hito de particular trascendencia, ya que a través de esta disposición se protocolizó la autonomía de carabineros respecto del Estado Mayor General del Ejército. De esta manera, Carabineros de Chile quedó configurado como una institución policial de carácter militar, a la cual se le entregó la función del mantenimiento de la seguridad y el orden, y la vigilancia del cumplimiento de las leyes y demás disposiciones de carácter general en todo el territorio nacional. Por algunos años, diversos oficiales del Ejército siguieron ocupando algunos puestos superiores de la Institución, entre los que figuraron sus cinco primeros directores generales (1927-1931).

EL EJÉRCITO Y LA ALTA COMPETENCIA DEPORTIVA

Desde fines del siglo XIX la actividad deportiva comenzó a adquirir importancia en el cultivo de la salud y la recreación. En esto los Estados europeos habían sido pioneros y, prontamente, comenzaron a imponer — en sus ejércitos primero y en sus sistemas educacionales después— el desarrollo sistemático de la práctica de actividades deportivas. Sin duda que esta decisión no fue casual: la destreza y el estado físico se asociaban al trabajo en equipo y al cultivo de valores y, por consiguiente, a la mejor capacidad de combate de los soldados. En Chile, la incorporación de esta tendencia formó parte de la labor de la misión alemana que se había contratado para modernizar al Ejército.

Así, en el año 1891 el capitán Erich von Bischoffshausen dio inicio a las clases de esgrima, gimnasia y equitación en la Escuela Militar, organizando estas disciplinas al servicio de la formación castrense y fomentando su aplicación en escuelas, colegios y federaciones. Con esto se ponían los cimientos del desarrollo y práctica sistemática del deporte en el Ejército y en el país.



Capitán Erich von Bischoffshausen

Hacia el año 1910 comenzaría la internacionalización de la práctica del deporte ecuestre militar con la concurrencia al concurso hípico del Centenario de la República Argentina, instancia en que se convocó a representaciones de varios países. El equipo chileno, integrado por los capitanes Bartolomé Blanche y Vicente Villalobos, y por los tenientes Enrique Deichler y Elías Yáñez, logró el primer puesto en la competencia de "raid militar". Con este primer triunfo internacional se dio inicio a una exitosa senda en un deporte íntimamente asociado al arma de caballería.

Más tarde, en 1924, la esgrima debutó internacionalmente con motivo de los VIII Juegos Olímpicos de París, cuando Chile se hizo presente por intermedio del capitán Óscar Novoa y del teniente Rafael Fernández, quien llegó a las semifinales. Ambos deportistas, años más tarde, llegarían a ser comandantes en jefe del Ejército.

Ese mismo año, en la base aérea de "El Bosque", se desarrolló un festival aéreo con la presencia del ministro de Guerra y Marina, almirante Luis Gómez Carreño y de numeroso público. En esa ocasión, el ingeniero alemán Otto Heinecke, que había llegado al país para promover un paracaídas de su invención, después de haber recorrido otros países de la región sin haber encontrado voluntarios para probarlo, invitó al teniente Francisco Lagrèze, quien aceptó el desafío y volando en un avión De Havilland DH-90, el 28 de septiembre de 1924, saltó desde 800 metros de altura, convirtiéndose así en el primer paracaidista sudamericano.

Años después, en 1930, Arturo Godoy, quien a la sazón cumplía con su servicio militar en el Regimiento Carampangue de Iquique, representó al Ejército en un torneo pugilístico del que se coronó campeón de Chile en la categoría medio pesado. Era ese el inicio de su exitosa trayectoria deportiva que lo llevó a enfrentar, por el título mundial de peso pesado, a los grandes boxeadores de la época.

Entre los años de 1934 y 1940 se produjo un hecho de particular relevancia para la historia deportiva del país. El capitán Eduardo Yáñez se consagró como uno de los mejores jinetes del mundo al obtener en cinco ocasiones el Gran Premio del *Madison Square Garden*. Por ello, cuatro décadas más tarde, el 2 de octubre de 1981, el Comité Olímpico Internacional le concedió el inusual galardón que lo nominó como "el mejor jinete del mundo", el premio más importante recibido hasta entonces por un deportista chileno.



Capitán Eduardo Yáñez montado en "La Chilena"

Justo es destacar que el desarrollo de la doctrina y cultura institucional en torno a la educación física tuvo entre sus precursores al general Ramón Cañas Montalva, quien más tarde sería comandante en jefe del Ejército. Este distinguido oficial, dotado de grandes inquietudes intelectuales y de particular entusiasmo por la cultura física, en 1919, con el grado de teniente, había sido comisionado a Suecia para realizar estudios en el Instituto Superior de Educación Física, ocasión en la que obtuvo el primer puesto en el curso. A su regreso trajo al país grandes avances en el desarrollo del entrenamiento físico y se convirtió en un relevante impulsor de la actividad física en el Ejército.

Con el transcurso del tiempo, en 1940 se creó

la Dirección de Educación Física con el propósito de controlar y dirigir

esa área formativa de los miembros del Ejército. Bajo esta nueva

estructura organizacional

varias nuevas disciplinas deportivas

encontraron su espacio en la

Institución. De esa forma, en

el año 1947 se consolida la disciplina de pentatlón

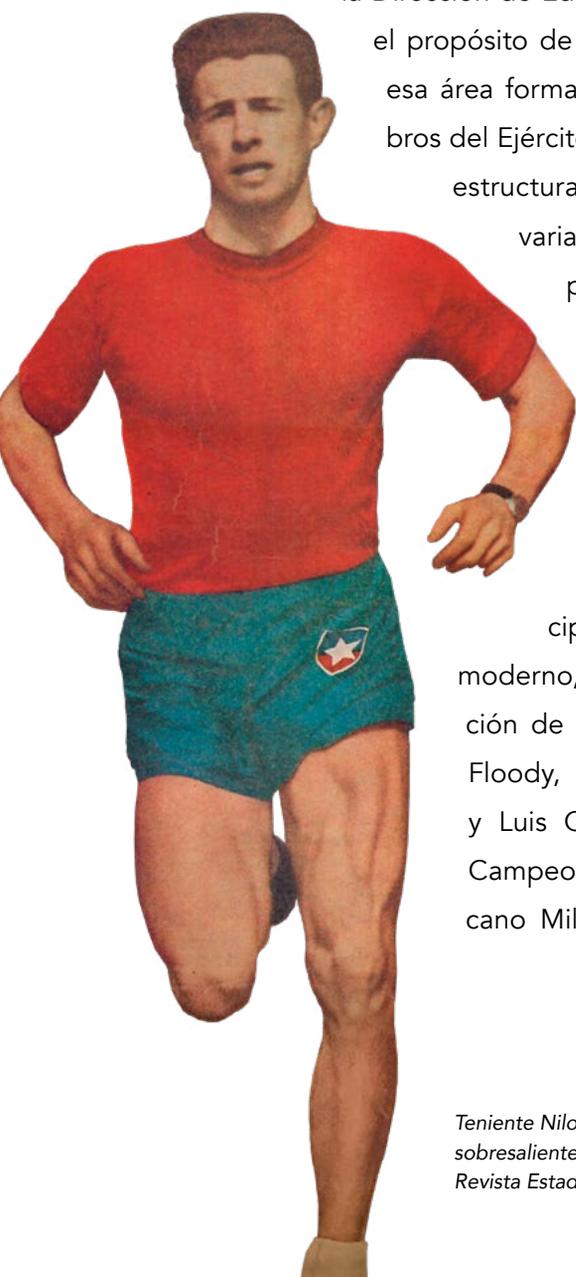
moderno, con la participación de los tenientes Nilo Floody, Hernán Fuentes

y Luis Carmona en el III Campeonato Sudamericano Militar efectuado en

Río de Janeiro, donde consiguieron los títulos de campeones por equipo e individual. Poco después, en 1948, Fuentes y Floody compitieron en los Juegos Olímpicos de Londres, donde el último de ellos obtuvo el noveno lugar individual y ambos lograron el séptimo puesto en equipos. Más tarde, en 1952, estos oficiales participaron en los Juegos Olímpicos de Helsinki; itinerario olímpico que continuó el teniente Floody, al competir en los Juegos de Melbourne del año 1956. Este destacado militar y deportista fue reconocido por el Círculo de Periodistas Deportivos de Chile como el primer "mejor deportista de esgrima del país", considerando sus galardones de campeón de espada en 1949 y sus títulos de campeón sudamericano de pentatlón, individual y por equipo, obtenido en Brasil el año 1947.

Sin lugar a dudas, uno de los principales hitos deportivos de nuestra historia tuvo lugar el 5 de febrero de 1949, en el Regimiento Coraceros de Viña del Mar. En ese recinto, repleto de público y en presencia del presidente Gabriel González Videla y de seis jueces internacionales, el capitán Alberto Larraguibel y su caballo Huaso lograron el récord mundial de salto, al salvar los 2,47 metros. Otros artífices de este triunfo fueron el mayor Rafael Monti, entrenador del binomio ecuestre y el cabo 2° Julio Fuentes, el leal y esmerado caballero. El récord se ha mantenido inalterable hasta el día de hoy y fue immortalizado con un monumento a metros del lugar de la hazaña, en la ciudad de Viña del Mar.

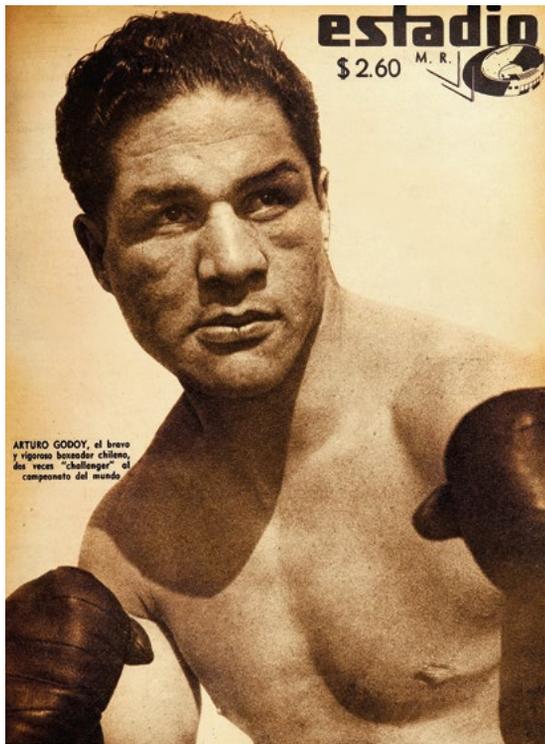
Otro hito destacado de la historia deportiva institucional fue la obtención de la medalla de plata por equipos, en la modalidad de saltos ecues-



Teniente Nilo Floody,
sobresaliente pentatleta olímpico.
Revista Estadio N° 275, 1948



El momento en que el deporte chileno consigue su primer record del mundo; Larraguibel y "Huaso" saltan 2,47 m.



Arturo Godoy, soldado del Regimiento Carampangue.
Revista Estadio. Colección Biblioteca Nacional de Chile

tres, durante los Juegos Olímpicos de Helsinki, en 1952. En ese equipo, junto a los oficiales de Carabineros Óscar Cristi y César Mendoza, participó el capitán de Ejército Ricardo Echeverría, quien fuera reconocido por el Círculo de Periodistas Deportivos de Chile como el mejor deportista de equitación y premiado con la nominación “el mejor de los mejores” de ese mismo año.

La historia del deporte nacional registra la participación de numerosos militares en diversos encuentros internacionales. Para constancia de

algunos de ellos, sirve el reconocimiento que, a lo largo de los años, ha hecho la Asociación de Deportistas Olímpicos a quienes han tenido más de tres participaciones en Juegos Panamericanos, distinguiendo así al coronel Roberto Gómez con cinco participaciones y con cuatro al coronel Óscar Coddou, ambos en equitación. También con cuatro participaciones al capitán Francisco Ayala, en judo; en tanto que con tres registros panamericanos se destaca a los oficiales Guillermo Squella, Héctor Clavel y José Larraín —todos en equitación—, además de Luis Carmona en pentatlón moderno y Sergio Gómez en esgrima.

Chile es un país andino donde la cordillera es parte de su paisaje. De allí que su gente tiene una vinculación natural con los deportes de montaña. En este ámbito, la primera hazaña la realizó el capitán René Gajardo el 5 de febrero de 1956, cuando alcanzó la cumbre del volcán Ojos del Salado de 6893 metros, integrando la primera expedición en llegar al cráter del volcán de mayor altitud del mundo.

De particular relevancia fue también la participación, en 1971, del mayor Arturo Aranda en la expedición que, dirigida por el conde italiano Guido Monzino, alcanzó el polo norte después de una travesía que duró cincuenta y ocho días, siendo el mayor Aranda el único chileno que hasta el momento ha conquistado ese punto de la tierra.



Capitan Felipe Olea



Sargento Juan Díaz



Sargento Paulo Grandy



Mayor Arturo Aranda en la expedición al Ártico, en 1973

Varios años más tarde, atendiendo una invitación de la empresa Vertical, una expedición de la Escuela de Montaña compuesta por el capitán Felipe Olea y los sargentos Paulo Grandy y Juan Díaz, realizó una ascensión al monte Everest (8848 metros). Los dos primeros hicieron cumbre el día 18 de mayo del 2012, mientras el tercero apoyaba desde el campamento base. Es justo señalar que el primer chileno en integrar una expedición al “techo del mundo” había sido el teniente coronel Arturo Aranda, en mayo de 1973.

En la actualidad la práctica de la actividad física iniciada en el Ejército a fines del siglo XIX, se ha extendido hacia la masificación de los ejercicios deportivos de aplicación militar, ya que su práctica sistemática permite a la fuerza terrestre adquirir las habilidades guerreras con una capacidad física apropiada, la que — pese a los adelantos tecnológicos asociados al empleo de la fuerza militar— sigue siendo un importante factor multiplicador de la potencia de combate de la fuerza.

LA INGENIERÍA MILITAR Y SU APORTE AL DESARROLLO NACIONAL

Desde remotas épocas los ejércitos han recurrido al ingenio humano para incrementar el poder de sus armas y reducir, al mismo tiempo, el de sus enemigos. De la misma manera, la capacidad empleada para el desarrollo de nuevos ingenios guerreros, o para mejorar o destruir fortificaciones, era la misma que se requería para construir acueductos, puentes o caminos.

El origen y evolución de los ingenieros militares chilenos y, en un sentido más amplio, el de la industria militar en Chile, no ha estado ajeno a esta lógica. Así, las guerras del período de la Independencia vieron aparecer no solo las primeras unidades de combate propiamente tales, sino también los primeros atisbos de lo que con el tiempo sería la industria militar del país. Como se verá, en términos generales, la contribución de la ingeniería militar al desarrollo nacional ha adquirido variadas formas y manifestaciones a lo largo de dos siglos de vida independiente, abarcando desde la fabricación de una amplia gama de herramientas hasta la proyección y puesta en marcha de las dos únicas plantas de energía nuclear actualmente en funcionamiento en nuestro país.





Instalaciones de las Fábricas y Maestranzas del Ejército hacia 1930

El origen de las Fábricas y Maestranzas del Ejército (FAMAE), se remonta a la creación de la "Fábrica de Armas", en 1811. Con el correr de los años, FAMAE fue incrementando su potencial industrial y hacia la segunda mitad del siglo XIX se había transformado en un referente para las primeras industrias metalmecánica que se fundaban en Chile, tanto en lo que a producción a gran escala se refiere, como en las soluciones logísticas a los problemas de distribución y soporte. Esto último, como consecuencia de la experiencia ganada a lo largo del conflicto con Perú y Bolivia entre los años 1879 y 1884.

Esta duplicidad en la función ingenieril se vio plasmada en la fabricación, en la década de 1860, de herramientas para la agricultura y la industria, máquinas para tascar cáñamo, locomóviles para aserraderos, arados, sembradoras de trigo, prensas para pasto, turbinas, molinos de trigo y motores a vapor. En 1901 FAMAE fue pionera en el uso de la energía eléctrica con la instalación de

una planta que le permitía operar sus máquinas y mantener encendido su sistema de alumbrado. Más adelante, durante la década de 1930, FAMAE lideró en Chile el desarrollo de la industria pesada. Por último, en las décadas de 1950 y 1960, fabricó la primera lavadora eléctrica construida en el país, además de electrodomésticos y productos de línea blanca con que se proveía a distintas empresas del rubro.

La relación de la industria química militar con el mundo civil ha sido menos intensa que la que ha tenido FAMAE en las áreas electromecánica y metalmecánica. Aun así, el antiguo Complejo Químico Industrial del Ejército fue una de las primeras instalaciones de producción química en el país, remontrándose su origen a la década de 1950. De paso, los primeros ingenieros químicos militares egresaron de la Academia Politécnica Militar en 1928, en circunstancias que recién tres años antes, en 1925, se creaba la carrera homónima en la Universidad de Concepción. Con los años, en el antiguo Com-



Clase de química del segundo año de especialidad. Academia Politécnica Militar

plejo Químico de Talagante se levantó una planta experimental de explosivos, a la que siguieron una planta de nitrocelulosa, una de pólvora y otra de fulminantes. Su contribución principal, no obstante, se ha centrado en la provisión de materias primas e insumos para el Ejército, con alguna capacidad remanente destinada a la venta de productos y de maquila a la industria de las pinturas.

Distinto es el caso de la energía nuclear. El primer ingeniero chileno en iniciarse en el estudio de las ciencias nucleares fue el mayor Enrique Lackington Monti. Sus conocimientos y su empuje contribuyeron en gran medida a la construcción del primer reactor nuclear en Chile, inaugurado en 1974. Unos años antes, en 1968, se había iniciado la capacitación de oficiales de ejército en cursos relacionados con la energía nuclear, tendencia que se mantuvo de manera regular hasta 1983.

Por su parte, el centro nuclear de Lo Aguirre constituye la instancia final de casi veinte años que abarcaron desde los estudios iniciales, en 1970, hasta la construcción y entrada en funcionamiento del reactor, en 1989. Es precisamente en el campo de la ingeniería nuclear donde el Ejército

ha realizado una de sus contribuciones más importantes al país. El trabajo de numerosos ingenieros ha jalonado el devenir de esta disciplina en Chile, tanto en lo material (con la participación en la construcción de los dos reactores experimentales) como en la gestión y formulación de la política nacional en estas materias.

El Instituto de Investigaciones y Control, organismo vinculado inicialmente a las Fábricas y Maestranzas del Ejército, fue creado en 1911 como Comisión de Ensayos, Revisión y Experimentación de Material de Guerra. En este escenario, su labor se ha centrado prioritariamente en satisfacer las necesidades institucionales, en particular en la evaluación y control de la calidad de los equipos y armamentos que por distintas vías se incorporan a las unidades de todas las armas y servicios. Aun así, en su relación con el ámbito civil, el Instituto forma parte de la Red Nacional de Metrología, en virtud de los instrumentos que ha ido adquiriendo para realizar su labor de control, a lo que se suma una de sus tareas primordiales como organismo asesor especializado en el control de armas, explosivos, artificios pirotécnicos



Cartas y mapas de Chile en el Instituto Geográfico Militar

y otros similares en uso en el país al constituir el Banco de Pruebas de Chile.

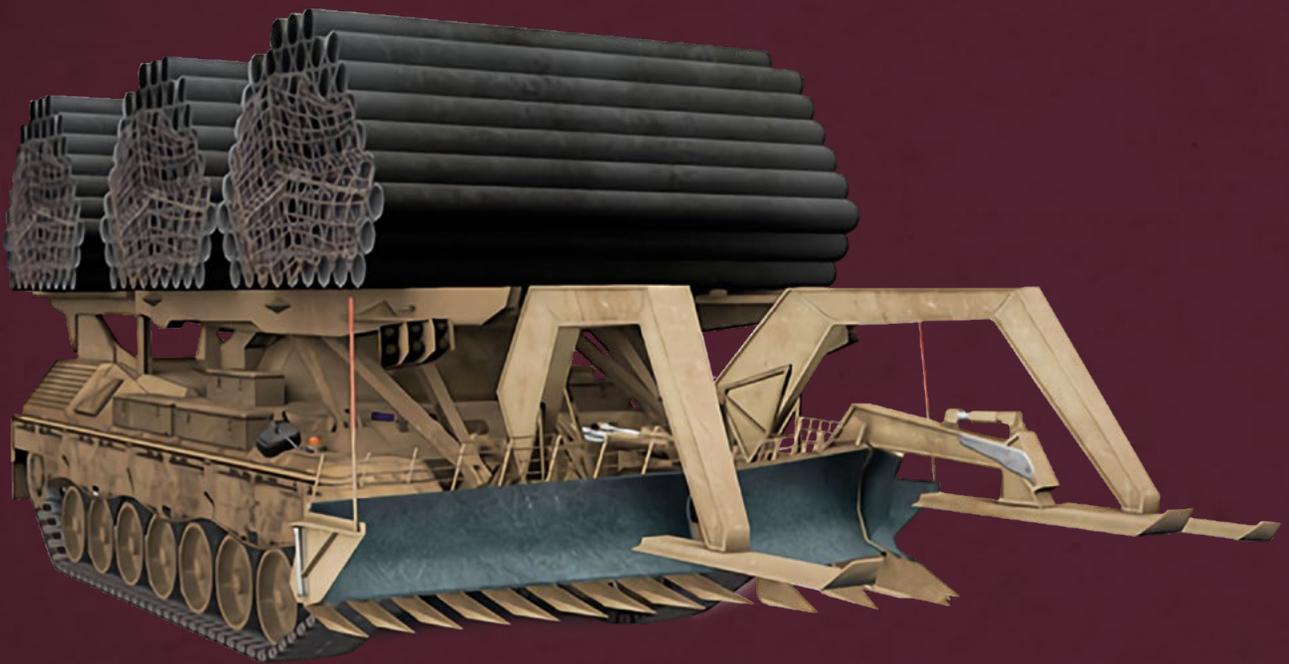
La geografía es otro de los aspectos en los que ha tenido participación directa la ingeniería militar. La creación, en 1922, del Instituto Geográfico Militar es solo uno de los episodios de una historia que se remonta a los albores de la Independencia de Chile, cuando el general Bernardo O'Higgins establece los denominados "Depósitos Cartográficos". La necesidad de conocer el espacio, la forma, las dimensiones del país, demandó la constitución de variados entes que pudieran satisfacer esta demanda, siendo el Instituto Geográfico uno de los más importantes. Desde 1930 un decreto con fuerza de ley fija y establece sus obligaciones como autoridad oficial, en represen-

tación del Estado, en todo lo que se refiere a la geografía, levantamiento y elaboración de cartas del territorio nacional. Desde entonces, el Instituto ha actuado no solo como referente, sino que además como generador de una serie de productos cartográficos destinados a satisfacer las necesidades tanto del Estado, como de la empresa privada, de profesionales de variada índole y de los estudiantes de Chile.

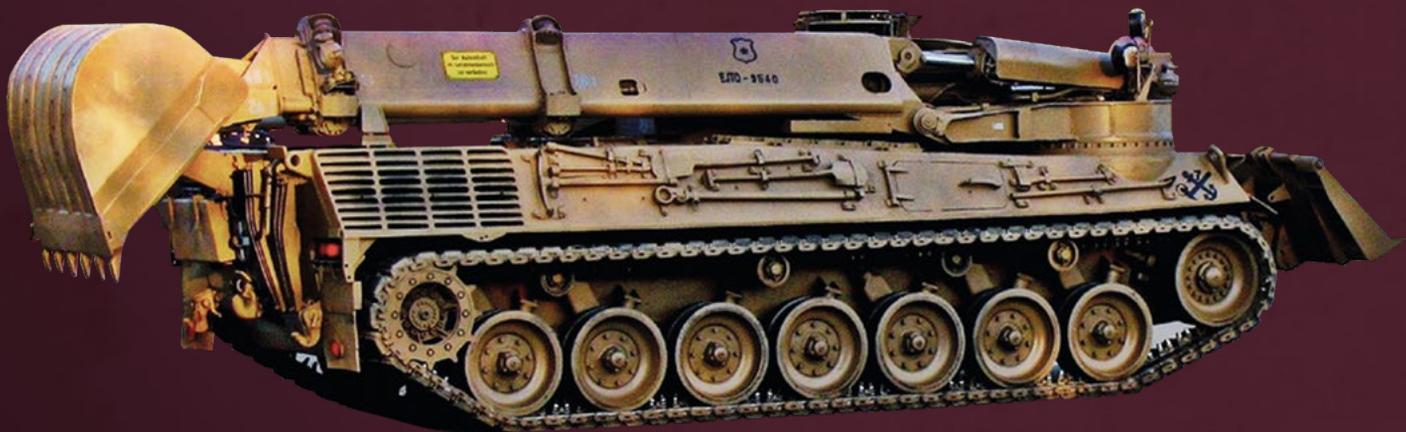
La versatilidad que reúne en una misma persona al ingeniero y al soldado, sigue vigente. Los ingenieros militares, en el caso del Ejército de Chile, realizan una amplia variedad de trabajos, soportados todos ellos en la especialización que es uno de los signos distintivos de la ingeniería en todo el mundo.

CARROS DE INGENIEROS BLINDADOS Y MECANIZADOS

Las unidades de Ingenieros de Combate, para el cumplimiento de sus labores operativas, están equipadas con el material blindado y mecanizado que permite su empleo en beneficio del apoyo a las brigadas acorazadas o bien, a las unidades mecanizadas de la fuerza terrestre.



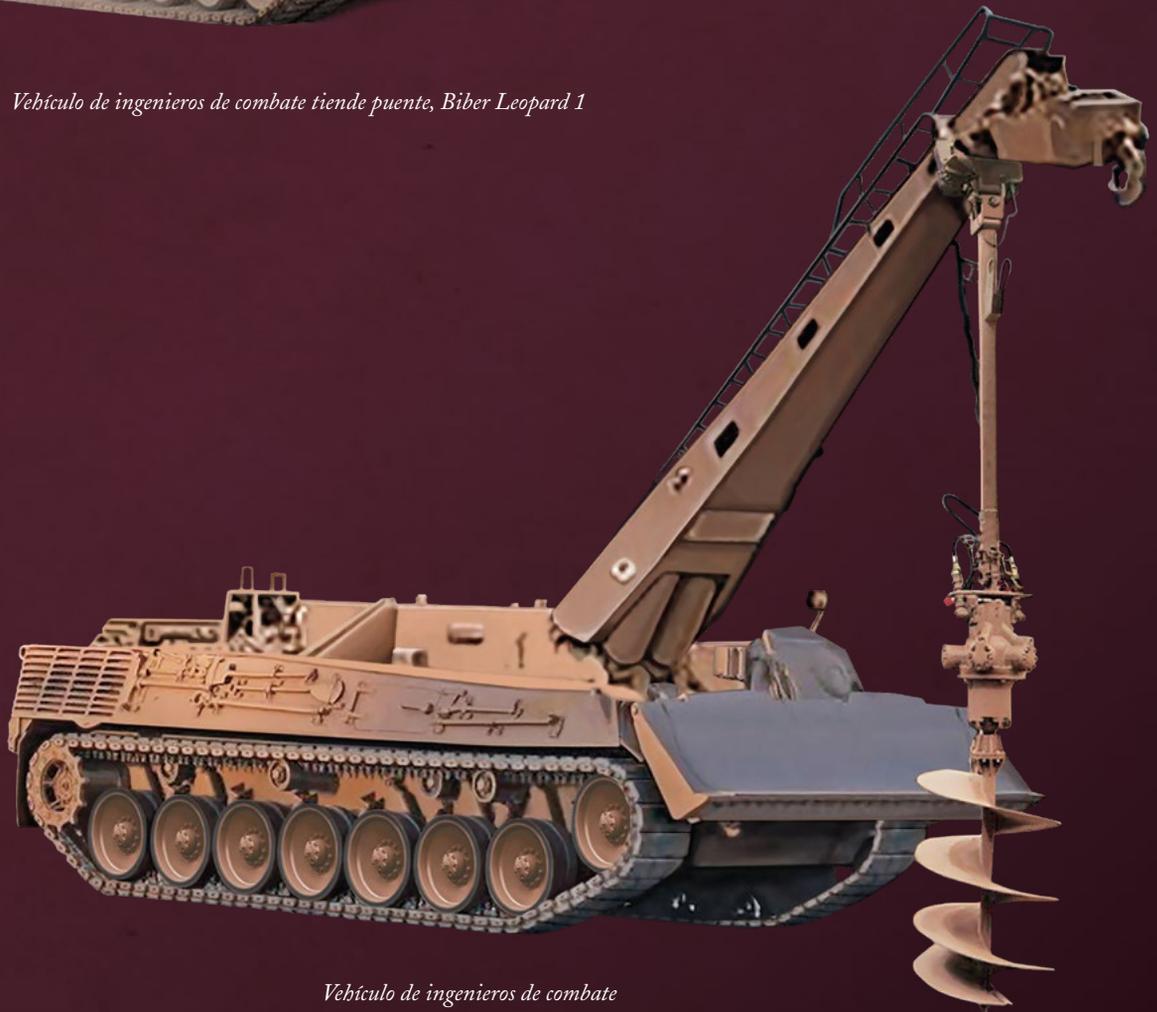
Carro Lanza fajinas de tubo, Leopard 1



Vehículo de ingenieros de combate



Vehículo de ingenieros de combate tiende puente, Biber Leopard 1



Vehículo de ingenieros de combate

EL EJÉRCITO EN EL TERRITORIO CHILENO ANTÁRTICO

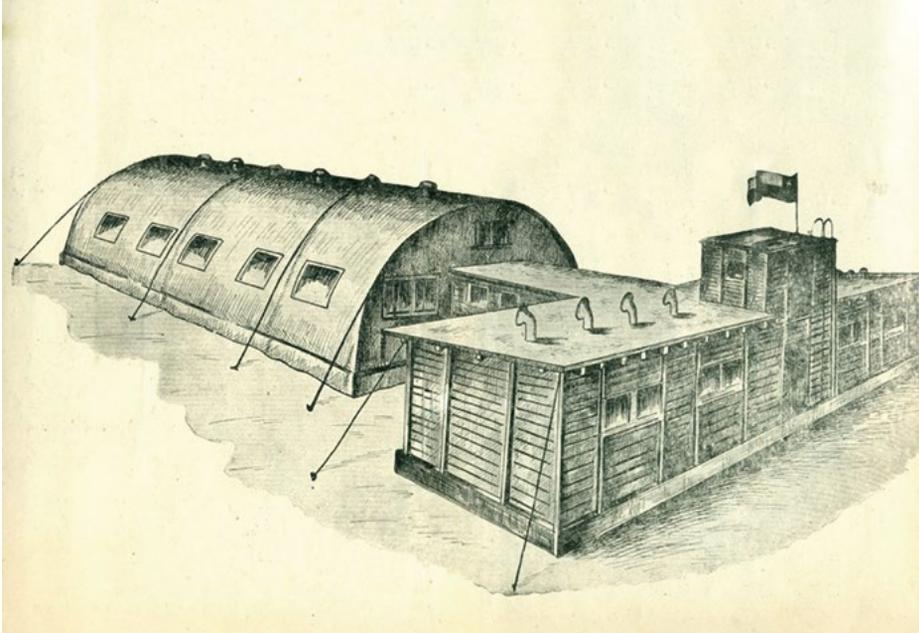
Los derechos soberanos de Chile en el continente antártico encuentran su origen a fines del siglo XV, con la promulgación de las bulas papales que concedieron a los Reyes Católicos el dominio y la facultad de conquistar y ocupar las tierras australes del continente americano, hasta el mismo Polo Sur. Luego de los procesos de independencia, el principio jurídico del *uti possidetis iuris* fue adoptado por los Estados americanos respecto de sus respectivos territorios, principio que vino a confirmar los derechos de Chile sobre el continente blanco.

Muy tempranamente, desde su destierro, O'Higgins expresó el imperativo de ejercer soberanía en los territorios australes, visión que con el paso del tiempo fue promovida y materializada, entre otros, por los generales Manuel Bulnes, Jorge Boonen y Ramón Cañas. Un primer y trascendental paso fue el dado en 1843 por el presidente Manuel Bulnes, cuando dispuso la toma de posesión de la región de Magallanes, dominio indispensable para proyectar los derechos nacionales hasta los confines del continente blanco.

En 1939, el presidente Pedro Aguirre Cerda dispuso que se creara una comisión para los efectos de estudiar y proponer la forma de vincular la Antártica a los intereses superiores del país. La referida comisión —integrada entre otros por el entonces coronel Ramón Cañas Montalva— for-



Antártica Chilena. Decreto N° 1747 de 6 de noviembre de 1940. Gentileza de Correos de Chile



Base militar General Bernardo O'Higgins, 1948

muló los lineamientos para consolidar la política antártica nacional. Ello permitió que, con fecha 6 de noviembre de 1940, el jefe de Estado dictara el Decreto N° 1747 en el que se fijaron los límites del territorio antártico, al precisar que: "Forman la Antártica Chilena o Territorio Chileno Antártico, todas las tierras, islas, islotes, arrecifes, glaciares (pack-ice) y demás, conocidos y por conocerse, y el mar territorial respectivo, existentes dentro de los límites del casquete, constituido por los meridianos 53° longitud oeste de Greenwich y 90° longitud oeste de Greenwich".

Seis años después, en 1946, el presidente Gabriel González Videla dispuso llevar a cabo una expedición antártica, una de cuyas tareas fue cumplida el 12 de febrero del año siguiente, cuando se inauguró la primera base antártica naval, la que hoy lleva el nombre de Capitán Arturo Prat. En esa oportunidad, el Ejército efectuó la primera exploración antártica terrestre, realizando un levantamiento geodésico y topográfico en la isla Greenwich.

El sostenido impulso del Estado en cuanto a fortalecer la consolidación de nuestros derechos en la Antártica permitió que el comandante en jefe



Presidente Gabriel González Videla y general Ramón Cañas Montalva en la inauguración de la Base General Bernardo O'Higgins, 1948

del Ejército, el 8 de diciembre de 1947, ordenara la creación de la base O'Higgins, y dispusiera que el comandante de la base debía tomar posesión, fundarla y proceder a la "instalación de su guarnición militar, debiendo asegurar la integridad y conservación de los derechos soberanos chilenos sobre los territorios y mares de esas regiones". La ceremonia de inauguración se efectuó el 18 de febrero de 1948 y fue presidida por el presidente Gabriel González Videla, primer Jefe de Estado del mundo que visitó el continente antártico.

Inmediatamente se iniciaron las actividades científicas y de exploración en el sector del mar de Weddell, continuando con el desarrollo de observaciones meteorológicas, de reconocimientos y de levantamientos topográficos, los que permitieron a las sucesivas dotaciones de la base —relevadas anualmente— acumular las experiencias para afrontar desafíos mayores, tales como la confección de mapas e informes topográficos y fotogramétricos, estudios de vientos, de nieve, glaciares, grietas, flora, fauna y alimentación; constituyendo en su conjunto un aporte de invaluable valor a la comunidad científica.

El paulatino desarrollo de conocimientos, ex-

periencias y destrezas permitió que, en 1957, Chile pudiese participar en el Año Geofísico Internacional, evento científico donde el Ejército demostró una notable capacidad y preparación para llevar a cabo importantes estudios de geomagnetismo, auroras australes y luminiscencia del aire, sismología, meteorología, comunicaciones, bioclimatología, entre otros.

Lamentablemente la dotación de la base O'Higgins debió afrontar el fatal accidente de los tenientes Óscar Inostroza Contreras y Sergio Ponce Torrealba, ocurrido el 12 de agosto de 1957 mientras efectuaban trabajos de exploración en la península. El 28 de septiembre de 2005, otro accidente vuelve a enlutar a las dotaciones antárticas: perecen al interior de una grieta el capitán Enrique Encina Gallardo y los suboficiales Fernando Burboa Reyes y Jorge Basualto Bravo. El recuerdo de estos mártires renueva el esfuerzo de centenares de soldados que continúan desarrollando un papel trascendente en el decidido apoyo al avance de la ciencia, en estricta sujeción a las normas del Sistema del Tratado Antártico.

Con todo, la ocurrencia de estos sensibles accidentes no ha afectado el tesón de los especialistas en montaña, quienes han continuado emprendiendo decenas de expediciones. Entre ellas cabe destacar las cuatro "Skua-Polar" —efectuadas entre los años 1980 y 1984— que, en conjunto con la Fuerza Aérea de Chile, tuvieron el propósito de identificar y establecer pistas de aterrizaje y lugares de abastecimiento para que dos aviones Twin Otter volaran hasta el Polo Sur.

Relevante fue también la primera expedición a Patriot Hills, efectuada en 1992, destinada a ad-

quirir experiencias para la planificación de la conquista del Polo Sur. Otra hazaña del montañismo militar fue la ascensión al Monte Vinson efectuada en 1993 —la más alta cumbre de la Antártica: 5140 metros—. Pero sin duda la más notable de las expediciones militares en ese continente fue la expedición al Polo Sur. Esta operación fue planificada por la Escuela de Montaña y realizada por una cordada de ese instituto que debió efectuar una marcha de 1280 kilómetros, que tuvo su inicio en Patriot Hills. Sus integrantes fueron el mayor Sergio Flores, el sargento 1° Patricio Moya y el sargento 2° Domingo Maldonado, quienes hicieron la travesía en 51 días, arrastrando cada uno un trineo cargado con 130 kilos de peso. Con pleno éxito, y según lo planificado, el 4 de enero de 1996 clavaron un mástil con nuestra bandera en el Polo Sur geográfico.

Con el correr de los años y dadas las durísimas condiciones climáticas, la vieja estructura de la base del Ejército fue quedando obsoleta; se



Al centro, el mayor Sergio Flores, junto a los sargentos segundo Patricio Moya y Domingo Maldonado, durante la expedición al Polo Sur, 1996



Base antártica General Bernardo O'Higgins, 2003

dispuso entonces la construcción de una nueva, que fue inaugurada el año 2003 por el presidente Ricardo Lagos Escobar y por el comandante en jefe del Ejército. Esta moderna instalación tiene una superficie de 2200 metros cuadrados, que incluyen veinticuatro dormitorios individuales, casinos de oficiales y suboficiales, biblioteca, sala de estar, gimnasio, laboratorio para los investigadores, cocina, enfermería, oratorio, almacenes, sala de motores, incinerador y plantas de tratamiento de agua.

De esta manera, el Ejército de Chile ejerce presencia en el continente antártico y contribuye a la investigación científica y a la protección y preservación del medioambiente. También otorga apoyo a los proyectos científicos del Instituto Antártico Chileno y a otros centros de estudio nacionales e internacionales, poniendo especial énfasis en el

cumplimiento de los protocolos medioambientales que ha suscrito el país. En el mismo sentido, cabe destacar la contribución del Instituto Geográfico Militar en la elaboración de cartas topográficas, acción que se continúa realizando en coordinación con la Dirección de Fronteras y Límites del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Pasó la época de los trineos tirados por fieles perros y de los uniformes forrados en pieles; sin embargo, el escenario y las duras condiciones de vida siguen siendo las mismas de setenta años atrás. En la soledad de los hielos, desarrollando una labor casi siempre anónima —y que implica riesgos constantes— los chilenos pueden tener la más absoluta certeza que un grupo de compatriotas del Ejército velan por los intereses nacionales en esas remotas latitudes.

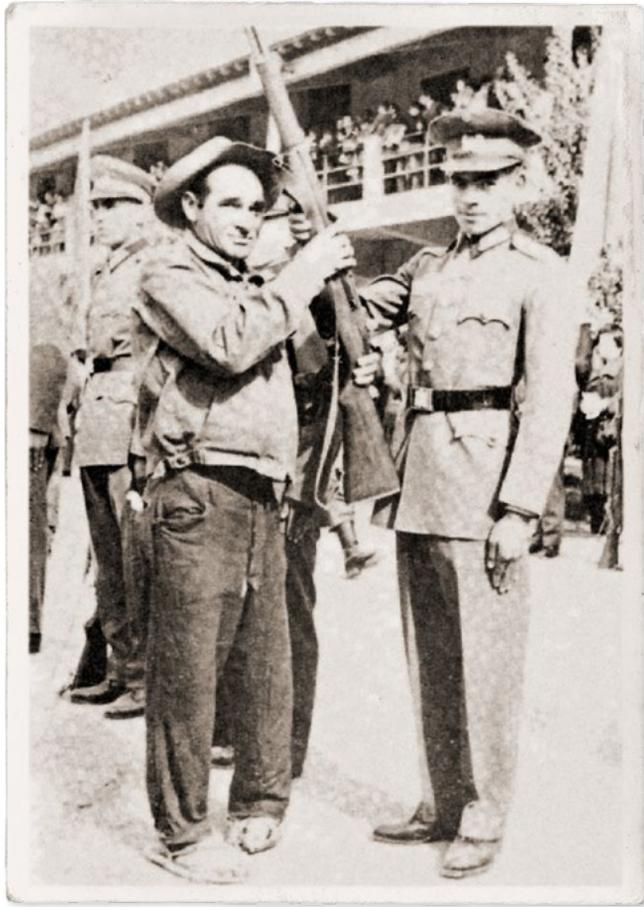
UN COMPROMISO CON CHILE: EL SERVICIO MILITAR

Desde los inicios de la República fue necesario contar con ciudadanos que se integraran a las unidades militares, aporte indispensable para enfrentar el proceso independentista.

Como se expusiera en los capítulos iniciales de este libro, fue con la creación de la Guardia Nacional —milicia voluntaria que no integraba la fuerza permanente del Ejército—, que el país pudo disponer de las reservas militares necesarias para enfrentar las amenazas a la seguridad del país; tanto así, que muchas unidades de la reserva participaron junto a las unidades de línea en la Guerra contra la Confederación Perú-boliviana y en la Guerra del Pacífico.

El concepto de “nación en armas” había surgido en Francia durante la época revolucionaria, alcanzado su máxima expresión durante las guerras napoleónicas. Sin embargo, fue en Prusia y luego en todo el territorio alemán donde alcanzó su mayor sofisticación. Se trataba de un nuevo tipo de ejército, cuyos integrantes ya no eran mercenarios de una monarquía absoluta, sino que soldados al servicio de un Estado.

Dado que fue de Alemania de donde habían proveniendo los instructores militares contratados para modernizar la institución, a partir de 1885 el concepto de dicho mode-



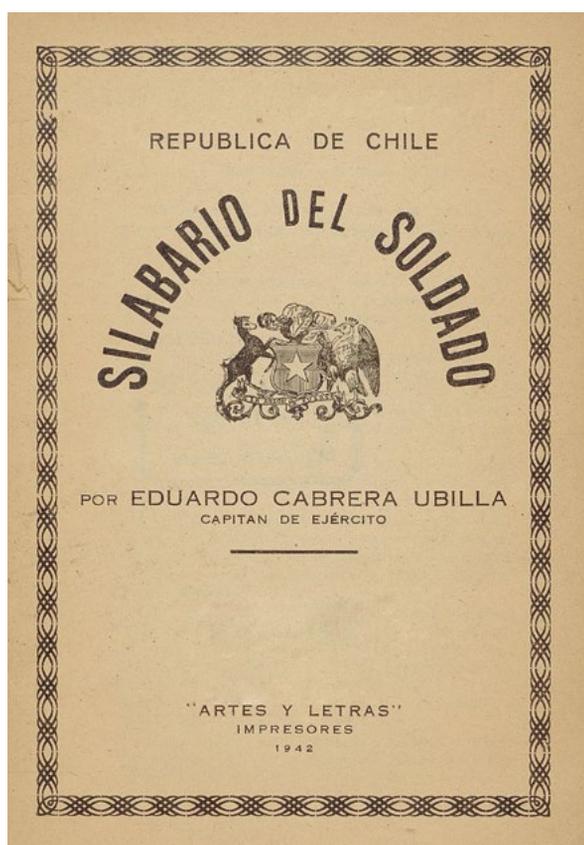
Entrega del arma a un soldado conscripto en la Escuela de Infantería

lo llegó al país. Según los instructores alemanes, el Servicio Militar Obligatorio tendría en Chile un beneficioso efecto en la sociedad, pues sería un factor nivelador y democratizante que atravesaría las clases sociales e impregnaría a cada chileno de un espíritu de servicio para con la patria, subordinando los intereses personales en favor de los del país. Adicionalmente, el modelo permitiría disponer de reservas —adecuadamente instruidas— para enfrentar eventuales crisis internacionales.

Esta iniciativa se vio también favorecida por la delicada situación internacional en que había quedado Chile luego del término de la Guerra del Pacífico. Esta tensión vecinal quedó especialmente en evidencia durante la paz armada con Argentina, que duró casi una década entera, desde 1892 hasta 1902.

Con el tiempo se ensayaron diferentes modalidades de reclutamiento, pero no fue sino hasta 1895 que se inició la discusión y búsqueda de una fórmula definitiva, la que finalmente permitió llegar a la promulgación, el 5 de septiembre de 1900, de la “Ley de Reclutas y Reemplazos del Ejército y la Armada”, la cual disponía que: “Todos los chilenos de 20 a 45 años de edad, en estado de cargar armas, están obligados a servir en el Ejército y en la Armada en la forma establecida por esta ley”. La Ley contemplaba, además, que los ciudadanos entre los 20 y 21 años, debían servir en un cuerpo por un mínimo de nueve meses y que una vez licenciados pasaban a la primera reserva por un período de nueve años y a la segunda reserva hasta los 45 años de edad.

Fue al amparo de esta ley que se convocó a los reservistas de los contingentes de los años 1918 y 1919, con ocasión de la crisis que se produjo en el norte del país, conocida como la “movilización del año 20”. Al año siguiente se acuartelaron más de 11 000 ciudadanos por un período de nueve meses. Este proceso de activación de las reservas se ha repetido en otros momentos de crisis internacionales que ha vivido el país, en los que el Ejército con el contingente acuartelado más el refuerzo de



"Silabario del soldado". Publicación de apoyo al proceso educativo de las tropas, 1942

las reservas, ha enfrentado diversas situaciones que han afectado a las relaciones vecinales.

Durante la primera mitad del siglo pasado, la mayor parte de los ciudadanos acuartelados eran de escasos recursos, por lo que llegaban a los cuarteles faltos de formación, muchos de ellos analfabetos, pobremente vestidos, mal alimentados y con pocas posibilidades de surgir en la vida.

La incorporación plena a la condición de ciudadanos que —junto con la formación militar había estado en la esencia de los fundamentos de su creación— permitió que anualmente miles de jóvenes recibieran un conjunto de valores y accedieran a una alternativa de educación. Para ellos, el cuartel se transformaba en una escuela de civismo, por medio de la cual era posible reforzar principios y contribuir a la adopción de conductas, como el respeto por la autoridad, el amor a la pa-

tria, la disciplina, el hábito del acondicionamiento físico y las normas de higiene. Adicionalmente, para muchos era una importante oportunidad de aprender a leer y a escribir, además de ensayar en la aritmética básica.

De esta manera el servicio militar, más allá de su función castrense vino a contribuir de manera significativa a la educación de miles de chilenos, normalmente —como ya se señaló— los más desposeídos de la sociedad. Para ayudar en su alfabetización se empleaba el libro de lectura titulado "Silabario del Soldado" y gradualmente los programas de educación se extendieron de manera importante, lo que permitió aportar considerablemente a la disminución del analfabetismo. Con este propósito, muchos oficiales recibieron una capacitación especial para cumplir esta significativa tarea de formación del contingente.

Este aporte a nuestros compatriotas se prolongó hasta bien entrada la década de los años sesenta del siglo pasado, cuando en Chile mejoraron sustantivamente los índices de escolaridad. Entonces, el Ejército, en conjunto con el Ministerio de Educación, creó el programa de nivelación escolar el que hasta nuestros días permite que los soldados puedan terminar durante su período de conscripción, ya sea el primer o el segundo ciclo de educación media, a través de clases que a menudo se realizan dentro de los cuarteles.

Aun, siendo un gran aporte, el incremento de la enseñanza media no pareció suficiente, por lo que paulatinamente se fueron agregan-



Soldados rinden examen para aprobar el curso de tractoristas, 1947. Colección Museo Histórico Nacional

do cursos para desempeñarse en oficios que podían ser entregados por la misma unidad, tales como los de talabartero, herrador, matarife, panadero, peluquero, albañil y mecánico. Estas competencias podían contribuir a que los jóvenes de más escasos recursos se ganaran el sustento al egresar del regimiento. En los años más recientes se continuó con esta iniciativa, aunque de manera más formal, integrándolos a cursos de capacitación laboral que son otorgados por organismos reconocidos por el Estado, a través de los cuales obtienen nuevas competencias relacionadas con oficios útiles para su desempeño en la vida civil.

Entre los esfuerzos por preparar ciudadanos



merece una especial mención la histórica implementación del "Curso de Tractoristas", el que se inició en la década de 1940 como un aporte a la mecanización de la agricultura. Esta tarea fue impulsada por la recién creada Corporación de Fomento de la Producción (CORFO), con un primer curso que comenzó en Santiago con 60 alumnos y que, ante los buenos resultados, en 1962 se extendió desde Arica a Punta Arenas. En 1966 había capacitado a 5482 conscriptos, los que llegaron a los campos a manejar la maquinaria agrícola que incipientemente se incorporaba en la agricultura nacional.

Durante los últimos años la capacitación de los soldados se ha ampliado a la "alfabetización digital", iniciativa que ha permitido —con la apa-



Documento de enrolamiento para realizar el Servicio Militar Obligatorio en el Ejército, 1925

rición de la computación primero, y luego de internet— contribuir a la difusión y masificación de dichas tecnologías.

La Ley de Reclutamiento y Movilización de las Fuerzas Armadas, promulgada en agosto de 1978, modificó varios aspectos del Servicio Militar Obligatorio, estableciendo que: "...el deber militar se extiende a todas las personas sin distinción de sexo, desde los dieciocho a los cuarenta y cinco años de edad". Para ello, se establecieron diversas formas de cumplir con esta responsabilidad ciudadana, ya sea mediante la conscripción ordinaria, los cursos especiales y la prestación de servicios. Esta actualización de la legislación permitió la progresiva y sostenida incorporación de la mujer chilena a la función militar, generando los espacios para que ellas, en igualdad de condiciones que los hombres, pudieran cumplir con su deber o bien

desarrollar su vocación en la institución.

Una nueva modificación a la legislación fue implementada el año 2005, ocasión en que con el objeto de incorporar el principio de igualdad ante la ley y de estimular el ingreso al servicio militar de jóvenes con un mayor nivel de estudios —dada la creciente sofisticación de los nuevos sistemas de armas incorporadas en las Fuerzas Armadas—, se estableció que la selección del contingente se realizaría preferentemente entre las personas que manifestaran su decisión de presentarse voluntariamente a cumplir con este deber cívico y, en el caso en que los voluntarios no fueran suficientes para completar el contingente necesario, las vacantes faltantes se cubrirían mediante sorteo. De esta forma, la mayor parte del contingente se ha completado con jóvenes voluntarios.

Progresivamente, con el tiempo se han ido



*Mujeres incorporándose al Servicio Militar Femenino del Ejército. Cuartel de Guayacán en el cajón del Maipo, 1974.
Gentileza de Pedro Hormazábal Espinosa*

aumentando los incentivos para la totalidad de los acuartelados, los que incluyen una mejor asignación monetaria, beneficios para la adquisición de vivienda propia, atención de salud, capacitación en distintos oficios, e incluso becas y puntaje para su ingreso a las escuelas matrices de las Fuerzas Armadas.

Otro cambio significativo para la provisión de recursos humanos para el Ejército, fue la aprobación, en diciembre de 2008, de la Ley N° 20 303 que "Crea una Planta de Tropa Profesional para las Fuerzas Armadas", categoría a la que pueden optar los jóvenes con o sin instrucción militar previa, para integrarse a la institución por un período de cinco años. Con esta modalidad se permitió que la Fuerza Terrestre pudiera disponer de soldados con un alto nivel de instrucción y entrenamiento, lo que contribuyó en forma importante a

agregarle valor a la potencia de combate de la fuerza y a que esta mantenga un alto grado de alistamiento operacional. Adicionalmente, aquellos jóvenes que sienten el llamado vocacional a la profesión de las armas tienen la opción de postular a la Escuela de Suboficiales, mediante un proceso especial.

El Servicio Militar es una institución republicana que ya supera los cien años de existencia, que ha instruido y capacitado a cerca de dos millones de jóvenes chilenos, quienes han jurado, de ser necesario, defender a la patria con su vida. Junto con ello, han reforzado sus valores ciudadanos y han adquirido nuevas herramientas para desenvolverse en el campo laboral. El Ejército se enorgullece de esta labor formativa que le impone el Estado, y que le permite reforzar su vínculo y unión con la sociedad a la que pertenece.

AL SERVICIO DE LOS CHILENOS

Más allá de la función esencial —que a lo largo de los años ha tenido el Ejército— en el cumplimiento de sus tareas de protección de la soberanía del país, históricamente ha puesto al servicio de la sociedad sus capacidades, sus recursos humanos y materiales, su infraestructura y entrenamiento, para contribuir al esfuerzo país en beneficio de la sociedad a la que se debe, ya sea para atenuar los efectos derivados de emergencias o catástrofes, o bien en función de los principios de responsabilidad social que inspiran su quehacer.

Desde que existen registros históricos, el territorio de Chile ha sido abatido con frecuencia por catástrofes originadas por la naturaleza. Terremotos, maremotos, erupciones volcánicas, aluviones, inundaciones y otros devastadores fenómenos han ido forjado el carácter del chileno. Las violentas expresiones de la naturaleza, además de provocar enormes destrozos materiales y modificaciones morfológicas, a menudo ocasionan grandes perjuicios económicos y pérdidas irreparables de vidas humanas.

En todas esas calamidades, los gobiernos han recurrido a las fuerzas militares para poner orden, iniciar procesos de recuperación y llevar ayuda a los lugares siniestrados que,



*"Batallón de Hierro" repartiendo almuerzo a pobladores del campamento Kramer en Valdivia, 1960.
Gentileza de la Promoción 1960 de la Escuela de Infantería, "Batallón de Hierro. Héroes de Valdivia"*

en ocasiones, por su aislamiento solo se puede acceder a ellos con el socorro militar.

El primer gran desastre del siglo XX fue el terremoto de 1906 que azotó la región central del país, teniendo su mayor intensidad en la provincia de Valparaíso. El saldo de la catástrofe quedó registrado con la destrucción de 41 manzanas de edificaciones, 3882 muertos y 20 000 heridos. Para enfrentar la compleja situación producida, poner orden y entregar auxilio a los ciudadanos, el gobierno del presidente Germán Riesco nombró como Jefe de Plaza al capitán de navío Luis Gómez Carreño y, posteriormente, al comandante del Regimiento "Lanceros", Nicolás Yávar.

Años después, el 24 de enero de 1939, a las 23:32 horas, un sismo de 7,8 grados en la escala de Richter azotó a las provincias de Talca, Maule, Linares, Ñuble, Concepción y Biobío. Las áreas urbanas ubicadas en esas provincias resultaron prácticamente destruidas. En Chillán, de 3.526 in-

muebles existentes, cayeron más de 1600, las pérdidas de vidas humanas se estimaron en más de 30 000 personas —siendo el sismo que en la historia nacional ha costado el más alto número de vidas humanas—, los heridos en más de 120 000 y los damnificados superaron las 50 000 personas.

Impuesto un estado de sitio de tres días por el presidente Pedro Aguirre Cerda, la movilización fue total y los efectivos del Ejército se distribuyeron por los distintos centros poblados de las provincias afectadas, de acuerdo a las necesidades existentes. En cada ciudad se designó un jefe de plaza y se realizó un intenso despliegue de fuerzas militares en las zonas afectadas.

Durante todos los años que siguieron al terremoto de Chillán ocurrieron desastres naturales de magnitud diversa, pero nada comparado con el acaecido en Valdivia el domingo 22 de mayo de 1960. Ese día se produjo el terremoto más fuerte que se ha registrado en la historia de la humani-



*"Batallón de Hierro" en acciones de ayuda humanitaria en las calles de Valdivia, 1960.
Gentileza de la Promoción 1960 de la Escuela de Infantería, "Batallón de Hierro. Héroes de Valdivia"*

dad, el que alcanzó una intensidad de 9,6 grados según la escala de Richter y que fue seguido de un maremoto que arrasó las costas del sur del país. El movimiento provocó más de 3000 muertes, miles de heridos, graves daños a la infraestructura habitacional, de comunicaciones y servicios, desde Valdivia a Chiloé. El desborde del río Calle-Calle, que inundó el casco urbano de la ciudad de Valdivia, originó cientos de miles de damnificados.

Luego, en las mismas latitudes del terremoto se produjo un maremoto cuyas olas, superiores a los ocho metros de altura, se desplazaron a una velocidad de 150 kilómetros por hora entre la bahía de Concepción y la isla de Chiloé.

En tales circunstancias, el presidente Jorge Alessandri nombró intendente y jefe de plaza de la provincia de Valdivia al general Alfonso Cañas Ruiz-Tagle. Evaluada la gravedad causada por la catástrofe, el alto mando del Ejército dispuso el inicio de la movilización general de sus medios humanos y materiales con el objetivo de asistir a la ciudadanía afectada por el terremoto y mare-

moto. Un desempeño destacado le correspondió al Regimiento "Caupolicán", con guarnición en la ciudad de Valdivia, que fue la primera unidad en participar en las tareas de apoyo. Posteriormente llegaron a la provincia los refuerzos compuestos por unidades de ingenieros militares, de la Escuela de Telecomunicaciones y un batallón de la Escuela de Infantería que, por su abnegación y trabajo sin descanso, recibió el apelativo de "Batallón de Hierro".

El personal del Ejército se abocó a la construcción de balsas, de puentes de emergencia, reapertura de caminos, de servicios de utilidad pública y en la recolección de materiales de construcción para ser repartidos entre los damnificados. Siguió la demolición de edificios que ponían en riesgo a los habitantes, la remoción de escombros y construcción de viviendas de emergencia y la reparación de los aeródromos de la zona para permitir la operación de los puentes aéreos. Adicionalmente, se organizaron patrullas sanitarias para vacunar a los pobladores contra las enfermedades transmisibles.

Sin embargo, una amenaza mayor se cernía sobre Valdivia, era el probable desborde del lago Riñihue, ya que por efecto del terremoto se habían creado tacos en el río San Pedro, y estos amenazaban con romperse e inundar la ciudad. El Ejército debió colaborar activamente en la apertura del cauce del río. La dupla formada por el ingeniero Raúl Sáez y el general Alfonso Cañas Ruiz-Tagle lograron evitar que se produjera una tragedia de grandes proporciones. Cabe consignar que en el auxilio a la población no solo el Ejército tuvo un papel relevante, sino que también la Armada, la Fuerza Aérea y Carabineros de Chile.

Durante el siglo XX otros sismos de gran intensidad siguieron requiriendo la acción del Ejército en diversas regiones del país. Así, el 28 de marzo de 1965, un terremoto de magnitud 7,6 grados en la escala de Richter se percibió entre la III y la X Región; el 8 de julio de 1971, otro sismo que alcanzó los 7,7 grados en la escala de Richter, se sintió con fuerza entre las actuales regiones de Antofagasta y de la Araucanía, localizándose su epicentro en la región de Coquimbo; el 3 de marzo de 1985, un nuevo sismo de magnitud 7,9 grados se produjo entre las latitudes de Antofagasta y Temuco. En lo que a sismos se refiere, el siglo XXI fue inaugurado con el terremoto y posterior maremoto del 27 de febrero de 2010, el que con una magnitud 8,8 grados en la escala de Richter afectó la zona central del país desde la región de Coquimbo hasta la región de Biobío. La magnitud de la catástrofe y los daños ocasionados a la infraestructura y servicios de utilidad pública produjeron inicialmente un gran caos y desorden, con cortes de caminos, caída de puentes, interrupción de los suministros

básicos, etc.

Una vez decretado el Estado de Excepción Constitucional de Catástrofe, el Ejército inició el despliegue de sus medios disponiendo la activación de los planes de enlace y la organización y funcionamiento de los cuarteles generales de Emergencia en Talca y Concepción. Las unidades militares iniciaron el patrullaje de las ciudades, poniendo orden y brindando seguridad en las



*Ingeniero Raúl Sáez
Biblioteca del Congreso Nacional*



General Alfonso Cañas Ruiz-Tagle



Remoción de escombros durante los incendios forestales de enero de 2017 en la zona centro sur de nuestro país

distintas localidades afectadas.

En esta ocasión adquirió particular importancia la coordinación de la fuerza militar con todos los niveles de la administración política y administrativa, organismos no gubernamentales y la propia población civil que se organizó en ayuda de los damnificados. Finalmente, el esfuerzo y empleo de todas las Fuerzas Armadas, Carabineros, bomberos y distintos organismos nacionales, dio los frutos esperados y permitió al país enfrentar de muy buena forma una situación extrema y comenzar a retomar la normalidad.

Además de los terremotos y maremotos el Ejército también ha apoyado a la población en otro tipo de emergencias, tales como: la erupción del volcán Lonquimay, producida en diciembre de 1988, fenómeno que por más de un año afectó el desarrollo normal de la vida de los habitantes de las poblaciones de Lonquimay, Curacautín y Malalcahuello; los aluviones ocurridos en la ciudad de Antofagasta el 18 de junio de 1991, después que

durante más de cuatro horas cayera una inusual e intensa lluvia, la que llegó a los 45 milímetros de agua. A consecuencia de ello se produjeron aluviones en las quebradas de La Chimba, Salar del Carmen, La Cadena y La Negra, en la que perdieron la vida 103 personas y 16 se dieron por desaparecidas. Las unidades militares dependientes de la I División de Ejército, bajo el mando del general Ricardo Izurieta Caffarena, se abocaron a las tareas de apoyo a la ciudadanía damnificada y a la posterior reconstrucción de las áreas siniestradas. Durante julio y agosto de 1995, un frente con muy bajas temperaturas ocasionó fuertes nevazones en extensas áreas de las regiones de Aysén y Magallanes. La nieve caída obstaculizó el tránsito provocando el aislamiento de cientos de comunidades. Las familias damnificadas se contabilizaron entre diez mil y veinte mil. Las mayores pérdidas del desastre se produjeron en la crianza del ganado bovino y ovino. Especial reconocimiento merecieron los efectivos de las unidades militares de



Hospital de campaña del Ejército desplegado en apoyo de la comunidad

la VII División con asiento en Coihaique, y de la V División con su cuartel general en Punta Arenas.

Las Brigadas de Refuerzo de Incendios Forestales del Ejército (BRIFE) han operado en los desastres ocurridos en distintas zonas del país. Estas Brigadas Forestales son un apoyo para el accionar de las brigadas de CONAF durante los incendios forestales de magnitud y que derivan en emergencia. Son integradas por personal elegido después de un proceso de selección físico, psicológico y médico, que los habilita para un trabajo de alta exigencia física y estrés, los que luego de un adecuado entrenamiento obtienen las competencias para el combate de incendios forestales. Estas brigadas tienen una amplia cobertura territorial y poseen autonomía de despliegue y logística propia.

En la actualidad existe un convenio de cooperación entre los ministerios de Defensa y Agricultura para el combate de los incendios forestales de gran magnitud, el cual fue firmado en enero

del 2003 y ampliado en diciembre de 2016. En los últimos años destacó la participación de los medios del Ejército en los mega incendios forestales que afectaron a la zona central del país durante el verano de 2017. En pocas semanas se consumieron más de 238 000 hectáreas de bosque en el valle central y sur, en una extensión longitudinal de más de 600 kilómetros, dejando once muertos y más de 1600 viviendas y negocios destruidos.

En otra dimensión del compromiso social del Ejército, es interesante destacar que a partir del año 2001 comenzó a funcionar el Hospital Modular de Campaña, moderna instalación sanitaria que ha beneficiado a miles de personas a través de su despliegue en innumerables oportunidades, ya sea para brindar apoyo como respaldo a la red asistencial del Ministerio de Salud —durante varios meses en el año—, o bien, en auxilio de comunidades afectadas por catástrofes naturales.

Entre otras capacidades, el Hospital Modular de Campaña puede realizar diez cirugías diarias,



Faenas en el norte grande de Chile, producto de aluviones de verano



Niños en rehabilitación mediante hipoterapia

atender a veinte pacientes hospitalizados, brindar atención dental y maxilofacial y realizar exámenes de laboratorio y rayos X. La dotación militar del hospital alcanza a los 74 efectivos, entre médicos, enfermeros y auxiliares, quienes dejan sus propios hogares para atender por largos períodos a familias que esperan con ansias su auxilio médico.

Otro ámbito en el que el Ejército aporta con sus capacidades en beneficio directo de la sociedad, es en el desarrollo de un vasto programa de hipoterapia que —en conjunto con organizaciones civiles especializadas— se realiza en diferentes unidades y centros ecuestres militares entre Iquique y Punta Arenas.

La hipoterapia forma parte de la medicina alternativa de rehabilitación, lo que se consigue con el empleo de caballos. Ella está destinada a personas con enfermedades neurovegetativas, traumatológicas y psíquicas, entre otras. Consiste en aprovechar los movimientos tridimensionales del caballo para estimular los músculos y artícu-



Fuerzas militares en apoyo a la comunidad después de los aluviones en la región de Atacama, 2015

laciones, y es reconocida mundialmente por sus excelentes resultados. Además, el contacto con el caballo aporta facetas terapéuticas en los niveles cognitivos, comunicativos y de personalidad. Para estos efectos el Ejército ha debido especializar a algunos de sus integrantes, quienes a menudo realizan su labor después del horario de trabajo, sintiéndose muy gratificados al constatar los progresos de sus jinetes.

La búsqueda y rescate de personas que, por diferentes circunstancias, se han extraviado en los cordones montañosos o bien no han logrado ser ubicadas en escenarios inhóspitos, como lo es el desierto de Atacama, es otra de las actividades de beneficio social y comunitario que realiza el Ejército.

Respecto a los roles o funciones de las Fuerzas Armadas y particularmente del Ejército, es necesario tener presente que Chile se ubica en el llamado Cinturón o Anillo de Fuego del Pacífico, que es una línea imaginaria que delimita la zona

del planeta más sensible a los sismos y erupciones volcánicas, por estar sobre la unión de placas tectónicas. El país se sitúa justo sobre el límite entre las placas de Nazca y Sudamericana, las que cada cierto tiempo liberan energía al reacomodarse produciendo temblores o terremotos. Si a esto se agregan los efectos derivados del calentamiento global, podemos concluir que lo único constante en nuestro territorio serán las recurrentes catástrofes naturales. Es por ello que el Ejército, junto con desarrollar las actividades que le son propias y que se derivan de su función principal, deberá estar siempre presto a brindar su apoyo a la comunidad, concurriendo inicialmente a llevar alivio, soporte y seguridad, para luego contribuir en la mitigación y recuperación de zonas afectadas por desastres, emergencias y calamidades, explotando su estructura, organización, equipo y experiencia de trabajo en condiciones extremas. “Estar siempre presente” no solo es parte de la misión institucional, también es su vocación y compromiso.

EL EJÉRCITO Y LA CONSOLIDACIÓN TERRITORIAL DE LA REPÚBLICA

La integración de los territorios de ultramar a la esfera política, económica, religiosa y militar de España, supuso organizarlos de acuerdo a las necesidades materiales de los colonos, a las exigencias de la evangelización y a los intereses de la Corona.

En Chile, los nuevos emplazamientos urbanos reflejaron sus dos condiciones esenciales: la peculiar forma del territorio y la dispersión de una población escasa sobre un territorio enorme. Así, en el fértil Valle Central, las ciudades principales se fundaron equidistantes del mar y de la cordillera, separadas entre sí por la distancia en que los medios de la época exigían hacer posta, es decir, recambiar las cabalgaduras, alimentar y alojar a los viajeros, etc. Normalmente fueron 10 leguas, esto es unos 55 kilómetros. La función de esas ciudades, o más bien su germen, era proporcionar servicios y comercializar la agricultura, agrupando a los naturales (la mano de obra) en "pueblos de indios". Pero a medida que los hispanos avanzaron al sur, esto es, a medida que se inicia el contacto con los araucanos, comenzó a gravitar el factor seguridad.

Desde la batalla de Curalaba (1598), acción donde las huestes del toqui Pelantaro aniquilaron a las fuerzas que comandaba el gobernador de Chile, Martín García Óñez de Loyola —muerto en la acción—, la incipiente fuerza militar



Vista parcial del fuerte de Nacimiento, fundado por Alonso de Ribera en 1603. Colección Museo Histórico Nacional

permanente creada por el rey Felipe III en 1602 tuvo por función principal contener a los indígenas en la margen norte del río Biobío, garantizando que las actividades económicas del entonces Reino de Chile pudieran desarrollarse en paz. Esa tarea se mantuvo hasta la culminación del proceso de integración efectiva de la Araucanía al territorio nacional, en el último tercio del siglo XIX.

La línea de fuertes ideada por Alonso de Ribera fue la simiente de concentraciones urbanas que perviven hasta hoy. Rere, Yumbel, Nacimiento, Santa Juana y otros centros urbanos son testigos de este avance poblacional en torno a la función militar; pero, indudablemente, es la refundación de Valdivia el más claro ejemplo de aquello. A partir de ese momento la ciudad misma se convirtió en una plaza militar, siendo una de las dos poblaciones —la otra fue Concepción— que estuvo dotada con un batallón fijo, es decir, de tropas profesionales.

Durante el siglo XVIII, las autoridades comenzaron una política de fundación de ciudades a lo largo del valle central, con la finalidad de reunir a una población rural que estaba muy dispersa; y, a la vez, de “civilizar” a todos esos habitantes y sus familias. Las nuevas ciudades también tuvieron una función militar, pero distinta a la de las centurias anteriores: ya no se trataba de fundar poblaciones con el fin de iniciar nuevas campañas militares, sino que el objetivo radicó en defenderse de las incursiones de los indígenas rebeldes. Por ello la función castrense de las nuevas ciudades será eminentemente defensiva.

A fines del período colonial arribaron al país ingenieros militares que practicaron, además, la arquitectura militar. A ellos se les debe las nuevas defensas de Valdivia y de Valparaíso, la refundación de Osorno y la reestructuración de la cadena de fuertes que guarnecían la Frontera. Más tarde,

ya en la República, la fundación de Temuco y Lumaco, por ejemplo, junto al tendido del telégrafo y la protección de la construcción del ferrocarril, fueron obras de esa rama del Ejército.

Con todo, la ocupación efectiva de las provincias por parte del Estado chileno comenzó a materializarse solo a partir de la segunda mitad del siglo XIX, desencadenada por factores de distinta índole, entre los cuales es posible destacar el ambiente belicoso existente en las inmediaciones de Concepción, por lo que en el gobierno surge la idea de apaciguar esas perturbaciones.

Con este fin, el intendente y el comandante general de armas de la provincia de Arauco propusieron al gobierno un plan de ocupación del territorio, que consistía en avanzar la línea de la frontera hasta el río Malleco. Desde el punto de vista castrense, Cornelio Saavedra le asignó prioridad al apoyo y auxilio mutuo entre los fortines y demás posiciones de la fuerza militar.

El bombardeo de Valparaíso ocurrido en marzo de 1866, durante la guerra contra España, hizo pensar a las autoridades en un posible desembarco invasivo en las costas de Arauco. De allí la voluntad del gobierno de asegurar el borde costero ubicado al sur de Lebu y de disponer de todos los recursos necesarios para establecer la frontera en el río Malleco. Ambos objetivos se lograron en la temporada 1867-1868. Los fuertes de Arauco, Lebu y Quidico respondieron precisamente al afán de remediar la inseguridad percibida en la costa. La línea fronteriza se materializó al sur del Biobío, entre Curaco, por el occidente y Angol, en el sector oriental de la cordillera de Nahuelbuta.

La zona se mantuvo en tensión y el rompimiento del orden fue causado por las tensas relaciones

entre los cuerpos cívicos y los nativos. La rebelión estalló en 1881 en las cercanías de Traiguén y en la línea del Malleco. La voluntad de resistencia de los loncos estaba en pie, a lo que el gobierno respondió con el nombramiento del coronel Gregorio Urrutia al mando de una nueva expedición. La expedición de Urrutia salió de Angol en marzo de 1881. A su paso fundó el fuerte Victoria, en honor a los triunfos obtenidos en la Guerra del Pacífico. En 1882 quedó asentada por segunda vez la línea del río Cautín, materializada por los nuevos fuertes en Nueva Imperial, Carahue, Temuco, Lautaro y Curacautín. Para finalizar la campaña, solo restaba alcanzar el río Toltén y ocupar Villarrica. Con ese objetivo el coronel Urrutia salió desde Temuco en noviembre de 1882, fundó el fuerte Freire y se dirigió hacia Villarrica. El 31 de diciembre del mismo año, después de un parlamento celebrado con los loncos Panchelef, Epulef y Luis Aquñanco, se entendió como concluida la ocupación de la provincia de Arauco.

Del mismo modo, no es casual que cuando en el siglo XIX el país se abrió camino para ocupar todo su territorio, iniciando con tal propósito el poblamiento del Estrecho de Magallanes, antes de enviar colonos a esta última región se erigió el fuerte Bulnes a cuya sombra protectora se fundó la ciudad de Punta Arenas.

Es curioso, pero realidades tan evidentes se han hecho invisibles para el chileno de hoy. Pocos reparan, por ejemplo, en que en el centro histórico de las ciudades se encuentre la Plaza de Armas... ¡como si todavía estas ciudades fueran un gran campamento militar! Lo usual en Europa y América es que dicho espacio sea el de la Plaza Mayor, lugar de mercado y sociabilidad. Pero la



Ilustración del Fuerte Bulnes, Punta Arenas, por Alejandro Cicarelli, 1847

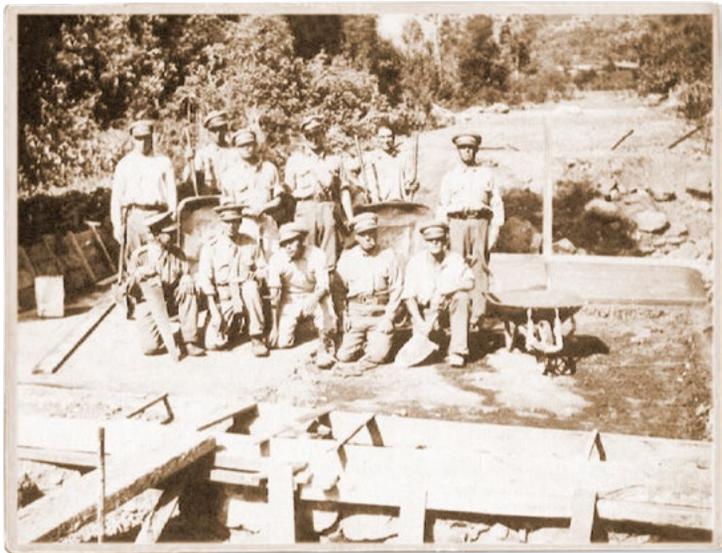
impronta militar en la formación de nuestro país ha sido tan potente que la antigua necesidad, aunque superada, ahora como simple hábito sigue formando parte del paisaje urbano.

Durante la presidencia de José Manuel Balmaceda (1886-1891) es posible verificar ciertas respuestas del Estado a las exigencias impuestas por la modernidad y la expansión de la economía. En ese contexto, se le da gran valor a la creación del Ministerio de Industrias y Obras Públicas en 1887, que trajo consigo el diseño de un plan coherente y progresivo de conectividad territorial y comunicaciones. En todo este proyecto la participación del Ejército fue de particular relevancia.

Al aproximarnos a la mitad del siglo XX era notoria la ausencia de un plan que hubiese definido las prioridades de conectividad y de redistribución de los recursos, con el objeto de reducir el desequilibrio en el desarrollo social, cultural y económico que se estaba produciendo en el país. Existían grandes extensiones de terrenos impro-

ductivos y muchos centros poblados con desventajas con respecto al resto del país; no obstante, era necesario que las obras públicas se ejecutaran a un costo mínimo. De hecho, en la década de 1940 el Ejército ya había concentrado sus esfuerzos en la construcción y reconstrucción de caminos y puentes en las provincias del sur, y patrullas avanzadas unieron telefónicamente localidades aisladas como Coihaique, Chile Chico, Balmaceda y Puerto Aysén. Todo ello se complementaba con el trabajo de exploración de los ríos Baker y Pascua realizado por una patrulla proveniente de la ciudad de Punta Arenas.

De ahí la relevancia que tuvo la promulgación, el 9 de marzo de 1953, del DFL N° 13 por el presidente Carlos Ibáñez del Campo y que creó la Inspección del Servicio Militar del Trabajo, con el fin de que las Fuerzas Armadas, sin perjuicio de sus funciones específicas y solo con su dotación normal, cooperaran en la realización de los programas civiles de obras públicas de carácter



Faenas del Cuerpo Militar del Trabajo en la cuesta La Dormida



El Cuerpo Militar del Trabajo en la construcción de caminos en Alto Palena, Puerto Ramírez, 1964

extraordinario, bajo la dirección del Ministerio de Obras Públicas y Vías de Comunicación. Con ello, se puso en marcha un programa de obras públicas apuntado al desarrollo de las zonas aisladas del territorio nacional continental. Adicionalmente, se fue configurando una estructura y procedimiento de planificación que involucró al Ministerio de Defensa, al Ministerio de Obras Públicas, a los regimientos y a las unidades específicas del SMT.

Años después, el presidente Jorge Alessandri Rodríguez, en su discurso del 21 de mayo de 1959, destacaba al Servicio Militar del Trabajo por su importante colaboración en los planes del gobierno para el mejoramiento de las actividades económicas del país, especialmente en la construcción de caminos, escuelas, urbanización de poblaciones y otros trabajos de beneficio colectivo.

Con el transcurso del tiempo el Servicio Militar del Trabajo pasó a denominarse Cuerpo Militar del Tra-

bajo (CMT), organismo eminentemente técnico cuyas atribuciones, bastante más amplias que las anteriores, le permitían ejecutar obras de beneficio público, no solo bajo la dirección del Ministerio de Obras Públicas y Vías de Comunicación (MOP), sino que también bajo la dirección de los organismos técnicos de las otras entidades de la administración pública nacional.

Fue en este contexto que el Ejército en 1976, mediante el CMT, inició la obra más trascendental de su historia como lo fue la construcción de la Carretera Longitudinal Austral, la que uniría Puerto Montt por el norte con Villa O'Higgins por el sur, con una extensión aproximada de 1240 kiló-

metros. Más de 10 000 soldados trabajaron en una de las obras de ingeniería más costosas y difíciles realizadas en Chile, principalmente debido a la existencia de glaciares, ríos caudalosos, montañas y fiordos que complicaron el trazado del camino. Innumerables





Refugio de montaña del Ejército en Campos de Hielo Sur

han sido los beneficios que ha traído consigo la construcción de la Carretera Longitudinal Austral; de partida, se han incorporado extensos espacios de territorio a los centros poblacionales vitales, susceptibles de ser habitados en conjunto con el establecimiento de los servicios públicos, de sanidad y educación.

En 2010, el Estado definió una política explícita para el desarrollo de localidades aisladas mediante el Decreto Supremo N° 608, de 15 julio, del cual se desprende un claro reconocimiento a las localidades que, por su ubicación geográfica o condición de aislamiento, se las consideró como de fragilidad geopolítica.

El concepto de soberanía efectiva se hace cargo de la necesidad de control del territorio y de sus fronteras para hacer frente a las amenazas de la globalización, que son en esencia de naturaleza transnacional. Así, la soberanía efectiva tiene una dimensión geográfica, ya que articula un espacio físico y conforma una entidad territorial objetiva y

palpable sobre la cual el Estado define su dominio y jurisdicción institucional. Posee, también, una dimensión sociopolítica, encargada de conectar la acción de la institucionalidad del Estado con el desarrollo humano el que, por una parte, busca traer consigo condiciones de un mayor bienestar y, por otra, fortalecer el sentido de pertenencia entre la población y su territorialidad, afianzando procesos de identidad cultural. Incluye, además, una dimensión geoeconómica cuyos retos en general tienen que ver con el control de los recursos naturales considerados estratégicos, el potencial de actividades productivas y la conservación del medio ambiente. Y, por último, implica una dimensión desde el punto de vista de la seguridad, que abarca tanto la noción de ausencia de riesgos como el estado de tranquilidad, bienestar y disfrute que los chilenos pueden anhelar. En su ejercicio el Ejército tiene un papel fundamental.

En este sentido, iniciativas tales como el asentamiento de la compañía Cochrane, en la región



Construcción del camino Estancia Vicuña-Yendegaia, en la Isla Grande de Tierra del Fuego

de Aysén, que se complementa con el establecimiento de dos refugios glaciares permanentes en la ruta desde Villa O'Higgins a Campos de Hielo Sur y con los estudios para replicar las experiencias en la localidad de Villa O'Higgins, buscan afianzar la conectividad en el eje Cochrane-Villa O'Higgins-Campo de Hielo Sur, contribuyendo a la vida ciudadana y social, además de facilitar los estudios científicos, las expediciones, el turismo y el desarrollo comercial. Del mismo modo, en un horizonte futuro, el Ejército espera poder desarrollar una unidad de similares características en la zona general de Yendegaia, desde donde se tiene acceso terrestre al canal del Beagle, área de especial significación estratégica y económica para el país.

En el extremo norte del país, los esfuerzos del Cuerpo Militar del Trabajo se han orientado a reforzar la presencia en las zonas interiores de la región de Arica y Parinacota, Tarapacá y Antofagasta, con la finalidad de robustecer los vín-

culos con las pequeñas comunidades existentes en áreas fronterizas de alta porosidad y que se encuentran en un proceso sostenido de decrecimiento demográfico. En ellas la presencia del Estado es débil y, por lo tanto, el ejercicio real de soberanía de gran fragilidad.

Como se ve, la acción del Ejército no solo ha repercutido en la conectividad territorial del país. En gran medida, la labor institucional realizada en la mayor parte de las regiones fue produciendo un cambio desde un crecimiento basado en la expansión del comercio, el transporte, el turismo y los servicios domésticos, hacia otro en que el Estado y los servicios públicos pasan a tener una presencia cada vez mayor, acentuando las ventajas de la vida y el bienestar en las zonas extremas, rurales y ciudades pequeñas, lo que por sobre toda otra consideración ha contribuido a mejorar la calidad de vida de sus habitantes y a consolidar el ejercicio de una efectiva presencia del Estado.

MIRANDO AL FUTURO

Como se ha mostrado en las páginas precedentes, las raíces del Ejército de Chile se remontan a la fusión de los guerreros originarios que poblaban este territorio con las tropas regulares peninsulares y, posteriormente, con las criollas. Su organización primigenia fue el Ejército permanente del Reino, creado en el albor del siglo XVII, mientras que su carácter y configuración auténticamente nacionales surgieron a partir de la lucha por la independencia en 1810.

La historia nacional del siglo XIX registra numerosos conflictos bélicos, tanto externos como internos, a tal punto que determinaron que durante más de cien años todas las generaciones de chilenos los debieron enfrentar.

Felizmente, durante el siglo XX no hubo guerras, pero sí masivas movilizaciones militares para enfrentar diferentes crisis internacionales con los países vecinos, derivadas de aspectos insolutos de la Guerra del Pacífico, o de la poco clara delimitación limítrofe heredada de la corona española al momento de la emancipación. Así, durante este nuevo siglo, las relaciones vecinales experimentaron recurrentes crisis, como la que condujo a la paz armada con Argentina, que se inició a fines del siglo XIX y solo se distendió en 1902; a las movilizaciones de 1920 y de 1974, para



enfrentar en la frontera norte las tensiones con el Perú; y a una nueva crisis con Argentina en 1978, producto de las diferencias en la delimitación limítrofe en el extremo austral del continente.

Con todo, en estas tensas situaciones no se llegó a la guerra y, si durante el siglo XIX el Ejército debió ganar los conflictos internacionales a los que se vio enfrentado, en el siglo XX su principal tarea fue contribuir a generar la disuasión necesaria para preservar la paz.

Paralelamente, durante este último siglo el Ejército no solo fue un instrumento de disuasión para el Estado chileno, sino que también fue un activo agente colaborador para el desarrollo nacional. Tal como se ha tratado de reflejar en las páginas de este libro, durante largos años la Institución ha contribuido a la movilidad social de muchos compatriotas, estando fuertemente presente en el esfuerzo nacional de instruir, educar y capacitar a muchas generaciones de chilenos; ha sido un actor relevante en los desastres naturales que periódicamente azotan a nuestro país —terremotos, inundaciones, incendios forestales y erupciones volcánicas—, ocasiones en las que ha puesto sus capacidades para brindar auxilio, apoyo y seguridad a todos los damnificados, y para apoyar la reconstrucción de las zonas afectadas; de la misma manera, ha aportado en forma significativa a la vertebración e integración de nuestro largo y accidentado territorio, contribuyendo a llevar la presencia del Estado chileno a los habitantes y a las zonas más aisladas de nuestro país.

Como esperamos haya sido posible observar o deducir de la lectura de esta obra, a lo largo de sus más de doscientos años de existencia republicana —en un proceso de mejoramiento constante—, el Ejército, in-



fluido por las realidades y tendencias que cada época le ha demandado, ha sido objeto de diferentes cambios estructurales y modificaciones en su organización, instrucción y entrenamiento, de manera de alcanzar las capacidades que cada tiempo le exigía y que la sociedad le demandaba.

Al iniciar este siglo XXI, es posible observar que las profundas transformaciones experimentadas en el escenario internacional desde fines del siglo pasado, provocaron, entre otros aspectos, cambios importantes en la percepción de las amenazas estatales y globales. Se redujeron y transformaron aquellas amenazas consideradas como “tradicionales”, y emergieron y se desarrollaron otras de naturaleza distinta a las puramente militares, como lo son, el narcotráfico, el crimen organizado transnacional y también, por cierto, la intensificación de los desastres naturales, muy particularmente aquellos asociados al calentamiento global, entre otras.

A esta nueva realidad del sistema internacional —ahora multipolar, mucho más complejo e incierto— se han sumado otros desafíos para las estructuras de seguridad y muy particularmente para el Ejército, como lo ha sido la creciente participación de medios institucionales en tareas de cooperación internacional que han obligado a desarrollar nuevas capacidades para actuar en un amplio espectro de misiones, las que incluyen operaciones de alta intensidad y/o, simultáneamente, de baja intensidad, o de no guerra, en distintos escenarios tanto nacionales como internacionales.

Por todo ello, es que el Ejército nuevamente ha debido adecuarse, modernizarse y transformarse, para enfrentar estos escenarios cambiantes y nuevos desafíos. Así, durante las dos últimas décadas se ha optimizado su equipamiento, se ha modificado su despliegue territorial y se han desarrollado las capacidades necesarias para cumplir con las exigencias derivadas de cada una de las áreas de misión en que hoy



debe materializar su quehacer. El reto para enfrentar el futuro, es contar con una fuerza terrestre suficiente, en óptimo nivel de alistamiento operacional, disponible y sostenible, y con claros atributos de polivalencia, interoperatividad y capacidad de proyección.

De esta manera, el constante incremento de la capacidad de combate de la fuerza debe continuar siendo la esencia del desarrollo institucional, ya que es esta condición el sustento de la polivalencia necesaria para ser empleado en operaciones distintas de la guerra, dentro y fuera del territorio nacional, ya sea en forma independiente o formando parte de unidades conjuntas y/o combinadas.

Al igual que a lo largo de prácticamente toda su historia, el Ejército continuará estando presente en las cada vez más recurrentes emergencias nacionales, desarrollando nuevas capacidades y perfeccionando los procedimientos de coordinación con las diversas autoridades e instancias que conforman el Sistema Nacional de Protección Civil, con el objeto de seguir asegurando una respuesta rápida y eficaz en apoyo a la población afectada, ya sea en tareas de búsqueda y rescate, recuperación de infraestructura de primera necesidad y, eventualmente, en la protección de recursos estratégicos, de la población civil y de la propiedad privada.

El aporte que el Ejército ha hecho y hace a la unidad nacional y a la cohesión social, es hoy —en este mundo globalizado— cada vez más necesario. Por ello es que las distintas acciones e iniciativas conducentes a la vinculación e integración de todos los chilenos, como también al resguardo y conservación de nuestros valores y tradiciones, contribuyen a la preservación de la identidad y del alma nacional.

En definitiva, al mirar hacia el futuro, es posible reafirmar que el Ejército, apoyándose en su historia, continuará estando siempre presente al servicio de Chile y de los chilenos.





BIBLIOGRAFÍA

Ahumada Bascuñán, Arturo, *El Ejército y la revolución del 5 de septiembre de 1924. Reminiscencias*, Santiago de Chile, Centro de Estudios Bicentenario, 2006.

Alessandri Rodríguez, Jorge, *Mensaje presidencial de 1961*, 21 de mayo de 1961.

Álvarez Ebner, Miguel, "Los soldados del mar en la Armada de Chile. Síntesis histórica de la Infantería de Marina en Chile", en *Boletín de la Academia de Historia Naval y Marítima de Chile* (Valparaíso), N° 13, 2009.

Andrew, Cristopher y Gordievsky, Oleg, KGB. *La historia interior de sus operaciones desde Lenin a Gorbachov*, Barcelona, Plaza y Janés, 1991.

Anrique R., Nicolás, "Diario de la goleta Ancud", Santiago, en Zauritz Sepúlveda, Waldo, *Historia Militar de Magallanes*, Punta Arenas, Prensa Austral, 2003.

Arancibia C., Patricia; Balart P., Francisco; Brahm G., Enrique y San Francisco R., Alejandro, *El Ejército de los Chilenos. 1540-1920*, Santiago, Editorial Biblioteca Americana, 2006.

Arancibia Clavel, Roberto, *Testimonio del entonces capitán alumno del Primer año de la Academia de Guerra del Ejército de Chile*, 1978.

Arancibia Clavel, Roberto, *La influencia del ejército chileno en América Latina*, Santiago de Chile, CESIM, 2002.

Arancibia Clavel, Roberto, *La Toma de Decisiones en las Crisis Internacionales: Teoría y Casos*, Santiago, Editorial Barcelona, 1988.

Arriagada Herrera, Genaro. *De la vía chilena a la vía insurreccional*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1974.

Arriagada Herrera, Genaro y Garretón Merino, Manuel Antonio, "América Latina a la hora de las doctrinas de Seguridad Nacional", en Pérez, María Angélica (editora), *Las Fuerzas Armadas en la Sociedad Civil*, Santiago, CISEC, 1978.

Bakula, Juan Miguel, *Perú entre la Realidad y la Utopía. 180 años de Política Exterior*, Lima, Fondo de Cultura Económica, 2002.

Balart Páez, Francisco, *Juan de Dios Carmona. Un político consecuente*, Santiago, Editorial Mayé, 2009.

Barahona, Rafael, *El Ejército como órgano del Estado*, Imprenta Intendencia General del Ejército, Santiago, 1901 (Memoria de grado para optar a la Licenciatura en Leyes y Ciencias Políticas).



Baraona Urzúa, Pablo; Costabal Llona, Mario y Vial Gaete, Álvaro, *Mil días, mil por ciento. La economía chilena durante el gobierno de Allende*, Santiago, Universidad Finis Terrae, 1993.

Barros Arana, Diego, *Historia General de Chile*, Santiago, Rafael Jover (Editor), 1884-1902. 16 vols.

Barros Franco, José Miguel, *Palena: Un río, un arbitraje*, Santiago, Santillana del Pacífico, 1984.

Barros Ortiz, Tobías, *Recogiendo los Pasos*, Santiago, Editorial Planeta, 1988.

Barros van Buren, Mario, *Historia Diplomática de Chile*, Barcelona, Ediciones Ariel, 1970.

Barzun, Jacques, *Del amanecer a la decadencia. 500 años de la vida cultural en Occidente. De 1500 a nuestros días*, Madrid, Taurus, 2005.

Basadre, Jorge, *Historia de la República del Perú, Tomo IX*, Lima, Editorial Universitaria, 1983.

Bell Mardones, Jorge Andrés, *Origen legal del Cuerpo de Carabineros dependiente del Estado Mayor General del Ejército de Chile*. Memoria para optar al título de Profesor Militar de Escuela en la asignatura de Derecho II, Santiago, Escuela Militar, 2008.

Blanche Northcote, Enrique, *Remembranzas del General Bartolomé Blanche Espejo*, Santiago, Departamento Comunicacional del Ejército, 2008.

Brahm García, Enrique, *Preparados para la Guerra*, Santiago, Editorial Universidad Católica de Chile, 2003.

Braun Menéndez, Armando, *Mis Memorias del Año 20*, Santiago, Editorial Antártica, 1979.

Bravo Lira, Bernardino, *Una historia jamás contada. Chile 1811-2011. De la modernización desde arriba al despegue desde abajo*, Santiago, Origo Ediciones, 2016.

Bulnes Pinto, Gonzalo, *Guerra del Pacífico*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1974. 3 vols.

Bulnes Pinto, Gonzalo, *Historia de la Expedición Libertadora del Perú. 1817-1822*, Santiago, Rafael Jover (Editor), 1887. 2 vols.

Bulnes Pinto, Gonzalo, *Últimas campañas de la independencia del Perú. 1822-1826*, Santiago, Imprenta y Encuadernación Barcelona, 1897.

Canessa Robert, Julio, *Quiebre y recuperación del orden institucional en Chile. El factor militar. 1924-1973*, Santiago, Emérida Ediciones, 1995.

BIBLIOGRAFÍA

Centro de Estudios Públicos, "Chile en los archivos de la URSS", en Revista *Estudios Públicos* (Santiago), N° 72, 1998.

Chorley, Katharine, "Armies and the Arts of Revolution", Londres, 1943, en Claudio Véliz, *El conformismo en América Latina*, Santiago, Editorial Universitaria, 1970.

Cid, Gabriel, *La Guerra Contra la Confederación*, Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales, 2011.

Cluny, Claude Michel, *Atacama*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 2008.

Comandancia en Jefe de la Fuerza Aérea de Chile, *Historia de la Fuerza Aérea de Chile*. Santiago, IGM, 1999. 2 vols.

Comisión Especial de Consulta sobre Seguridad de la OEA, *El proceso marxista-leninista en Chile*, Washington D.C., 1974.

Cruzat, Ximena y Devés, Eduardo (recopiladores), *Recabarren. Escritos de prensa. 1890-1924*, Santiago, Editorial Nuestra América y Terranova Ediciones, 1985-1987.

De Ramón Folch, Armando, *Historia de Chile. Desde la invasión incaica hasta nuestros días. (1500-2000)*, Santiago, Catalonia, 2004.

Díaz Gallardo, José, "Administración de la defensa: La experiencia chilena en el período 1932-1973", en *Revista FASOC*, Año 11, octubre-diciembre 1996.

Díaz Gallardo, José, *Militares y Socialistas en los años veinte. Orígenes de una relación compleja*, Santiago, Universidad ARCIS, 2002.

Edwards Vives, Alberto, *La Fronda Aristocrática*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1972.

Edwards Vives, Alberto, *El Gobierno de don Manuel Montt*, Santiago, Nascimento, 1932.

Ejército de Chile, División Doctrina, *El Ejército de Chile Siempre Presente 1906-2010*, Santiago, 2010.

Ejército de Chile, *Historia de la VI División del Ejército*. Santiago, IGM, 1989.

Ejército de Chile, *La Historia Bicentenario de FAMAE*, Santiago, 2009.

Ejército de Chile, *El Estado Mayor General del Ejército*, Santiago de Chile, Instituto Geográfico Militar, 2000.

Encina, Francisco Antonio, *Historia de Chile desde la prehistoria hasta 1891*. Santiago, Nascimento, 1940-1952. 20 vols.



Errázuriz Valdivieso, Crescente, *Historia de Chile*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1911.

Escobar Guic, Dina y Ivulic Gómez, Jorge, "El Manifiesto del 11 de septiembre de 1924", en *Dimensión Histórica de Chile* (Santiago), N° 1, 1984.

Escuela Militar, *Escuela Militar del Libertador Bernardo O'Higgins. 190 años de Historia. 1817-2007*, Santiago, IGM, 2007.

Estado Mayor Conjunto, *Antecedentes de su bitácora de operaciones del 27 de febrero de 2010*.

Estado Mayor General del Ejército, *Historia del Ejército de Chile*. Santiago, Colección Biblioteca del Oficial, 1985. 10 vols.

Estado Mayor General del Ejército, *Historia Militar de Chile*. Santiago, Colección Biblioteca del Oficial, 1997. 3 vols.

Eyzaguirre Gutiérrez, Jaime, *Chile durante el Gobierno de Errázuriz Echaurren 1896-1901*, Santiago, Editorial Zig-Zag, 1957.

Fernandois Huerta, Joaquín, *Mundo y fin de mundo. Chile en la política mundial. 1900-2004*, Santiago, Universidad Católica de Chile, 2005.

Fernandois Huerta, Joaquín, *Chile y el mundo: la política exterior de la Unidad Popular y el sistema internacional*, Santiago, Ediciones Universidad Católica, 1985.

Filippi Muratto, Emilio y Millas Correa, Hernán, *Anatomía de un fracaso. La experiencia socialista chilena*, Santiago, Editorial Zig-Zag, 1973.

Fischer, Ferenc, *El modelo militar prusiano y las Fuerzas Armadas de Chile. 1885-1945*, Hungría, University Press, 1999.

Floody Buxton, Nilo, *La crisis con Argentina que estuvo al borde de una guerra en 1978*, Conferencia dictada con sus testimonios como Comandante del Teatro Conjunto Austral en la Unión de Oficiales en Retiro de la Defensa Nacional, 24 de octubre de 2001.

Flores Álvarez, Enrique, *Historia de la Aviación en Chile 1920-1925*. Santiago de Chile, Imprenta Rapid, 1933 y 1934. 2 vols.

Frei Montalva, Eduardo, *Cuenta sobre el estado de la nación*, 21 de mayo de 1965.

Fuenzalida Bade, Rodrigo, *La Armada de Chile desde la alborada al sesquicentenario (1813-1968)*. Valparaíso, Imprenta de la Armada, 1988. 5 vols.

BIBLIOGRAFÍA

Gobierno de Chile, Ministerio de Defensa Nacional, *Libro de la Defensa Nacional de Chile*, Santiago, 2002.

Gobierno de Chile, Ministerio de Defensa Nacional, *Libro de la Defensa Nacional de Chile*, Santiago, 2010.

Godoy Urzúa, Hernán, *Estructura Social de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1971.

Góngora del Campo, Mario, *Civilización de masas y otros ensayos*, Santiago, Editorial Vivaria, 1987.

Góngora del Campo, Mario, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Santiago, Editorial Universitaria, 1986.

González Madariaga, Exequiel, *Historia de Nuestras Relaciones con Argentina*. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1970. 4 vols.

González Martín, Alberto, *La Última Influencia. Efectos de la ayuda norteamericana en el Ejército de Chile después de la Segunda Guerra Mundial*, Santiago, Biblioteca del Oficial-IGM, 2006.

Huidobro, Vicente, *Balance Patriótico*, 1925.

Iglesia Católica, Papa Pío XI, *Encíclica Divini Redemptoris*, Santiago de Chile, Talleres Claret, 1937.

Isler San Martín, Carlos, *Las relaciones chileno-alemanas. 1519-1994*, Memoria para optar al grado de Magister en la Academia de Guerra del Ejército de Chile.

Jara Hankte, Álvaro, *Guerra y Sociedad en Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1981.

Jobet, Julio César, *El Partido Socialista de Chile*, Santiago, Prensa Latina, 1971.

Joxé, Alain, *Las Fuerzas Armadas en el sistema político chileno*, Santiago, Editorial Universitaria, 1970.

Judt, Tony, *Cuando los hechos cambian*, Madrid, Taurus.

Lacoste, Pablo, "Argentina-Chile y los Pactos de Mayo (1902)", en *Revista Diplomacia* (Santiago), N°91, abril-junio 2002.

Langlois, Luis, *La influencia del poder naval en la historia de Chile desde 1810 a 1910*, Valparaíso, Imprenta de la Armada, 1910, reimpresión de 2007.

Letelier Madariaga, Valentín, *Génesis del Estado y de sus instituciones fundamentales. Introducción al Derecho Público*, Buenos Aires, Cabut y Cía, 1917.

Mackenna, Benjamín, "El Reparto del Pacífico la posesión de Isla de Pascua", en *Revista de Marina* (Valparaíso), N°1, julio de 1885.



Mamalakis, Markos, "Explicaciones acerca del desarrollo económico chileno. Una reseña y síntesis", en *Historia* (Santiago), N°19, 1984.

Mamalakis, Markos, "The Notion of the State in Chile: Six Topic", en *Historia* (Santiago), N°22, 1987.

Marín Madrid, Alberto, *El Caso del Canal Beagle. Biografía de ésta y otras controversias*, Santiago, Biblioteca Militar, 1986.

Martínez, Melchor, *Memoria Histórica sobre la Revolución de Chile desde el cautiverio de Fernando VII hasta 1814*, Santiago, Editorial Universitaria, 1964.

Masterson, Daniel, *Fuerza Armada y Sociedad en el Perú Moderno*, Lima, Instituto de Estudios Políticos y Estratégicos, 2001.

"Memoria del Jefe del Estado Mayor del Ejército", contenida en *Ministerio de Guerra, Memoria del Ministerio de Guerra de 1896*.

"Mensaje de S. E. el Presidente de la República a las Fuerzas Armadas y Fuerzas de Orden, con motivo de fin de año", en *Boletín Oficial del Ejército* (Santiago), N° 52, 24 de diciembre de 1984.

Merino, Roberto (ed.), *Joaquín Edwards Bello. Crónicas reunidas*, Santiago, Universidad Diego Portales, 2008.

Merlet, Enrique, *La Escuela Naval de Chile. Historia, Tradición y promociones*. Valparaíso, Imprenta de la Armada Nacional, 2002.

Ministerio de Guerra, *Memoria del Ministerio de Guerra de 1890*, Santiago, Imprenta Nacional, 1890.

Ministerio de Guerra, *Memoria del Ministerio de Guerra de 1892*, Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1892.

Ministerio de Guerra, *Memoria del Ministerio de Guerra de 1897*, Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1897.

Ministerio de Guerra, *Memoria del Ministerio de Guerra de 1898*, Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1898.

Ministerio de Guerra, *Memoria del Ministerio de Guerra de 1899*, Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1899.

Ministerio de Guerra, *Memoria del Ministerio de Guerra de 1903*, Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1903.

Ministerio de Guerra, *Memoria del Ministerio de Guerra de 1921*, Santiago de Chile, Ministerio de Guerra, 1921.

Ministerio de Guerra, *Memoria del Ministerio de Guerra de los años 1930-1931*, Santiago de Chile, Ministerio de Guerra, 1931.

BIBLIOGRAFÍA

Ministerio de Guerra, *Memoria del Ministerio de Guerra de los años 1940-1941*, Santiago de Chile, Instituto Geográfico Militar, 1941.

Ministerio de Hacienda, *Memoria del Ministerio de Hacienda de 1890-91*, Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1893.

Ministerio de Industrias y Obras Públicas, *Memoria del Ministerio de Industrias y Obras Públicas de 1890*.

Ministerio del Interior, *Memoria del Ministerio del Interior de 1890*, Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1891.

Ministerio de Relaciones Exteriores, Culto y Colonización, *Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores, Culto y Colonización de 1892*, Santiago, Imprenta Nacional, 1893.

Miranda Becerra, Diego, *Un siglo de evolución policial. De Portales a Ibáñez*, Santiago, Instituto Superior de Ciencias Policiales de Carabineros de Chile, 2000.

Molina Hernández, Jorge, *Vida de un Soldado. Desde la toma de Valdivia a la victoria de Yungay*, Antonio Barrena Lopetegui, Santiago, RIL editores, 2009.

Molina Johnson, Carlos, "Una visión histórica del Servicio Militar", en Departamento de Historia Militar del Ejército, *Jornada de Historia Militar III y IV*, Santiago, abril de 2010.

Molina Johnson, Carlos, "Conducción de la defensa nacional en Chile, 1910-1960", en *Revista Política y Estrategia* (Santiago), Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos (ANEPE), N° 115, 2010.

Molina Johnson, Carlos y Balart Páez, Francisco, *La violencia política en Chile. 1891-1995*, Santiago, Biblioteca Militar, 1999.

Morgenthau, Hans, *La lucha por el poder y por la paz*, Buenos Aires, Sudamericana, 1963.

Moss, Robert, *El experimento marxista chileno*, Santiago, Editora Nacional Gabriela Mistral, 1974.

Navarro Avaria, Lautaro, *Censo General de población y edificación, industria, ganadería y minería del territorio de Magallanes república de Chile: levantado por acuerdo de la comisión de alcaldes el día 8 de septiembre de 1906, pasado y presente del territorio de Magallanes*, Punta Arenas, Talleres de la Imprenta de El Magallanes, 1907-1908.



Nunn, Frederick M., "La elección presidencial de 1927. Un final esperado y profético a la vez", en *El camino a La Moneda: Las elecciones presidenciales en la historia de Chile. 1920-2000*, Santiago, Ediciones Instituto de Historia PUC-Centro de Estudios Bicentenario, 2005.

Ojeda Bennett, Eduardo, "Los ejércitos, sus acciones y capacidades frente a los desastres naturales: el caso de Chile", en *Memorial del Ejército de Chile* (Santiago), N° 459, 1988.

Opaso, Cristián, *Frei, Allende y la mano de la CIA*, Santiago, Ediciones del Ornitorrinco, s/f.

Orrego Vicuña, Eugenio, *O'Higgins. Vida y Tiempo*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1946.

Ortega y Gasset, José, *España invertebrada*, Barcelona, Ediciones Folio, 2007.

Ortega y Gasset, José, *Meditaciones del Quijote*, Madrid, Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, 1957.

Oyarzún, María Eugenia, *Augusto Pinochet: diálogos con su historia. Conversaciones inéditas*, Santiago, Editorial Sudamericana, 1999.

Pinochet de la Barra, Oscar, *El pensamiento de Eduardo Frei*, Santiago, Editorial Aconcagua, 1983.

Pinochet Ugarte, Augusto, "Ejército de Chile: Posibles elementos a considerar en su proyección futura". Conferencia dictada el 19 de agosto de 1993.

Pinto Rodríguez, Jorge, *La formación del Estado y la nación, y el pueblo mapuche*, Santiago, DIBAM, 2003.

Pinto Vallejos, Julio y Valdivia Ortiz de Zárate, Verónica, *¿Revolución proletaria o querida chusma? Socialismo y Alessandrismo en la pugna por la politización pampina (1911-1932)*, Santiago, LOM Ediciones, 2001.

Prats González, Carlos, *Memorias. Testimonio de un Soldado*, Santiago, Editorial Pehuén, 1985.

Ramírez Necochea, Hernán, *Fuerzas Armadas y política en Chile. 1810-1970*, La Habana, Casa de las Américas, 1985.

Retamal Ávila, Julio, *Descubrimiento y Conquista de Chile*, Salesiana, Santiago, 1980.

Retamal Ávila, Julio, "El Ejército del Reino", en Departamento de Historia Militar, *Primera Jornada de Historia Militar. Siglos XVII-XIX*, Santiago, CESIM, 2004.

BIBLIOGRAFÍA

Riccardi, Andrea, *El siglo de los mártires*, Barcelona, Plaza y Janés, 2001.

Riesco, Germán, *Presidencia de Riesco: 1901-1906*, Santiago, Nascimento, 1950.

Ríos, Conrado, "Indiferencia del Gobierno hacia Leyes de FF.AA.", *La Nación* (Santiago), 11 de agosto de 1924.

Rochna Ramírez, Susana, *La Propiedad de la Tierra en Isla de Pascua*, Temuco, Corporación Nacional de Desarrollo Indígena (CONADI), 1996.

Rodríguez Elizondo, José, *Chile-Perú. El siglo que vivimos en peligro*, Santiago, La Tercera Mondadori, 2004.

Rodríguez Mendoza, Emilio, *El Golpe de Estado de 1924. Ambiente y actores*, Santiago, Ercilla, 1938.

Sáenz Quesada, María, *La Argentina. Historia del país y su gente*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2001.

Sáez Morales, Carlos, *Recuerdos de un soldado*, Santiago, Ercilla, 1933.

Sagredo Baeza, Rafael (recopilador), *Crónicas políticas de Wilfredo Mayorga. Del Cielito Lindo a la Patria Joven*, Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana-DIBAM, 1998.

Sater, William F. y Herwig H., Holger, *The Grand Illusion. The Prussianization of the Chilean Army*, Lincoln (Nebraska), University of Nebraska Press, 1999.

Schmitt, Carl, *Teoría del Partisano*, Madrid, Trotta, 2013.

Schonmeyr, Alfredo, *Informe sobre la Guerra Ruso-Japonesa (1904-1905)*, Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1906.

Sin Autor, *La Llamada Movilización de 1920*, Santiago, Imprenta Gratitud Nacional, 1923.

Soto Gamboa, Ángel, "Historia del presente: estado de la cuestión y conceptualización", en *Historia Actual* on line, N°3, invierno 2004.

Szczaranski, Clara, *Culpabilidades y sanciones en crímenes contra los derechos humanos. Otra clase de delitos*, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 2004.

Téllez Cárcamo, Indalicio, *Recuerdos Militares*, Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, Santiago, 2005.

Toledo Leal, Guillermo, *La Infantería de Marina en la Armada de Chile*. Imprenta de la Armada, segunda edición, octubre 2009.



Urbina Paredes, Javier, "Aspectos Militares de las Relaciones Chileno-Norteamericanas en el contexto de la Seguridad Hemisférica", en Instituto de Ciencia Política, *Seminario de Política Exterior Chilena*, Santiago, Universidad Católica de Chile, 1984.

Valenzuela Bowie, Arturo, *El quiebre de la democracia en Chile*, Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales, 2003.

Varas Clavel, Antonio, *Visión Histórica de la Participación en Operaciones de Paz del Ejército de Chile*, Santiago, Biblioteca del Oficial, 2006.

Varios Autores, "Aportes tecnológicos de la ingeniería militar al desarrollo nacional", en Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos, *Revista Política y Estrategia* (Santiago), N°117, 2010.

Véliz, Claudio, *El conformismo en América Latina*, Santiago, Universitaria, 1970.

Vial Correa, Gonzalo, "Decadencia, Consensos y Unidad Nacional en 1973", en *Dimensión Histórica de Chile* (Santiago), N°1, 1984.

Vial Correa, Gonzalo, *Historia de Chile (189-1973). Volumen I, Tomo II*. Santiago, Editorial Santillana, 1986.

Vicuña Mackenna, Benjamín, *La policía de seguridad en las grandes ciudades*, Santiago, Imprenta República, 1875.

Videla Cifuentes, Ernesto, "Las Fuerzas Armadas durante el régimen militar", en Gonzalo Vial (editor), *Análisis crítico del régimen militar*. Santiago, Universidad Finis Terrae, 1998.

Villalobos Rivera, Sergio, *Historia del Pueblo Chileno*, Santiago, Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, 1980.

Villalón Rojas, Eduardo; León W., Consuelo y Jara Fernández, Mauricio, *Jalonando Chile Austral Antártico: El Ejército en la Antártica*, 1948, Santiago, IGM, 2010.

Von Blume, Wilhelm, *Strategy*, 1912.

Weber, Maximilian, *El político y el científico*, Madrid, Alianza Editorial, 2012.

Wright Mill, Charles, *La elite del poder*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957.

Yávar Meza, Aldo, *Sociedad colonial. El territorio. Chile (1541-2000). Una interpretación histórica*, Santiago, Santillana, 2000.

Zauritz Sepúlveda, Waldo, *Apuntes de clases*. Archivo personal inédito.

Zweig, Stefan, *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, Barcelona, Acantilado, 2002.

FUENTES ICONOGRÁFICAS

Archivo CENFOTO-UDP - Centro Nacional del Patrimonio Fotográfico de la Universidad Diego Portales
www.patrimoniofotografico.cl

Archivo Diario El Mercurio

Archivo fotográfico Academia de Historia Militar

Archivo fotográfico Departamento Comunicacional del Ejército de Chile

Biblioteca del Congreso Nacional
Bajo licencia Creative Commons BY-SA 3.0 CL (PAG 351)

Biblioteca Nacional Digital de Chile
www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl

British Library
www.flickr.com/photos/britishlibrary

Chile Collector
www.chilecollector.com

Colección Archivo Nacional
www.archivonacional.cl

Colección Comandancia en jefe del Ejército

Colección Escuela Militar

Colección Escuela Naval

Colección Museo Histórico Nacional
www.fotografiapatrimonial.cl

Colección Museo Marítimo Nacional
mmn.cl

Colección Museo Histórico de Yerbas Buenas
museoyerbasbuenas.gob.cl

Colección Museo Histórico y Militar de Chile
www.mhm.cl

Colección particular Jaime García Covarrubias

Colección particular Renato González Bull

Colección particular Pedro Hormazábal Espinosa

Correos de Chile

Cuerpo Militar del Trabajo
www.cmt-chile.cl

Dutch National Archives
Bajo licencia Creative Commons BY-SA 3.0 (pag 289)

Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, DIBAM, Biblioteca Nacional y Memoria Chilena
www.memoriachilena.cl

Fundación Padre Hurtado

www.padrealbertohurtado.cl

Repositorio Institucional de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Instituto Riva Agüero

repositorio.pucp.edu.pe

Medallas Chile

medallaschile.blogspot.com

Memorias del Siglo XX

memoriasdelsigloxx.cl

Museo Histórico de Carabineros de Chile

www.museocarabineros.cl

Promoción 1960, Escuela de Infantería, "Batallón de Hierro, Héroes de Valdivia"

Grand Palais, Musée de l'Armée

Santiago Nostálgico

www.flickr.com/photos/28047774@N04

Símbolos Patrios

www.simbolospatrios.cl

The Internet Archive

archive.org

Vertical Expediciones

vertical.expenews.com

Wikimedia Commons

commons.wikimedia.org

Wikipedia

wikipedia.org

Ilustraciones Vittorio di Girolamo C.

De la edición de lujo del poema "La Araucana", Casa de Moneda de Chile, 1983

Ilustraciones de Julio Berríos Salazar

Del libro "Historia del Ejército de Chile. Nuestros uniformes", Academia de Historia Militar, 1985

Ilustraciones de Juan Francisco Jara Quiñones

Ilustraciones de Edgardo Noya Villagrán



CRÉDITOS

DIRECCIÓN GENERAL DEL PROYECTO

GENERAL ANDRÉS AVENDAÑO ROJAS, 2018-2022

GENERAL MARCOS LÓPEZ ARDILES, 2014-2017

INVESTIGADORES

GENERAL ROBERTO ARANCIBIA CLAVEL

SEÑOR EDUARDO ARRIAGADA ALJARO

GENERAL ANDRÉS AVENDAÑO ROJAS

SEÑOR FRANCISCO BALART PÁEZ

TENIENTE CORONEL ÁLVARO CASANOVA MORA

BRIGADIER JAIME GARCÍA COVARRUBIAS

TENIENTE CORONEL PEDRO HORMAZÁBAL ESPINOSA

CORONEL CARLOS MÉNDEZ NOTARI

GENERAL MARIO PUIG MORALES

SEÑOR JULIO RETAMAL ÁVILA

TENIENTE CORONEL PABLO RODRÍGUEZ MÁRQUEZ

CORONEL SERGIO ROSALES GUERRERO

CORONEL LUIS ROTHKEGEL SANTIAGO

SEÑOR ALEJANDRO SAN FRANCISCO REYES

SEÑOR CLAUDIO TAPIA FIGUEROA



GESTIÓN EDITORIAL

SEÑOR EDUARDO ARRIAGADA ALJARO

CORONEL RENATO GONZÁLEZ BULL

CORONEL GABRIEL RIVERA VIVANCO

SEÑOR RAFAEL GONZÁLEZ AMARAL

DIRECCIÓN DE ARTE, DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

DEL RÍO DISEÑO



©2022 DERECHOS RESERVADOS ACADEMIA DE HISTORIA MILITAR.

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL DE ESTE LIBRO SIN EL CONSENTIMIENTO
ESCRITO DE LA ACADEMIA DE HISTORIA MILITAR.

REGISTRO DE PROPIEDAD INTELECTUAL: N° A-304114

ISBN: 978-956-8989-16-3

ISBN: 978-956-8989-16-3



9 789568 989163

IMPRESIÓN

AIMPRESORES

PRIMERA EDICIÓN

OCTUBRE 2022

ACADEMIA DE HISTORIA MILITAR

granaderos de Chile.

Bat. Division de Fronteras (Canarios)

Nº 3 de Branco

Chacabuco Nº 1

Valdivia

Ingenieros oficial



1810-14



1817



1823



1829



1829



1826

Bat. Portales

Valparaiso

Bain

Nº 3

Nº 4

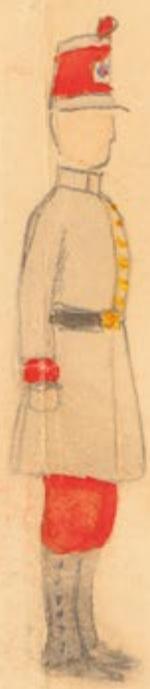
Nº 5



1837



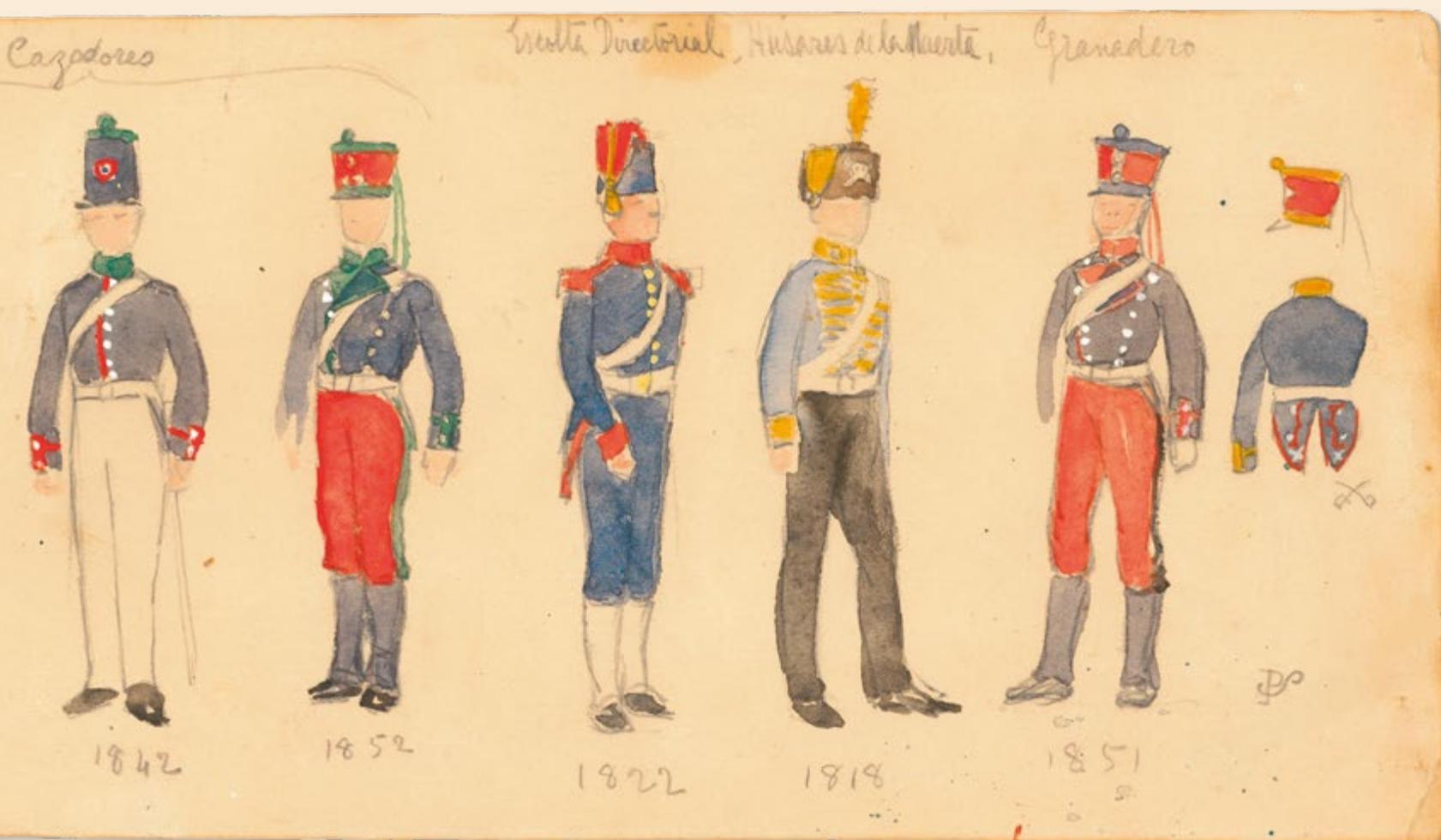
1837



1851-1858



1827



Bocetos de distintos uniformes, elaborados por fray Pedro Subercaseaux (1880-1956), utilizados en sus numerosas obras pictóricas alusivas a hechos de armas de la historia militar de Chile

ACADEMIA DE HISTORIA MILITAR